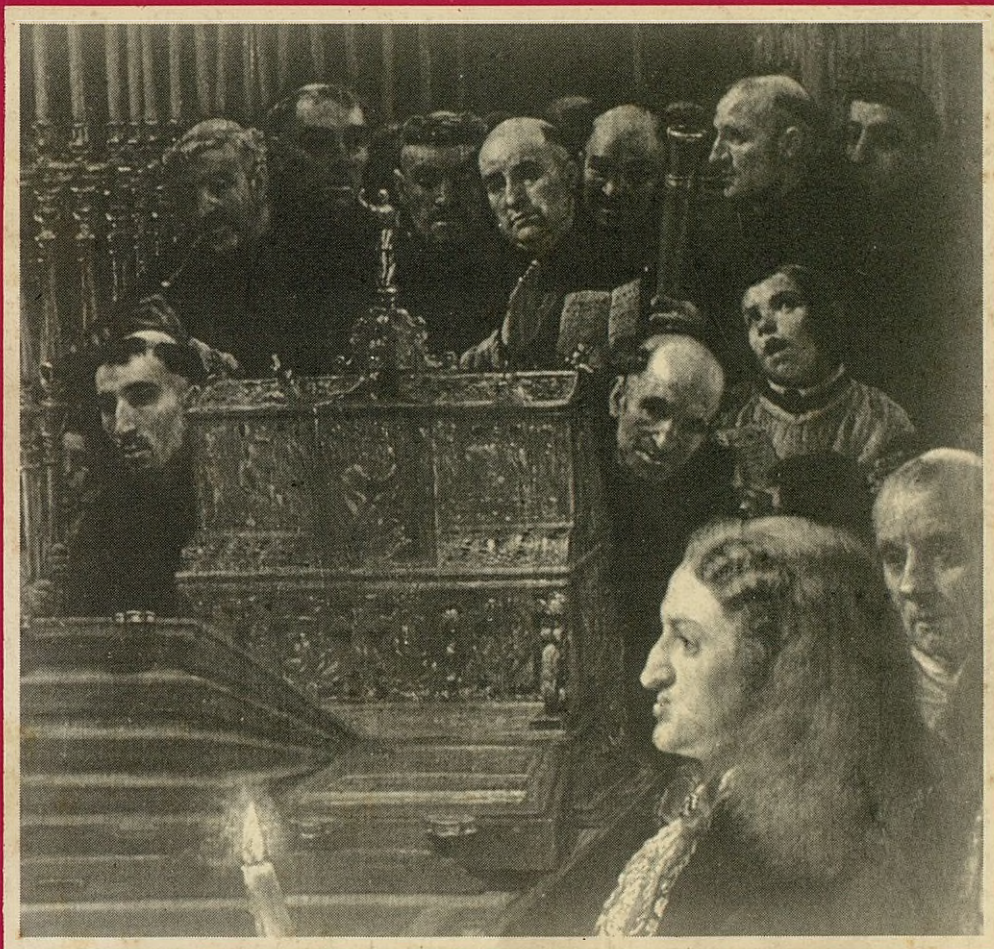


ARTURO MORGADO GARCÍA



IGLESIA Y SOCIEDAD EN EL CADIZ DEL SIGLO XVIII

Prólogo de Antonio Domínguez Ortiz

**,

© Arturo Morgado García

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

I.S.B.N.: 84-7786-984-7

Depósito Legal: CA-529/89

Imprime: INGRASA. Hércules, 13. Cádiz

ARTURO MORGADO GARCÍA

2/31.060



DEPARTAMENTO DE
HISTORIA MODERNA

IGLESIA Y SOCIEDAD EN EL CADIZ DEL SIGLO XVIII

Prólogo de Antonio Domínguez Ortiz



R.-45.762

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CADIZ

*A Loli y a mis padres,
sin cuyo continuo apoyo esta obra
nunca hubiese sido posible*

PROLOGO

Amigo lector: El oficio de prologuista no está reconocido ni homologado como tal profesión, pero existe, y es inherente a determinadas carreras literarias y a ciertas peculiaridades personales. El ejercicio de tal actividad, unas veces es grato y otras no tanto; unas veces fácil y otras arduo. La dificultad de pergeñar un prólogo puede nacer de la parvedad de la materia o de su frondosidad y riqueza, y en este segundo caso está la tesis de Arturo Morgado que hoy se ofrece al público. No es posible dar idea en unas líneas de su vasto contenido y explicar lo que puede significar para el avance de un sector de nuestra historia que, como el autor indica, ha sido largo tiempo olvidado o subvalorado. Es verdad que a continuación enumera las corrientes que han propiciado un cambio de rumbo, y corrientes concretadas en la aparición de libros y monografías que abordan el tema religioso desde variados ángulos de visión: demográfico, institucional, teológico, económico y, sobre todo, desde el reciente auge de la historia de las mentalidades en sus incontables facetas.

Y es que, propiamente hablando, la historia eclesiástica, la historia religiosa, no es un compartimento de nuestro pasado; es nuestro pasado todo entero, pues la sacralización de la vida pública y privada no dejaba resquicio por donde no penetrase el factor religioso en alguna de sus infinitas manifestaciones. En el ámbito político, desde el soberano, revestido de amplios poderes sobre su Iglesia, hasta el más humilde concejo rural, cuidaban de que sus decisiones se ajustaran al dogma y la moral católica y tomaban decisiones sobre la misma, en un juego de influencias recíprocas donde es difícil establecer la separación entre lo sagrado y lo profano. Todavía en 1812, avanzado ya el proceso de secularización, las Cortes de Cádiz no sólo abrían con una invocación «a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo» el código fundamental de la nación, sino que expresaban en el artículo 12 del mismo una afirmación dogmática declarando a la religión católica única *verdadera*.

Decir que la historia del arte no se puede comprender sin analizar el papel de las creencias y de las instituciones religiosas es una obviedad. Quizás se sorprenderán algunos si se les dice que tampoco sin ese conocimiento previo se puede hacer historia económica, no sólo por el volumen de los bienes y rentas de la Iglesia, sino porque los reyes requerían su asesoramiento en medidas generales, como la introducción del impuesto sobre la harina, varias veces propuesto y otras tantas derribado por el parecer de los teólogos. Los Borbones rara vez siguieron la práctica habitual de los Austrias de incluir consultores de Teología en las comisiones que debían dictaminar sobre asuntos de gran importancia, pero no por ello dejaron de considerar los aspectos disciplinarios y morales, y en este sentido el papel de los confesores reales siempre fue de extraordinaria importancia.

Lo mismo podríamos decir de la vida privada en todas sus manifestaciones; de ahí el enriquecimiento que supone el auge actual de los estudios sobre religiosidad popular, sobre todo teniendo en cuenta que este concepto hay que entenderlo en sentido muy amplio: religiosidad popular no era la religiosidad del pueblo ignorante, sino una manera apasionada y poco intelectualista de *vivir* la religión, y en este sentido puede decirse que toda la Iglesia de la época barroca (hasta los dominicos con sus rosarios!) practicaban una religiosidad popular, por lo menos hasta que empezó a dejarse sentir, de forma tardía y minoritaria, la influencia de la religiosidad ilustrada.

Abarcar tal cúmulo de temas es difícil; quizás imposible para un solo investigador. Morgado no los aborda todos, pero sí muchos y variados, y lo que hace su tarea más meritoria es que el obispado de Cádiz, en el que ha centrado sus investigaciones, en varios sentidos es un caso atípico; por la escasez de fondos documentales anteriores al siglo XVIII; por la configuración geográfica del obispado, escaso en terrenos laborables, que solían ser el soporte económico de la mayoría de las diócesis; por la importancia de la presencia extranjera, con no poca participación de acatólicos, tanto en los estratos superiores (mercaderes) como en los inferiores (esclavos). La intensidad de las relaciones comerciales y la importancia de las fuerzas militares también son factores a tener en cuenta. Desde el punto de vista económico el obispado de Cádiz siempre fue de tipo medio; sus titulares vivían holgadamente, pero no podían permitirse derroches; el fuerte crecimiento de la ciudad en el siglo XVIII no tuvo un incremento correlativo en las rentas porque éstas no se nutrían de las actividades comerciales.

Morgado nos presenta el complejo panorama de una ciudad burguesa que, a pesar de sus aspectos cosmopolitas, seguía siendo muy española; los matices diferenciales antes apuntados eran eso, matices; pero había una identidad fundamental de su mentalidad con la del resto de Andalucía, con la del resto de España. En el Siglo Ilustrado, esta ciudad no sólo vivió un espectacular crecimiento, sino las consecuencias del gran cambio ideológico que se estaba gestando. El estudio de una fuente casi inexplorada hasta ahora, los padrones de cumplimiento pascual, nos introduce en lo más íntimo de la crisis espiritual vivida por aquella sociedad. No fue un deslizamiento suave, sino una aceleración brusca la que tuvo lugar a fines del siglo; en 1777 sólo hay un cuatro por ciento escaso de parroquianos que no cumplen el precepto pascual; diez años después son ya el doce y medio por ciento (uno de cada ocho). En 1799 suben casi a la mitad: el 47,9%. Y la calidad de los incumplidores también nos sorprende: no eran intelectuales, volterianos, *esprits forts*, sino artesanos, menestrales, gente del pueblo. Me guardaré mucho (el autor también lo hace) de sacar conclusiones precipitadas; habría que disponer de mucho más material. Deducir que antes de la revolución liberal la mitad de los españoles no eran practicantes sería absolutamente falso; pero que antes de la francesada algo se estaba moviendo en el dominio de la conciencia es algo que no sólo debe afirmarse, sino probarse y, en cuanto sea posible, cuantificarse. A lo largo del XVIII se estuvieron multiplicando los signos premonitorios: menos vocaciones eclesiásticas, menos donaciones, menor proporción de libros y cuadros religiosos en los inventarios de particulares, menor número de misas por el alma en los testamentos. De todo esto tenemos datos, aunque muy dispersos. Últimamente, algo está llamando la atención de los investigadores: a fines del XVIII tiende a bajar la recaudación de los diezmos. Pegerto Saavedra, en su estudio sobre *Santiago y su tierra*, creo que da en el clavo: la Iglesia se siente menos respaldada por el poder civil. Las leyes no han cambiado, pero las normas de aplicación sí. Entonces, si no hay multas, las excomuniones no asustan tanto. Se puede dejar de diezmar, se puede dejar de confesar en cuaresma, y muchos lo hacen. Muchos o pocos, según los tiempos, lugares y circunstancias. Esta es una muestra de las perspectivas que abren trabajos como el presente para el estudio en profundidad de la gran crisis espiritual que marcó el fin del Antiguo Régimen.

Antonio Domínguez Ortiz

ADVERTENCIA

Esta obra es un resumen de la tesis doctoral «Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII» defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de dicha ciudad el 11 de marzo de 1988 ante el tribunal compuesto por los doctores D. Antonio Domínguez Ortiz, D. Miguel Avilés Fernández, D. José Andrés Gallego, Doña María José de la Pascua Sánchez y Doña Inmaculada Arias de Saavedra, obteniendo la máxima calificación. Atendiendo a su publicación se ha suprimido gran parte del material erudito, crítico y bibliográfico para quedarnos tan sólo con los aspectos que nos parecen más esenciales, pensando que lo que se pierde en erudición y profundidad se gana en una lectura más fluida y amena que pueda convertir este trabajo en una obra no sólo útil para el especialista, sino también para el profano que desee adentrarse en el conocimiento de tan apasionante mundo. Manifestamos nuestro agradecimiento al profesor don Manuel Bustos Rodríguez, director de la Tesis Doctoral que sirve de fundamento a esta obra, y al director de los archivos Diocesano y Catedralicio de Cádiz, D. Pablo Antón Solé, por la ayuda que tan desinteresadamente nos han prestado en todo momento. De las equivocaciones y lagunas de este trabajo, nosotros somos los únicos responsables.

La mayoría de las cifras son indicadas en reales, puesto que es la unidad monetaria más utilizada por la documentación. Mientras no indiquemos expresamente lo contrario, se tratará siempre de reales de vellón. Es difícil calcular su poder adquisitivo pero, como dato indicativo, podemos decir que el salario diario de un jornalero oscilaba por entonces entre tres y seis reales de vellón.

Arturo Morgado García

INTRODUCCIÓN

En 1696 se convertía en prelado de la sede gaditana el monje jerónimo fray Alonso de Talavera. Hombre débil, enfermo y anciano, no podía imaginar que tras su episcopado, acaecido sin pena ni gloria, se desarrollarían una serie de cambios que provocarían a la larga que el estamento eclesiástico de la ciudad, otrora poderoso y omnipresente, fuese perdiendo con el tiempo gran parte de su influencia y de su poderío. Cuando en 1800 fallecía el obispo D. Antonio Martínez de la Plaza, ni la Iglesia gaditana ni la urbe eran ya las mismas y, lo que era peor, ya nunca nada podría volver a ser como antaño.

No pensemos, sin embargo, que la historia de la Iglesia gaditana dieciochesca se resume en una larga y lenta decadencia a la cual la Desamortización de Mendizábal acabaría por dar la puntilla final. Esta visión de los acontecimientos es falsa y simplista: de hecho, durante el Siglo de las Luces, el estamento eclesiástico gaditano era uno de los grupos económicamente más potentes de la ciudad, a la vez que uno de los más cultos, y su crisis no obedece tanto a factores meramente internos como a las nuevas circunstancias que se iban imponiendo tanto en nuestra localidad como en el resto del país.

Durante este período el clero gaditano comprendía aproximadamente un 1,5% de la población de la urbe, proporción que no se aleja demasiado de la media nacional. Su poder económico, no obstante, era desproporcionado en relación a sus efectivos humanos: a mediados del siglo XVIII la vigésima parte de las rentas gaditanas estaba en manos de eclesiásticos, y en sectores económicos no directamente relacionados con las actividades comerciales y artesanales (en las cuales la participación de los clérigos era mínima), esta proporción era aún más elevada. Asimismo, los centros educativos más prestigiosos de Cádiz como el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús y el convento de Santo Domingo, estaban detentados por las órdenes religiosas de la ciudad.

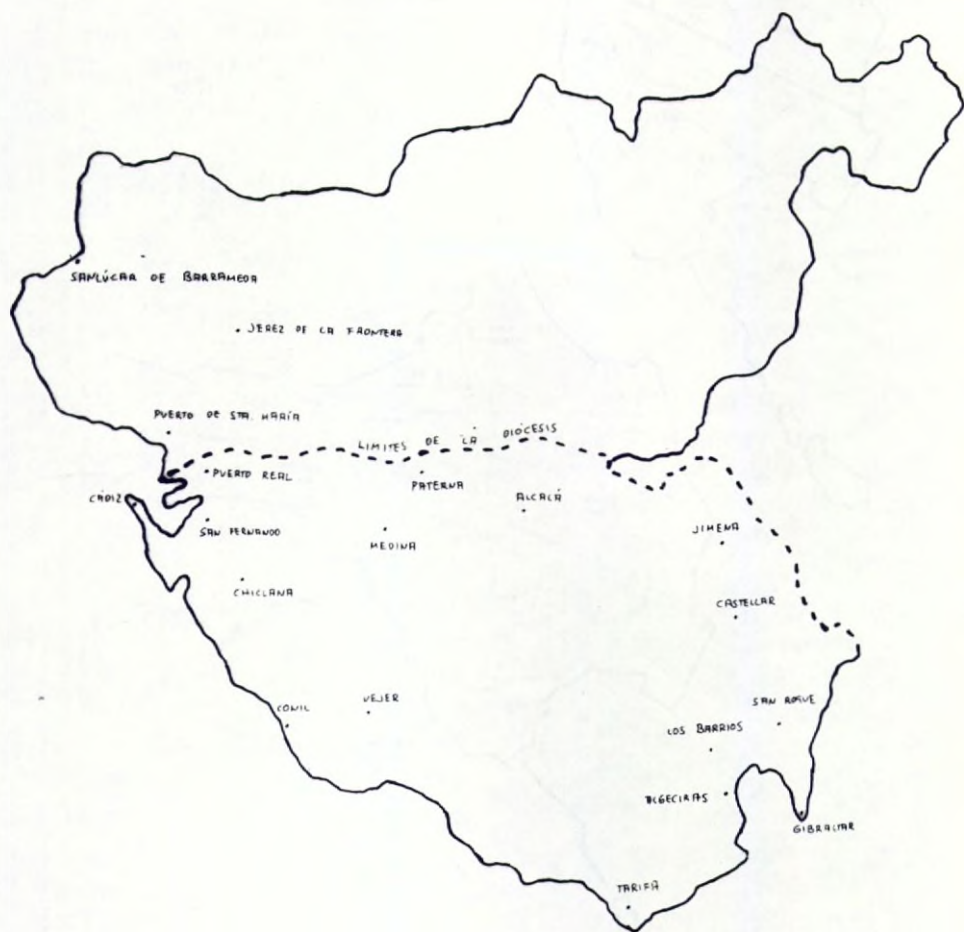
A todo ello se le añade el hecho de que Cádiz en el siglo XVIII era

sede episcopal. Fundada a mediados del siglo XIII, cuando la ciudad fue reconquistada por las tropas de Alfonso X de Castilla, nuestra diócesis era una de las más reducidas de la España del Antiguo Régimen (unos 3.800 kilómetros cuadrados de superficie), dependiendo de la metrópoli hispalense. La extensión del obispado fue aumentando a medida que avanzó el proceso reconquistador, y durante esta centuria sus límites venían marcados por el río Guadalete y el arroyo de Majaceite, formando parte del mismo las localidades de Cádiz, Puerto Real, San Fernando, Chiclana, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Paterna de Ribera, Conil, Vejer de la Frontera, Tarifa, Algeciras, Los Barrios, San Roque, Gibraltar, Castellar de la Frontera y Jimena de la Frontera. Una pequeña porción del término municipal de Jerez de la Frontera situada al sur del río Guadalete y en la cual se encontraba la ermita de Nuestra Señora de la Ina pertenecía asimismo a nuestra diócesis. El resto de la actual provincia de Cádiz formaba parte del arzobispado de Sevilla y del obispado malagueño.

Dado su carácter de sede episcopal, en Cádiz se concentraba toda la estructura de poder de la diócesis: el obispo, el cabildo catedralicio y numerosos conventos de religiosos y monjas tenían en ella su sede, al igual que el Seminario Conciliar de San Bartolomé, la única institución de este tipo existente en todo el obispado. La red templaria de la ciudad se había configurado a lo largo del siglo XVII, y nuestra centuria apenas aportará nada nuevo en este sentido: la urbe estaba cubierta de esta manera por una densa red de iglesias y capillas, si bien durante gran parte de este período tan sólo hubo una parroquia en Cádiz: la de Santa Cruz, al mismo tiempo catedral (la actual solamente se inauguró en 1838). Esta red parroquial tan sólo experimentará variaciones cuando en 1773 adquiere este carácter la iglesia de Santiago, otrora vinculada a la Compañía; y cuando en 1787 el prelado D. José Escalzo y Miguel decide la conversión en parroquias de las iglesias del Rosario, San Lorenzo, San Antonio y San José. La parroquia del Santo Ángel de la Guarda (conocida popularmente como La Castrense) dependía de la jurisdicción militar.

Como capital de obispado, Cádiz albergaba entre sus murallas a una población eclesiástica muy numerosa, y que en sus mejores momentos superó el millar de clérigos y religiosas: éste es el grupo humano que nos interesa conocer y al cual va dedicado este trabajo. Se trata de un sector de la población que, a pesar de su relativamente reducido volumen numérico, tuvo una gran importancia en la vida de la ciudad: a él se le debe gran parte de la red benéfica y educativa de nuestra localidad,

así como la transmisión de los modos de pensamiento y las actitudes vitales propios de una sociedad plenamente barroca como lo era el Cádiz de 1700. Nada parecía indicar en dicho año que se abría un siglo en el cual la influencia del clero sobre los habitantes de la urbe comenzaría a resquebrajarse.



CAPÍTULO I

LAS BASES HUMANAS Y ECONÓMICAS

1.1. DEMOGRAFÍA ECLESIASTICA

Los datos que obran en nuestro poder acerca del potencial humano del estamento eclesiástico gaditano dieciochesco son bastante incompletos, por cuanto los padrones de la primera mitad de la centuria no suelen incluir a este grupo social (y cuando lo hacen, con numerosas lagunas). Tan sólo para la segunda mitad del siglo se cuenta con evaluaciones fiables: 1.073 eclesiásticos en 1768 (1), 1.142 en 1786 (2) y 838 en 1801 (3). A tenor de estos datos, parece evidente que la población eclesiástica gaditana tiende a un aumento constante a lo largo de este período, alcanzándose en 1786 su punto máximo. A partir de entonces hay un descenso numérico acelerado, pero es necesario tener en cuenta que nos encontramos con la epidemia de fiebre amarilla de finales de la centuria, que fue completamente catastrófica para la ciudad. El clero suponía el 1,65% de la población gaditana en 1768 (4), el 1,59% en 1786 (5) y el 1,44% en 1801 (6), tratándose de una proporción muy reducida para lo que era normal en las ciudades españolas durante el Antiguo Régimen (así, el 4,3% en la Granada de 1768) (7). No olvidemos, sin embargo, que el hecho de que Cádiz fuese capital de obispado era una más de las funciones desempeñadas por la urbe, no la determinante; no siendo éste el caso de numerosas ciudades españolas que debían su existencia al hecho de ser sedes de obispados o colegiatas.

La evolución numérica de cada sector del clero no siempre fue la misma. Por lo que se refiere al clero secular, sus efectivos aumentaron constantemente a lo largo de la segunda mitad del siglo: 392 en 1768, 467 en 1786, tan sólo 321 en 1801: también aquí la epidemia de fiebre amarilla ha dejado sentir sus efectos. Su composición no llama en un primer momento la atención: se observa la presencia de un cuerpo de capitulares, un numeroso grupo de clérigos de menores y, lo que resulta un rasgo muy típico de nuestra ciudad, una cifra muy reducida de población eclesiástica dedicada directamente a la cura de almas: en 1768 hay solamente siete curas y otros tantos tenientes, en 1786 catorce curas

y diez tenientes, en 1801 nueve párrocos y ocho tenientes. Estos exiguos niveles provocarán el que Cádiz fuese una ciudad con una deficiente asistencia espiritual: en 1768, por ejemplo, había más de 4.500 fieles por cada cura o teniente. Se trata de una proporción muy elevada, que nos revela una situación peor aún que la de la diócesis (muy desatendida en este sentido) y, por supuesto, que el resto del país: si en 1768 había en España un cura por cada 585 habitantes, esta cifra era de 1:4.031 en el obispado gaditano (8). No obstante, es posible que la presencia de un numeroso clero regular pudiera compensar esta carencia a la hora de difundir los esquemas de comportamiento propios de la Reforma Católica.

En cuanto a las órdenes masculinas, experimentan un estancamiento numérico a lo largo de la segunda mitad del siglo (574 en 1768 y 565 en 1786) y un fuerte descenso (409 en 1801) a finales de la centuria. Exceptuando los carmelitas descalzos, que llegaron a la urbe en la primera mitad del siglo, en 1700 ya estaban afincadas todas las congregaciones que encontraremos en Cádiz durante este período, y nueve de ellas estarán presentes en 1768 (los jesuitas fueron expulsados el año anterior): dominicos, franciscanos observantes (convento de San Francisco Casa Grande), franciscanos descalzos (convento de San Diego), mercedarios descalzos, agustinos calzados, capuchinos, Hermanos de San Juan de Dios, congregación de San Felipe Neri y los ya citados carmelitas descalzos. Siempre fueron los franciscanos la orden religiosa más importante, puesto que entre los dos conventos de la rama seráfica existentes en nuestra localidad aglutinaron a más del 30% de los monjes. Las demás congregaciones suelen estar muy igualadas numéricamente, aunque hay algunos cambios en este sentido: en 1768 les siguen a los franciscanos los agustinos, los capuchinos y los mercedarios; en 1786 capuchinos, mercedarios y dominicos; en 1801 capuchinos, dominicos y Hermanos de San Juan de Dios. Agustinos y mercedarios pierden continuamente importancia ante su inadaptación a los nuevos tiempos, ya que no tenía mucho sentido el exacerbado rigorismo de los primeros ni la dedicación a la redención de cautivos de los segundos en el Cádiz de finales de siglo. Por el contrario, los capuchinos serán en 1801 la segunda orden religiosa de la ciudad, encontrándose en el origen de tan sonado triunfo la popularidad que le dieron los Rosarios Callejeros y la acción de predicadores como el celeberrimo fray Diego. Otros institutos, como los carmelitas descalzos y la Congregación de San Felipe Neri, apenas echaron raíces en nuestra localidad.

Nos quedaría por último hacer referencia a las religiosas, que en sen-

tido estricto no pertenecen al clero, pero a las que podemos incluir con todos los derechos en el estamento eclesiástico. Como corresponde a la hipermasculinización del mismo propia del Antiguo Régimen español (9) su importancia numérica siempre fue muy reducida, y a finales de la centuria atraviesan una situación de estancamiento numérico: 107 en 1768, 110 en 1786, 108 en 1801. Durante este período tan sólo hubo tres conventos de religiosas en la ciudad: franciscanas concepcionistas de Santa María, agustinas descalzas de Nuestra Señora de la Candelaria y concepcionistas descalzas de Nuestra Señora de la Piedad.

La importancia de cada uno de estos grupos en el conjunto del estamento eclesiástico gaditano permaneció constante durante la segunda mitad del siglo XVIII: en 1768 el 36,5% de los eclesiásticos residentes en la urbe eran seculares, el 53,4% religiosos y el restante 9,9% monjas; en 1786 las proporciones son respectivamente del 40,8%, el 49,4% y el 9,6%; y en 1801 del 38,3%, el 48,4% y el 12,8%.

La distribución topográfica del clero en el conjunto de la ciudad no fue ni mucho menos uniforme. En 1786, por ejemplo, dicho grupo representaba el 1,5% de la población gaditana, pero la concentración de eclesiásticos es mayor en la ciudad medieval, donde esta proporción se eleva al 2,3% (10). Los barrios populosos y modestos del sector sudoeste ofrecen por lo general cifras muy reducidas de densidad clerical, salvando las excepciones de Santa Cruz y Capuchinos, ya que en ellos radicaban respectivamente los conventos de franciscanos descalzos y de capuchinos. Aun así, la proporción total es muy baja: el 0,7% de la población.

El sector noroeste de la urbe era por aquel entonces una zona poco poblada, datando su urbanización de esta centuria. Las proporciones de población eclesiástica son asimismo muy reducidas, puesto que en ninguno de sus barrios (exceptuando el de la Bendición de Dios, donde se encontraba el convento de carmelitas descalzos) se supera la media, siendo la proporción total del 1%. Finalmente, y por lo que se refiere a los barrios burgueses de nuestra localidad, las densidades de población clerical alcanzan niveles muy exigüos (el 1,3%), si exceptuamos los casos de las Angustias y la Candelaria, barrios en los cuales radicaban algunos conventos.

También se aprecian diferencias si distinguimos entre seculares por un lado, y las distintas órdenes religiosas por otro. Por lo que respecta a aquéllos, la tendencia a concentrarse en torno a la ciudad medieval (sector sudeste) es muy acusada: en esta zona vivirán más del 40% de los

mismos, y algunos de sus barrios como los de Ave María y Santiago reunirán por sí solos más del 15% del clero secular residente en Cádiz. En el resto de la urbe las densidades son muy inferiores, especialmente en los barrios burgueses del noroeste y la mayoría de los del sudoeste, con las excepciones respectivas de Candelaria y Santa Cruz.

Más marcada es aún la concentración de religiosos y monjas en zonas muy concretas de nuestra localidad, aunque en este caso su radicación no responde a las preferencias personales o a las posibilidades económicas individuales, sino al lugar de ubicación de sus conventos respectivos. Será nuevamente la ciudad medieval la zona con mayores densidades (más del 40% de los religiosos y monjas residirán en la misma) en tanto que el resto de la urbe ofrece proporciones más débiles: casi nulas en el noroeste (solamente se encontraba el convento de carmelitas descalzos), en tanto que una cuarta parte de este grupo se concentra en los barrios burgueses y una proporción casi idéntica en los barrios modestos del sudoeste.

En líneas generales, el estamento eclesiástico gaditano tiende a concentrarse de manera muy acusada en la ciudad medieval, lo que se debe, sin lugar a dudas, a motivos históricos: en ella se encontraban radicados la mayoría de los conventos, el Palacio Episcopal, el Seminario de San Bartolomé, el colegio de Santa Cruz, la iglesia de Santa Cruz (catedral durante este período) y el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús. Verdaderamente, todo este núcleo era el centro de poder de la Iglesia gaditana dieciochesca.

El estamento eclesiástico gaditano se caracterizaba por su relativa juventud; de un total de 200 clérigos de los cuales el padrón de 1773 (11) nos indica este dato, el 52,5% de sus componentes tenía menos de cuarenta años, y casi un tercio (el 32%) bajaba de los treinta, en tanto que sólo el 8,5% superaba los sesenta. Pero esta edad media conoce fuertes diferencias internas: los clérigos de menores, por ejemplo, son los más jóvenes (el 88,8% de los mismos tenían menos de cuarenta años y ninguno de ellos superaba los sesenta) lo que se debe en muchas ocasiones a que eran demasiado jóvenes como para acceder al presbiteriado, no a que retardaran su recepción indefinidamente de manera consciente. Entre los presbíteros hay de todo, si bien la edad media es ligeramente más elevada: tan sólo el 42,8% tiene menos de cuarenta años, superando los sesenta el 9,5%. Pero será en el seno de curas y canónigos donde se advierta una mayor tendencia a la gerontocracia, ya que en muchas ocasiones se trata de cargos a los que se ha accedido tras una prolongada

Procedencia del clero

En la pag. (23) dice que
en "el ^{padrón} ~~censo~~ de 1773
nos indica el lugar de na-
cimiento de 188 eclesiásticos,
... y solamente una docena
(6,3%) habían nacido en
el extranjero (seis genoveses,
dos franceses, un irlandés,
un maltés, un mexicano
y un peruano)"



Departamento de Didáctica
de la Lengua y la Literatura

Universidad de Cádiz

FACULTAD DE CIENCIAS
DE LA EDUCACION

Polígono Río San Pedro
11519 - PUERTO REAL (Cádiz)

SECRETARÍA DE	32
LENGUA Y LA LITERATURA	
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACION	
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ	
SALIDA N.º	7
FECHA	7 MAYO 1999

De orden de la Directora, le convoco a la reunión ordinaria que el Consejo de este Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura celebrará en el Laboratorio de Fonética de la Facultad de Ciencias de la Educación, el próximo jueves día 13 de mayo a las 1030 hrs en primera convocatoria y a las 1100 hrs en segunda, con el siguiente orden del día:

- 1.- Aprobación de Actas núm. 119, 120 y 121.
- 2.- Informe de la Sra. Directora
- 3.- Informe para la prórroga de los contratos de los Profesores Asociados.
- 4.- *Tema Docendi* solicitada por profesores de la Escuela Adscrita "Virgen de Europa"
- 5.- Ruegos y Preguntas

Puerto Real, 7 de mayo de 1999

La Secretaria del Departamento.

DEPARTAMENTO DE DIDACTICA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ
Lourdes Sánchez Vera

Pdo: Lourdes Sánchez Vera

formación intelectual: de esta manera, si entre los primeros el 33,3% tiene menos de cuarenta años y el 16,6% más de sesenta; entre los segundos, las proporciones respectivas son del 35,6% y el 21,3%. La edad es un factor que, obviamente, tiene mucho que ver con los cargos y puestos ostentados por los eclesiásticos de nuestra ciudad.

La procedencia geográfica del clero gaditano es muy variada, ejerciéndose su reclutamiento en zonas que a veces estaban muy lejanas de la ciudad. El padrón de 1773 nos indica el lugar de nacimiento de 188 eclesiásticos, de los que 73 (38,8%) eran gaditanos, 50 (26,5%) procedían de otras localidades de la provincia (nueve de Alcalá y seis de Jímena y Medina), 30 (15,9%) nacieron en otras provincias andaluzas (catorce sevillanos y media docena de onubenses), 23 (12,2%) eran originarios de otras regiones españolas (cinco de Ceuta y Castilla la Vieja, tres de Canarias...) y solamente una docena (6,3%) habían nacido en el extranjero (seis genoveses, dos franceses, un irlandés, un maltés, un mexicano y un peruano). Lo que más llama la atención de todos estos datos es que el clero gaditano se reclutó principalmente en el marco de la actual provincia (el 65,4% nacieron en la misma), si bien la ciudad ejerció una atracción muy poderosa entre los eclesiásticos procedentes de otras regiones españolas. No obstante, a medida que ascendemos en la jerarquía clerical el predominio de los nacidos en la urbe es cada vez más aplastante: solamente el 33% de los presbíteros habían nacido en Cádiz, pero estas proporciones se elevan al 58,8% en el caso de los capitulares y al 80% en el de los curas, siendo del 42,8% entre los clérigos de menores. A la inversa, cuanto menor es el rango, mayor es la importancia de los foráneos: el 41% de los presbíteros no nacieron en nuestra provincia, solamente el 29,2% de los capitulares, proporciones nulas entre los curas. Un caso curioso es el de los clérigos de menores, que presentan una proporción muy elevada de foráneos nacidos en nuestra provincia (35,7%): capellanes atraídos por algunos de los beneficios radicados en la urbe, seminaristas, estudiantes que deseaban perfeccionar su formación intelectual con vistas al sacerdocio... pero no *clerici vaganti* como se observa en el seno de los presbíteros, muchos de los cuales habían llegado hasta Cádiz husmeando cualquier posibilidad de ascenso social y que pasaron a engrosar el subproletariado clerical.

1.2. EL PODER ECONÓMICO

Según los resúmenes que en 1755 se elaboraran del *Catastro de En-*

senada (12) (cuadro 1) el producto global de las rentas de la urbe se elevaba a algo más de 83 millones de reales, correspondiendo al clero gaditano una cifra ligeramente superior a los cuatro millones: el estamento eclesiástico de nuestra localidad controlaba por entonces tan sólo el 4,9% de los ingresos de la ciudad, proporción insignificante en relación con la media de la Corona catellana, que se situaba en torno a un 15% (13). No obstante, debemos hacer diferencias: en 1755 las rentas de la Iglesia gaditana ascendían exactamente a 4.094.165 reales frente a los 83.089.597 a los que se elevaba el producto global de la ciudad, pero la participación del clero en los diferentes sectores económicos no fue ni mucho menos idéntica: gozaba del 3% del producto agrícola, la totalidad de los diezmos, el 18,7% de los alquileres de fincas urbanas (14) y el 76,9% de los réditos de los censos, pero tan sólo el 0,3% de las utilidades proporcionadas por las actividades comerciales e industriales iba a parar a manos del clero gaditano (15): la fuerte importancia que tuvieron ambos sectores en la urbe y la reducida participación de los eclesiásticos en los mismos nos explican el relativamente débil poder económico del clero gaditano.

Una nueva particularidad de la estructura económica de la Iglesia gaditana radica en la débil importancia que tuvieron los ingresos procedentes de la tierra: en 1755 el 60,2% de sus ingresos venía proporcionado por los alquileres de fincas urbanas, el 23,8% por los réditos de los censos, el 10,2% por las rentas enajenadas de la Real Corona, el 5,4% por las utilidades de industria y comercio, pero los diezmos y el producto de las propiedades agrícolas de los eclesiásticos de la urbe tan sólo aportaban el 0,1% de los ingresos totales. La escasa importancia económica del sector agrario se explica, sin duda alguna, por el reducido tamaño del término municipal gaditano. En 1755 el estamento eclesiástico gaditano era propietario de tan sólo 35 medidas de tierra, 14 de ellas improductivas y las restantes con un producto anual de 3.000 reales, lo que nos puede indicar que en su inmensa mayoría se trataba de huertas, situadas con toda seguridad en Extramuros.

Desconocemos la evolución de los ingresos del conjunto de la Iglesia gaditana a lo largo del siglo XVIII, pero podemos apuntar que en 1799 los mismos ascendían a un total de 6.471.045 reales (cuadro 2) (16). A primera vista parece que el crecimiento ha sido notable, pero no debemos dejarnos engañar por las cifras: el Catastro tan sólo indica las rentas percibidas por el clero gaditano en la propia ciudad, en tanto que los Libros de Subsidios (fuente de la que hemos tomado los datos de 1799)

nos indican los ingresos globales de cada institución, independientemente del lugar donde radiquen sus propiedades: de esta manera, la aportación económica que suponía la percepción del diezmo por parte del obispo y el cabildo catedralicio, que no aparece reflejada en los datos de 1755, sí lo es en los de 1799.

La distribución de estas rentas no era ni mucho menos uniforme. Llama la atención que los ingresos principales viniesen proporcionados por los más de setenta patronatos de obras pías existentes (1.632.915 reales), las 1.385 capellanías (1.070.061 reales) y las 36 rentas patrimoniales (106.341 reales) de los que por entonces disfrutaban los eclesiásticos gaditanos: un total de 2.809.317 reales tenían pues su origen en la amortización que de sus bienes había realizado la élite social de la ciudad.

Prósperos rentistas eran también los seis institutos religiosos de la urbe que aparecen especificados en 1799, elevándose sus ingresos a más de un millón de reales. Como era fácilmente previsible, la situación económica del prelado (con unas rentas superiores a los 650.000 reales) y del cabildo catedralicio (más de un millón, si tenemos en cuenta la Pitantería, el arrendamiento del Campo de la Jara y los ingresos del almacén del pan decimal) era bastante boyante. Bien servido estaba el culto en la catedral de la ciudad, la iglesia de Santa Cruz, y bien dotados los curas de las mismas: más de 450.000 reales. No siempre, sin embargo, nos encontramos con privilegiados: las restantes parroquias gaditanas (San Antonio, San José, San Lorenzo, Santiago y el Rosario) sumaban apenas 100.000 reales anuales, cifra claramente insuficiente para sufragar los gastos de culto y personal. Relativamente pobres eran también las cofradías: la veintena de las cuales los libros de subsidios proporcionan alguna información, reunían unos ingresos que no llegaban ni siquiera al cuarto de millón de reales.

A pesar de su relativa prosperidad, la Iglesia gaditana se caracterizaba por las fuertes desigualdades económicas existentes en su seno. Analicemos, por ejemplo, los resultados proporcionados por el Catastro de 1760 (17): un total de 116 eclesiásticos mencionados (13 capitulares, 3 curas, 44 presbíteros, un clérigo de menores, 15 religiosos y 40 monjas) ganaban unos ingresos líquidos que ascendían a 398.540,24 reales, de los cuales 298.591,21 venían proporcionados por fincas urbanas y censos de su propiedad y 99.949,03 por capellanías a su cargo. La renta per cápita media era por entonces de 3.435 reales, pero las diferencias económicas eran muy grandes: 38 eclesiásticos percibían menos de mil reales anuales, 41 entre mil y 2.999, y los restantes 37 ganaban más de tres mil,

llegándose a casos extremos como los del capitular Juan Baptista de Zuola, cuyos ingresos líquidos sumaban un total de 22.216,17 reales.

Analizando los diferentes subgrupos del estamento eclesiástico gaitano individualizadamente, comprenderemos mejor las fuertes diferencias económicas existentes. Los capitulares, por ejemplo, gozan de una renta per cápita media de 8.355 reales, de los que 6.043 vienen proporcionados por censos y fincas urbanas y el resto por capellanías. Una decena de ellos eran propietarios de casas, lo que nos muestra su fuerte inserción en la estructura económica de la ciudad.

Los datos que obran en nuestro poder acerca de curas y clérigos de menores son demasiado pocos como para establecer conclusiones fiables, si bien podemos señalar que la renta per cápita de los primeros era de 1.285 reales y la de los segundos de 980. Más ilustrativas son las conclusiones a las que podemos llegar analizando la situación de los presbíteros, cuyos ingresos medios ascendían a 4.645 reales, de los que 3.131 procedían de fincas urbanas y censos y 1.513 de capellanías. La proporción de propietarios entre ellos es también muy elevada (33 tienen alguna casa de su propiedad), aunque sin llegar a los niveles observados en el seno del cabildo catedralicio.

Más precaria es la situación económica de los religiosos, cuya renta per cápita asciende a 866 reales (668 vienen proporcionados por fincas urbanas y censos y el resto por capellanías). Tan sólo dos son propietarios de casas, y los censos alcanzan mayor importancia que en los demás subgrupos del estamento clerical.

La situación económica de las monjas, sin embargo, era más privilegiada, puesto que sus ingresos medios ascendían a 1.692 reales (en su totalidad eran de carácter patrimonial puesto que, lógicamente, no podían ser beneficiarias de las rentas de las capellanías). Once religiosas eran propietarias de fincas urbanas.

¿Qué podemos concluir de todos estos datos? En primer lugar, el hecho de que todos estos individuos dependían básicamente de ingresos de origen patrimonial, puesto que las capellanías solamente proporcionaban el 25% de las rentas totales. En segundo término, señalar las fuertes diferencias económicas existentes aún en el seno de cada subgrupo del estamento clerical, aunque en líneas generales podemos afirmar, sin descubrir tampoco nada nuevo, que son los capitulares el grupo más privilegiado, seguidos de los presbíteros, en tanto que religiosos y monjas se encuentran en una situación más precaria (si bien sus conventos respectivos eran quienes les aseguraban la existencia). Debemos hacer, sin

embargo, una salvedad: el Catastro de 1760 tan sólo incluye a los eclesiásticos propietarios de bienes raíces; y si pudiéramos conseguir la nómina completa de los clérigos de la ciudad, la inclusión del numeroso subproletariado clerical existente provocaría, en primer lugar, un descenso muy acusado de la renta per cápita media, y, en segundo término, una importancia mucho mayor de las capellanías y demás beneficios eclesiásticos sobre las rentas de origen patrimonial.

No sólo el lugar ocupado en la jerarquía, sino también el barrio en el que se reside constituye un factor de diferenciación económica. A este respecto se ha intentado localizar el lugar de residencia de 125 eclesiásticos mencionados en el Catastro de 1771 (18) como propietarios de bienes raíces o beneficiarios de capellanías en el padrón de 1773, siendo muy ilustrativos los resultados obtenidos: la renta per cápita media es de 3.968 reales, pero los ingresos más elevados son percibidos por los eclesiásticos que habitan en los barrios burgueses de la urbe, donde las rentas son muy altas: 12.531 reales en el barrio de las Angustias, 6.671 en el de Candelaria, 5.537 en el del Rosario. Los clérigos que residen en la ciudad medieval gozan de unos ingresos que se sitúan en torno a la media (4.500 en Santa María, 4.079 en Ave María, 4.029 en Santiago), en tanto que los eclesiásticos asentados en las zonas más modestas de la urbe son quienes disfrutan de unas rentas per cápita inferiores, que suelen oscilar en torno a los tres mil, dos mil e incluso 1.371 reales (esta es la cifra que se alcanza en el barrio de San Felipe). Existe una clara relación entre renta per cápita y lugar de residencia, aunque ello es tan sólo un reflejo de las desigualdades económicas existentes entre las distintas zonas de nuestra ciudad.

1.3. LAS EXACCIONES DE LA HACIENDA

Es lógico que ante unos ingresos tan importantes, la monarquía española, continuamente agobiada por motivos presupuestarios, recurriese al estamento eclesiástico para saldar sus frecuentes déficits. La teórica inmunidad fiscal de la que gozaba la Iglesia española medieval hacía siglos que solamente constituía un añorado recuerdo.

Durante todo el siglo XVIII el subsidio fue cobrado regularmente, exceptuando los años de 1713-1716, dado las malas relaciones existentes en aquellos momentos entre Felipe V y la Curia vaticana (19). Teóricamente este impuesto gravaba el 2% del total de los ingresos proporcionados por el diezmo, el 2,5% de las rentas de los conventos de reli-

giosos, el 2% de los de monjas y el 1,5% de los ingresos de las capellanías. En realidad en la mayoría de los casos se trataba de estimaciones globales de las rentas de cada institución que debía contribuir a su pago (sólo se actualizan anualmente los ingresos del obispo, el cabildo catedralicio, la fábrica de Santa Cruz y las capellanías) por lo que el peso de este impuesto en el volumen global de sus rentas debió reducirse continuamente. Si a ello le unimos el hecho de que hasta 1795 no contribuyeron las fábricas de las iglesias parroquiales, las cofradías, los patronatos de obras pías y las rentas patrimoniales nos daremos cuenta de que en realidad el subsidio nunca supuso una carga muy pesada para la Iglesia gaditana.

De hecho, el importe del mismo (cuadro 3) apenas varió durante gran parte de la centuria. A lo largo de los reinados de Felipe V y Fernando VI el conjunto de la diócesis aportó entre 30.000 y 40.000 reales anuales, e incluso las cifras recaudadas tienden a descender tras alcanzarse unos ingresos máximos de 38.000-40.000 reales durante los últimos años de la Guerra de Sucesión Española y el período de gobierno del cardenal Alberoni. Por lo que se refiere al caso gaditano, la hacienda regia recaudó unas sumas comprendidas entre los 18.000 y los 21.000 reales.

No obstante, a partir del reinado de Carlos III la situación comienza a cambiar, y las cantidades aportadas por este impuesto tienden a aumentar, bien es verdad que muy lentamente: 31.803 reales en 1759 y 51.109 en 1788 para el conjunto de la diócesis, 19.974 y 31.030 respectivamente en el caso del clero gaditano. Este alza se acelerará durante el reinado de su sucesor, debido a la grave crisis experimentada por la Hacienda real: el 25 de julio de 1794 Pío VI concedía a Carlos IV la facultad de imponer un subsidio extraordinario de siete millones, y el 7 de enero de 1795 se le otorga otro de 36 millones de reales. Se da entonces un triple fenómeno: se actualizan los cálculos de los ingresos de algunas instituciones para las cuales se habían realizado estimaciones fijas que no variaron en toda la centuria (como los conventos de religiosos), comienzan a tributar otras que hasta el momento jamás lo habían hecho, y hay un espectacular aumento de la carga tributaria: de los 64.820 reales aportados en 1794 por la diócesis (de los que 40.275 corresponden a la capital) se pasa al año siguiente a 346.889 y 243.306. Los restantes años del siglo contemplan un descenso muy pronunciado de estas sumas, pero seguirán siendo muy superiores a las recogidas en los años anteriores a 1795: en 1799 la diócesis de Cádiz pagó por este concepto la cantidad

de 104.728 reales, de los que 72.859 correspondían a los clérigos gaditanos.

La documentación no nos permite adivinar el que la Iglesia gaditana hubiese protestado alguna vez por el pago de esta contribución. Tan sólo en 1721, y con motivo de un breve papal de 1718 que ordenaba se reintegrasen las cantidades correspondientes a los años en los cuales el Sumo Pontífice suspendió esta gracia, se solicitaba un aplazamiento en el cobro de este impuesto, dado la mala situación económica que por entonces aquejaba al obispado (20).

Debían contribuir a la paga del excusado el obispo, el cabildo catedralicio, el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús, el duque de Arcos y el beneficio de San Pedro situado en la Real Isla de León. Las rentas proporcionadas por esta contribución (cuadro 4) se caracterizan por su gran estabilidad, y tan sólo a partir del reinado de Fernando VI comienzan a aumentar ligeramente. Pero durante todo el período de gobierno de Felipe V la diócesis de Cádiz aportó una media de 20.000-22.000 reales anuales, de los que 10.000-11.000 correspondían a las instituciones eclesiásticas radicadas en la capital. A partir de 1750, sin embargo, el volumen de este impuesto tiende a aumentar, si bien no se conserva documentación posterior a 1761, quizás porque desde el Real Decreto del 19 de diciembre de 1760 esta gracia era directamente administrada por la Real Hacienda (21). Ello nos impide comprobar si esta tendencia se convirtió o no en definitiva.

Los datos que obran en nuestro poder acerca de la percepción de la cruzada en el Cádiz dieciochesco son bastante numerosos, y poseemos sendas instrucciones de la forma en que había de predicarse la bula y cobrar este impuesto fechadas en 1748 (22) y 1782 (23), constando por las Actas Capitulares gaditanas cómo se recibieron Reales Cédulas sobre la publicación de dicha bula en 1717, 1719, 1741, 1746, 1749-1753, 1755-1760 y 1762-1807. En 1761 el importe de las limosnas recogidas en el obispado por medio de la venta de estas bulas ascendió a 247.994,16 reales, si bien la recaudación fue deficitaria, ya que entre los gastos se incluían la impresión de las bulas sobrantes (que hubieron de quemarse), los gastos de administración, la conducción y flete de las bulas a Canarias, y los salarios de los empleados, sumando todo ello un total de 248.445,14 reales (24). En 1799 se repartieron un total de más de 66.000 bulas en la diócesis gaditana (25), si bien no se mencionan los datos relativos a la capital de la misma.

Uno de los arbitrios financieros de este impuesto era el producto

de la venta de los bienes mostrencos (los que no tenían dueño alguno conocido), que eran subastados y adjudicados al mejor postor, correspondiendo una parte del producto obtenido al denunciante. En ciertas ocasiones tuvieron lugar en nuestra ciudad subastas de este tipo: en 1766 era vendida una casa situada en la Plazuela de las Viudas por un total de 57.835,28 reales, de los que 38.557,08 correspondieron al fisco, 17.850,20 al denunciante, y el resto sirvió para pagar las costas de todo el proceso (26).

Los pleitos ocasionados por la percepción de los millones fueron muy frecuentes durante la primera mitad de la centuria: ya en 1705 el chantre don Juan Felipe de Ariño protestaba por el hecho de que en el nuevo reparto se había gravado demasiado al estado eclesiástico (27), y al año siguiente el cabildo catedralicio se quejaba de que pagaba indebidamente esta contribución sobre el cacao, el azúcar y otras especies (28). Para obviar todos estos problemas, en 1716 se firmaba una concordia entre el estamento eclesiástico y la ciudad, según la cual el clero gaditano contribuiría a los servicios de millones del mismo modo que los seglares, comprando las especies correspondientes en las oficinas y puestos que le pareciere, con tal que se le devolviera por vía de refacción al final de cada mes lo que habían contribuido de más por dicho impuesto. De sus cosechas se les darían las cantidades asignadas para el consumo de sus personas y familias, libres de todo derecho de millones, y la asignación anual de vino y aceite para el culto divino estaría exenta del pago de este impuesto (29). Ello, a corto plazo, no acabó totalmente con estos enfrentamientos, puesto que en 1729 el procurador del Hospital de San Juan de Dios se lamentaba de que el Administrador de Millones no permitiese la entrada en la ciudad de una carga de trescientas arrobas de aceite destinadas al culto divino (30), y ello es tan sólo un botón de muestra acerca de la gran cantidad de disputas suscitadas por esta contribución.

Periódicamente, y en momentos en los que el estado de la Real Hacienda era más delicado que de costumbre, las autoridades de Madrid intentaron que el clero contribuyera a las cargas públicas por medio de la concesión de donativos gratuitos, si bien la actitud del estamento eclesiástico gaditano ante estas peticiones no fue idéntica y experimentó grandes cambios a lo largo de la centuria.

Durante la Guerra de Sucesión española, Felipe V se dirigió en repetidas ocasiones al clero de nuestra localidad solicitando su colaboración en el esfuerzo bélico de la monarquía, si bien nunca pudo conse-

guir gran cosa. El 6 de febrero de 1705 se leía en el cabildo catedralicio una petición de esta índole, acordándose que se respondiera al monarca «cómo el Cabildo le dio días ha respuesta a otra en que pedía lo mismo representándole en ella los trabajos de esta ciudad y obispado y las continuas invasiones de los enemigos y particularmente habiendo ellos ocupado Gibraltar que hizo redoble a gravarse más imposibilitar el poder asistir a su Majestad como desea el cabildo, estando las prebendas muy atrasadas y las cobranzas casi imposibilitadas» (31). Dos años después, no obstante, se acordaba ofrecer al monarca un donativo de mano de los propios capitulares, si bien desconocemos su importe, por cuanto el mismo fue aportado de manera individual (32). El cabildo, de hecho, siempre dio al monarca una de cal y otra de arena: en 1712 se mostraba muy reticente a conceder un nuevo donativo, dados «los grandes empeños en que se halla el cabildo siendo en parte el motivo de ellos los servicios que ha procurado hacer a Su Majestad en el discurso de esta guerra» (33), pero en 1713 casi todos sus miembros aportaron algo de dinero con motivo de los gastos ocasionados por el asedio de Barcelona por las tropas borbónicas: el deán, el chantre, el tesorero, el maestrescuela y el canónigo don Alejandro de Fontanilla ofrecieron dar 25 pesos cada uno, y los restantes capitulares ofrecieron cantidades variables que en total alcanzaron la suma de 6.000 reales (34).

No terminaron aquí las peticiones de Felipe V. En 1721, con ocasión de los gastos ocasionados para preservar al reino de la peste de Marsella, el monarca solicitaba una nueva aportación económica, alegando el cabildo en esta ocasión una serie de motivos para justificar su rotunda negativa: «el atraso que padecen las prebendas con la pérdida de Gibraltar, poco valor de los granos, aniquilación de los lugares y tierras con los tránsitos de las tropas por el obispado de la expedición de Ceuta los socorros hechos de que aún se halla empeñado el Cabildo, lo incongruo del estado por la baja de los censos y otros justos motivos» (35). En 1744 correspondió a la diócesis de Cádiz un total de 57.294 reales de un repartimiento concedido tres años antes por el Papa sobre la octava de las rentas del obispado, y de nuevo salió a colación el escaso amor de los eclesiásticos gaditanos por la Real Hacienda, por cuanto que el 3 de enero de 1746, dos años después de la publicación del edicto en el cual se comunicaba esta contribución, Valle ordenaba so pena de excomunión que los eclesiásticos morosos entregasen las cantidades que les había tocado pagar (36).

La situación ha cambiado en gran medida a finales del reinado de

Carlos III, no sabemos si por una mayor concienciación de los eclesiásticos sobre la necesidad de contribuir a las cargas públicas, o un mayor control del fisco estatal, que ya no estaba dispuesto a consentir estas veleidades. En 1780, con motivo de la guerra contra Inglaterra, el cabildo catedralicio aportó la suma de 15.000 pesos procedentes de las rentas de algunos patronatos a fin de conceder a las finanzas regias un préstamo al 3% de interés anual, pero además donó graciosamente y sin obligación alguna por su parte 10.000 pesos más (37). Esta generosidad seguiremos observándola posteriormente: en 1793 el cabildo gastó un total de 8.000 reales para gratificar a todas las personas útiles que se alistaron voluntariamente, acordando además suscribir durante el plazo de tres años veinte acciones del Banco de San Carlos de 1.500 reales cada una con los que se mantendría una compañía de veinte hombres (38).

Un Real Decreto promulgado el 27 de mayo de 1798 ordenaba abrir en España y las Indias dos suscripciones, una de empréstito a la monarquía para cubrir sus elevados gastos, y una segunda de donativo gratuito, instando al clero a contribuir a las mismas. Podemos afirmar que en esta ocasión los eclesiásticos de nuestra diócesis no regatearon medios para ayudar a la monarquía en sus apuros: el obispo don Antonio Martínez de la Plaza ofreció a Carlos IV el producto de la venta de los bienes inmuebles de la mitra situados en Puerto Real, Vejer, Cádiz y Jerez de la Frontera (el monarca, no obstante, solamente aceptó 642 aranzadas de tierra situadas en el término de esta última valoradas en 871.850 reales), el cabildo catedralicio aportó 18.000 reales (2.000 el deán, mil cada uno de los canónigos, cantidades que oscilaron entre los mil y los 250 los racioneros), la Audiencia Eclesiástica 1.250, los curas de la ciudad 2.020, el presbítero don José Sáenz de Santa María (marqués de Valdeñigo) 9.051,10, don Rafael Landáburu 12.000, D. Francisco Sánchez Espinosa 1.000, el colegio de San Bartolomé 3.000... en total, el estamento eclesiástico del obispado gaditano aportó la suma de 102.921,10 reales, de los que 46.321,10 correspondieron a los clérigos de la capital (39). Parecía, a primera vista, que por entonces la Iglesia se había convertido en una sumisa contribuyente a la Real Hacienda... pero las protestas del cabildo catedralicio a finales de la centuria con motivo de las primeras desamortizaciones nos muestran que esta sumisión tenía sus límites.

Como es bien sabido, el decreto del 25 de septiembre de 1798 ordenaba la venta de la mayoría de los bienes raíces pertenecientes a memorias, obras pías, hospicios, hospitales y otras instituciones caritativas; los aún disponibles que pertenecieron otrora a la Compañía; y las pro-

piedades de los seis colegios mayores. Las instituciones así despojadas (excepto los jesuitas) recibirían una renta del 3% anual sobre el importe de la venta, y las fincas se venderían en lotes pequeños en pública subasta, aceptándose como pago vales reales, si bien se daba preferencia a las ofertas en metálico (40).

Desde un primer momento, el cabildo catedralicio gaditano se opuso a estas disposiciones, solicitando al gobernador de la ciudad que se eximieran de las mismas los patronatos y obras pías a su cargo, si bien aquél hizo oídos sordos (41), y las pretensiones de los capitulares se vieron además seriamente dañadas por la promulgación de un decreto que ordenaba no se excluyeran dichos patronatos (42). La táctica del cabildo fue entonces la de dilatar en la medida de lo posible la presentación de la relación de obras pías a su cargo, lo que le valió la reprensión del gobernador de la ciudad (43). Varios meses más tarde, el 12 de abril de 1799, el penitenciario Cayetano María de Huarte protestaba por el hecho de que se estaban subastando las posesiones sobre las que estaban dotadas las capellanías de coro, cuando las mismas no estaban incluidas en las disposiciones gubernamentales, solicitando al obispo su intercesión a fin de evitar estas enajenaciones (44). La tenacidad del cabildo gaditano, a pesar de todo, obtuvo sus frutos, por cuanto en un oficio escrito por el secretario de Hacienda Cayetano Soler, leído a los capitulares el 3 de septiembre de 1799, se disponía se detuviera la enajenación de fincas (45). No obstante, algunas propiedades fueron efectivamente vendidas, anunciándose el 1 de agosto de dicho año la subasta de cinco casas y un corral de pesquería situado en la gaditana playa de La Caleta, pertenecientes todos a capellanías fundadas en la ciudad y valorados en 540.157 reales (46). Pero las mayores enajenaciones de propiedades eclesiásticas corresponderán a los primeros años del siglo XIX, que quedan ya al margen de nuestro trabajo: baste decir que según Richard Herr, el valor de las escrituras de venta de propiedades realizadas hasta finales de 1807 ascendía a un total líquido de más de 138 millones de reales (47) y que en la provincia de Sevilla (en la que se incluía el obispado de Cádiz) se enajenó entre 1798 y 1808 casi la quinta parte de todas las propiedades eclesiásticas (48).

Todo este panorama, a pesar de su brevedad, nos permite concluir que la teórica exención fiscal de la que gozaba el clero gaditano hacía ya mucho tiempo que había pasado a la historia. Durante todo el siglo XVIII la monarquía realizó considerables esfuerzos por aumentar el producto detraído de las rentas de la Iglesia, y podemos decir al respecto

que si hasta los reinados de Felipe V y Fernando VI la carga fiscal se mantuvo en niveles más o menos constantes, la misma aumentó a lo largo del reinado de Carlos III, y, especialmente, durante la última década del siglo XVIII, momento en el que la Corona pretende que los bienes e ingresos del estamento clerical resuelvan la crisis de la Hacienda Real, que desde la guerra contra la Convención se encontraba en una situación muy difícil.

¿Cuál fue la actitud del clero gaditano? La parquedad de las fuentes nos impide el poder llegar a conclusiones precisas, si bien sabemos que el subsidio y el excusado fueron pagados religiosamente, aunque más problemas plantearon los impuestos que tocaban directamente las rentas patrimoniales de los clérigos, como los millones (si bien desde la concordia de 1716 solamente encontramos quejas de particulares y no del estamento en conjunto) y los donativos, a cuya concesión, al menos hasta el reinado de Carlos III, siempre fue muy reacio el clero gaditano. A partir de este momento la Iglesia gaditana cumplió escrupulosamente con sus obligaciones fiscales, y tan sólo la desamortización de 1798 planteó algunas protestas: ya no se trataba de una mayor o menor detracción de sus ingresos en favor de la Real Hacienda, sino de defender las propias bases económicas de la institución.

NOTAS

- (1) 392 seculares (27 prebendados, 1 coadjutor, 7 curas, 7 tenientes, 13 sacristanes, 1 caniculario, 4 campaneros, 254 presbíteros, 14 ordenados in sacris, 64 ordenados de menores), 574 religiosos (55 dominicos, 111 franciscanos observantes, 73 franciscanos descalzos, 75 mercedarios, 85 agustinos, 80 capuchinos, 28 carmelitas, 58 hermanos de San Juan de Dios, 9 filipenses), 107 monjas (40 concepcionistas de Santa María, 37 agustinas de Candelaria, 30 concepcionistas descalzas) (*Censo de Aranda de 1768 en B.R.A.H.*, 9-30-1-6150).
- (2) 467 seculares (14 curas, 32 beneficiados, 10 tenientes de cura, 39 acólitos, 37 sacristanes, 43 ordenados de patrimonio, 224 ordenados de renta eclesiástica, 68 ordenados de menores), 565 religiosos (60 dominicos, 110 franciscanos observantes, 84 franciscanos descalzos, 76 mercedarios, 58 agustinos, 81 capuchinos, 37 carmelitas, 59 hermanos de San Juan de Dios, no se menciona a los filipenses), 110 monjas (44 concepcionistas de Santa María, 35 agustinas de Candelaria, 31 concepcionistas descalzas) (ESPINOSA DE GODOS, E., *Cádiz, lonja europea en el XVIII. Población y sociedad*, Sevilla, 1984, Tesis Doctoral inédita).
- (3) 321 seculares (6 dignidades, 8 canónigos, 12 prebendados, 9 párrocos, 8 tenientes, 211 presbíteros, 9 ordenados in sacris, 19 ordenados de menores, 26 sacristanes, 13 acólitos), 409 religiosos (46 dominicos, 81 franciscanos observantes, 53 franciscanos descalzos, 38 mercedarios, 45 agustinos, 66 capuchinos, 23 carmelitas, 46 hermanos de San Juan de Dios, 11 filipenses), 108 monjas (34 concepcionistas de Santa María, 31 agustinas de Candelaria, 43 concepcionistas descalzas) (Ibidem).
- (4) Calculando 64.838 habitantes, cifra que es la que aparece en el Censo de Aranda de 1768.
- (5) Calculando 71.499 habitantes (PEREZ SERRANO, J., *La natalidad gaditana en la crisis del Antiguo Régimen 1775-1800*, Cádiz, 1986, Tesis de Licenciatura inédita, p. 96).
- (6) Calculando 57.837 habitantes (Ibidem, p. 135).
- (7) SANZ SAMPELAYO, J.F., *Granada en el siglo XVIII*, Granada, 1979, pp. 438 y 441.
- (8) NAVARRO MIRALLES, L., «El cambio de mentalidad», *Historia General de España y América*, vol. X-2, Madrid, 1984, p. 610.
- (9) HERMANN, Ch., «Iglesia y poder: el encuadramiento pastoral en el siglo XVIII», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 6, 1982, p. 142.
- (10) Seguimos la clasificación por barrios de PEREZ SERRANO, J., op. cit., pp. 131-133.
- (11) A.M.C., lib. 1.006 y 1.007.
- (12) A.H.N., Hacienda, lib. 7.496.

- (13) El producto interior de la Corona castellana ascendía a 2.817 millones de reales, correspondiendo 443 al clero (*Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. 3, Madrid, 1974, pp. 1898-1899).
- (14) Su producto total se elevaba a 2.465.377 reales, 2.080.107 en concepto beneficial (2.007.367 casas, 4.500 mesones, 1.980 carnicerías, 33.972 hornos, 8.357 molinos harineros, 20.270 atahonas, 935 estanques de pesca y salinas, 2.726 juros) y 385.270 en concepto patrimonial (376.971 casas, 8.132 hornos, 167 juros) (A.H.N., Hacienda, lib. 7.496).
- (15) 29.030 reales médicos, 2.200 boticarios, 54.000 abogados, 100.529 salarios y administración, 38.266 sacristanes, organistas y músicos (Ibidem).
- (16) A.C.C., Sección 10, Libro de Subsidios de 1799.
- (17) A.M.C., lib. 4.908.
- (18) A.M.C., lib. 4.916.
- (19) Vid. EGIDO, T., «El regalismo y las relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVIII», *Historia de la Iglesia en España*, vol. IV, Madrid, 1979, pp. 162-169.
- (20) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 24, fol. 23.
- (21) *Diccionario...*, vol. 2, p. 889.
- (22) A.M.C., A.C., Año 1747, fols. 23 ss.
- (23) A.D.C., Varios, leg. 115, «Instrucción de la forma y orden que se ha de observar en la publicación y predicación de la bula de la Santa Cruzada en los Reynos de España e islas adyacentes».
- (24) A.D.C., Varios, leg. 42, «Documentos que justifica la data de la liquidación practicada de el procedido de las bulas de la Santa Cruzada de los años de 1762 y 1763...».
- (25) A.D.C., Varios, leg. 115, «Expediente para la publicación, procesión y predicación de la Santa Bula en el año próximo venidero (1799)».
- (26) A.D.C., Varios, leg. 42.
- (27) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 18, fol. 142 v.
- (28) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 12, fol. 128 v.
- (29) A.D.C., Varios, leg. 2.272, «Escriptura de convenio entre el estado eclesiástico secular... de esta ciudad de Cádiz y el Concejo Justicia y Regimiento de la misma ciudad... sobre la forma y modo en la contribución de millones de las cuatro especies...».
- (30) A.D.C., Varios, leg. 425.
- (31) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 18, fol. 147 v.
- (32) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 19, fol. 81.
- (33) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 20, fols. 48v-49.
- (34) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 21, fol. 199.
- (35) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 24, fol. 39v.
- (36) A.D.C., Secretaría, leg. 13.
- (37) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 243v.
- (38) MORGADO GARCÍA, A., «El clero gaditano y las guerras contra la Convención». *V Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*. Cádiz, 1989.
- (39) A.D.C., Secretaría, leg. 42.
- (40) HERR, R., «Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV», *Moneda y Crédito*, 118, 1971, pp. 47-48.

- (41) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 43, fol. 353.
- (42) Ibidem, fol. 356v.
- (43) Ibidem, fol. 365v.
- (44) Ibidem, fol. 379.
- (45) Ibidem, fol. 407.
- (46) A.D.C., Secretaría, leg. 42.
- (47) HERR, R., op. cit., p. 69.
- (48) Ibidem, p. 75.

CAPÍTULO II
LA CULTURAL CLERICAL

2.1. LOS CENTROS DE FORMACIÓN

Durante el siglo XVIII la carrera eclesiástica actual ni siquiera estaba esbozada, y el único *curriculum* más o menos generalizado era el de primeras letras, algunos años de Gramática, tres años de Filosofía, cuatro de Teología Escolástica y otros tres de Teología Moral. Estas disciplinas, empero, podían estudiarse en centros de formación muy variados, y el único criterio que se seguirá a la hora de elegir uno u otro será el de la propia capacidad económica: desde este punto de vista, los hijos de la élite serán quienes en su inmensa mayoría frecuenten universidades y colegios mayores, en tanto que la clase media deberá conformarse con asistir a los colegios jesuitas y los estudios conventuales radicados en el propio lugar de residencia. La formación clerical era por aquel entonces profundamente desigualitaria, y en relación a la misma estarán las posibilidades de promoción posterior: el cabildo catedralicio para los universitarios, los curatos para quienes estudiaron en algún colegio jesuita o al amparo de alguna otra orden religiosa. Tan sólo la existencia de un seminario por el cual debiesen pasar obligatoriamente todos aquellos que pretendieran convertirse en clérigos podría resolver este estado de cosas, pero ello no tendrá lugar en Cádiz hasta el siglo XIX debido a una serie de circunstancias que iremos explicitando a lo largo de este capítulo.

El análisis de los expedientes de *vita, genere et moribus* de 275 eclesiásticos seculares gaditanos (1) nos revela cómo 203 cursaron sus estudios en Cádiz, 46 en Granada, 30 en Sevilla, siete en Osuna, cinco en Córdoba (se da el caso de que muchos de ellos han estudiado en varias ciudades) y algunos en otras localidades de nuestro país. Es de destacar el elevado grado de localismo existente, puesto que son escasos los clérigos de nuestra ciudad que adquirieron su formación fuera de la región andaluza, y aún menos numerosos quienes lo hicieron en el extranjero, situación en la que tan sólo se encuentran don Francisco Javier Roche (tonsurado en 1706) que estudió Latín y algo de Filosofía en la ciudad

bretona de Dôle; don Lorenzo Nueve Iglesias (diácono en 1774), que aprendió Literatura en París; don Teodoro Joseph de Roy (diácono en 1779), que en la misma ciudad estudió Gramática; y don Francisco Luarca (tonsurado en 1733), que asistió a las clases del colegio jesuita de Amberes, en el cual le enseñaron la lengua flamenca. Las variedades cronológicas a lo largo de las dos mitades de la centuria son de muy escasa entidad, destacando al respecto tan sólo el aumento de la importancia de Cádiz (el 67,7% y el 77% de nuestros clérigos estudiaron en la misma en cada una de las dos mitades del siglo), el declive de Córdoba y la ascensión de Osuna, fenómenos todos ellos que tienen lugar en el período posterior a 1750.

La acusada concentración que se aprecia a primera vista se difumina por completo si tenemos en cuenta la gran variedad de instituciones educativas en las que estos individuos se formaron: de un total de 251 clérigos de los que conocemos este dato, sabemos que 43 estudiaron en el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús de Cádiz (2), 87 en el también gaditano convento de Santo Domingo (3) y tan sólo 40 en el seminario de San Bartolomé de Cádiz (y 34 de ellos accedieron al estado clerical después de 1750). Fuera de la diócesis, destacan los colegios granadinos de los Santos Apóstoles (dieciocho eclesiásticos) y del Sacromonte (veinte y uno), junto a la Universidad de Sevilla (dieciséis); apareciendo también, entre otros centros, la Universidad de Granada (dos), la de Osuna (seis), la de Valencia (uno), el colegio de la Asunción de Córdoba (cinco), el colegio granadino de Santa Cruz (uno), los colegios hispalenses de San Gregorio (dos), de los Irlandeses (dos) y San Hermenegildo (uno), el ursonaense colegio de Santa María (uno), etc... La dispersión es evidente, y todo ello nos induce a pensar que lo que cuentan ante todo son las posibilidades económicas: de diecisiete clérigos que asistieron a universidades y colegios extradiocesanos de los que conocemos sus orígenes sociales, tres eran hijos de caballeros de Ordenes Militares, uno de regidor, uno de corregidor, tres de comerciantes, uno de abogado de los Reales Consejos, uno de secretario del Rey, uno de dependiente de las Rentas Reales, uno de oficial de la Contaduría de Marina, uno de sargento mayor, dos de capitanes de infantería, uno de capitán y el último de Familiar del Santo Oficio. Este panorama contrasta fuertemente con el de los dieciocho eclesiásticos que estudiaron en el colegio de Santiago y el convento de Santo Domingo de los que consta la profesión paterna, apareciendo un caballero de Santiago, dos comerciantes, dos abogados de los Reales Consejos, un notario de la Au-

diencia y Curia Episcopal, un oficial de Contaduría de la Casa de la Contratación, un contador, un doctor, un médico, cuatro capitanes y cuatro escribanos. El elenco de profesiones paternas, tal como podemos observar, se caracteriza por un rango social mucho más modesto en líneas generales. Durante gran parte del siglo XVIII la enseñanza clerical se caracterizará por su profundo desigualitarismo, fiel reflejo de las contradicciones de la sociedad estamental en la que se desenvolvía.

El seminario de San Bartolomé (3 bis) no estuvo durante gran parte de la centuria en condiciones de poder remediar este estado de cosas, debido al escaso prestigio de dicha institución. Fundada en 1589 por el prelado don Antonio Zapata y Cisneros, experimentaba una profunda decadencia durante los años cuarenta del siglo XVIII, tal como se refleja a partir de los mandatos de visita de fray Tomás del Valle, que pretendió remediar los abusos más visibles, pero sin atacar las bases del problema (4). Las transformaciones de envergadura sufridas por este centro serán una consecuencia de la expulsión de los jesuitas en 1767, tras la cual Carlos III manifestó un gran interés por la renovación de la enseñanza, lo que también habría de afectar a la formación del clero: fruto de esta preocupación fue la promulgación de la Real Cédula del 14 de agosto de 1768 titulada *Erección de Seminarios Conciliares para la Educación del Clero en las capitales y pueblos numerosos* (5) que pretendía resolver los numerosos problemas sufridos por estas instituciones.

Es en este contexto donde debe situarse la reforma que experimenta el seminario gaditano durante el último cuarto del siglo XVIII. Ya en 1777 el cabildo catedralicio comprobaba que la asistencia diaria al coro de la iglesia catedral (6) distraía notablemente a los seminaristas de sus estudios, encargándose a don Rodrigo Cavallero, rector del mismo, un nuevo plan de estudios, que sería aprobado el 13 de mayo de dicho año por el cabildo de Canónigos in Sacris (7). No será hasta la prelatura de fray Juan Bautista Servera, sin embargo, cuando se inicien las grandes reformas: el 2 de marzo de 1778 escribía una representación al conde de Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla, expresando la necesidad de un seminario conciliar, debido al lastimoso estado en que se encontraba San Bartolomé. Servera proponía que se aplicara a seminario el colegio de Santiago, puesto que en el día el mismo no tenía fijado ningún destino concreto, y una Real Cédula promulgada el 6 de marzo de 1780 concedía al prelado sus peticiones, asignándose como seminario la casa que fue de la Compañía mientras ello no redundase en perjuicio de las enseñanzas de primeras letras y latinidad establecidas en la misma. Como

dotación económica se le otorgaba la vigésima parte de las rentas decimales del obispado y una casa que en su testamento de 1739 había donado don Pedro Grot a los jesuitas, para que con su producto de 36 pesos mensuales se mantuviesen una cátedra de Filosofía y tres de Teología (8), entrega que tuvo lugar por parte de la Junta Municipal de Temporalidades, administradora de los bienes de la Compañía, entre el 7 de agosto de 1780 (fecha en la que se cedía el edificio) y el 23 de marzo de 1784 (momento en que se entregaron los documentos relativos a las propiedades del colegio de Santiago, la vigésima parte de las rentas decimales del obispado y la fundación de don Pedro Grot) (9).

Lo único que quedaba por hacer era redactar un nuevo plan de estudios, que fue elaborado por una comisión formada por el obispo don José Escalzo y Miguel, los canónigos penitenciario don Miguel de Ortega y lectoral don Andrés del Barco, y el gobernador de la ciudad conde O'Reilly. Escalzo presentó un proyecto de estatutos, y las discusiones se centraron en torno a dos puntos muy concretos: el nombramiento del rector y la asistencia de los colegiales al coro de la catedral. Con respecto a la primera cuestión, el cabildo catedralicio opinaba que el Rector debía ser canónigo porque así había sido desde tiempos inmemoriales; pretensión que rechazaba el prelado por cuanto alegaba su libertad de elegirlo (amparándose en el Concilio de Trento) en la persona que creyese más útil para la institución. Por lo que se refería a la asistencia de los seminaristas a los oficios celebrados en la iglesia de Santa Cruz, el cabildo era de la opinión de que el objeto principal del colegio radicaba en ser una fuente de cantores para los oficios celebrados en la catedral, a lo que replicaba Escalzo pretextando que según la bula *Apostolici Ministerii* de 1723 los seminaristas solamente debían asistir a la iglesia los días de fiesta y en las procesiones generales, añadiendo además que debido a la excesiva asistencia de los colegiales a la catedral era muy poco tiempo el que les restaba para dedicarse a los estudios. Una Real Provisión fechada el 17 de marzo de 1785 concedió satisfacción al prelado en la cuestión del nombramiento del Rector; si bien con respecto al segundo punto se disponía que la asistencia de los colegiales al coro debía realizarse única y exclusivamente conforme a las reglas dispuestas por el obispo y los diputados del cabildo en los estatutos que el Consejo de Castilla había aprobado el 27 de enero y el 7 de febrero de 1785 (10), en los que todavía era muy grande la explotación a la que estaban sometidos los seminaristas (11).

Lo más destacado del nuevo Plan de Estudios aprobado por el Con-

sejo de Castilla en 1785 y que dos años después entraría en vigor radicaba en la organización de la enseñanza, contemplándose la existencia de cátedras de Rudimentos y Syntaxis, Propiedad Latina, Filosofía, Prima y Locis, Escritura y Teología Moral, y señalando como libros de texto las obras de los principales representantes de un jansenismo moderado (12): todos los alumnos deberían tener el *Breviario*, el *Catecismo Histórico* y las *Costumbres de Israelitas y Cristianos* de Fleury, *Ejercicio Cotidiano*, *Gramática y Ortografía castellana* de la Real Academia y *Compendio de la Historia de España*; quienes cursaran Filosofía deberían estar en posesión de los *Elementa Philosophiae in Adolescentium Usus* de Altieri, y los estudiantes de Teología tendrían como libros básicos la *Biblia Sacra*, el *Compendium Operis Disciplinis Theologicis* de Laurencio Berti, resumido por Jerónimo María Busco, *Antiquitatem Christianarum Institutiones* de Selvagio, *Apparatus Biblicus*, de Bernardo Lamy, *Eclesiasticae Historiae Breviarum*, de Laurencio Berti, el *Catecismo* de Pío V, las *Instituciones Canónicas* de Selvagio; y la *Retórica* de Fray Luis de Granada (13).

Todas estas reformas tuvieron como consecuencia el gran crecimiento numérico experimentado por el alumnado de dicha institución: si en la primera mitad de la centuria ingresaron en la misma 167 seminaristas, en la segunda serán 333, de los que 190 lo hicieron después de 1780, justo después de las grandes reformas realizadas por Escalzo y Servera (14). San Bartolomé se convertía así en el sustituto de lo que había representado en el terreno educativo gaditano hasta su cierre en 1767 el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús; siendo la intención última de todas estas reformas la conversión del colegio en un paso previo para la enseñanza universitaria, como prueba su adscripción en 1785 a la Universidad Literaria de Sevilla (15). Ello provocó que el seminario no fuese un centro de formación destinado tan sólo a los futuros eclesiásticos, y de hecho tuvo sus puertas abiertas a todos aquellos que desearon ingresar en el mismo. De esta manera, numerosos seminaristas realizaron a lo largo de su existencia ocupaciones que en nada tenían que ver con la carrera sacerdotal y, según los datos proporcionados por los libros de matrículas, tan sólo el 17,8% de los alumnos que ingresaron en la década de 1790 llegaron a recibir el presbiteriado. Existía además en muchos casos una fuerte preocupación por parte de los estudiantes que deseaban convertirse en futuros clérigos, puesto que veían cómo tras el término de sus carreras «se verán en la precisión de despedirse... sin llevar otro destino que el de sus casas, en las que se encontrarán unos enteramente huérfanos, otros con sus madres viudas, y los que no cuentan tan-

ta desgracia tienen a sus padres pobres jornaleros, y por tanto se verán obligados como otros muchos a desamparar la carrera que han empezado con desdoro de la casa que los ha criado» (16), tal como escribían cuatro seminaristas a fray Juan Bautista Servera en 1782. Es cierto que algunos colegiales llegaron a alcanzar puestos de responsabilidad en la iglesia gaditana: el asidonense don Josef García Blanco llegó a ser cura de la parroquia de San Lorenzo en 1803 (17), don Antonio Cabrera se convertía en 1801 en magistral (18)... pero es obvio que tan sólo los alumnos más privilegiados intelectualmente o más afortunados pudieron acceder a tales puestos. Los restantes acabarían sus días como modestos capellanes o, simplemente, como meros tonsurados.

Todo ello nos permite concluir que el Seminario de San Bartolomé no contribuirá a mejorar la formación del clero gaditano hasta el primer tercio del siglo XIX, momento en el que sí se ha convertido en su principal centro de formación intelectual (19). Mientras tanto, el nivel cultural seguía siendo bastante reducido, escribiendo en 1787 al respecto don José Escalzo y Miguel «no creyera que hubiera por lo general tanta falta de instrucción... son entre éstos muy pocos los que se hallan medianamente instruidos en las materias morales y casi ninguno tiene perfecto conocimiento de la latinidad» (20). Fray Juan Bautista Servera y don Antonio Martínez de la Plaza pretendieron remediar esta situación estableciendo las Conferencias Morales (21) en las que los clérigos de las distintas iglesias se reunirían periódicamente para tratar puntos doctrinales o de liturgia, pero las visitas pastorales nos muestran que estas reuniones no se celebraban, denunciando en 1782 el canónigo don Rodrigo Cavallero cómo las mismas no tenían lugar ni en la parroquia de Santiago ni en las auxiliares del Rosario, San Antonio y San Lorenzo (22).

El siglo XVIII finalizaba con una asignatura pendiente para la iglesia gaditana: no se había conseguido uniformar la carrera clerical ni asegurar una digna formación intelectual a todos los eclesiásticos de la ciudad. No obstante, la situación cambiaría extraordinariamente durante los treinta primeros años de la posterior centuria, debido a que es entonces cuando dan fruto las reformas realizadas en el seminario de San Bartolomé, que desde ahora se convierte en el lugar de formación por antonomasia del estamento eclesiástico de nuestra diócesis.

2.2. BIBLIOTECAS Y PINACOTECAS

Existe por parte de los historiadores un acuerdo casi generalizado

(23) en considerar al estamento eclesiástico como uno de los grupos más cultos (considerado en su conjunto) de la sociedad del Antiguo Régimen. En líneas generales esta afirmación es válida para el caso gaditano, si bien con un matiz: la cultura clerical se caracteriza por su elevado grado de conservadurismo, permaneciendo casi totalmente ajena a las novedades intelectuales que tienen lugar a lo largo del siglo XVIII, lo que se refleja tanto en las bibliotecas como en las colecciones artísticas.

	N.º libros	Obj. arte
D. Lorenzo Armengual, obispo (1730)	570	672 (24)
F. Juan Bautista Servera, obispo (1782)	70	19 (25)
D. José Escalzo, obispo (1790)	9	25 (26)
D. Gregorio de Loaisa, racionero (1696)	7	54 (27)
D. Bartolomé de Escoto Bohórquez, chantre (1700)	539	— (28)
D. Sebastián de la Cavallera, racionero (1723)	2	5 (29)
D. Alejandro de Fontanilla, canónigo (1728)	68	6 (30)
D. Antonio Miguel de Palma, racionero (1738)	2	13 (31)
D. Pedro Blandino, presbítero (1706)	43	20 (32)
D. Andrés Conrrado, presbítero (1708)	4	21 (33)
D. Domingo Joseph Pozuela, cura (1726)	165	19 (34)
D. Gaspar Ximénez Parrado, mayord. sem. (1729)	15	31 (35)
D. Manuel Sarmiento de la Peña, presbítero (1730)	14	26 (36)
D. Juan Antonio de Varo, provisor y vicario (1738)	160	— (37)
D. Lorenzo García de la Vega, presbítero (1750)	135	— (38)
D. Juan Martínez, vicerrector seminario (1755)	206	— (39)
D. Francisco de Rocha, presbítero (1759)	50	— (40)
D. Juan Berdot Centurión, presbítero (1763)	19	6 (41)

Por lo que se refiere a las bibliotecas, se observa que en algunas ocasiones su tamaño es bastante considerable, ya que la tercera parte supera el centenar de volúmenes, pero en realidad la variedad temática es bastante reducida.

Comencemos a este respecto por los obispos. La librería de Escalzo no era muy nutrida, si bien sabemos a ciencia cierta que su colección fue donada al colegio de San Bartolomé, por lo que a la hora de su espolio tan sólo se inventariaron tres libros de pontifical, dos tomos de ceremonial, *Ritual Romano*, *Misal Romano*, una estampa de papel del obispo de Pistoia y otra del sínodo que en dicha ciudad tuvo lugar en 1786. Muy voluminosa, por el contrario, era la biblioteca de Armengual de la

Mota, y a juzgar por su contenido, nuestro prelado debió estar dotado de una formación cultural bastante profunda, estando bien representadas las obras de carácter religioso (la *Biblia*, el *Nuevo Testamento*, numerosas hagiografías, los escritos de Vieyra, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, sor María de Agreda, fray Luis de Granada, Santo Tomás de Aquino, Barbossa, la *Flos Sanctorum* de Villegas...), demostrando además una cierta apertura hacia las nuevas corrientes de espiritualidad que comienzan a surgir en la Europa de finales del siglo XVII, como se deduce de la presencia de las *Acta Sanctorum* en una época en que la crítica bollandista aún se encontraba en sus inicios, y el *Catecismo de Montpellier* de Pouget, uno de los ejemplos más significativos del jansenismo francés dieciochesco. Nuestro hombre estaba además muy interesado por la historia, aunque se trata en la mayoría de las ocasiones de cronicones y obras de carácter panegírico; si bien no demostraba esta misma actitud hacia la literatura, encontrando tan sólo algunas obras de escritores españoles del Siglo de Oro (*Guzmán de Alfarache*, Quevedo, Gracián, Calderón, *Novelas Ejemplares*) y de los autores grecorromanos (Esopo, Tácito, Eupercio). La cerrazón mostrada ante las ideas de la Revolución Científica es casi total: un *Curso Chimico* y la *Opera física* de Boyle.

Muy distinta es la biblioteca de fray Juan Bautista Servera (42). Por lo que se refiere a las obras de contenido religioso, llama la atención la ausencia casi total de hagiografías y la escasa presencia de libros de espiritualidad (la única excepción es fray Luis de Granada); si bien son muy numerosas las obras de Teología, muchas de ellas publicadas en el extranjero (Pedro Amato, Danine, Hemno, Lárrega, Reiffenstuel) apareciendo además algunos libros de controversia religiosa, como el *Deísmo refutado por sí mismo* de Bergier y *La Falsa Filosofía* de fray Fernando de Zeballos. El Derecho Canónico monopoliza la mayor parte de las obras de carácter jurídico, y el obispo está muy informado sobre esta materia, encontrando de esta manera a Febronio, Van Espen, Selvagio y Le Tourneux, amén de Agustín Barbossa, Ludovico du Mesuil y Pouget, junto a las obras del galicano Bossuet, como la *Defensa del clero galicano*, amén de una *De potestate ecclesiastica et temporali sive declaratio cleri galicani* de autor desconocido. Menor es su interés por otros temas: casi nulo por lo que se refiere a la historia, a excepción de algunas obras vinculadas a la región levantina (de la cual era originario) y las *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* de Viera y Clavijo. Se encuentran además la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes* y la *Política Sagrada de la Escritura*, ambas escritas por Bossuet, y las *Antigüedades cristianas* de Sel-

vagio. Hay un cierto interés por los planteamientos económicos del gobierno ilustrado, como revela la presencia del *Apéndice de la educación popular* del conde de Campomanes. Pero nuestro prelado muestra el desinterés más completo por la literatura y la ciencia (la única excepción es la *Phisica* del abate Nollet). Lo que más destaca en la biblioteca de este obispo es que la apertura hacia las nuevas corrientes culturales que se observa a través del análisis de la misma no se manifiesta en el conocimiento de los presupuestos ilustrados ni de los avances de la Revolución Científica, sino en la difusión de las doctrinas jansenistas y regalistas.

Este aperturismo es casi inexistente en lo que se refiere a las bibliotecas de los capitulares, si bien es necesario tener en cuenta que tan sólo contamos con ejemplos de la primera mitad de la centuria. De todas maneras, su formación cultural debía moverse por los cauces más tradicionales, como prueba el hecho de que el único capitular gaditano que poseía licencia para leer libros prohibidos era Francisco Melitón de Memige, al cual el 17 de mayo de 1790 el Inquisidor General le concedía la autorización necesaria para que pudiera «leer y releer los libros de filosofía, teología escolástica y dogmática y los de historia eclesiástica prohibidos por el Santo Oficio» (43). Pero parece tratarse de una excepción: Cavallera y Palma, por ejemplo, tan sólo poseían breviarios, y de tema religioso era también la escasa biblioteca de Loaisa. Más nutrida era la librería de Fontanilla, si bien la temática espiritual sigue dominando por completo, estando presentes obras de Santo Tomás, San Francisco de Sales, San Juan de la Cruz, San Bernardo de Claraval, la *Biblia* y San Juan Crisóstomo. Es cierto, no obstante, que hay una cierta representación del derecho (Soto, la *Justicia Eclesiástica* de Padilla) y la filosofía (la *Metafisica* de Suárez y las obras de Aristóteles), pero de todas maneras nos encontramos con un individuo cuya formación intelectual es propia del siglo XVII.

A pesar de su impresionante volumen, la biblioteca del chanfre don Bartolomé de Escoto y Bohórquez está dominada por los mismos contenidos ideológicos. Ciertamente que poseía una amplia formación teológica y jurídica, pero la misma no superaba los planteamientos más tradicionales (el autor más «radical» que encontramos es Palafox). Es interesante señalar que el canónigo poseía los *Adagios* de Erasmo, pero parece tratarse más de una reliquia del erasmismo español del siglo XVI que de la apertura al Humanismo cristiano propia de la Ilustración española. Las obras de historia son muy numerosas, aunque en la mayor parte de los casos se trata de cronicones y de la historiografía panegírica

propia de este período, con numerosos títulos referidos a países exóticos, como revela la presencia de la *Historia de la India oriental*, *Historia y origen de los turcos*, *Historia del reino de Chile*, *Historia de Africa*, *Comentarios del Inca*, *Sucesos de Filipinas*, la *Historia natural de Indias* del Padre Acosta, *Historia del Japón*, etc. No obstante, el canónigo posee también algunos de los primeros monumentos de la historiografía española, como la *Historia de España* del padre Mariana y las *Guerras de turcos y catalanes* de Moncada. Están presentes algunos clásicos grecolatinos (Séneca, Tácito, Estrabón, Plutarco, Plinio, Juvenal, Persio y Pomponio Mela) y españoles (Góngora, *El Quijote*, Tirso de Molina, Quevedo), así como los grandes intelectuales hispánicos del siglo XVII, tales como Saavedra Fajardo (*Empresas políticas*) y Caxa de Leruela (*Restauración de la abundancia de España*). Culturalmente, sin embargo, Bohórquez se mueve por unos derroteros bastante tradicionales.

Por lo que se refiere al bajo clero secular, las librerías más nutridas son las pertenecientes al vicerrector del seminario don Juan Martínez (206 títulos); al provisor y vicario general don Juan Antonio de Varo (160 títulos); y al cura don Domingo Joseph Pozuela (165 títulos), individuos que por sus obligaciones académicas, burocráticas y pastorales respectivamente, debían estar en posesión de un cierto bagaje cultural. El caso del presbítero don Lorenzo García Laso de la Vega es muy engañoso, por cuanto que muchos de sus libros aparecen repetidos en varias ocasiones, y a excepción de quince volúmenes de comedias todos responden a una temática religiosa. A partir de estas bibliotecas relativamente nutridas se abre un abismo bastante considerable, encontrando librerías que incluso no llegan a la decena de libros, propias de simples presbíteros sin cargo burocrático alguno: ¿podría ello indicarnos la existencia de una relación muy directa entre formación intelectual y puesto que se alcanza en la jerarquía? O, planteándonos la cuestión a la inversa, ¿es que el interés cultural de estos individuos estaba únicamente en función de las obligaciones a las que tuviesen que atender?

El predominio de la temática religiosa siempre es abrumador: Pedro Blandino, por ejemplo, poseía cuatro breviarios, y el resto de sus 43 libros son de tema desconocido. El mayordomo del seminario, don Gaspar Ximénez Parrado, tan sólo contaba con obras de este carácter, tratándose en su mayor parte de breviarios, diurnos, ceremoniales y prácticas de confesores, poniendo un tomo de ordenanzas la única nota discordante. El presbítero don Manuel Sarmiento de la Peña tampoco supera este nivel: todos sus libros son de temática espiritual, aunque tam-

bién aparece una *Llave de la lengua francesa*. Por último, don Juan Berdot Centurión solamente contaba con algunos breviarios usados y dieciocho libros de tema no especificado.

Tan sólo contamos con tres bibliotecas de cierta entidad y originalidad, siendo una de ellas la del Provisor y Vicario General don Juan Antonio de Varo Guerrero, eminentemente jurídica, debido a las obligaciones que su cargo conllevaba. A excepción de fray Luis de Granada, las obras de sor María de Agreda y un *Arte griego*, el Derecho Canónico monopoliza su biblioteca.

Muy diferente es la librería del cura don Domingo Joseph Pozuela, propietario de una interesante colección de obras teológicas (*La Biblia*, San Agustín, San Bernardo de Claraval, fray Luis de Granada, sor Juana de la Cruz, fray Luis de León, la *Introducción a la vida devota* posiblemente de San Francisco de Sales, los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola, la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, y los consabidos ejemplos de hagiografías, devocionarios, desengaños del mundo y breviarios), algún ejemplo de Derecho Canónico (*De matrimonios* de Tomás Sánchez; *Durando en el libro cuarto de las Sentencias, las Decretales*) y civil (*Nueva Recopilación*), historia (*Antigüedades de Roma*, *Historia de las órdenes militares*, *Guerras civiles de Granada*), clásicos grecolatinos (*Elementos* de Euclides, Tácito, Horacio, Cicerón, Esopo) y españoles (Gracián y Quevedo); siendo además de destacar la presencia, excepcional desde todos los puntos de vista, de Averroes.

La biblioteca más interesante es, no obstante, la del vicerrector del seminario de San Bartolomé don Juan Martínez, fallecido en 1755. Se aprecia ya una gran apertura a las corrientes culturales del exterior, puesto que si en todos los casos anteriormente citados encontramos como mucho libros en latín, este individuo posee treinta obras en francés y una en italiano, amén de un *Arte griego*, un *Nuevo Testamento en latín y griego*, un *Santerio en griego, hebreo y latín*, un *Arte de Gramática griega* y un *Lexicon griego*, lo que nos revela que nos encontramos ante un políglota de honda formación humanística. Se observa además que nuestro hombre, en una fecha tan temprana como la de 1755, conoce en profundidad las obras de los jansenistas franceses: *Instituciones Eclesiásticas* de Juenin, *Exposición de la doctrina* de Bossuet, *Tratado de la muerte* de Quesnel, *Catecismo de la Doctrina*, *Instrucciones Eclesiásticas*, *Discurso eclesiástico*, *Discurso de historia eclesiástica*, *Costumbres de los israelitas y cristianos* y *Tratado de estudios* de Fleury; obras todas ellas, a excepción de la última, en lengua francesa. Martínez no ha perdido el contacto con la religiosidad

erasmista (Erasmus y Luis Vives están presentes en su librería) y comienza a abrirse a las ideas filosóficas del siglo XVII, como muestra la aparición de *Philosophia lat.* en 8 volúmenes de Descartes. La formación teológica de nuestro hombre, sin embargo, no se limita al conocimiento de los jansenistas galos: encontramos además a los grandes representantes de la Patrística (San Agustín), la Escolástica (San Bernardo, Santo Tomás), la escuela franciscana (Duns Escoto, Gerson) y las consabidas obras de derecho eclesiástico, devocionarios, práctica ritual, etc. Si el interés por la historia es nulo, no sucede lo mismo con los clásicos grecolatinos (una colección impresionante: Plinio, Quinto Curcio, Valerio Máximo, Sófocles, Cicerón, Tito Livio, Terencio, Plutarco, Séneca, Tácito, Sallustio, Aulo Gelio, Dionisio de Halicarnaso), aunque son muy escasos los clásicos españoles representados (San Juan de Avila y Santa Teresa de Jesús).

El análisis de bibliotecas de clérigos, si bien limitado por falta de fuentes a la primera mitad del siglo (con las únicas excepciones significativas de Martínez y Servera) nos revela una cultura anclada en las obras religiosas de carácter más elemental. Muy pocos eclesiásticos trascenderán este tipo de contenidos, observándose en estos casos una cierta preocupación por el derecho, la historia, los clásicos grecolatinos y la literatura española del Siglo de Oro. Pero hasta una fecha relativamente avanzada no encontraremos testimonios de penetración de las ideas jansenistas francesas, y se trata de casos muy aislados: Servera y, especialmente, Juan Martínez, ejemplo muy excepcional por cuanto que se trata de un individuo que es vicerrector del colegio de San Bartolomé, una institución que en 1787 adopta un nuevo plan de estudios en el que es fundamental la presencia de esta corriente ideológica. Ello nos obliga a preguntarnos si ya existía un sector del clero gaditano imbuido de esta ideología antes de la reforma del seminario y, por lo tanto, si la adopción de los nuevos programas pedagógicos no se dio en un contexto ya preparado para ello. En cualquier caso, este caldo de cultivo debe ser más propio de los últimos años del episcopado de fray Tomás del Valle, puesto que durante la primera mitad de la centuria la cultura eclesiástica se moverá por unos derroteros muy tradicionales. Sería interesante comprobar si este modelo de comportamiento persiste en el período posterior a 1750, pero nos faltan fuentes para ello.

Los inventarios de colecciones artísticas nos muestran cómo este predominio de la temática religiosa es aún más acentuado. Por lo que se refiere al bajo clero secular, don Pedro Blandino era propietario de

cinco bodegones y otros quince cuadros de tema religioso (Nuestra Señora de la Concepción, San Juan, San Pablo, San Miguel, San Gabriel, San Antonio, Nuestra Señora del Pópulo, Nuestra Señora de la Concepción y otras devociones sin especificar). Algo parecido le sucede al cura don Domingo Joseph Pozuela: cuatro objetos artísticos de temática indeterminada, dos floreros y otros trece cuadros de carácter devocional (la Vida de Nuestra Señora, Jesús y Mater Dolorosa, San Roque, el Niño Jesús, el Ecce Homo, algunos mártires). Don Gaspar Ximénez Parrado era propietario de catorce láminas de tema no especificado, en tanto que los 17 cuadros restantes siguen inscribiéndose en una iconografía de carácter religioso (Tránsito de Nuestra Señora, la Cena del Rey Baltasar, Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de Regla, Santa Ana, la Adoración, la Natividad, la Inmaculada Concepción, San Francisco de Asís, San Francisco Javier, la Anunciación...). Lo mismo le sucede a don Manuel Sarmiento de la Peña: su colección ascendía a un total de 26 objetos artísticos, de los que tres eran de tema desconocido, y el resto de carácter religioso, siendo la única excepción un retrato del obispo don José de Barcia.

El mismo fenómeno se observa en las pinacotecas de los miembros del cabildo catedralicio: Palma poseía doce cuadros de la Virgen y un San Antonio de talla estofada, Cavallera un lienzo con la Oración del Huerto, otro de San Juan Bautista, una lámina con Nuestra Señora de Belén, otra con la figura de la Magdalena y una imagen de Nuestra Señora del Pópulo. Solamente Loaisa muestra una colección de cierta originalidad: once cuadros paisajísticos, ocho de temática indeterminada y los treinta y cinco restantes de contenido religioso, apareciendo lo que cabría esperar: una imagen de Nuestra Señora de las Angustias, dos lienzos de ángeles, otro de Nuestra Señora de la Soledad, cuadros del Santísimo Sacramento, San Antonio, la Encarnación, la Adoración, los Reyes Magos, el Descendimiento, San Francisco, la Resurrección, San Pedro, Cristo crucificado... Idénticas pautas de comportamiento siguen los obispos, puesto que la temática religiosa domina la colección de Servera, si bien Escalzo posee unos diez cuadros de paisajes y bodegones.

La única pinacoteca de contenido rico y variado es la de don Lorenzo Armengual de la Mota, poseedor de 179 cuadros de temática religiosa, 258 paisajes y bodegones, 14 cuadros de tema mitológico, 51 retratos, 58 temas costumbristas y los restantes de temática desconocida. Nuestro hombre se caracteriza por su gusto escogido y selecto, siendo propietario de obras del Greco (Ara de San Francisco), Alonso Cano

(una imagen de Nuestra Señora con San Juan y un Cordero), Murillo (dos cabezas de muchachos), Carreño de Miranda (un retrato de hombre y un segundo de mujer) y El Bosco (El Incendio de Sodoma y el Infierno), así como copias de Rubens y Aníbal Carracci. El tema predominante es el paisajístico y las naturalezas muertas, encontrando en su pinacoteca numerosas marinas (¿posiblemente holandesas?), bodegones, floreros, fruteros, aves muertas, vistas de Nápoles y Gibraltar... si bien lo religioso, obviamente, juega también un papel muy destacado: la iconografía mariana en sus numerosas advocaciones y las imágenes de Santos y, en menor medida, las escenas de la vida de Jesucristo, aparecen bien representadas. Posee además una numerosa colección de retratos en los que figuran don Pedro el Cruel, Felipe III, el marqués de los Vélez, el cardenal Infante, Felipe V, su esposa María Luisa de Saboya, los papas Inocencio XI, Alejandro XI y Clemente XI... junto a algunas representaciones mitológicas con imágenes de Hércules, Cupido, un atlante, Ceres, Juno, Diana, Venus... Lo que más llama la atención de su colección, sin embargo, es la presencia de numerosos temas costumbristas, cuya sola relación nos indica fehacientemente la riqueza de su pinacoteca: «pintura de hombre al fuego tomando tabaco», «pintura de dos figuras lamentando haberse vertido una jarra de vino», «pintura con un papel de golfa como cantando», «pintura de un viejo y una mujer que le está abrazando», «pintura bebiendo un cántaro con una paja», «pintura de tres viejos tomando tabaco», «pintura de un hombre con un vaso en la mano», «pintura de un niño con un pájaro»... don Lorenzo Armengual de la Mota, obviamente, representa un caso excepcional desde el punto de vista sociológico de los eclesiásticos gaditanos dieciochescos, pudiéndose inscribir netamente en este sentido en el grupo de los consejeros de Castilla.

Pero por muy llamativa e interesante que nos pueda resultar su pinacoteca no debemos, sin embargo, olvidar lo esencial: el escaso interés de los clérigos de nuestra ciudad a lo largo de este período por las colecciones artísticas, que suelen ser de tamaño reducido y escasa variedad, predominando abrumadoramente la temática religiosa.

2.3. LA PREDICACION

La oratoria sagrada en el Cádiz dieciochesco adolece del mismo conservadurismo que ya hemos apreciado en otras manifestaciones de la cultura clerical, tanto en el mensaje impartido como en las fuentes utiliza-

das, que suelen ser la Biblia (son muy citados los Salmos, los profetas más catastrofistas como Ezequiel, Isaías y Jeremías, el Génesis y los Evangelios), autores clásicos, si bien cada vez en menor medida (Séneca es el más empleado), la Patrística (San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, Clemente Alejandrino, San Isidoro, San Leandro y, sobre todo, San Agustín), la Escolástica (San Alberto Magno, Hugo de San Víctor, San Bernardo de Claraval, San Buenaventura, y, por supuesto, Santo Tomás de Aquino)... Son muy escasos, por el contrario, los síntomas de renovación cultural: en 1758 don Joseph Martín y Guzmán apoyaba algunas de sus argumentaciones en las *Costumbres de los israelitas y cristianos* de Fleury y la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes* de Bossuet (44), en 1779 don Joseph Muñoz y Raso se remitía a la autoridad de Feijoo, el papa Benedicto XIV y... Van Espen (45). Pero se trata de casos más bien excepcionales.

Una de las críticas más feroces por parte de los predicadores gaditanos dieciochescos iba dirigida contra la corrupción y la decadencia de las costumbres, oponiéndose a cualquier tipo de diversión que pudiera ser nociva para los creyentes (teatro, toros, bailes, tertulias) y preocupándose además por el incumplimiento de la asistencia a la misa dominical y la falta de respeto que caracterizaba el comportamiento de los fieles en la misma, si bien los edictos que denuncian estos hechos son relativamente tardíos: en 1775 fray Tomás del Valle expresaba su deseo de que «todos vinieran a los templos poseídos de la devoción más fervorosa y que ésta misma brillase en la exterior compostura, los hombres con sus cabezas descubiertas y con ellas honestamente cubiertas las mujeres» (46). Varios años más tarde, en 1783, don José Escalzo y Miguel se lamentaba de «haber llegado el desorden al extremo más lastimoso particularmente en esta ciudad en cuyos sitios públicos se negocia y trafica en los días festivos con la misma libertad que en todo lo demás, teniendo abiertas las tiendas y oficinas sin cerrarlas si no es en algunas horas y esto no por respeto a lo sagrado del día, sino por ocuparlas en otras diversiones incompatibles con su verdadera santificación» (47).

Contra esta degeneración moral pretendieron luchar los predicadores gaditanos, si bien sin demasiado éxito. Un sermón muy interesante que denuncia todos estos comportamientos es el predicado en 1735 por Juan Ventura de Valladares, que comienza (48) refiriéndose a una idea muy tradicional: la de que este mundo es un valle de lágrimas y es una necesidad, por consiguiente, pretender comodidades y regalos en esta vida. Fustiga posteriormente la asistencia a los bailes y comedias, utilizan-

do argumentos de todo tipo para proscribir la asistencia a este tipo de actos, si bien nuestro hombre se permite ofrecer una serie de diversiones alternativas a tan nefastas prácticas de claro sabor epicúreo: «los manjares delicados, las deliciosas bebidas, vestido cómodo, lecho blando, la amistad, la conversación, el paseo, el juego, la chanza, lo frondoso de los campos, lo fragante de las flores, lo bullicioso de las aguas, lo armonioso de las aves y otros recreos semejantes sin que a la prudencia le falte ni se exceda a la moderación como la sal en la comida».

Muy ilustrativo es también un sermón predicado en 1779 por don Josef Muñoz y Raso (49) en cuya opinión Dios es el dueño absoluto del tiempo de los fieles y por consiguiente éste le pertenece totalmente, máxime en los días festivos. La imagen de Cádiz como una Babilonia madre de todos los vicios es reiteradamente repetida, y los blancos principales de sus diatribas siguen siendo los tradicionales: «frecuentar aquellas visitas peligrosas que no permitió en otros días la atención al oficio, a la tienda o al escritorio, para asistir al teatro y al paseo, estancias en donde se brindan a las pasiones la sociedad menos decente y la más arriesgada alianza, en donde se presenta ostentosa la vanidad buscando al fin unos objetos en que congratular torpemente sus sentidos, cuando maquinan otros precipios en que los más cautos se despeñan».

A medida que transcurre la centuria el ambiente de aparente indiferencia religiosa se va acentuando cada vez más, y ello se refleja en el contenido de los sermones. No sólo se renuncia a criticar la asistencia de los fieles a los teatros, los toros, los bailes y las demás diversiones profanas, sino que un puntal tan importante de la práctica católica como es el cumplimiento pascual se ve amenazado, situación que denuncia don Pedro Gómez Bueno en 1785 (50). Ya no se alude a las grandes cargas que implican una correcta vida cristiana sino, para hacer más atractivo el mensaje, a la suavidad de los mandamientos de la Iglesia. Su sermón se dirige claramente contra los defensores de una religiosidad interiorizada (sin duda alguna un sector de la población gaditana veía superfluo el cumplimiento de los mandatos externos de la Iglesia), ya que tras recordar la obligación tenida por cada fiel de comulgar por Pascua en su propia parroquia nuestro orador defiende la entrega de las cédulas que justifican dicho cumplimiento, puesto que «éste es un grande freno con que se contienen en los deberes de su religión aquellos católicos que son obedientes a los preceptos de su madre la Iglesia, y con que muchos pecadores que en el discurso del año se han extraviado, vuelven como ovejas perdidas a reconocer su verdadero rebaño, acudiendo al silvo de sus

pastores que los llaman a hacer la reconciliación con su Dios ofendido. Si no fuera por el medio de esta saludable práctica se olvidarían los fieles relajados de que había sacramentos de confesión y comunión». La gran importancia de este sermón viene dada a nuestro entender por dos hechos: en primer lugar, nos indica una cierta actitud defensiva de la Iglesia gaditana, preocupada ya no por atacar las costumbres mundanas de los fieles, sino por defender la conveniencia de sus propias prácticas. En segundo término, se nota la influencia de la predicación ilustrada (51): si los sermones anteriores rivalizaban en erudición multiplicando las citas bíblicas, patrísticas, tomistas e incluso clásicas, en este último este tipo de alardes eruditos han desaparecido por completo, empleando un lenguaje más sencillo y directo y, en definitiva, menos grandilocuente, ampuloso y barroco.

El abandono de las citas y de los paralelos bíblicos continúa en la obra de Manuel de Cos (52), que sustituye este tipo de comparaciones por otras de carácter antropológico, lo que nos vuelve a indicar la influencia ilustrada, muy preocupada por el conocimiento de los pueblos exóticos y la moral de las culturas que no han conocido la Revelación. Manuel de Cos hace especial hincapié en la penitencia como único medio de evitar la muerte del alma, amenazada siempre por la concupiscencia; e intenta además enfrentarse doctrinalmente a los postulados de la Ilustración, criticando incluso la concepción antropológica rousseauiana («si esto sucede entre nosotros que nos preciamos de ilustrados y obramos por principios de religión, ¿qué sucederá en esas regiones bárbaras e incultas donde los hombres apenas hacen uso de sus facultades intelectuales?»). Su sermón es un magnífico ejemplo de la profunda transformación experimentada por la oratoria sagrada gaditana durante este período: el progresivo abandono de los paralelos bíblicos y greco-latinos para buscar realidades mucho más cercanas a los fieles; cierto aire intemporal por cuanto no se alude ya a hechos ni situaciones concretas, sino que la argumentación se basa en cuestiones de validez imperecedera (no se habla de la asistencia al teatro, los bailes o los toros, sino de la necesidad de regular la propia existencia según los cánones cristianos), lenguaje más sencillo y menos efectista, adopción de un tono más paternal y menos amenazador...

Durante algunas coyunturas muy concretas la influencia de estos predicadores producía en la urbe repentinos arrebatos de religiosidad, siendo una muestra fehaciente de ello las reacciones que tuvieron lugar tras el maremoto de 1755. Ya el 3 de noviembre el obispo Fray Tomás

del Valle, dos días después de este luctuoso suceso, solicitaba al cabildo catedralicio que enviase una diputación a fin de tratar lo que convendría hacer para aplacar la ira divina (53) y al día siguiente el deán don Lorenzo Nicolás Ibáñez Porcio daba cuenta de que el día cinco se celebraría una procesión general con la asistencia de todas las comunidades, cofradías y rosarios de la ciudad, llevando la reliquia del *lignum crucis* y las imágenes de los Patronos. Todos ellos se dirigirían hacia la iglesia de Santo Domingo cantando durante el trayecto las letanías de Todos los Santos, y en el citado templo se celebraría una rogativa y se cantaría una antifona dedicada a la Virgen del Rosario, solicitando su continua intercesión a fin de evitar este tipo de catástrofes. Al día siguiente se celebraría en la catedral un *Te Deum* de acción de gracias (54). Un edicto promulgado por el prelado el 4 de noviembre ilustraba muy bien el estado de ánimo reinante, puesto que llamaba a los habitantes de la ciudad «a penitencia y compunción y llanto de nuestras culpas por medio de ayuno riguroso según las fuerzas de cada uno» (55), y del ambiente que se vivía por entonces en Cádiz son una buena muestra las palabras de don Joseph Martín y Guzmán en un sermón predicado en 1758.

«Todos pueden ser santos si viven conformes al Evangelio. O si hubieran durado aquellos días primeros después del terremoto sin más milagros, revelaciones ni prodigios que respetar los templos, santificar las calles como entonces se hacía, con la honestidad y la modestia, rezando como se rezaba entonces con devoción el Santísimo Rosario, frecuentando con dolor y propósito los Santos Sacramentos, cortando las ocasiones de la culpa, entrando la lección espiritual en lugar de los bailes, riñas y comunicaciones indecentes... ¿No es cierto que ahora tres años hubo en este día una eficaz y pronta reforma de las costumbres? ¿No se resolvió moderar la profanidad de este vestido tan superior a tu caudal y tu fortuna? ¿No se cortaron las comunicaciones indecentes, no se refrenaba la lengua, no se rezaba con fervor el Rosario de María Santísima, no se acudía con edificación a los templos a oír la divina palabra y frecuentar los Santos Sacramentos que apenas se podía entrar en las Iglesias? ¿No es cierto que el más libertino y ateísta si no se convirtió del todo a lo menos se le helaron y estancaron las pasiones en el pecho como las serpientes con la nieve?» (56).

Para Joseph Martín y Guzmán la causa que ha provocado el terre-

moto es muy clara: se trata de un aviso de la divinidad, de un anticipo de lo que puede ser el *Dies Irae* si no se produce una auténtica conversión entre los fieles, y para convencer a los mismos de la verdad de sus alegatos les presenta la santidad como algo muy fácil de conseguir, basando para ello con que persistiera en la ciudad el ambiente que se respiraba poco después del terremoto de 1755.

La crítica de las costumbres de los fieles debía venir acompañada necesariamente de ejemplos alternativos de comportamiento, y esta finalidad es la que tienen los sermones panegíricos. En la mayoría de ellos está presente la idea de que los santos son los intercesores entre Dios y los hombres, aunque se hace más hincapié en sus virtudes y cualidades morales que en su carácter milagrero y su disposición al martirio. Este carácter de intercesión está presente continuamente en el sermón dedicado en 1772 por fray Francisco Ximénez a San José (56 bis), haciéndose nuevamente eco de la conmoción originada por el maremoto de 1755, si bien introduce la posibilidad de que el mismo sea originado por causas naturales, con lo cual se abandona la idea del cataclismo de origen divino. No obstante, la salvación de la ciudad se ha debido única y exclusivamente a la intercesión de este santo y la misma no es gratuita, sino que tiene como finalidad la mayor edificación en las virtudes y el fervor en el sagrado culto, añadiendo al respecto que «si defiende pues del terremoto a Cádiz este protector santo, si la conserva en su esplendor no será otro que el fin de conservarla virtuosa y justificada».

Sin lugar a dudas, una de las figuras más evocadas es la de María Magdalena, ejemplo de pecadora arrepentida que prueba que la conversión se encuentra al alcance de todos los fieles. A ella dedicaba en 1765 un sermón Cayetano María de Huarte (57), que comienza analizando cuál es la causa que motiva el abandono de una conducta réproba, hablando del miedo al infierno como uno de los determinantes y al que considera útil por disponer el alma a la práctica de la caridad. Pero este arbitrio es insuficiente, ya que el verdadero móvil de la conversión ha de ser el amor a Dios, y precisamente ello fue lo que movió a María Magdalena al arrepentimiento. Huarte llega a concederle tanta importancia que declara textualmente: «si amamos a Dios eficazmente y sobre todo como hizo Magdalena no hay duda que por él lograremos ser absueltos».

Esta piedad que concede tanta importancia al amor está relacionada con un espíritu universalista que sale continuamente a relucir en el sermón que en 1778 dedicaba don Antonio Cayetano Borica a San Ignacio de Loyola, hermoso panegírico de este santo (58) predicado en un mo-

mento en el que la Compañía de Jesús ya ha sido expulsada de España, puesto que el mismo «recibe en los brazos de su caridad a el moro y a el turco, a el escita, a el árabe y a el persa, a el etíope y al indio, porque quiere que todos conozcan y amen a Dios». Nuestro hombre se refiere continuamente a las acciones de San Ignacio, muy en línea con el modelo de santidad contrarreformista que le concedía una gran importancia a la eficacia, que prima sobre la mera contemplación mística (59): «establece clases para educar la juventud en letras y en virtud. Labra hospicios para recoger aquellas almas que olvidadas de si mismas estaban expuestas a experimentar su ruina... si oye hablar de la incredulidad de los herejes, de la ignorancia de los infieles y de las malas costumbres de algunos cristianos, con su fervor se apresura para conseguir licencia del Sumo Pontífice y de los monarcas para enviar sus misiones...».

También se intenta inculcar entre los fieles la práctica de unas virtudes concretas, y un ejemplo a imitar en este sentido será el de San Francisco de Asís, considerado en 1773 por fray Félix de los Dolores (60) como un compendio de santidad debido a «su inocencia, su sinceridad, sus austeridades, sus milagros, su elevada sabiduría, su predicación, sus virtudes y maravillosos dones». En contraste con la acción práctica que es la que ha otorgado a San Ignacio la santidad, en este caso lo que se intenta resaltar son unas virtudes de carácter predominantemente ético, que son las que predominan en San Francisco. Todo el sermón se centra así en su profunda humildad, que le lleva a menospreciar las vanidades de este mundo, interpelando a los fieles a que reflexionen acerca de si de verdad merecen la pena las honras mundanas: «a la manera de una tierna flor y de las debilidades de el heno, se marchitará el poderoso en sus caminos. Llorarán los infelices comerciantes de todas estas temporalidades y deleites y con los ayes de su desengaño publicará el que les faltó para mirar con desafecto a un mundo engañoso». En todo el sermón está presente la vieja idea de la glorificación por la humildad, de acuerdo con el viejo adagio neotestamentario de «los últimos serán los primeros».

En alguna ocasión aislada el panegírico del santo en cuestión se realiza por sí mismo, sin pretender presentarlo a los fieles como un modelo de conducta. Así sucede en el sermón que en 1746 dedicara don Eugenio de Guzmán a San Roque (61), que desde muy antiguo era considerado como uno de los Patronos de la ciudad por haberla librado en varias ocasiones de la peste. La comparación con la figura de Cristo está siempre presente, puesto que «viene Cristo al mundo y el mundo no lo

conoce porque no quiso conocerlo... pero a Roque no lo conoció el mundo porque no quiso Roque ser del mundo conocido... ingratos los suyos no recibieron a Cristo... a Roque no lo recibieron los propios, pero sin llegar en ellos la ingratitud a notarse, porque Roque entre ellos no quiso dar a conocerse...».

La adaptación del sermón a las circunstancias se refleja de manera fehaciente en el hecho de que a finales del XVIII los predicadores gaditanos comienzan a referirse a la guerra contra la Francia revolucionaria, que tuvo un carácter de Cruzada muy marcado no tanto por la enemiga contra los *gabachos*, como por representar este país las tan denostadas ideas de la Ilustración. A inicios de este conflicto, justamente en 1793, el religioso capuchino Fidel del Castillo predicaba un sermón rogando por el éxito de las armas hispanas en esta contienda (62) y sus primeras palabras se dirigen a definir el estado de cosas existente en Francia a la que considera «una nación que subsiste hasta el día de hoy para ser el oprobio de la humanidad, la infamia de la razón del hombre, centro de todos los extravíos, atrevimientos y demencias que puede engendrar el corazón humano». Posteriormente define a esta guerra como justa y santa, y siempre late la consideración de Francia como un nuevo Canaán en una doble vertiente: por lo que tiene de tierra de promisión y también de patria de los cananeos, sinónimo de paganos a ultranza, presentando así a España como a un nuevo Israel e increpando a nuestros soldados a que invadan un país «cuyos habitantes son tan gigantes que el resto de los hombres somos en comparación suya como langostas y pigmeos, a este país donde la leche y la miel corren como torrentes de agua por las gargantas de sus montañas donde la fertilidad tiene su asiento, y cuya abundancia está siendo objeto de la envidia de las demás naciones». Pero este sermón está además marcado por un fuerte contenido político, acusando al gobierno revolucionario de anárquico y de constituir una amenaza para la sociedad constituida, abogando por las ventajas que a su juicio presenta un régimen monárquico, a la vez que defiende la necesidad de un gobierno y de la sumisión al mismo en la que los súbditos han de vivir. Es muy significativo que acuse a los filósofos de causar la ruina de «esa nación tan feliz por sus descubrimientos, por sus progresos y por los desengaños que le ha producido la lectura de la Enciclopedia, el Sistema de la Naturaleza, el Espíritu, la Contagio Sagrada, el Emilio y otras obras que un hombre de bien no puede ni aún mirar sin indignación y justamente proscritas en este territorio».

Si en 1793 es una actitud ofensiva la que predomina, las derrotas

militares sufridas en suelo galo y la invasión de Cataluña y Guipúzcoa por los ejércitos de la Convención provocan el repliegue de las tropas españolas, y en esta línea se sitúa un sermón predicado en 1794 por fray Manuel Negrete (63). Intenta llamar ante todo la atención de los fieles acudiendo a las ofensas realizadas por los franceses a la Virgen María, una de las devociones más extendidas en el siglo XVIII español bajo cualquiera de sus advocaciones, aludiendo al primitivo carácter de Francia como «hija primogénita de la Iglesia», de lo que se sigue la tradicional devoción del pueblo galo a la Virgen hasta que los filósofos subvertieron todos estos valores, siendo lo más grave el hecho de que han intentado introducir en nuestro país tan nefastas ideas («bien sabéis los escritos sediciosos, los papeles impíos y las máximas de irreligión que los malvados jacobinos han derramado por nuestra España: sabéis que la primera guerra nos la han hecho con las letras engañosas y con los libros emponzoñados»). El peligro, no obstante, no viene tan sólo del exterior, por cuanto que dentro de nuestro país existe una peligrosa quinta-columna cuya actuación puede ser tan nociva como la de los jacobinos, acabando por rogar a Dios libre a España de todos los males que vendrán con la llegada de los revolucionarios, que acabarán con todas las cualidades del pueblo hispano para «plantar y sustituir en nuestra España el desprecio a Vuestra Majestad Divina, el desprecio de vuestra fe y de vuestros santos sacramentos, el desprecio de Vuestra Santísima Madre y Madre Nuestra la Dulcísima Virgen María, el desprecio de nuestro amadísimo rey, el desprecio de nuestros superiores»... está claro que lo que este sermón pretende ante todo es crear un clima de opinión adverso a las ideas revolucionarias.

Un estudio sobre la predicación en el Cádiz dieciochesco no podría estar completo sin aludir, siquiera someramente, a la acción de Fray Diego de Cádiz. A pesar de su extraordinaria significación no podemos, sin embargo, desvincularlo de su contexto: fray Diego (1743-1801) es uno más de los numerosos predicadores capuchinos que desarrollaron su acción en el siglo XVIII español, como fray Feliciano de Sevilla, fray Manuel de Jaén, fray Jamberto de Zaragoza y fray Francisco de Villalpando; siendo nuestra ciudad uno de los campos predilectos de predicación de esta orden, ya que a finales del siglo XVII aparecía en la urbe fray Pablo de Cádiz, fundador, tras obtener en 1691 la aprobación al respecto del prelado don José de Barcia, de las quince hermandades del Rosario. Asimismo la acción de los capuchinos influyó en cierta medida en la creación de la red templaria gaditana, puesto que gracias a ellos se fun-

daron las iglesias de Nuestra Señora de la Palma y Nuestra Señora de la Pastora, la Capilla de Nuestra Señora del Camino y la Ermita de Nuestra Señora de la Bendición de Dios (64). Su prestigio en la ciudad fue tal que a inicios de la Guerra de la Independencia fray Mariano de Sevilla, prior de la comunidad entre 1807 y 1814, se hizo cargo de la situación tras ser asesinado el general Solano, siendo propuesto incluso como gobernador militar (65).

Tras estos breves antecedentes podemos comprender algo mejor la figura del Beato Fray Diego José de Cádiz aunque, a pesar del interés que ofrece su persona, la mayoría de las biografías que de él se han escrito tienen un carácter sumamente laudatorio y panegírico (66). La mejor visión de conjunto se debe a M. V. López Cordón, que define a nuestro monje como el paladín de la anti-ilustración, continuando así una corriente que ya había iniciado fray Fernando de Zeballos en *La falsa filosofía* (1775-1776). Su mensaje se caracterizó de esta manera por la crítica furibunda contra todas las nuevas modas que se impusieron en el siglo XVIII, como los teatros, las nuevas doctrinas económicas, el afrancesamiento de las costumbres, el progresivo laicismo... Con los acontecimientos posteriores a 1789 esta actitud se endureció aún más, ya que vio en los mismos un castigo divino, convirtiéndose de esta manera en una de las figuras más activas de la predicación contrarrevolucionaria. Todo este bagaje ideológico le llevará al enfrentamiento abierto con los reformistas, como muestra el tantas veces narrado caso Normante. Pero su formación intelectual era bastante deficiente: de los autores contemporáneos solamente conocía a Zeballos y al menos afamado P. Cabra, religioso de su orden que le apoyó en el pleito contra Normante. No obstante, fue un gran conocedor de la Biblia (especialmente el Antiguo Testamento) y la Patrística, fuentes en las que solía basarse para sus sermones (67).

En 1798 fray Diego venía a Cádiz, predicando en la plaza de San Antonio y en los conventos de San Francisco Casa Grande y Capuchinos con gran asistencia de público, exhortando además al ayuntamiento y los magistrados de la ciudad. Debió causar una fuerte impresión en la misma, dados los grandes honores tributados por el cabildo municipal: se acordó que una diputación diese las gracias al guardián de los Capuchinos por la venida del predicador, que en su memoria se donasen al convento 50 ducados anuales, que se colocase una pintura de la Santísima Trinidad en la plaza de San Antonio y que fuese nombrado capellán de honor de Cádiz (68). A su muerte el Cabildo acordó su asistencia a

las honras fúnebres celebradas en su honor (69), buena muestra del afecto, la admiración y la impresión que había causado en el seno de este grupo social.

Pero la tan conocida figura de fray Diego no puede ni debe hacernos olvidar que junto a él docenas y docenas de predicadores se esforzaron por transmitir a los creyentes gaditanos un determinado bagaje ideológico que en cierta medida ha sobrevivido hasta casi nuestros días; fruto de la inmensa tarea de aculturación que desde la Reforma Católica realizara la Iglesia en España en general y en nuestra ciudad en particular.

NOTAS

- (1) Se han analizado al respecto un total de 1.006 expedientes pertenecientes a 534 eclesiásticos seculares nacidos en Cádiz (A.D.C., Ordenes, leg. 25-107).
- (2) Vid. MORGADO GARCÍA, A., *El clero gaditano a fines del Antiguo Régimen. Estudio de las órdenes sacerdotales (1700-1834)*. Cádiz, 1989, pp. 68-69.
- (3) Ibidem p. 69.
- (3 bis) Más detalles en Ibidem, pp. 77-97 y MORGADO GARCÍA, A. «Los alumnos del Seminario de San Bartolomé (Cádiz) 1589-1849», *Gades*, 18, 1988.
- (4) Fueron promulgados en 1741, 1747 y 1748.
- (5) MARTÍN HERNÁNDEZ, F. y J., *Los seminarios españoles en la época de la Ilustración*, Madrid, 1973, p. 129.
- (6) ANTÓN SOLÉ, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, p. 92.
- (7) Ibidem.
- (8) A.D.C., Secretaría, leg. 845, «Copia de las siguientes representaciones de los señores obispos de esta ciudad... solicitando la casa colegio que fue de los Regulares de la Compañía de Jesús...».
- (9) A.D.C., Secretaría, leg. 845, «Testimonio en relación y con varios inscritos del expediente formado... para entregar al Ilustrísimo Señor Obispo de esta ciudad el edificio material del que fue colegio de la extinguida orden de la Compañía...».
- (10) A.D.C., Secretaría, leg. 845, «Copia...».
- (11) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.284, parte II, cap. II.
- (12) Vid. J. Saugnieux *Le jansenisme espagnol du XVIIIe siècle, ses sources et ses composantes* (Oviedo, 1975), M.G. Tomsich *El jansenismo en España* (Madrid, 1972), A. Mestre, *Despotismo e Ilustración en España* (Barcelona, 1976) y F. y J. Martín Hernández, op. cit., pp. 175-178.
- (13) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.284, parte I, cap. VIII y parte III, cap. XIV.
- (14) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.289.
- (15) LEÓN Y DOMÍNGUEZ, J.M., *Recuerdos gaditanos*, Cádiz, 1897, p. 541.
- (16) A.D.C., Secretaría, leg. 33.
- (17) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.289, fol. 27.
- (18) Ibidem, fol. 29.
- (19) MORGADO GARCÍA, A., *El clero...*, p. 144.
- (20) A.D.C., Secretaría, leg. 35.
- (21) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., pp. 57-58.
- (22) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Cádiz año de 1782. Autos hechos con separación de la visita de la Parroquia de Santiago, Iglesias Auxiliares, Casas de Piedad y Hermitas...».

- (23) En Santiago de Compostela en el siglo XVIII, las bibliotecas clericales tenían un tamaño medio de 49 títulos y 81 volúmenes, frente a 18 y 32 respectivamente, las burguesas (BARREIRO MALLON, B., «Las clases urbanas de Santiago en el siglo XVIII. Definición de un estilo de vida y de pensamiento», *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela, 1981, pp. 473-475).
- (24) A.D.C., Varios, leg. 2.296.
- (25) A.D.C., Varios, leg. 2.302.
- (26) A.D.C., Varios, leg. 2.303.
- (27) A.D.C., Varios, leg. 1.172.
- (28) Ibidem.
- (29) Ibidem.
- (30) Ibidem.
- (31) A.D.C., Varios, leg. 842.
- (32) A.D.C., Varios, leg. 869.
- (33) A.D.C., Varios, leg. 1.094.
- (34) A.D.C., Varios, leg. 162.
- (35) A.D.C., Varios, leg. 929.
- (36) A.D.C., Varios, leg. 29.
- (37) A.D.C., Varios, leg. 842.
- (38) A.D.C., Varios, leg. 84.
- (39) A.D.C., Varios, leg. 803.
- (40) Ibidem.
- (41) A.D.C., Varios, leg. 621.
- (42) Vid. MORGADO GARCÍA, A., «La difusión de las ideas jansenistas y regalistas en la España del siglo XVIII. La biblioteca de Fray Juan Bautista Servera obispo de Cádiz (1782)», *III encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1987.
- (43) A.H.N., Inquisición, lib. 1.322, «Registro de los sujetos que tienen licencia para leer libros prohibidos...», fol. 183v.
- (44) B.E.G., MARTÍN Y GUZMÁN, J., *Sermón moral de el día primero de noviembre de este presente año en que se hace anual memoria del Terremoto...* Cádiz, s.a.
- (45) B.E.G., MUÑOZ Y RASO, J., *Sermón moral sobre la verdadera santificación de las fiestas*, Cádiz, s.a.
- (46) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 55.
- (47) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 83.
- (48) B.E.G., VENTURA DE VALLADARES, J., *Voz de divinas verdades contra humanas necesidades*, Cádiz, 1735.
- (49) MUÑOZ Y RASO, J., op. cit.
- (50) B.E.G., GÓMEZ BUENO, P., *Sermón sobre el cumplimiento pascual que manda hacer anualmente la Iglesia a todos los fieles*, Cádiz, s.a.
- (51) Vid. al respecto SAUGNIEUX, J., *Les jansénistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIIIe siècle*, Lyon, 1976.
- (52) B.E.G., COS, M. de, *Sermón moral que el día 6 de febrero del presente año en que se celebra la solemnidad de las cenizas dixo...*, Cádiz, s.a.
- (53) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 33, fol. 237v.
- (54) Ibidem, fol. 238.
- (55) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 26.

- (56) MARTÍN Y GUZMÁN, J., op. cit.
- (56 bis) B.E.G., XIMÉNEZ, Fray Francisco, *Sermón que en la fiesta que annualmente consagra el Ayuntamiento de la Excma. ciudad de Cádiz al Patriarca Sr. San José... predicado por...*, Cádiz, s.a.
- (57) B.E.G., HUARTE, C.M. de, *Sermón de Santa María Magdalena predicado en la fiesta que le hace annualmente la novilísima ciudad de Cádiz*, Cádiz, s.a.
- (58) B.E.G., BORICA Y MUGABURU, A. de, *Sermón Panegyrico-Moral que en la fiesta que a el señor S. Ignacio de Loyola annualmente se consagra... dixo...* Cádiz, s.a.
- (59) Vid. DELUMEAU, J., *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, 1973, pp. 65-73.
- (60) B.E.G., DOLORES, Fray Félix de los, *Sermón... predicado en el día del señor San Francisco de Asís...*, Cádiz, 1773.
- (61) B.E.G., GUZMÁN, E.N. de, *Sermón Panegyrico al glorioso señor San Roque en su hermita de la ciudad de Cádiz*, Cádiz, s.a.
- (62) B.E.G., CASTILLO, Fidel del, *Voces de la religion contra el impío y rebelde sistema de la Francia...*, Cádiz, s.a.
- (63) B.E.G., NEGRETE, Fray Manuel, *Sermón... en acción de gracias a la Santísima Virgen María, su particular bienhechora, en obsequio y desagravio de esta señora*, Cádiz, s.a.
- (64) CAMBIASO Y VERDES, N.M., *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la isla de Cádiz*, Madrid, 1830, vol. 2, pp. 103-107.
- (65) SOLÍS, R., *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1969, p. 289.
- (66) Entre ellas, ALCOBER HIGUERAS, Fray Juan, *Historia de la vida interior y exterior del bienaventurado Fray Diego José de Cádiz* (Madrid, 1894); SEVILLA, L.A. de, *Verdadero retrato de un misionero perfecto: Fray Diego José de Cádiz* (Sevilla, 1862); UBRIQUE, S. de, *Vida del Beato Diego José de Cádiz*, 2 vols. (Sevilla, 1926); MARTÍNEZ VALVERDE, C., *El Beato Diego José de Cádiz: su figura y su obra* (Madrid, 1943), etc.
- (67) LÓPEZ CORDÓN, M.V., «Predicación e inducción política en el siglo XVIII: Fray Diego José de Cádiz», *Hispania*, XXXVIII, 138, 1978.
- (68) A.M.C., A.C., año 1798, fols. 128-134v.
- (69) A.M.C., A.C., año 1801, fol. 414v.

CAPÍTULO III
LOS OBISPOS

Mucho tiempo había pasado desde que en 1263 el papa Urbano IV aprobase la decisión alfonsina de erigir un nuevo obispado en la recién reconquistada urbe gaditana (1). A partir de este momento y rompiendo una vieja tradición histórica según la cual la diócesis formada por la zona meridional de nuestra provincia tenía situada su capitalidad en Medina Sidonia, se inicia la andadura de la diócesis de Cádiz, gobernada en el siglo XVIII por fray Alonso de Talavera (1696-1714), don Lorenzo Armengual de la Mota (1715-1730), fray Tomás del Valle (1730-1776), fray Juan Bautista Servera (1777-1782), don José Escalzo y Miguel (1783-1790) y don Antonio Martínez de la Plaza (1790-1800).

Por aquel entonces el obispo ya había logrado convertirse en la máxima autoridad de la Iglesia gaditana. Lejos quedaban los tiempos en los cuales debió compartir su poder con el cabildo catedralicio, situación facilitada por el absentismo de los prelados que rigieron la sede gaditana entre los siglos XIV y XVI. De hecho, hasta el episcopado de don García de Haro, promovido a nuestra diócesis en 1564, en muy pocas ocasiones los prelados se dignaron aparecer por su obispado, corriendo el gobierno efectivo a cargo de Provisores y Vicarios Generales (2). A partir de Haro, sin embargo, la situación comienza a cambiar, y su línea de acción se inscribe en un contexto de luchas de los obispos españoles por recuperar las prerrogativas usurpadas durante los caóticos siglos bajomedievales por los cabildos catedralicios, con motivo del reforzamiento del poder episcopal que supuso el concilio de Trento. Ello nos explica los continuos pleitos de Haro con el cuerpo capitular gaditano, situación que continuaría aún a lo largo del siglo XVII, si bien en 1700 todos estos enfrentamientos pertenecían ya al pasado (3) y en muy escasas ocasiones volverían a repetirse.

3.1. LOS PRELADOS POST-TRIDENTINOS

Durante gran parte del siglo XVIII la diócesis de Cádiz estuvo gobernada por una serie de obispos que adquirieron su formación humana

e intelectual durante la centuria anterior, estando imbuidos por completo del espíritu contrarreformista. Todo ello acabará provocando a la larga un desfase cada vez mayor entre la mentalidad de estos individuos y las nuevas realidades sociales, económicas y culturales del Cádiz dieciochesco, desfase que llegará a sus máximos niveles durante la prelatura de fray Tomás del Valle.

En 1700 el gobierno episcopal corría a cargo de fray Alonso de Talavera, monje jerónimo promovido el 18 de julio de 1696 a la sede gaditana y en cuyas manos estuvo hasta su fallecimiento el 18 de octubre de 1714. Su labor de gobierno aparece muy difuminada, puesto que no se conserva documentación alguna de este carácter, y es posible que su mal estado de salud explicara su inhibición ante estos temas: en 1705 el dominico francés Juan Bautista Labat lo describía como un hombre anciano y enfermo, «todo el mundo hablaba bien de él, citábanlo como prelado muy bueno, sabio, celoso por la Iglesia de Dios, muy unido a la persona de Felipe V y muy caritativo» (4). Lo cierto es que fray Alonso de Talavera rigió la diócesis durante tiempos muy difíciles: la Guerra de Sucesión Española con la subsiguiente pérdida de Gibraltar, rebaja del interés anual de los censos del 5% al 3% decretada en 1705 por el monarca y que debió mermar considerablemente los ingresos de la Iglesia gaditana, la terrible crisis de subsistencias que tuvo lugar durante el «Gran Invierno» de 1709, la paralización del comercio colonial... pero no sabemos nada acerca de su reacción ante estos hechos ni de si tomó medida alguna para paliar sus efectos.

El 26 de mayo de 1715 era promovido al obispado gaditano don Lorenzo Armengual de la Mota, que siguió gobernando su sede hasta su muerte el 15 de mayo de 1730. Sin lugar a dudas es junto a fray Tomás del Valle el prelado mejor conocido de todo el siglo XVIII gaditano (5) y el único de ellos a quien se le puede aplicar el término de «prelado cortesano» por estar situado sociológicamente más cercano al grupo de los consejeros de Castilla (del que formó parte) que al de los obispos.

Durante los primeros años de su gobierno Armengual desarrolló una notable labor legislativa y pastoral. Se trata de una coyuntura generalizada en todo el país, por cuanto finalizada la Guerra de Sucesión los obispos y el gobierno de Madrid intentan reformar los abusos más visibles existentes en el seno de la Iglesia española, culminando todo ello con la promulgación de la bula *Apostolici Ministerii* en 1723 (6). Es muy probable que Armengual perteneciera a este grupo de prelados que, como el celeberrimo cardenal Belluga, intentaron llevar a cabo una acción

reformadora: la visita que en 1717-1718 realizara de su diócesis debió ponerle en contacto con la situación real del obispado y ello le permitiría promulgar numerosas medidas de gobierno entre los años de 1715 y 1719, que se ciñen en torno a tres aspectos muy concretos.

En primer lugar se intenta controlar de una manera más estricta el acceso al estamento eclesiástico, para lo cual en 1715 regula el interrogatorio al que debían someterse los pretendientes a las sagradas ordenes (7), añadiendo una serie de normas complementarias en 1717 (8). A él se le debe además la promulgación del «Edicto y comisión para los que se han de ordenar de corona y grados», que sistematiza el interrogatorio y actualiza el importe de la congrua anual necesaria. Todo ello va sin duda alguna encaminado a limitar el número de individuos que pretendieran ingresar en el estamento eclesiástico, si bien estas medidas se quedaron tan sólo en buenas intenciones.

Se pretende además asegurar un control más estricto en el nombramiento de los capellanes a fin de evitar los numerosos abusos con que se había enfrentado durante su visita pastoral: un edicto promulgado en 1719 exigía a los patronos que nombraran personas dignas para este oficio, denunciando además cómo «ocurriendo vacantes de capellanías eclesiásticas colativas de sangre no habiendo persona eclesiástica de la familia y aunque la haya habiendo otra en mejor grado, siendo labrador o teniendo otro ejercicio secular y sin haber precedido estudiar ni tener ánimo de ser eclesiástico», por lo que ordenaba en consecuencia que los futuros capellanes debían tener al menos recibida la primera tonsura y una edad de catorce años (9).

Su acción va encaminada por último a controlar en mayor medida la vida religiosa de los fieles, empleando para ello un medio típicamente post-tridentino como es una reglamentación más severa de la práctica sacramental: en 1717 promulgaba un edicto en el que se ordenaba se hiciera constar la legitimidad de los bautizados (lo que iba dirigido contra los nacimientos ilegítimos y, en última instancia, contra las relaciones sexuales extramatrimoniales) (10) y dos años más tarde daba una serie de normas de buen gobierno de la diócesis en las que insertaba algunas instrucciones concretas para la celebración de los matrimonios (11).

A partir de 1719 Armengual abandona casi por completo esta labor legislativa y es aquejado por el «mal de la piedra»: desde este momento sus preocupaciones se centrarán en la fábrica de la iglesia auxiliar de San Lorenzo, construida para subvenir las necesidades espirituales de los fieles residentes en el gaditano barrio de la Viña, y cuya erección absorbe-

rá gran parte no sólo de su tiempo, sino también de sus rentas: entre 1722 y 1729 se recogieron un total de 976.278 reales destinados a la fábrica de dicho templo, de los que el prelado aportó 519.700, frente a los tan sólo 3.000 proporcionados por el cabildo catedralicio (12). A su muerte en 1730 Armengual era enterrado en su amada iglesia, en justa recompensa por su continua dedicación hacia ella.

Don Lorenzo Armengual de la Mota constituye un magnífico ejemplo de individuo de origen relativamente humilde que ascendió socialmente gracias a sus méritos en el seno de la única institución que por entonces podía asegurar dicha promoción como era la Iglesia, y que una vez llegado a la cumbre participa por completo de la mentalidad del grupo social dominante. Buena muestra de ello es la fundación que hiciera en 1719 de un mayorazgo a favor de su hermana doña Jacinta Armengual de la Mota, marquesa de Campoalegre, a quien le sucedería como beneficiario su sobrino don Bruno Armengual de la Mota, hijo de aquélla. Se disponía asimismo que a la muerte de los titulares del mayorazgo se fundaran cinco capellanías y un patronato de obras pías, administrado éste último por el deán y los canónigos doctoral, magistral y lectoral de la sede malagueña, cuyas rentas se destinarían a comprar cera y ornamentos para la iglesia de San Pedro de Málaga, dotar tres fiestas anuales a los santos apóstoles Pedro y Pablo, al Santísimo Cristo de las Penas y a San Lorenzo; la compra de ropa para las viudas y huérfanos del malagueño barrio de Los Percheles (en el cual había nacido), la redención de cautivos cristianos en manos musulmanas y la dote de doncellas pobres naturales asimismo de Málaga (13). Cuando hizo donación de todos sus bienes a su hermana, con la clara finalidad de evitar el espolio de los mismos a su muerte, su riqueza fue valorada en un total de 1.367.618 reales (14). Todo ello nos dice mucho acerca del *modus vivendi* de este magnífico prelado que, a pesar de su carácter cortesano y nobiliario, representa la culminación de la Reforma Católica en la diócesis de Cádiz.

Fray Tomás del Valle, promovido en agosto de 1730 y fallecido el 19 de febrero de 1776, domina gran parte del siglo XVIII gaditano. Es el único prelado de esta centuria cuya labor de gobierno ha sido analizada con una cierta profundidad (15), por lo que nos abstendremos de referirnos a ella. De indudable talla humana, la labor de este dominico al frente de la diócesis es menos positiva: hombre de carácter débil, hubiera sido sin duda alguna un magnífico religioso y un prior excepcional, pero su actuación como prelado dejó bastante que desear. Se centró

fundamentalmente en las tareas benéficas, y con su relativa inacción permitió que la situación interna del clero gaditano sufriese una cierta relajación, con motivo de la prosperidad económica que durante estos años vive la urbe (y que debió traer consigo un cierto ambiente de frivolidad) y la llegada de numerosos eclesiásticos forasteros. Nos da la impresión de que ante tan graves problemas Valle permaneció siempre a la defensiva. Hombre conservador por naturaleza, fue uno de los escasos obispos españoles que osaron oponerse a la expulsión de los jesuitas (16) a la vez que apoyó el culto al Sagrado Corazón de Jesús (17), devoción considerada durante aquella época como sospechosa debido a su vinculación con la Compañía. Todo ello nos muestra que se trata de un individuo con una formación típica del siglo XVII y que no comprende en absoluto los grandes cambios sociales, económicos y culturales que durante aquellos momentos estaban teniendo lugar en Cádiz. De sus edictos se desprende siempre un tono paternal y conciliador, sin decirse nunca a implantar medidas concretas: en 1736 (18) y 1770 (19) se ordenaba a los curas de la ciudad que administraran por sí mismos los sacramentos, en 1742 exhortaba cariñosamente a los fieles al aprendizaje de la doctrina cristiana (20), en 1756 (21) y 1764 (22) promulgaba algunas medidas contra los eclesiásticos forasteros, pero por ninguna parte se observa un deseo de renovación: se trata, simplemente, de mantener a la Iglesia gaditana en las pautas de comportamiento postridentinas en las que él se había formado, inhibiéndose casi por completo de las dos grandes asignaturas pendientes en el Cádiz de aquellos momentos: la reforma del Seminario de San Bartolomé (se limitó a promulgar algunos mandatos de visita en los años cuarenta, pero sin emprender acciones de envergadura) y la ampliación de la raquífica red parroquial de la urbe. Todo ello dejaría una pesada hipoteca para el futuro.

Es cierto que a partir de los años sesenta se notan ciertos síntomas de renovación, pero éstos no parten del obispo, sino de una serie de medidas emanadas de la autoridad real que nuestro prelado acata escrupulosamente. Una de las primeras plasmaciones del reformismo carloterista en nuestra diócesis será la celebración de la sinodal de 1769, que pretendió por medio de uniones y desmembraciones de beneficios incongruos asegurar una decente manutención al estamento eclesiástico gaditano, si bien las resoluciones tomadas cayeron muy pronto en el olvido (23).

De hecho, a la muerte de fray Tomás del Valle en 1776, la diócesis se enfrentaba con numerosos problemas. No es por ello extraño que el

cabildo de canónigos in Sacris intentase mejorar la situación del clero y de los fieles, desarrollando al efecto una notable labor legislativa: reforma de las procesiones de Semana Santa en 1776 y 1777, tímidos intentos de reforma del seminario y creación del Colegio de Santa Cruz que sustituiría a aquél como fuente de cantores para el coro de la Catedral, edicto contra los eclesiásticos forasteros promulgado en 1776... todo ello responde a una preocupación reformista cuyos grandes ejes son la mejora de la formación intelectual del clero, la lucha contra las formas religiosas barrocas y el intento de eliminar de una vez por todas la plaga que suponían los eclesiásticos forasteros (24). Pero la actitud reformadora del cabildo catedralicio tenía, no obstante, sus limitaciones, por cuanto nunca actuaría en contra de sus propios intereses ni permitiría que los mismos fuesen lesionados... todo ello se encuentra en el origen de los enfrentamientos habidos entre los capitulares gaditanos y los obispos que sucedieron a fray Tomás del Valle, especialmente don José Escalzo y Miguel.

3.2. UNA COYUNTURA REFORMISTA

A partir de 1750 la élite de la Iglesia española se ve afectada por vientos de reforma, influyendo en esta actitud las formulaciones doctrinales de los galicanos franceses (Bossuet y Fleury), los reformadores toscanos (Escipión de Ricci) y el movimiento erasmista. Estos prelados innovadores, como Joseph Climent y Antonio Tavira, hicieron un especial hincapié en la formación intelectual del clero, la reforma de la predicación y la lucha contra las supersticiones populares, y esta tendencia reformadora alcanzó sus más altas cotas en el decenio de 1780, debido a la llegada de una nueva generación de obispos reformistas en 1770-1780 y la influencia de las ambiciosas reformas que en 1786 pretendieron llevarse a cabo en el Sínodo de Pistoia (25).

Esta actitud estuvo representada en nuestra diócesis por fray Juan Bautista Servera y don José Escalzo y Miguel. El primero ya había sido anteriormente titular de la sede canaria, donde inauguró el seminario conciliar y fundó una sociedad económica de Amigos del País, una academia de agricultura, otra de dibujo y la congregación de la Doctrina Cristiana (26), siendo promovido al obispado gaditano el 12 de mayo de 1777, donde moría el 26 de enero de 1782. Por lo que respecta a don José Escalzo y Miguel, antiguo consejero de la Suprema y General Inquisición (había sido fiscal en la famosa causa contra don Pablo de Ola-

vide) (27) se convertía en obispo de Cádiz el 18 de julio de 1783, falleciendo el 17 de marzo de 1790.

La acción de ambos prelados es muy difícil de separar por cuanto parece que puede hablarse de un programa global de reformas seguidas indistintamente por uno y otro, pudiendo resumirse las grandes líneas directrices en los siguientes puntos: en primer lugar, la lucha contra las formas de religiosidad barrocas, y a ello responde la reforma de las procesiones de Semana Santa decretada por Escalzo en dos edictos promulgados en 1789 (28) y 1790 (29), así como la supresión que el mismo hiciera en 1784 de los Rosarios Callejeros (30), si bien fueron restablecidos en 1790 por el cabildo de canónigos in Sacris (31). Pero todo ello sería inútil sin asegurar una mayor instrucción religiosa de los fieles, y con esta finalidad fundaba Servera en 1778 la congregación de la Doctrina Cristiana (32), apoyándose al mismo tiempo nuevas formas de piedad más intimistas, como la Escuela de Cristo. Se pretende además reformar la estructura parroquial de la ciudad, una de las líneas más ambiciosas del gobierno de Escalzo y que tan amargas luchas hubo de costarle con el cabildo catedralicio. Finalmente, se intenta mejorar la situación moral del clero: establecimiento por parte de Escalzo de una casa de corrección de costumbres en Chiclana (33), limitación en 1787 de la recepción de la primera tonsura a los individuos instruidos en la gramática y la lengua latina (34) y, sobre todo, fomento de su formación intelectual: a ello se deben las reformas que Servera y Escalzo realizarán en el seminario de San Bartolomé que culminarían con el plan de estudios de 1787 y el establecimiento por fray Juan Bautista Servera de las conferencias morales (35).

La actitud de estos prelados reformistas, especialmente la de Escalzo, provocó las iras del cabildo catedralicio, duramente tocado en dos puntos muy queridos: el control que hasta entonces había detentado sobre el colegio de San Bartolomé y la persistencia de la iglesia de Santa Cruz como única parroquia de la ciudad. Y no sólo el cabildo estuvo en contra de nuestro prelado, puesto que a partir de una carta escrita al conde de Floridablanca el 16 de agosto de 1785 adivinamos que Escalzo se ganó la animadversión de todo el estamento eclesiástico gaditano e incluso de los fieles (36).

Tras el fallecimiento de Escalzo en 1790, era sucedido el 29 de noviembre de dicho año por don Antonio Martínez de la Plaza, que en 1785 había sido nombrado obispo de Canarias, sede en la cual se ocupó preferentemente de los aspectos benéficos (37). Por aquel entonces la co-

yuntura era completamente distinta: al Despotismo Ilustrado sucede la reacción conservadora y el «pánico de Floridablanca», temiéndose la irrupción de las novedades revolucionarias en nuestro país, en tanto que el movimiento jansenista ha despertado los recelos de los sectores eclesiásticos más moderados con motivo de la condenación papal del Sínodo de Pistoia. A ello se le añade la fuerte crisis económica que atraviesa la ciudad, y ello motiva que el prelado se vuelque en las tareas benéficas, en las que muestra una gran dedicación y un afán racionalizador que se pone de manifiesto en la organización de la Hospitalidad Doméstica: la presidencia de la misma corría a cargo del obispo, que estaba al frente de las juntas generales, en tanto que a los curas de la ciudad les correspondía la presidencia de las celebradas en sus respectivas parroquias. A inicios de cada año tendría lugar una junta en cada feligresía, que nombraría a cuatro diputados encargados de abrir los cepillos de las parroquias donde se almacenaban las limosnas de los fieles y de recoger las notas y memoriales que informasen dónde había enfermos que atender. Los curas y diputados examinarían sus necesidades y les suministrarían sin demora alguna los correspondientes auxilios. Esta institución se sostendría básicamente con las limosnas de los fieles, si bien el obispo proporcionaría mil reales mensuales, y los curas y diputados procurarían convencer a los particulares de la necesidad de ayudar a la Hospitalidad. La misma inició su funcionamiento el 1 de enero de 1793 (38), recogién-dose hasta 1810 1.694.738,03 reales de limosnas y atendiendo a 54.965 enfermos (39). Se procuró siempre conseguir la mayor racionalización del gasto que fuera posible, y en 1798, por ejemplo, de un total de 71.567 reales a los que ascendieron las limosnas recogidas, 64.758 se invirtieron en el reparto de socorros a los enfermos necesitados y solamente 878 en gastos de administración, empleándose las sumas restantes en pagar medicamentos y asistencia sanitaria (40).

Ese mismo año se creaba una junta con la finalidad de proporcionar trabajo «a aquellas clases a quienes la suspensión total del comercio y navegación tiene reducidas a la mayor estrechez», recogién-dose entre el 22 de abril de 1798 y el 20 de marzo de 1800, 466.883,20 reales de limosnas, de los que 234.179,11 se gastaron en jornales pagados a los trabajadores, 47.537,11 fueron asignados a los menestrales empleados en la construcción de la nueva cárcel, 171.495 en el reparto de 71.342 hogazas de pan y tan sólo 5.320 se invirtieron en gastos de administración (41). Ambas instituciones, como se observa, estuvieron sabiamente organizadas y debieron desempeñar una tarea bastante eficaz.

Don Antonio Martínez de la Plaza tuvo tiempo además de fomentar algunas iniciativas piadosas, fundando la escuela de María para mujeres (42), trasladando la procesión realizada con ocasión de la festividad de San Sebastián a su ermita, situada en las afueras de la ciudad y que se había convertido prácticamente en una romería popular, a la iglesia de San Lorenzo (lo que constituye la última medida tomada contra las formas de religiosidad barrocas) (43) y preocupándose de la formación intelectual del clero al restablecer las conferencias morales (44). Las iniciativas de envergadura, no obstante, ya han desaparecido: tras la muerte de Martínez de la Plaza en 1800, el país no estaba en la mejor situación para ello debido a las guerras contra Inglaterra, la gravísima crisis financiera de la Hacienda Real, las primeras desamortizaciones y la invasión de España en 1808 por las tropas francesas. Con Antonio Martínez de la Plaza moría el reformismo de los obispos gaditanos, justo en el momento en que un nuevo siglo se iniciaba.

3.3. EL STATUS DE VIDA

Los libros de subsidios nos permiten una cierta aproximación a los ingresos anuales de los obispos gaditanos, a pesar de las numerosas fluctuaciones observadas en los mismos como consecuencia de las variaciones experimentadas por el volumen anual de las cosechas, por cuanto que el diezmo constituía uno de los ingresos fundamentales (cuadro 5). La cifra media de ingresos conoce de esta manera la siguiente evolución: un estancamiento en torno a los aproximadamente 130.000 reales anuales en 1700-19 y en torno a los 170.000-200.000 entre 1720 y 1769, pero a partir de este momento las rentas anuales de los prelados se disparan con rapidez: una media de 235.000 reales en los años setenta, 250.000 en los ochenta, más de 400.000 en los noventa: desmesurado aumento explicable sin duda alguna por la inflación que a finales del siglo XVIII sufren los precios agrícolas. Debemos señalar, no obstante, que si bien estas rentas eran considerables en relación al estamento eclesiástico gaditano, eran muy reducidas en comparación con la mayoría de los prelados españoles, puesto que tan sólo los de Ceuta, Guadix y Almería percibían, dentro de la Corona castellana, ingresos anuales inferiores a los de los obispos gaditanos (45).

¿Cuál fue la base económica de nuestros prelados? Las propiedades de la mitra eran muy escasas: algunas tierras en el término municipal de Jerez de la Frontera que apenas llegaban a una superficie total de 650 aran-

zadas, una huerta en la villa de Vejer, otra en las afueras de Cádiz, y una casa que Escalzo compró en Puerto Real (46). Se trataba de unos bienes de insignificante entidad, puesto que entre 1784 y 1788 el importe total del arrendamiento de las propiedades agrícolas de los obispos gaditanos tan sólo ascendía a 18.000 ó 19.000 reales anuales (46 bis). Todo ello nos lleva a la conclusión de que la base económica de aquéllos radicaba, obviamente, en la percepción del diezmo, del que eran uno de sus grandes beneficiarios (47). Su monto anual era muy variable (cuadro 5) dependiendo, lógicamente, de la coyuntura agrícola. Por lo que respecta al diezmo en maravedises, percibido en metálico, su importe experimenta en la primera mitad de la centuria un cierto estancamiento del que se sale, no obstante, a partir de los años setenta, y a finales del siglo XVIII proporcionaba a los prelados gaditanos unas rentas anuales medias superiores a los 250.000 reales. Más irregular es la evolución del diezmo de trigo y cebada, pero en líneas generales alcanza sus valores más elevados en las décadas de 1720, 1740, 1750 y, sobre todo, en el decenio de 1780, momento en el que los obispos de nuestra diócesis recaudan anualmente unas 8.700 fanegas de trigo y 1.100 de cebada.

El status de vida de estos individuos era, pues, bastante elevado. Los bienes de un prelado considerado austero, como lo fue ciertamente fray Tomás del Valle, fueron valorados en 1776 en un total de unos 37.000 reales (48), en tanto que los de Armengual de la Mota fueron apreciados en 1730 en 54.494 (49), los de fray Juan Bautista Servera en 1780 en 351.472,14 (50) y los de don José Escalzo y Miguel en 1790 en 34.346,10 (51). Y tengamos en cuenta que solamente se evalúan los bienes muebles, no propiedades de mayor crematístico como fincas rústicas y urbanas que, a excepción de fray Juan Bautista Servera, no poseyeron los prelados gaditanos a título patrimonial.

Los inventarios post-mortem de nuestros obispos permiten hacernos una idea de su elevado tren de vida, apareciendo en los mismos abundantes objetos de plata, pinturas y libros, lujoso mobiliario, carricoches para su servicio particular... Armengual era propietario de un reloj de mesa con su campana, una docena de sillas de Inglaterra, un escritorio de ébano y carey, dieciocho sillas de madera de cedro o nogal, un bufete de caoba, varias alfombras (52)... en el inventario post-mortem de Escalzo encontramos abundantes reservas alimenticias acumuladas, indicio por sí solo de un alto nivel de vida: sesenta fanegas de cebada, 52 arrobas de aceite, tres arrobas de vino, cuatro fanegas de garbanzos, 203 libras del tan indispensable chocolate, 130 botellas de vino, 34 arrobas

de tocino, tres arrobas de vinagre... amén de varios muebles de caoba (cómoda, papelera, canapé, mesa), 36 taburetes de nogal y, como detalle exótico, diez platitos y dos tazas de chinería (53).

El ejemplo más representativo, sin embargo, es el de fray Juan Bautista Servera: no sólo se encontró tras su fallecimiento una suma relativamente crecida de dinero en metálico (algo más de diez mil reales), sino que era además propietario de una huerta situada en las afueras de la ciudad con cultivos de hortaliza, cebada y frutales, amén de un buey, una vaca, una ternera y cuatro caballos; que fue valorada en 31.995 reales, debiendo añadirse otros 195.629 en los que fueron apreciadas unas casas que el prelado había mandado labrar en dicho terreno. Y volvemos a encontrar un mobiliario rico y abundante: dos papeleras, una mesa de caoba, cinco cenefas de salón, ocho cenefas doradas, cincuenta y seis taburetes de caoba, veinte y seis sillas de Holanda, una cornucopia (54)...

Los obispos constituían, sin el menor género de dudas, la élite económica del clero gaditano. Es cierto que sus inversiones benéficas y pastorales eran muy elevadas, pero todavía les quedaba lo bastante como para llevar un tren de vida que la mayoría de sus ovejas, con toda seguridad, envidiarían. Pero a pesar de su confortable existencia material, en ningún momento se dejaron llevar por el derroche y la fastuosidad, siendo, por el contrario, buenos administradores de una riqueza que en *ultima ratio* procedía del cotidiano quehacer de los habitantes de nuestra diócesis, que en muchas ocasiones se beneficiaron de la administración digna y honesta que los prelados gaditanos llevaron a cabo de sus elevadas rentas.

3.4. LA VICARÍA GENERAL DE LA ARMADA DEL MAR OCEANO

Desde finales del siglo XVII el obispo de Cádiz es además Vicario General de la Armada del Mar Océano, aunque entre 1705 y 1717 su rango desciende al de Teniente Vicario por delegación de don Carlos de Borja y Centellas, que durante este período ejercía la jurisdicción eclesiástica en el Ejército y la Marina. Nuestros prelados siguieron ostentando este cargo hasta que en 1761 era nombrado Vicario General Castrense el cardenal Espínola de la Cerda (55).

Para auxiliar al obispo en sus funciones se nombraron una serie de tenientes vicarios, delegándose este cargo en diciembre de 1732 en la per-

sona de Pérez Rendón, con el cometido de atender «a la dirección de los capellanes y evacuación del crecido número de expedientes y causas eclesiásticas que se originaban en la referida armada».

En 1765 se fijaba la dotación de capellanes para el departamento de Cádiz en un total de 34, número que en 1773 ascendía a 42. La mayoría de ellos estaban asignados a las distintas embarcaciones de la Armada, puesto que en la urbe existía la práctica de que fuese un capellán en todo navío con una tripulación de treinta hombres, repartiéndose los restantes destinos en acuartelamientos y hospitales de Marina.

La situación moral de los capellanes de Marina siempre fue bastante lamentable, puesto que debido a las malas condiciones de vida y los bajos salarios pagados era bastante difícil encontrar aspirantes idóneos para cubrir estos puestos, y de hecho tan sólo accedían a los mismos aquellos eclesiásticos con una deficiente formación intelectual o que carecían de beneficios. Es fácil deducir que los capellanes de la marina constituían la hez del clero gaditano, y que es en el seno de este grupo donde se dan los casos de inmoralidad más graves: en 1738 el capellán don Simón Félix Rangel fue acusado de violar a una muchacha en la localidad onubense de Gibraleón y de volver a seducirla cuando la misma se estableció en Cádiz, por lo que hubo de disponerse su encarcelamiento (56). Las quejas sobre el mal comportamiento de estos sujetos siempre fueron muy frecuentes, y de hecho se vieron envueltos en numerosos procesos por su carácter pendenciero, su inmoralidad sexual y sus costumbres aseglaradas: en 1744 un capellán de la Marina era acusado de vivir amancebado con la mujer de un soldado en Cartagena de Indias (57), ese mismo año se denunciaba a otro por vestir aseglaradamente y tener una concubina (58), en 1746 un tal Terencio Duffy agredía violentamente a una mujer en una taberna de Cartagena de Indias (59)...

Fray Tomás del Valle siempre manifestó un gran interés por la asistencia religiosa y las condiciones de existencia de los marineros, así como por la situación de los trabajadores del Real Arsenal de la Carraca, instando al capellán de su iglesia a una continua asistencia de su empleo procurando el aseo y limpieza del templo, asegurar el cumplimiento pasual de los obreros y tropa del arsenal y la asistencia a los enfermos, intentando evitar la sodomía, el concubinato, la prostitución, la no asistencia a los sacramentos y la blasfemia (60).

NOTAS

- (1) Vid. MANSILLA, D., «Creación de los obispados de Cádiz y Algeciras», *Hispania Sacra*, X, 1957.
- (2) Vid. SÁNCHEZ HERRERO, J., *Cádiz: la ciudad medieval y cristiana*, Córdoba, 1981, p. 225.
- (3) Vid. GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, F., *Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada*, Amsterdam, 1690, pp. 548-550.
- (4) LABAT, J.B., «Viajes del Padre Labat en España (1705-1706)», en GARCÍA MERCADAL, A., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. III, Madrid, 1962, pp. 133-134.
- (5) A pesar de su carácter acientífico vid. BLANCA CARLIER, J.M., «De pescador a Vicario General de la Armada», *Revista General de Marina*, Vol. 179, 1970. Algunos datos interesantes en FAYARD, J., *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, 1982, pp. 126, 129 y 512; y KAMEN, H., *La guerra de Sucesión en España (1700-1715)*, Barcelona, 1974, pp. 225, 277-278 y 377-378.
- (6) MESTRE, A., «Religión y cultura en el siglo XVIII español», *Historia de la Iglesia en España*, Vol. IV, Madrid, 1979, p. 612.
- (7) A.D.C., Secretaría, leg. 1, Edictos manuscritos, número 6.
- (8) A.D.C., Edictos impresos, número 5.
- (9) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 7.
- (10) A.D.C., Secretaría, leg. 1, Edictos manuscritos, número 7.
- (11) A.D.C., Secretaría, leg. 1, Edictos manuscritos, número 9.
- (12) A.P.S.L., Cuentas de construcción de la obra (1722-1730).
- (13) A.D.C., Varios, leg. 2296, «Autos del espolio de los bienes quedados por fallecimiento del Excelentísimo señor Lorenzo Armengual de la Mota».
- (14) Ibidem.
- (15) Vid. ANTÓN SOLÉ, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, pp. 65-78.
- (16) MESTRE, A., op. cit., p. 626.
- (17) LASTRA Y TERRY, J., *Cádiz trimilenario. Historia de Cádiz*, Barcelona, 1980, p. 130.
- (18) A.D.C., Secretaría, leg. 7.
- (19) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 37, fols. 69v-70.
- (20) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 21.
- (21) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 27.
- (22) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 38.

- (23) Vid. MORGADO GARCIA, A., «La Santa Sinodal de 1769. Un intento de mejora del status material del clero secular gaditano», comunicación presentada a los *IV Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1988.
- (24) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., pp. 79-93.
- (25) CALLAHAN, W.J., *Church, Politics and Society in Spain 1750-1874*, Harvard U.P., 1984, pp. 68-72.
- (26) SAUGNIEUX, J., *Un prelat éclairé: don Antonio Tavira y Almazán (1737-1807). Contribution a l'étude du jansenisme espagnol*, Toulouse, 1970, pp. 127-128.
- (27) Vid. DEFOURNEAUX, M., *Pablo de Olavide. El afrancesado*, México, 1965.
- (28) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 90.
- (29) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 92.
- (30) A.H.N., Consejos, leg. 17.129, «La Congregación del Rosario establecida en la Real Capilla de Nuestra Señora del Pópulo de la ciudad de Cádiz sobre la que no se la impida ni inquiete en la procesión en que refiere hallarse de salir públicamente por las calles de aquella ciudad cantando el Rosario», fol. 14.
- (31) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 96.
- (32) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., p. 57.
- (33) Ibidem.
- (34) A.D.C., Secretaría, leg. 35.
- (35) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., p. 57.
- (36) Seleccionamos de ella los párrafos más significativos: «El pernicioso lujo que tantos progresos ha hecho en esta nación ha caminado más rápidamente en Cádiz... no hay voces para explicar lo sensible que es a los buenos ciudadanos que se haya introducido igualmente en lo espiritual y sagrado y así claman por el remedio. Lo procuré poner el obispo luego que llegó a su obispado y se dedicó a cortar abusos y mejorar la disciplina dando oportunas providencias para que en el culto se observase la mayor regularidad, modestia y circunspección... El obispo por medio de un edicto arregló los días en que se había de exponer a Su Majestad, señaló el número de luces con que se debía iluminar el altar y la moderación decorosa con que debía adornarse... Los canónigos, señor, de su Iglesia, aunque con disfrazado disimulo empezaron a seducir a los incautos y persuadir a todos a que no eran piadosas semejantes providencias, y con su mal ejemplo y práctica de su Iglesia que en nada ha observado lo que manda este prelado en este y otros particulares han conseguido indisponer a muchos del pueblo con el obispo y que miren sus órdenes con indiferencia y con una frialdad muy perjudicial a sus almas.

Los regulares, señor, son los que más han ultrajado la dignidad episcopal diciendo y haciendo contra lo que ha mandado el obispo. Tienen los frailes en Cádiz una especie de comercio con los frecuentes expuestos que hacen en las iglesias de modo que con el más leve pretexto habiendo quien suelte tres o cuatro pesos se manifiesta Su Majestad ¿pero cómo y por qué? sin devoción y por los pesos... Todos no han observado sus órdenes como deben y los franciscanos han resistido a ellas abierta y totalmente. En las demás iglesias hay bastante inobservancia de lo que manda el obispo por persuasiones de muchos de los canónigos y particularmente de los fieles.

Salían en Cádiz muchos rosarios de noche con excesivo número de costosos faroles, con música teatral y con un libertinaje y (?) la escandalosa de hombres y

mujeres y frailes. Se cantaban en ellos salves glosadas, se estafaba sacando por fuera crecidas limosnas y después de brindar a las damas que salían a los balcones por cantar alguna salve (al modo que un torero brinda cuando va a poner un par de banderillas) se pillaban su peso duro o más... en los entierros y honras funerales se da una profusión excesiva y grande acompañamiento... en los bautismos hay infinito desorden y lujo... en las confirmaciones se experimentan crecidos gastos y el mayor lujo: cada niño lleva su padrino, este costea el coche para ir a la iglesia, visiten al niño, pagan el refresco y otros gastos que los más no pueden sobrellevar sin otros prejuicios que acarrear los compadrazgos que aquí son visibles, teniendo noticias de esto el obispo avisó por medio de carteles que ninguno llevase padrino ni madrina pues tenía personas de carácter destinadas para que lo fuesen de todos. ¿Y qué sucedió? que después de haber ido quince días continuos a las iglesias sólo se confirmaron algunos pobres y se vio precisado a tolerar la costumbre de llevar padrinos.

Se puede asegurar, señor, que no hay pueblo en España donde se vea tanto libertinaje y escándalo mezclado con el culto que exige la religión. Vuestra Exce-lencia conocerá lo abominable y perjudicial que es esto a la nación en un lugar donde residen tantos extranjeros que al observarnos ven que en la adoración a nuestro Dios hacemos poco en espíritu y en verdad y que lleva toda nuestra atención de aparato y pompa exterior» (A.H.N., Consejos, leg. 17.129, «La Congregación del Rosario...», fols. 8-9).

- (37) SAUGNIEUX, J., op. cit., p. 128.
- (38) B.E.G., *Erección de la Congregación de feligreses para la hospitalidad doméstica*, Cádiz, s.a.
- (39) B.E.G., *La Hospitalidad doméstica*, s.l., s.a.
- (40) A.D.C., Secretaría, leg. 40.
- (41) A.D.C., Secretaría, leg. 50.
- (42) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., p. 58.
- (43) B.E.G., *Resolución del Ilustrísimo Señor Don Antonio Martínez de la Plaza... sobre el arreglo de la festividad y procesión () a la ermita del Glorioso Mártir San Sebastián...*, Cádiz, s.a.
- (44) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., p. 58.
- (45) HERMANN, CH., «Les revenus des évêques espagnols au dix-huitième siècle (1650-1830)», *Melanges de la Casa de Velázquez*, X, 1974, p. 171.
- (46) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., pp. 60-62.
- (46 bis) A.D.C., Varios, leg. 2303 «Autos generales del espolio (1790)...», fol. 82.
- (47) Sobre el diezmo en nuestra diócesis vid. TRAVERSO RUIZ, F., *Riqueza y producción agraria en Cádiz durante los siglos XVI y XVII*, Cádiz, 1987.
- (48) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit., p. 127.
- (49) A.D.C., Varios, leg. 2296.
- (50) A.D.C., Varios, leg. 2302.
- (51) A.D.C., Varios, leg. 2303.
- (52) A.D.C., Varios, leg. 2296, «Autos del espolio de los bienes quedados por fallecimiento del Excmo. Sor. Lorenzo Armengual de la Mota», fols. 357-360 v.
- (53) A.D.C., Varios, leg. 2303, «Cádiz año de 1790. Autos generales del espolio...», fols. 89-90.

- (54) A.D.C., Varios, leg. 2302, «Autos grales. del espolio del Ilmo. Señor D. Fr. Juan Bautista Servera», fols. 55ss.
- (55) Para esto y lo que sigue, MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, P., «Cádiz. El Vicariato de la Armada del Mar Océano en el siglo XVIII», *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna (siglo XVIII)*, vol. 1, Córdoba, 1978.
- (56) A.D.C., Varios, leg. 3019, doc. 20.
- (57) A.D.C., Varios, leg. 3016.
- (58) Ibidem.
- (59) Ibidem, doc. 66.
- (60) A.D.C., Varios, leg. 3015, doc. 4.

CAPÍTULO IV
EL CABILDO CATEDRALICIO

El cabildo catedralicio gaditano se erigió conjuntamente con la sede episcopal tras la conquista alfonsina de la urbe, si bien la documentación que ha sobrevivido de esta época, exhaustivamente estudiada por Sánchez Herrero (1), es muy escasa. En 1266 se fijaba su número en seis dignidades, diez canonjías y cuatro raciones, si bien en la bula promulgada por Alejandro VI en 1502 se permitía la creación de dos nuevas canonjías, que se convirtieron en ocho medias raciones (2). En la época que nos interesa, pues, el cabildo catedralicio estaba formado por seis dignidades (deán, arcediano de Cádiz, arcediano de Medina, tesorero, chantre y maestrescuela), cuatro canonjías de oficio (Doctoral, Lectoral, Magistral y Penitenciario), seis canonjías simples (3), cuatro raciones, ocho medias raciones, veinte capellanes y el correspondiente número de cantores, servidores y músicos.

El problema de las capellanías de coro estuvo presente en algunas ocasiones a lo largo del siglo XVIII. Durante la prelatura de D. Diego del Castrillo (1673-1676) se redujeron a un total de veinte las existentes en la catedral, proporcionando una renta anual de doscientos ducados. No obstante, la rebaja del interés anual de los censos decretada en 1705 por Felipe V produjo un brusco descenso de estos ingresos, y en 1743 algunos canónigos escribían a fray Tomás del Valle protestando «de que ha resultado haberse proveído muchas capellanías separadas y llenarse el coro de mozos sin el carácter del sacerdocio tan conveniente a la decencia y decoro de la Santa Iglesia y muchos sin voz que es lo más necesario y poca ciencia de canto llano verificándose que hay capellanes en número pero no los hay en sustancia y que en la multiplicidad está la residencia y el coro está defraudado porque como la renta poca es su asistencia ninguna». Para obviar estos males, el prelado promulgó un edicto en Puerto Real el 23 de diciembre de 1743 por el cual se establecían dieciséis veintenías con una renta ligeramente superior a los 200 ducados anuales. La provisión de las mismas se realizaría por medio de oposiciones en canto llano, y el cabildo estaba obligado a elegir y presentar el sujeto que considerase más idóneo, tras haber examinado públicamen-

te en el coro a los opositores, prefiriéndose como capellanes a los colegiales de San Bartolomé, especialmente aquéllos que hubiesen concluido sus estudios. Como contrapartida, los capellanes estaban obligados a la asistencia al coro, procesiones y demás funciones litúrgicas, pudiendo perder su oficio si su absentismo se repetía. Varios años más tarde, tras un breve papal promulgado por Clemente XIII el 16 de mayo de 1763, un edicto episcopal del 17 de noviembre de 1764 disponía reunir en una masa común las veintenas existentes para crear veinte capellanías de coro con una renta de cuatro mil reales y una carga de cien misas al año (4).

Pero los capellanes de coro no eran propiamente hablando miembros del cabildo catedralicio: según el P. Alvarez, tan sólo pertenecen a este grupo los canónigos y las dignidades (5), si bien nosotros incluiremos también a racioneros y medioracioneros por participar plenamente de su *modus vivendi*, que es lo que interesa en un análisis más sociológico que jurídico como es el nuestro. El cabildo catedralicio gaditano estaba formado, pues, por un total de veinte y ocho prebendas: la élite cultural y económica, tras el obispo, del estamento eclesiástico de nuestra ciudad.

4.1. LA PROVISIÓN DE LAS PREBENDAS

El estudio de estos aspectos se enfrenta con el grave problema de que es muy escasa la documentación que se ha conservado del cabildo catedralicio gaditano anterior al saqueo inglés de 1596. Sánchez Herrero menciona que las condiciones exigidas para acceder a algún canonicato eran las mismas que en el resto de la corona castellana (6), por lo que será necesario acudir a paralelos comparativos. En un típico obispado castellano como lo era Segovia, antes de conferirse un beneficio debía constar si el candidato era idóneo en todo lo referido a edad, buenas costumbres, formación y estado clerical. Las dignidades que llevasen aneja la cura de almas, solamente serían otorgadas a aquellas personas que tuviesen una edad de 25 años, estuviesen ordenadas in sacris, dotadas de la formación y ciencia necesarias y sus costumbres fuesen honestas y decentes. Por lo que se refiere a los canónigos y dignidades sin cura de almas, debían ser clérigos idóneos y mayores asimismo de 25 años. El Concilio de Trento estableció que en las catedrales donde fuese posible todas las dignidades y la mitad de los canónigos habían de ser maestros, doctores o licenciados en Teología o Derecho Canónico (7). Hasta el Concordato de 1753, las dignidades, canonjías y medias raciones eran provistas por la Santa Sede cuando quedaban vacantes en alguno de los

ocho meses apostólicos del año (enero, febrero, abril, mayo, julio, agosto, octubre y noviembre), en tanto que cuando la misma se producía en los meses ordinarios (marzo, junio, septiembre y diciembre) su provisión correspondía al obispo y al cabildo. Desde 1753, los meses otrora de competencia papal pasan a ser de nombramiento regio. Este esquema, en líneas generales, es aplicable al caso gaditano, con la excepción de algunos privilegios de los que en su momento haremos alusión.

Alfonso X de Castilla, por ejemplo, reservó a los naturales de la ciudad las raciones, siendo confirmado este privilegio por Sancho IV en 1284 (8). Los pleitos ocasionados por el mismo fueron, sin embargo, muy frecuentes: ya en 1572 el obispo don García de Haro se opuso a esta gracia, si bien el auto del 19 de julio de 1574 confirmaba las pretensiones de la ciudad (9). Esta medida, no obstante, no pudo evitar que aún en el siglo XVIII las mismas tuvieran alguna contestación: el 17 de febrero de 1707 el procurador mayor, don Felipe Mazón y Blanco, informaba al cabildo municipal acerca de las pretensiones de fray Alonso de Talavera de nombrar como coadjutor de una ración a un foráneo, alegando el prelado que «han poseído las dichas prebendas diferentes forasteros y naturales de que hay muchos ejemplares sin que se haya protestado» (10) no pudiendo contarse tampoco con el apoyo del cabildo catedralicio que, a pesar de ciertas discrepancias al respecto, manifestó estar conforme con las pretensiones del obispo por cuanto que los privilegios de la ciudad coartaban la libertad de jurisdicción eclesiástica (11). Este pleito fue resuelto por una Real Provisión del 29 de marzo de 1708 que ordenaba se respetara el privilegio alfonsino (12), nuevamente confirmado por la Real Cédula del 12 de enero de 1759 (13). Pero en una Iglesia cada vez más mediatizada por el poder real las pretensiones de la oligarquía municipal gaditana no tenían demasiado futuro: el 14 de febrero de 1792 Carlos IV nombraba como racionero a don José García Durán y ello le valió las protestas del procurador mayor de la urbe gaditana, acogiéndose al mencionado privilegio (Durán era forastero) (14), por lo que la monarquía decidió acabar con esta cuestión al promulgar una Real Orden el 5 de mayo de 1792 en la que se disponía que la provisión de las raciones en naturales de Cádiz tan sólo tendría lugar cuando las mismas vacaran por fallecimiento del titular, pero no por promoción del mismo (15).

No terminaba aquí la intervención del cabildo municipal en la provisión de las prebendas, ya que en muchas ocasiones recomendaba a algunos sujetos para la obtención de las mismas. El ejemplo más repre-

sentativo es, sin duda alguna, el de don Cayetano María de Huarte, que al ser hijo del regidor don Juan Huarte fue insistentemente apoyado por el cabildo municipal: el 1 de diciembre de 1763 se le proponía para una canonjía (16), el 12 de marzo de 1766 para una prebenda (17), el 22 de diciembre de 1768 para la dignidad de chantre (18), el 13 de noviembre de 1778 para el deanato (19), el 9 de julio de 1781 para una prebenda vacante (20). Pero, en contraste con este permanente apoyo, Huarte solamente obtenía una ración en 1783, y cuatro años más tarde la canonjía penitenciaria.

Una segunda manzana de la discordia la constituyó la provisión de las medias raciones. Un indulto apostólico promulgado por el Papa Alejandro VI el 3 de diciembre de 1502 concedía al cabildo catedralicio la provisión de todas las vacantes en cualquier tiempo y modo que se produjesen, si bien este privilegio quedó un tanto recortado cuando en 1654 se firmaba un convenio entre el obispo y el capítulo gaditano, según el cual cuando las medias raciones vacaran en febrero, abril y agosto su provisión correspondía al prelado, y cuando lo fuesen en junio, octubre y diciembre al cabildo. Pero en el siglo XVIII las amenazas ya no vendrán por parte de los prelados, sino de la monarquía, dispuesta por todos los medios a defender los derechos obtenidos en el Concordato de 1753.

Treinta años más tarde, Carlos III nombraba racionero a Cayetano Huarte, quedando vacante la media ración de la que era poseedor. El cabildo catedralicio alegó el derecho que le correspondía de su provisión, pero sus apelaciones fueron completamente ignoradas y el monarca eligió a José María Belloni para cubrir la vacante. Cuando en 1786 moría el medioracionero don Agustín Ergui, el cabildo gaditano decidió actuar por su cuenta y riesgo y nombró como nuevo beneficiado a D. Nicolás Madera, lo que no fue del agrado de las autoridades de Madrid. Un nuevo pleito se planteaba cuando en 1793 Carlos IV pretendía proveer una media ración vacante, aunque en este último caso el enfrentamiento se resolvió por medio de una concordia firmada por el obispo y los capitulares el 2 de mayo de 1794 en la que se acordaba que la presentación de las ocho medias raciones correspondía al monarca, siempre que vacaran en los ocho meses reservados, en tanto que cuando quedasen libres en los restantes meses del año el nombramiento correspondería al obispo y al cabildo previa consulta a la Real Cámara, concordia que fue aprobada por ésta (21).

Finalmente, las canonjías de oficio eran provistas por medio de oposición, quedando fijadas las condiciones de la misma en una bula expe-

dida por el Papa Gregorio XIV el 5 de noviembre de 1622, remitiéndose a su contenido todos los edictos llamando a la provisión de dichos cargos: se exigía así que los candidatos fuesen licenciados o doctores en Teología o Derecho Canónico y tuvieran una edad mínima de treinta años.

Los concursos a estas canonjías siempre fueron muy reñidos, puesto que en un total de diecisiete cuyo desarrollo ha llegado hasta nosotros (22) se presentaron 119 candidatos, con una media de 5,5 por oposición en la primera mitad del siglo y de 8,3 en la segunda, lo que nos indica que conforme transcurre la centuria el obtener alguna canonjía en la sede gaditana se convierte en algo más deseable. Es muy variado el oficio desempeñado por estos hombres: hay un elevado número de presbíteros (treinta y cinco) sin ningún tipo de cargo administrativo ni de *curae animarum*; tan sólo ocho curas (lo que nos indica que el paso de cura a capitular estaba muy restringido), un diácono, ocho clérigos de menores y otros tantos tonsurados; once son abogados de los Reales Consejos, catedráticos de alguna Universidad, rectores de algún seminario o beneficiarios de algún cargo administrativo en el aparato eclesiástico (provisores, vicarios...) o inquisitorial... y, lo que más nos llama la atención, una veintena son capitulares. Ello podría aparentemente hacernos suponer que una prebenda en la Iglesia gaditana era algo muy apetecido, pero no debemos engañarnos, puesto que en su inmensa mayoría se trata de racioneros o medioracioneros gaditanos que lo que buscan es ascender en la jerarquía; o canónigos procedentes de diócesis españolas que ocupan una posición aún inferior a la de Cádiz en el *cursus honorum* eclesiástico: de esta manera nos encontramos con capitulares de Guadix y Ceuta e incluso a representantes de las colegiadas de Jerez de la Frontera, Osuna, Antequera y Ubeda.

No obstante, el nivel cultural de estos individuos es bastante elevado, ya que nos consta que 24 eran licenciados y 86 doctores, aumentando considerablemente el porcentaje de éstos a medida que transcurre la centuria. La inmensa mayoría han cursado sus estudios en universidades, especialmente las andaluzas: Sevilla y Granada en la primera mitad del siglo XVIII, en la segunda se les añade Osuna. Otras universidades, por el contrario, fueron menos frecuentadas: encontramos entre las mismas a Baeza, Oñate, Orihuela, Valencia y México. Es curioso señalar además cómo si en la primera mitad de la centuria Avila ofrece una cuarta parte de los opositores, en la segunda ha decaído casi por completo (tan sólo el 6,6%) y muy significativo que casi nadie haya estudiado (excepto dos que lo hicieron en Salamanca) en las grandes universidades de

la corona castellana, Salamanca y Alcalá de Henares, posiblemente porque se tratara de individuos demasiado solicitados por las administraciones civil y eclesiástica como para que desearan acabar sus días en una diócesis poco apetecida por su carácter excéntrico y el relativamente escaso importe de las rentas gozadas por sus prebendados (23).

Al igual que en numerosas sedes españolas, también en la de Cádiz se exigía la limpieza de sangre para acceder a las prebendas catedralicias. Ignoramos el momento concreto en el que se implantaron estas condiciones, aunque podemos suponer que fueron poco después de haberlo sido en la catedral de Toledo en 1556. La única normativa legal que hemos encontrado sobre esta cuestión es una Real Cédula promulgada el 29 de enero de 1786, que apenas ofrece datos de interés (24).

Una vez cumplimentados todos los requisitos necesarios se tomaba posesión de la prebenda en cuestión, que tenía lugar según un ceremonial muy detallado: en 1778, por ejemplo, el medioracionero don Juan Yvisa «entró en la sala capitular... y puesto de rodillas delante de el señor presidente tocando una santa cruz hizo el juramento de guardar los estatutos y defender la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y luego acompañado de los señores... uno y otro nombrados por el Cabildo para darle la posesión que por todos votos se acordó se le diera y de mí el infraescrito necesario pasó en ceremonia a el coro donde se sentó en la silla de su prebenda desde la que esparció a el pueblo gran cantidad de monedas de plata, tomando así quieta y pacífica posesión delante del mucho concurso de personas que había» (25).

4.2. SOCIOLOGÍA DE LOS CAPITULARES

Hemos definido ya cuáles eran los requisitos necesarios para convertirse en capitular. Nos queda plantearnos quiénes fueron prebendados en el siglo XVIII gaditano acudiendo para ello a la documentación existente de expedientes de limpieza de sangre (26), si bien es preciso señalar que solamente se han conservado un total de 89 (60 de capitulares propiamente dichos y el resto de coadjutores), cifra ciertamente muy inferior al total de individuos que a lo largo del siglo XVIII fueron miembros del cabildo gaditano (cuadro 6).

La tarea previa sería la de señalar qué es lo que fueron estos individuos antes de llegar al codiciado status de capitular. Si bien lo desconocemos en una proporción relativamente elevada, podemos señalar que se trata fundamentalmente de presbíteros (28,3%), clérigos de menores

(10%), individuos que han desempeñado algún cargo administrativo, bien en la diócesis de Cádiz o en otros obispados (10%) y capitulares (8,3%). Existen, no obstante, ciertas diferencias cronológicas: si en la primera mitad del siglo algo más del 60% de los capitulares son ordenados *in sacris* o clérigos de menores que aún no han encontrado un destino fijo en la burocracia eclesial, en la segunda mitad de la centuria la proporción ha descendido a algo más del 35%. Asimismo, si en el primer período más de un tercio de los capitulares no son presbíteros, en el segundo esta proporción se reduce a menos del 5%, lo que nos indica cómo se pretende evitar en la medida de lo posible el que estos cargos caigan en manos de individuos aseglarados. Por otra parte, progresivamente van accediendo al cabildo gaditano individuos que han desempeñado puestos de responsabilidad, como canónigos que lo fueron en otras diócesis (don Antonio Silvestre Guerrero y Aranda, magistral de Málaga; don Juan de Santa Cruz, que lo fue de Ubeda; don Antonio Ladero, canónigo en Buenos Aires, etc.), todos ellos de nombramiento regio, lo que nos muestra el interés de Carlos III y su sucesor por promover a cargos de mayor relieve a los eclesiásticos más destacados, lo que romperá definitivamente con el cuasi monopolio que ostentaba la oligarquía de la diócesis en el reclutamiento del cabildo catedralicio. Al mismo tiempo, los prebendados gaditanos tendrán mayores posibilidades de promoción a partir del reinado de Carlos III, puesto que si en la primera mitad del XVIII la única posibilidad que tiene un individuo de llegar a capitular es la muerte del titular de la prebenda en cuestión (así sucede en el 78,9% de los casos), en el período posterior, con seguir siendo grande la importancia de estos factores vegetativos, nos encontramos a casi un tercio de capitulares que han accedido a sus beneficios respectivos por traslado de los anteriores titulares a canonjías de mayor envergadura e incluso por haber sido promovidos a obispos: en 1785, por ejemplo, don Andrés Joseph del Barco se convertía en obispo de Salamanca. Esta promoción de los prebendados gaditanos les estuvo cerrada casi por completo durante el medio siglo anterior.

Pertenecientes a la élite del clero gaditano, es lógico que los capitulares procedan de los elementos sociales más conspicuos del obispado: una buena pista nos la puede proporcionar el uso del «don» por parte de sus progenitores: el 89,4% en la primera mitad del siglo XVIII y la totalidad en la segunda. Lamentablemente, contamos con menos información acerca de sus profesiones concretas. Sabemos que tres prebendados eran hijos de nobles o caballeros de órdenes militares; ocho de re-

gidores, corregidores o alcaldes mayores; tres de funcionarios y uno de militar, pero nos quedan otros cuarenta y cinco de los que desconocemos sus orígenes sociales.

Es de destacar el número relativamente elevado de capitulares cuyos padres detentaban oficios municipales (don Tomás Estevan Rodríguez del Olmo, hijo del regidor de Jimena don Estevan Rodríguez del Olmo; don Pedro Espinosa Blanqueto, cuyo padre era el regidor perpetuo don Gonzalo Espinosa Blanqueto) y, en muchas más ocasiones, aunque no conste la ocupación del progenitor a este tipo de actividades, los testigos interrogados sobre la limpieza de sangre del prebendado en cuestión confirman la existencia en el seno de su familia de individuos que han detentado estos cargos: el lectoral don Francisco Antonio Espinosa de los Monteros, el canónigo don Francisco Sánchez de la Llave, el medioracionero don Juan Antonio Servois... Tampoco son extraños los casos de capitulares que cuentan con algún pariente en la élite eclesiástica, siguiendo una tendencia nepotista que siempre ha sido una constante en el seno de la Iglesia católica. Prácticamente todos los obispos gaditanos del siglo XVIII promocionaron a algunos de sus parientes o allegados a alguna prebenda en el cabildo catedralicio gaditano: el canónigo don Francisco Sánchez de la Llave tenía como tío paterno a fray Alonso de Talavera; el medioracionero D. Nicolás de la Rosa y Chacón era familiar de fray Tomás del Valle; el también medioracionero don Juan Baptista Yvisa era primo de Fray Juan Bautista Servera; el arcediano de Medina don Pedro Juan Buenaventura y Jaime Servera era sobrino suyo; el canónigo don Francisco de la Plaza era pariente de don Antonio Martínez de la Plaza... todo ello constituía evidentemente una buena manera de asegurarse el control de un cuerpo tan celoso en la defensa de sus privilegios. Es menos corriente, sin embargo, la vinculación de estos individuos con la jerarquía vaticana, a juzgar por el escaso número de capitulares de los que nos consta pasaron algunos años de su vida en Italia: el arcediano de Medina don Francisco del Olmo Pajares, anteriormente administrador del Hospital de Santiago de los Españoles en Roma; y el medioracionero don Cristóbal Grosso, capellán del Papa Benedicto XIV, son las únicas excepciones al respecto.

Todos estos datos, a pesar de su dispersión, nos inducen a pensar la fuerte vinculación del cabildo catedralicio gaditano con la élite municipal de la diócesis y las más altas jerarquía eclesiásticas. No nos debe extrañar por ello su elevada formación intelectual: siete fueron licenciados y veinte y dos doctores, si bien son muy fuertes las diferencias in-

ternas: solamente el 29,6% de los racioneros y medioracioneros tuvieron grados académicos, en tanto que esta proporción asciende al 63,6% en el caso de canónigos y dignidades. En ciertas ocasiones nuestros prebendados estudiaron en algún colegio mayor, situación en la que se encuentran siete individuos, de los que dos fueron miembros del colegio de San Bartolomé el Viejo y otros tres del de Cuenca, ambos pertenecientes a la Universidad de Salamanca. Todos ellos gozarán de cargos a los cuales se ha accedido por medio de oposición, lo que nos indica lo mucho que se valoraba el haber estudiado en este tipo de instituciones. Por el contrario, los capitulares gaditanos siempre fueron muy reacios a cursar sus estudios fuera de nuestro país: la única excepción es la del deán don Antonio Silvestre Guerrero y Aranda, que adquirió su formación intelectual en el colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia.

La procedencia geográfica de nuestros prebendados no nos ofrece demasiadas sorpresas, y las variaciones porcentuales entre ambas mitades del siglo son de muy escasa entidad. 24 capitulares fueron gaditanos, cinco proceden de otras localidades de la diócesis (dos nacieron en Jimena, siendo éstos el arcediano de Medina don Francisco del Olmo Pajares y el chantre don Tomás Esteban Rodríguez del Olmo, claro ejemplo de vinculaciones familiares; otros tantos en Puerto Real y el último en Tarifa); trece de otras regiones españolas (tres de Levante y Castilla la Vieja, dos de Castilla la Nueva y Vascongadas, uno de León, Aragón y Extremadura), siendo de destacar que de los tres prebendados de origen levantino que hemos localizado, dos eran parientes o allegados del obispo fray Juan Bautista Servera, asimismo oriundo de esta región. Finalmente, el único capitular nacido fuera de nuestro país era el panameño don Manuel Félix de Gorrichategui, electo deán en 1766. Existen, sin embargo, grandes diferencias internas: si el 59,2% de los racioneros y medioracioneros fueron naturales de la urbe gaditana, esta proporción se reduce al 24,2% en el caso de canónigos y dignidades. La explicación es muy sencilla y radica en el privilegio concedido a la ciudad por el cual todas las raciones serían provistas en naturales de la misma, y tan sólo en 1792 encontraremos a un racionero (los demás forasteros eran medias raciones) de origen foráneo, el malagueño don José García Durán. Todo ello nos indica que el reclutamiento de los cargos inferiores del cabildo catedralicio se caracterizaba por un fuerte grado de localismo, en contraste con la mayor apertura al exterior que se observa entre los canónigos y las dignidades. Así, si en los puestos inferiores del ca-

pítulo gaditano lo que contaba ante todo era la vinculación a la oligarquía municipal de la urbe, a medida que ascendemos en la escala primarán más la formación intelectual y las cualidades personales del electo.

El último aspecto por señalar es la edad relativamente temprana a la que se accede a estas prebendas: de un total de 39 casos conocidos, once capitulares obtuvieron sus beneficios con menos de 30 años, catorce tenían entre 30 y 39, media docena entre 40 y 49 y tan sólo ocho superaban los 50. Más de la mitad de los prebendados, pues, ingresaron en el cabildo gaditano con una edad inferior a los cuarenta años, y ello nos indica cómo todavía estaba considerado no como una culminación de la carrera de los eclesiásticos más valiosos, sino como una forma de situar a los segundones de la oligarquía municipal.

Un medio muy utilizado para convertir las prebendas en hereditarias fue el sistema de las coadjutorías. El mecanismo era muy simple: aquellos prebendados ancianos o enfermos nombraban, previa autorización papal, a algún individuo para que les auxiliara en sus funciones litúrgicas y asistieran al coro por ellos; y un cargo de este tipo constituía uno de los mejores arbitrios para acceder definitivamente al capítulo gaditano, puesto que a la muerte del titular el coadjutor pasaba a desempeñar la prebenda en cuestión. No es extraño que el nepotismo fuese frecuente: en 1700 don Juan Baptista de Zuloaga se convertía en coadjutor de su tío el maestrescuela don Juan Antonio de Casadevarte; en 1739 don Francisco Acedo del Olmo era coadjutor del arcediano de Medina don Francisco del Olmo Pajares; don Esteban Gámez del Olmo se convirtió en 1741 en coadjutor del chantre don Tomás Esteban Rodríguez del Olmo; don Lorenzo Ibáñez Porcio era nombrado en 1738 coadjutor del deán don Juan Pablo Porcio... se comprende así que esta familia asidonense monopolizara el deanato hasta que en 1766 Carlos III nombrara para esta prebenda al panameño D. Manuel Félix de Gorrichategui; así como que acudiendo al mismo sistema los Olmo, oriundos de Jimena, controlaran el arcedianato de Medina y la dignidad de chantre. El monopolio de los elementos diocesanos era, por el mismo motivo, muy fuerte: de 29 coadjutores de los que se ha conservado su expediente de limpieza de sangre, una quincena nacieron en Cádiz, cuatro en otras localidades del obispado (dos en Jimena, uno en Chiclana y Tarifa), encontrando además a un andaluz, tres vascos, un castellano viejo y un castellano nuevo. Tampoco es de extrañar que, al tratarse de individuos en cuyo nombramiento lo que contaba ante todo eran sus vinculaciones familiares, fuese relativamente baja su formación intelectual: tan sólo tres

licenciados y tres doctores, no habiendo sido ninguno de ellos colegial mayor.

Hasta su abolición por la Real Cédula del 2 de septiembre de 1745 (27) el sistema de las coadjutorías constituyó un magnífico arbitrio para convertir en prácticamente hereditarias numerosas prebendas del cabildo catedralicio gaditano.

4.3. LA VIDA COTIDIANA DE LOS CAPITULARES

El centro de la vida capitular radicaba en la asistencia a los cabildos, asambleas celebradas periódicamente con la finalidad de tratar acerca de todos aquellos asuntos que pudieran afectar a la existencia de este grupo social. En los estatutos de 1493 se determinaba la celebración de los mismos tres veces por semana (lunes, miércoles y viernes) siempre que no fuesen días festivos, aunque cabía la posibilidad de convocar cabildo extraordinario en cualquier momento que fuere preciso (28). Mucho más regulados aparecen en los estatutos de 1589: se disponía que bastaría un *quorum* de cinco prebendados para que pudieran tener lugar, celebrándose el primer viernes de cada mes cabildo *circa spiritualis* en los que se trataría de todos aquellos asuntos relacionados con la iglesia catedral, la observancia de las ceremonias litúrgicas y demás materias de interés espiritual, estando obligados a asistir todos los beneficiados mientras no estuviesen enfermos o legítimamente impedidos. Los lunes tendrían lugar los cabildos *circa temporalis*, también denominados *de juribus et redditionibus*, con la finalidad de informar sobre los pleitos en los que estuviese envuelto el cuerpo capitular, el estado de los mismos y las diligencias concretas que se estuviesen llevando a cabo. Estaba prevista la posibilidad de celebrar cabildos extraordinarios previa convocatoria del deán, pero en ellos solamente se trataría del tema específico por cuyo motivo se hubiera llamado a dicha reunión. La víspera de cualquier día de cabildo los beneficiados recibirían una cédula firmada por el secretario en la que se especificarían los asuntos concretos a tratar (29).

La segunda obligación de los prebendados era la residencia, nombre que se le daba a la asistencia a las funciones canónicas. Los estatutos de 1493 determinaban que debían rezarse a perpetuidad en la Iglesia catedral las horas canónicas diurnas y nocturnas y la misa de tercia en el altar mayor, y que los semaneros se dedicaran durante el tiempo que les tocara coro a esta tarea con reverencia y devoción, procurando abandonar todas sus obligaciones y negocios seculares, así como permanecer

en la iglesia durante las horas del coro sin poder salir de ella por motivo alguno (30). En 1741 se volvía a incidir en estas obligaciones señalando cómo los capitulares debían guardar seis meses continuos de residencia sin poder faltar día alguno. Si dejaban de asistir un día entero la perdían y el tiempo transcurrido se consideraba inválido, empezando a contarse los seis meses desde el principio. Si faltaban tan sólo algunas horas perderían una cruz por cada una de ellas, anotándose de esta manera el número de cruces habidas por cada capitular, lo que se traducía en un descuento de las cantidades a percibir en concepto de diezmos y aniversarios en proporción al número de faltas acumuladas. Las obligaciones de los prebendados eran muy gravosas, puesto que debían asistir a las horas canónicas diurnas y nocturnas y a los maitines solemnes en los que estuviera presente el cabildo en pleno (Epifanía, Resurrección, Pentecostés, Corpus, Octava, Inmaculada Concepción y Navidad), asistir diariamente a misa todas las semanas que les tocara, comulgar en las Pascuas de Navidad, Resurrección, Espíritu Santo y Asunción de Nuestra Señora; y estar presentes en las siete procesiones en las que participaba el cuerpo capitular en pleno y que se dirigían a la ermita de San Sebastián, el colegio de Santiago y los conventos de Candelaria, Santa María, Descalzas y San Francisco en los días de fiesta de sus respectivos patronos, además de la procesión del Corpus (31). La residencia quedaba disculpada tan sólo por motivos muy graves: en aquellos momentos en que la ciudad estuviese azotada por la peste o cuando los prebendados estuviesen envueltos en los negocios de algún pleito en el cual defendiesen los intereses del cabildo (32). Pero siempre se necesitaba la autorización previa del cuerpo capitular.

A pesar de todo, la residencia no siempre se cumplía, como podemos observar a partir de la documentación existente sobre repartimiento de maravedises y aniversarios, que nos muestra cómo una buena proporción de capitulares tenía algunas cruces acumuladas. Las lamentaciones en este sentido fueron continuas: ya el 7 de mayo de 1700 se planteaba el caso del racionero don Juan de Ahumada por no cumplir con la asistencia al coro (33), y algunos meses más tarde el canónigo don Juan de la Yedra describía un cuadro muy poco favorable para el antedicho, ya que el mismo «ejecutaba actos indecentes que son notorios no sólo a los individuos sino a toda esta ciudad... el público ajamiento de su persona comprando en sitios indecentes y llevando consigo lo que así compraba no necesitando de ello para su propia casa como también de la falta de residencia del coro y defecto de no cumplir con el rezo divi-

no» (34). El 17 de agosto se ordenaba su reclusión en la sala capitular durante un plazo de dos meses, pudiendo salir de la misma únicamente para asistir al coro y demás funciones canónicas (35); pero este individuo fue incorregible, ya que la falta de asistencia al coro por parte del mismo volvía a salir a colación en 1705 (36), 1707 (37) y 1708 (38), denunciándose ese último año cómo «estando en *patitur* se sabía lo que quebrantaba y salía a la calle como lo aseguraron algunos señores que lo habían encontrado siendo ésta una materia tan mal vista y tan opuesta a toda razón y justicia» (39).

Las denuncias acerca del incumplimiento de esta obligación siguieron menudeando a lo largo de toda la centuria: en 1728 el arcediano de Medina, don Francisco del Olmo Pajares, protestaba por el hecho de que «continuamente se trataba en estos cabildos de la residencia y que nada se enmienda en las faltas que en ella se notan» (40); en 1731 el racionero don Juan Antonio de Sousa manifestaba «cuán reparable se hacía la residencia que algunos señores hacían y que este punto era digno de la más seria reflexión y de que se celase con la aplicación que se debe» (41); en 1738 el también racionero don Manuel Camacho se refería a que «había también alguna omisión en asistir los señores a las procesiones que hace el cabildo fuera de la Iglesia sin que para esta inasistencia haya el más urgente motivo» (42)... las quejas, como vemos, eran continuas, y aún en 1786*el deán don Antonio Guerrero y Aranda manifestaba que «en virtud de estar citados para tratar seriamente de corregir los abusos que se notaban en la residencia no podía menos que manifestar con el mayor dolor de su corazón lo que advertía que se cometen contra nuestras más sagradas obligaciones... es no menos reprehensible que se abuse de los recreos que concede el Concilio faltando al pueblo en días solemnísimos de lo que resulta muchas veces no poder celebrarse las funciones sagradas con la pompa y solemnidad debida... que es un abuso o a lo menos una acción sospechosa y de mal ejemplo que el señor que está en *patitur* por enfermo salga a las horas que no son del coro» (43).

Los prebendados gaditanos estaban además obligados a mostrar en todo momento un comportamiento decente, honesto y arreglado, no pudiendo por ello llevar los cabellos largos ni entrar en barberías, carnicerías y pescaderías, exhortándoseles a que vistieran honestamente (44). No hemos encontrado casos de flagrante inmoralidad en el seno del cabildo catedralicio gaditano dieciochesco, si bien en algunas ocasiones se

atestiguan ciertas protestas: las quejas de don Antonio de Espinosa en 1737 cuando aludía a que «era digno de reparo el poco cuidado de algunos de los señores capitulares en el modo del pelo o coletas pues era expresamente contra el estatuto de traerlas crecidas por lo que tenía por preciso se previniese a todos la observancia de esta ceremonia» (45), las lamentaciones del maestrescuela don Juan Baptista Zuloaga, que en 1744 advertía que «estando todos los capitulares obligados por su dignidad sacerdotal y empleo no sólo a la observancia de la pureza sino también a dar buen ejemplo de modestia y circunspección deberían evitar emprender viaje con mujeres en coches ni otros carruajes ni menos andar con ellas fuera del lugar a menos que no sean madres, hermanas o parientas cercanas pues aún éstas en el que se ve e ignora el parentesco puede ser mal parecido a lo que no debe dar lugar el timorato y juicioso» (46)... pero se trata, más que de casos realmente escandalosos, de un cierto aire de frivolidad que en algunos momentos se hace presente.

Los estatutos de 1493 disponían que en caso de sede vacante, el gobierno de la diócesis correspondiera a los canónigos ordenados *in sacris*, excluyéndose a dignidades y racioneros (47) y esta práctica siguió en vigor durante el siglo XVIII (48).

Pocos grupos hubo en el seno de la Iglesia gaditana tan pleitistas y puntillosos como el capítulo catedralicio: sus conflictos y disputas con los demás estamentos del clero o con el cabildo secular de la ciudad fueron muy corrientes durante todo el siglo XVIII, aunque las cuestiones en juego fuesen muy distintas en cada caso.

Durante la primera etapa de la Reforma Católica las relaciones con los obispos fueron bastante tumultuosas. Las tendencias descentralizadoras propias de la Baja Edad Media habían provocado el aumento del poder de los capítulos catedralicios a expensas de los prelados, por lo que a partir del concilio de Trento hubo una lucha incesante por parte de los obispos españoles por recuperar sus poderes perdidos. En la diócesis de Cádiz, concretamente, hasta la elección de don García de Haro en 1564 el poder episcopal había sido ejercido por provisores y vicarios generales ante el absentismo de los obispos, y el capítulo catedralicio se acostumbró a no contar con ninguna autoridad superior (49). Los prelados gaditanos intentaron cambiar este estado de cosas, y el historiador carmelita fray Gerónimo de la Concepción nos ha legado numerosas noticias sobre las tempestuosas relaciones existentes entre ambas instituciones durante los siglos XVI y XVII (50).

Esta conflictiva situación apenas vuelve a repetirse en el siglo XVIII,

bien por la debilidad de fray Alonso de Talavera, la mucha mano izquierda de don Lorenzo Armengual de la Mota y el escaso tiempo que duró la prelatuza de fray Juan Bautista Servera. Tan sólo se plantearon duros enfrentamientos durante el período en el cual don José Escalzo y Miguel (1783-1790) ocupó la silla episcopal, ya que chocó frontalmente con los intereses creados del cabildo catedralicio, especialmente en lo que se refería a dos puntos muy concretos: su empeño por aumentar el número de parroquias existentes en la ciudad y la reforma del seminario de San Bartolomé, por lo que el conflicto era inevitable. Las relaciones llegaron a tal punto de deterioro que el 13 de agosto de 1787, los prebendados acordaron «se recurriese a Su Majestad por la vía reservada de la Secretaría de Gracia y Justicia, haciendo presente todo lo ocurrido, la miserable situación de un cabildo que ha más de un siglo ha vivido en perfecta paz y unidad con sus preladados pidiendo e implorando la real protección de Su Majestad para que se digne enviar un visitador a esta iglesia que examine todos los puntos que están pendientes y formalmente visite al cabildo para que su conducta y la de sus particulares se justifique a la nota del pueblo o bien nombre Su Majestad jueces árbitros que amigablemente compongan todas las diferencias» (51). En cualquier caso, la muerte de Escalzo y Miguel en 1790 y la dedicación de su sucesor don Antonio Martínez de la Plaza a las actividades benéficas como consecuencia de la crítica situación económica atravesada por la ciudad a finales del siglo contribuyeron a limar estas diferencias, y es posible que los capitulares acabaran por aceptar como un hecho consumado las reformas realizadas durante la prelatuza de Escalzo.

Las tiranteces existentes en el seno del propio cabildo no fueron muy frecuentes, si bien es de señalar la firme oposición que suscitó la persona del deán don Manuel Félix de Gorrichategui (1766-1779). En el origen de la misma se encuentra, sin duda alguna, su carácter de advenedizo: originario de Panamá y por ello sin vinculación alguna con las élites locales, había accedido a esta dignidad por nombramiento regio, rompiendo de esta manera el monopolio que la familia asidonense de los Barroso-Porcio tuviera del deanato durante un siglo. A todo ello se le añade el hecho de que Gorrichategui, lejos de conducirse con prudencia a fin de no herir las susceptibilidades del cabildo, cometió el tremendo error de enfrentarse frontalmente al mismo, siendo la cuestión de fondo la administración de los patronatos de obras pías, que el deán pretendió controlar muy estrechamente. Tuvo, sin embargo, como gran oponente al magistral don Joseph Martín y Guzmán, que el 27 de di-

ciembre de 1775 escribía una carta al conde de Campomanes en la que acusaba a Gorrichategui de faltar a la residencia y de pretender además excusarse de la misma, añadiéndosele a todo ello el hecho de que se inmiscuía continuamente en los trabajos de la contaduría, puesto que «con la genial perturbación que es propia en sus países alterarlo todo, cortar la serie de los trabajos de aquella oficina, cada día traer un proyecto nuevo...» (52). Todo contribuyó a conjurarse en contra del nuevo deán, y la sistemática oposición que hacia su persona mostraron los prebendados gaditanos no debió ser ajena a su nombramiento en 1779 como tesorero de la catedral de Málaga. Varios meses más tarde, su gran enemigo, el magistral don Joseph Martín y Guzmán, aludía a los numerosos abusos introducidos por el antiguo deán durante su mandato, proponiendo al cabildo que las prerrogativas que pretendía añadir a esta dignidad de ninguna manera quedasen como un hecho consumado (53).

Pero contra ningún grupo fueron tan duras las disputas y discordias mantenidas por el cabildo catedralicio como contra el ayuntamiento de la ciudad, puesto que lo que estaba en juego, en última instancia, era determinar cuál de ambos capítulos debía disfrutar de una posición social preeminente en la vida de la urbe, lo que se traducía a niveles más concretos en cuestiones de precedencia en procesiones y demás funciones litúrgicas.

Nunca llegaron a tal grado de acritud los pleitos entre ambas instituciones como durante las décadas de 1730 y 1740. El origen de los mismos siempre era idéntico: la ciudad asistía capitularmente a una serie de funciones y lo que se planteaba era qué cuerpo debía gozar de un lugar de honor en las mismas. Muy graves, por ejemplo, fueron los conflictos planteados en 1731 con motivo de la procesión del Corpus, la más solemne de todo el calendario litúrgico y por ende en la que más necesario era hacer hincapié sobre cuál de los dos capítulos debía gozar de una mayor dignidad. El pleito vino motivado precisamente por las pretensiones del regidor que llevaba el Lábaro de ocupar un lugar que no le correspondía en dicha procesión, acerca de lo cual le amonestaron repetidamente algunos de los canónigos presentes. Se acordó entonces escribir una nota al procurador mayor de la urbe expresando los reparos que manifestaba el cabildo catedralicio hacia dicha conducta (54), pero el ayuntamiento no aceptó estas alegaciones, y el 31 de mayo acordaba no asistir al Corpus (55), resolviendo un mes más tarde que mientras no se resolvieran los pleitos pendientes con el cabildo catedralicio no se convidaría a ningún prebendado a las funciones celebradas por la ciudad

(56). La cordura, sin embargo, acabó por imponerse, y el 30 de julio el cabildo eclesiástico invitaba al cuerpo capitular de la ciudad a la fiesta de San Ignacio, acordándose que una diputación formada por representantes de ambas instituciones resolvieran los pleitos pendientes, excusándose entretanto al cabildo municipal de asistir a las demás festividades litúrgicas (57). Finalmente, el 17 de noviembre la ciudad acordaba asistir a las fiestas celebradas por el cabildo eclesiástico en virtud de lo escandaloso que resultaba para el conjunto de los fieles la situación de discordia existente entre ambos capítulos; el 3 de abril de 1732 se resolvía la cuestión del Lábaro del Corpus, acordándose que fuese llevado por el regidor de turno entre los dos últimos prebendados (58), y el 30 de julio el cabildo municipal acordaba su asistencia a la fiesta de San Ignacio (59).

Tras algunos años de paz entre ambas instituciones, estos conflictos volvieron a salir a la luz a inicios de la década de los cuarenta, concretamente cuando el 3 de mayo de 1743 el ayuntamiento resolvía no asistir a la catedral ni a ninguna función celebrada por el cabildo catedralicio exceptuadas las de San Sebastián, Nuestra Señora de la Candelaria, la publicación de la bula de la Santa Cruzada y el Corpus, puesto que los prebendados se negaban a dar satisfacción a las pretensiones de la ciudad (60). En un principio los capitulares se negaron a firmar concordia alguna por estimar que «el concordar para la ciudad es sólo sujetarse a su arbitrio y no condescender con todo lo que pretende es estar muy distante a concordarse, ilación que ofende y lastima la dignidad y carácter de esta venerable comunidad cuyo honor no se mantiene a costa del que corresponde al carácter y dignidad de la ciudad» (61), pero los acontecimientos estuvieron a punto de tomar un mal cariz cuando el 12 de junio el cabildo municipal comunicaba a los prebendados que no acudiría a la iglesia de Santa Cruz el día del Corpus, sino que se incorporaría en otro lugar a la procesión. La preocupación de los capitulares era grande, ya que se hacía preciso nombrar capellanes que llevaran el Lábaro (en vez de hacerlo un regidor) y se necesitaba prever el caso «que intentase la ciudad alguna violencia o escándalo» (62), pero se acordó finalmente que la procesión saliera a la misma hora de siempre, asistiera o no la ciudad, y si se diese esta última circunstancia, que uno de los curas llevase el Lábaro (63). Durante la década de los cuarenta, no obstante, se firmaron una serie de concordias entre ambos cabildos a fin de evitar que estos hechos volviesen a repetirse, y en la segunda mitad de la centuria

no vuelven a plantearse enfrentamientos entre el cuerpo capitular y el ayuntamiento de la ciudad.

4.4. EL PODER ECONÓMICO DE LOS CAPITULARES

Amén de los ingresos propiamente patrimoniales de nuestros prebendados, una serie de conceptos contribuía a engrosar sus rentas: en primer lugar, los ingresos proporcionados por los diezmos de pan y maravedises y algunas propiedades, muy escasas en realidad, de la Mesa capitular. En segundo término, los capitulares disfrutaban de una serie de rentas en razón no ya de beneficio, sino de oficio, como recompensa a su participación en las horas y funciones litúrgicas. El producto de ambos conceptos era repartido entre los prebendados atendiendo a la siguiente práctica: una dignidad y un canónigo ganaban cuatro maravedises, un racionero dos y un medio racionero uno. El incumplimiento de la residencia provocaba que estos ingresos disminuyesen de manera proporcional al número de horas que se había faltado a la misma, y el producto a descontar de ello era repartido entre los restantes prebendados.

El cabildo catedralicio gaditano era el mayor beneficiario del producto decimal de toda la diócesis (64), y la evolución del mismo no difiere en gran medida de lo que sucede en el conjunto del obispado (cuadro 7): aumento continuo de las recaudaciones de maravedises a partir sobre todo de los años setenta, tras una primera mitad de siglo caracterizada por un cierto estancamiento: se ingresan así unos 96.000 reales anuales en el decenio de 1700, unos 168.000 en los años sesenta y más de 360.000 en la última década de la centuria. Los diezmos de trigo y cebada conocen fuertes fluctuaciones anuales dependiendo de la coyuntura climatológica pero, en líneas generales, suelen alcanzar sus niveles más elevados en las décadas de 1720, 1740, 1750 y, sobre todo, la de 1780. Pero lo que debió haber provocado en mayor medida el aumento de las rentas del cabildo catedralicio fue la tendencia al alza experimentada por los precios agrícolas a finales de la centuria, no el aumento de la producción.

Frente al producto decimal, otros conceptos proporcionaron sumas casi irrisorias: de un total de 479.553,22 reales a que se elevaron los ingresos del cabildo gaditano en 1762-64 (sin incluir el producto del diezmo en especie) las rentas de maravedises suponían un total de 429.077,23. En líneas generales podemos admitir que la suma de ambos diezmos, en especie y en maravedises, supusiera un 95% de las rentas anuales del ca-

bildo gaditano, por lo que podremos comprender mejor la fuerte crisis financiera que debió padecer esta institución cuando en el primer tercio del siglo XIX aumentasen las resistencias al pago de esta contribución (cuadro 8).

No podemos silenciar, sin embargo, otras fuentes de ingresos de nuestros prebendados. En primer lugar, tendríamos las rentas proporcionadas por algunos patronatos, como los de Rodrigo Roberto (275 reales anuales), Pedro de Rosas (sus rentas suelen oscilar entre el millar y los dos mil reales) y, desde los años cuarenta, el de Doña Luisa María Segura, que proporcionaba anualmente la cantidad de 550 reales. Vendrían seguidamente los tributos del Campo de la Jara, situado en la urbe gaditana, y cuyo importe se duplica a lo largo del siglo: 4.000 reales anuales en 1704-1706 y 8.800 en 1793-95.

De cierta significación era el alquiler de algunas cillas de pan decimal, propiedad del cabildo, situadas primero en Jerez de la Frontera (así sucede en 1704-1706, 1743-1745 y 1762-1764) y con posterioridad en Cádiz y Jímena (solamente están presentes en 1793-1795), si bien el importe total de sus arrendamientos tiende a un cierto estancamiento: 2.420 reales anuales en 1704-1706, un total de 10.514 en los tres años de 1793-1795. El cabildo catedralicio era además propietario del cortijo de Prunes, situado en el término municipal de Jerez de la Frontera, y cuyo arrendamiento suponía 12.495,33 reales en 1743-45 y 17.940 en 1793-1795. Las fincas urbanas, por el contrario, tan sólo de manera muy esporádica hacen acto de presencia: unas casas en Cádiz que fueron propiedad de doña Margarita Lanz de las que nos consta se percibieron sus rentas en 1743-1745, unas casas en Jímena y Jerez de la Frontera y unos almacenes en esta última localidad que solamente están presentes en 1793-1795. Durante estos tres últimos años estos bienes solamente produjeron un total de 5.819 reales. Asimismo, el 2% del producto de las fincas urbanas vendidas en Cádiz iba a parar a manos de los capitulares, pero los ingresos proporcionados por este arbitrio eran de muy escasa entidad. Lo mismo podría decirse de un juro que desde el siglo XVII era propiedad de la mesa capitular y que era cobrado de manera muy irregular. Este carácter coyuntural era extensible a otros ingresos: así, algunas rentas de aceite atrasadas que no se pagaron en su momento, y otras partidas de menor consideración.

En algunas ocasiones el mayordomo de la contaduría, como responsable de la buena marcha de la economía capitular, debía hacerse cargo de abonar a los prebendados las deudas atrasadas (albaquías) que no

se habían cobrado en su momento. El importe de las mismas es un fiel testimonio de la eficacia administrativa en el cobro de las rentas y de la situación económica concreta de esta institución: así, en 1704-1706 el importe de las albaquías ascendió a un total de 19.721,14 reales, en 1799 a 351.609, constándonos que por aquel entonces algunos diezmeros no pagaron al cabildo las sumas que debían.

Lo que sí es de destacar de todo este panorama es que la inmensa mayoría de los ingresos del cabildo catedralicio procedía de la tierra: producto decimal, cillas y fincas rústicas.

Por lo que respecta a los gastos, su tipología es muy variada, pero la mayor parte de los mismos procede de la recaudación del producto decimal (cantidades pagadas a los hacedores de rentas decimales, costas de trigo y aceite y de salarios por llevar el producto del pan decimal hasta Cádiz), los manuales y las cantidades pagadas a los capellanes de coro por los maitines. Otras partidas son de menor importancia: algún censo, 5.500 reales anuales para la obra de la nueva catedral, 400 reales para el maestro de Gramática de los pajes de los prebendados, 300 reales pagados en alguna ocasión a la Cámara Apostólica en concepto de quin-denios, los salarios de los empleados (el mayordomo percibe 5.500 reales anuales y el procurador menor 300, si bien éste solamente es citado en 1793-1795) y, amén de todo ello, limosnas e impuestos.

Con respecto a las limosnas, el cabildo catedralicio jamás se destacó por su generosidad: solamente se donaron en 1745 752,32 reales para unas obras en la ermita de Nuestra Señora de la Ina y 404 reales en 1793 al obispo de La Rochela, por entonces refugiado en Guadalajara dados los graves acontecimientos que tenían lugar en Francia. Más importante es el volumen de los impuestos, aunque el mismo depende lógicamente de la situación financiera de la monarquía: normalmente a lo largo del siglo solamente se pagaron el subsidio y el excusado, que no suponen en líneas generales más del 20% de los gastos. A todo ello se le añade algún donativo esporádico, como uno de 2.250 reales concedido en 1706 a Felipe V. A finales de la centuria el importe de los impuestos ha aumentado considerablemente (en 1793-95 triplica con creces el de 1743-45) y amén de las mayores cantidades percibidas por el subsidio y el excusado (algo más de 10.000 reales anuales en 1743-45, más de 30.000 en 1793-95), habría que añadir el importe de los donativos voluntarios: en 1793-94 se concedieron a Carlos IV un total de 17.000 reales. Las dificultades financieras de la corona tuvieron su reflejo en los impuestos pagados por el cabildo gaditano.

¿Cuál fue la evolución económica de esta institución a lo largo del siglo XVIII? Normalmente se encontraba en una situación superavitaria (cuadro 8) y en los libros de subsidios se observa el esquema ya sabido de cierto estancamiento de los ingresos anuales hasta 1740, y aumento acelerado de los mismos en las dos últimas décadas de la centuria: unos 192.000 reales anuales en el decenio de 1700, 285.000 en el de 1750, 648.000 en el de 1790. Este ritmo de crecimiento responde a la evolución de los precios agrícolas, y no es por ello de extrañar el gran aumento que sufren las rentas del cabildo en la última década del siglo XVIII. A lo largo de esta centuria (vid. columna 3 del cuadro 8) los ingresos repartidos anualmente entre los prebendados (se trata de la diferencia entre las columnas 1 y 2 del citado cuadro) se multiplican prácticamente por cinco:

	1705	1745	1763	1793	
Dignidades y canónigos	2.672	3.784	4.276	10.956	reales
Racioneros	1.336	1.892	2.138	5.478	
Medias raciones	668	946	1.069	2.739	

Nunca había sido tan boyante la hacienda de los capitulares gaditanos como lo fue durante la década de 1790. No obstante, las crecientes resistencias al pago del diezmo, el aumento de la presión tributaria y la crisis económica que azota a la ciudad como consecuencia de la disminución del comercio colonial, posiblemente provocasen una fuerte merma de los ingresos de nuestros beneficiados durante los primeros años del siglo XIX. En 1799 los capitulares tan sólo se repartieron algo más de 15.000 reales, frente a los 350.000 del año anterior. Los malos tiempos estaban a punto de comenzar.

Los ingresos de los prebendados gaditanos no procedían solamente del diezmo, sino que percibían además una serie de rentas como recompensa a su participación en los oficios litúrgicos a su cargo (aniversarios y dotaciones), siendo la Pitancería la institución encargada de distribuir estos ingresos, cuyo volumen fue de 51.101,33 reales en 1710 y de 118.766,12 en 1790 (64 bis). Contaba para ello con una serie de bienes inmuebles: dos parcelas de tierra en Medina denominadas tierras de la Escorbaína y de la Peña del Hombre, y con el tiempo adquirió una tercera situada asimismo en el término de dicha ciudad, que fue antes propiedad de un tal Andrés Becedas, así como una nueva finca en la localidad de Chiclana llamada tierras de Santa Lucía. Percibía además las ren-

tas del arrendamiento de la cilla del pan decimal de Medina, pero los ingresos que todos estos arbitrios proporcionaban eran muy reducidos: 3.056,07 reales en 1710 y 2.141 en 1790. Mayor importancia económica tuvieron las fincas urbanas, cuyas rentas pasaron de 4.330 reales en 1710 a 46.493,14 en 1790, lo que se explica por el aumento de los alquileres y la adquisición de nuevas propiedades: si el primer año solamente contaba con cinco casas en Cádiz, en 1790 era propietaria de ocho en esta ciudad y una más en Sanlúcar de Barrameda.

Pero la base económica de la Pitancería la constituyeron las rentas proporcionadas por los réditos anuales de los censos impuestos a su favor, si bien su importe global sufre un crecimiento muy lento a lo largo de la centuria: 43.715,26 reales en 1710 y 70.131,32 en 1790, descendiendo el número de tributos percibidos: 147 y 142 en cada uno de dichos años. Los deudores eran muy diversos, y en 1750 encontramos entre los mismos a la fábrica de la iglesia catedral, el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús, el convento de Santo Domingo, la fábrica de la nueva catedral, la iglesia de San Antonio, la congregación de San Felipe Neri, el convento de San Juan de Dios de Medina, la cofradía de las Benditas Animas y algunos patronatos y capellanías de la urbe, si bien los ingresos principales eran proporcionados por los diez tributos cobrados anualmente a la iglesia de Santa Cruz (11.143,05 reales). Se encuentran también nobles (marqués de Casavencio, conde de Alcudia, conde de San Remi), el ayuntamiento de la ciudad (cuatro censos con unos intereses anuales de 955,17 reales), las cillas del pan decimal de Tarifa, Alcalá, Conil y Jimena; y numerosos plebeyos residentes en la urbe gaditana.

Los gastos a los que hubo de hacer frente la Pitancería, que ascendieron a 3.848,29 reales en 1710 y 149.502 en 1790, eran de una naturaleza muy variada: limosnas (normalmente se repartían 198 reales el día de San Ildefonso a treinta pobres vergonzantes, 44 el Jueves Santo entre pobres mendigos de la ciudad y 198 el día de San Francisco entre treinta pobres), reparaciones de las propiedades de la institución, censos (374 reales en 1710 y 9.469,21 en 1790), impuestos (en 1790 su volumen ascendía a 4.621,21 reales, destinados todos ellos a la construcción de las murallas del sur de la ciudad y percibidos sobre el 3% de los ingresos proporcionados por los censos y fincas urbanas propiedad de la institución), salarios (en 1790 se pagaban 152 reales al procurador menor, 880 al contador y 5.988,16 al mayordomo)... pero la partida principal era, sin lugar a dudas, amén de los gastos de culto, el dinero repartido a los

prebendados, capellanes, músicos y ministros de la iglesia catedral por su asistencia a los aniversarios y dotaciones a cargo de esta institución: su importe ascendía en 1790 a 45.993,29 y 79.640,17 reales, respectivamente.

Los aniversarios y las dotaciones son un singular reflejo del efectismo de la piedad barroca, por cuanto que ambos tuvieron su origen en la religiosidad de los fieles, que a cambio de conceder una serie de rentas a la iglesia con carácter de perpetuidad pretendieron el rezo anual de una serie de misas por su alma (aniversarios) o la celebración de alguna festividad litúrgica en el día del santo o advocación mariana (dotaciones) de su particular devoción. A medida que transcurrió el tiempo los prebendados llegaron a estar muy gravados por estas obligaciones, ya que al basarse su dotación en réditos de censos proporcionaban una renta anual fija que no tenía en cuenta en absoluto el proceso inflacionario... a lo que se unía en algunas ocasiones la baja del interés de los censos por decisión real. Ello provocó la reducción del número de aniversarios, tal como hizo en 1682 el prelado don Antonio de Ibarra, que procuró que los mismos asegurasen una renta anual de 20 o 25 ducados, si bien la baja de los censos en 1705 y el proceso inflacionario acabaron por volver ridícula esta cantidad, exponiendo en 1740 los capitulares a fray Tomás del Valle cómo la residencia en el coro se había vuelto excesivamente gravosa ante el elevado número de aniversarios existentes, solicitando la autorización episcopal para proceder a una nueva reducción uniendo varios aniversarios de tal manera que proporcionasen una renta de 30 ó 35 ducados anuales, gracia que les fue concedida por el prelado en un edicto promulgado el 15 de octubre de 1740 (65). Para evitar futuros problemas, el 16 de noviembre de ese mismo año el cabildo acordaba no admitir nuevas fundaciones a no ser que proporcionasen anualmente cuarenta (si la fundaba algún capitular) o sesenta (si corría a cargo de otra persona) ducados (66).

Los ingresos proporcionados por los aniversarios y las dotaciones (66 bis) experimentaron un cierto estancamiento a lo largo del siglo XVIII: si en 1700 aseguraron una renta anual de 65.076,21 reales, la baja de los censos decretada en 1705 redujo brutalmente su importe, que en 1705 era de 45.630,15 reales. A partir de entonces se tiende a un ascenso muy lento de estas sumas, ingresándose en los primeros años de la década de los cuarenta unos 53.000 reales, pero desde este momento la reducción de los censos sobre los cuales quedaban garantizadas estas rentas provocaron un descenso de los ingresos proporcionados por las mis-

mas, si bien a un ritmo muy lento: en 1790 garantizaban una suma que ascendía a 41.556,03 reales. Su importe era repartido entre la fábrica de la iglesia catedral, los músicos, ministros y capellanes que asistieron a estas celebraciones y los capitulares que cumplieron con sus diferentes obligaciones litúrgicas: ellos fueron siempre los que recibieron la parte del león, pues por término medio percibían un 90% de los ingresos totales.

A la hora de repartir estas sumas se tenían en cuenta dos factores: la posición ocupada en la jerarquía capitular (una dignidad y un canónigo recibían cuatro maravedís, un racionero dos, un medioracionero uno) y la asistencia a los mismos, repartiendo las sumas a descontar a los capitulares absentistas entre quienes hubiesen estado presentes. Por tal motivo, las cantidades percibidas por cada prebendado varían extraordinariamente de un año a otro en función del cumplimiento de la residencia, pero, simplificando en gran medida, las mismas se situán en torno a los 2.000-2.500 reales en el caso de canónigos y dignidades, 1.000-1.500 en el de los racioneros y 500-750 en el de las medias raciones.

Las rentas de sus propiedades y los ingresos de las capellanías a su cargo, amén de los procedentes de la percepción del diezmo y la asistencia a los aniversarios y dotaciones, aseguraban a los capitulares unas rentas muy elevadas: en 1760, por ejemplo, el deán don Nicolás Ibáñez Porcio percibía 21.420,12 reales, de los que 10.541,06 venían proporcionados por fincas urbanas o censos de su propiedad, 1.210 por las capellanías a su cargo, 8.036,15 por diezmos de maravedises y 1.632,25 por su asistencia a aniversarios y dotaciones.

Ante la escasez de inventarios post-mortem desconocemos, sin embargo, en qué se invertían estas rentas tan elevadas. Solamente disponemos de cinco inventarios de bienes de capitulares y dos de ellos son incompletos, por cuanto tan sólo se indica el importe de los bienes muebles de uso cotidiano: son los casos del racionero Gregorio de Loaisa, fallecido en 1696 (cuyas propiedades fueron apreciadas en 4.576 reales) (67) y del prebendado don Sebastián de la Cavallera, muerto en 1723, ascendiendo el importe de sus bienes a 1.047 reales (68). Otros casos, por el contrario, son más representativos: son los del chantre y canónigo don Bartolomé Escoto y Bohórquez (muerto en 1700) (69), el canónigo don Alejandro de Fontanilla (fallecido en 1728) (70) y el prebendado don Antonio Miguel de Palma (que murió en 1738) (71): el importe total de sus bienes ascendía respectivamente a 564.419,32 reales, 93.679,24 reales y 203.120,13 reales.

En líneas generales, era importante la cantidad de dinero en metálico de la que disponían (129.118,17 reales, Bohórquez; 58.795,32, Fontanilla) y los bienes muebles nos revelan un status de vida bastante confortable: Fontanilla era propietario de seis sillas y cuatro taburetes de madera de nogal, dos bufetes de caoba, cuatro «contadorcinos» de ébano, Carey y marfil; una docena de posillos de China, una docena de tacitas también de chinería, prendas textiles de procedencia genovesa (quince pares de calcetas) y ruanesa (seis sábanas de lienzo), diez camisas de damasco y numerosos objetos de plata (bandeja, cuatro candeleros, doce cucharas, doce tenedores, salero). Palma contaba entre su mobiliario con una papelería de Inglaterra, once sillas de baqueta de Moscovia y un reloj de caja. Los bienes muebles de Escoto y Bohórquez estaban apreciados en 69.453 reales, lo que nos da una idea de su elevada riqueza. Tampoco es algo extraño la posesión de esclavos: este último era propietario de cuatro esclavos y una esclava valorados todos ellos en 6.500 reales; Cavallera poseía dos esclavos y Loaisa uno negro y un segundo mulato.

Por lo que se refiere a los bienes inmuebles, su composición es muy variada: en los casos de Fontanilla y Palma son las fincas urbanas las que aseguran el grueso de su fortuna, puesto que si el primero era propietario de dos casas en El Puerto de Santa María valoradas en 74.571 reales, Palma poseía otras tres en Cádiz apreciadas en 140.578,32. Bohórquez, por el contrario, debe incluirse en la aristocracia terrateniente de la diócesis, siendo propietario de un cortijo en el Tinoco valorado en 40.452 reales, con abundantes partidas de trigo, cebada, garbanzos y otros productos agrícolas; y una numerosa cabaña ganadera: 26 bueyes, 84 novillos, 140 vacas, 21 toros, ocho yeguas, un caballo, un burro y algunas mulas, a la vez que las deudas a su favor sumaban 32.362,14 reales; estando situada la partida principal (27.262,31) a favor del mayorazgo por él fundado. Por lo que respecta a Loaisa, era propietario de unas casas en el barrio de Santa María y una hacienda de viñas y tierra calma en Rota, amén de medio barco cargado de «ropa» en comandita con un tal Manuel Díaz.

En líneas generales, podemos decir que los capitulares gaditanos pueden ser definidos como una clase media muy acomodada y que lleva un tren de vida muy confortable, pero sin que su fortuna pueda compararse con la de los acaudalados comerciantes de la urbe (de 21 inventarios estudiados por García Baquero, en once se superaba los 250.000 pesos) (72). En segundo término, la base de su riqueza era muy variable: nos atreveríamos a distinguir entre un grupo de capitulares origina-

rios de la urbe gaditana que invierte su dinero principalmente en fincas urbanas; y un segundo relacionado con la oligarquía terrateniente del obispado, propietario de tierras y ganado y que posiblemente fuese el de mayor capacidad económica.

NOTAS

- (1) SÁNCHEZ HERRERO, J., *Cádiz. La ciudad medieval y cristiana*, Córdoba, 1981, pp. 243-259.
- (2) GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, F., *Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada*, Amsterdam, 1690, p. 560.
- (3) Una de ellas fue aplicada al Santo Oficio de la Inquisición desde que vacara en 1568 tras el fallecimiento del canónigo Ezija de Lara (*Ibidem*, p. 548).
- (4) A.C.C., Sección 1, serie 4, lib. 7, «Unión Canónica de las capellanías de coro de la Santa Iglesia de esta ciudad...» y «Noticias de la nueva unión de las capellanías de coro...».
- (5) ALVAREZ, P., «Cabildos», *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. 1, Madrid, 1972, p. 299.
- (6) SÁNCHEZ HERRERO, J., *op. cit.*, p. 255.
- (7) BARRIO GOZALO, M., *Estudio socioeconómico de la Iglesia de Segovia en el siglo XVIII*, Segovia, 1982, pp. 292-293.
- (8) SÁNCHEZ HERRERO, J., *op. cit.*, p. 259.
- (9) GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, F., *op. cit.*, p. 549.
- (10) A.M.C., A.C., Año 1707, fols. 48 y 64v.
- (11) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 19, fols. 27v-28v.
- (12) A.M.C., A.C., Año 1708, fols. 104-113v.
- (13) A.M.C., A.C., Año 1759, fol. 4v.
- (14) A.H.N., Consejos, leg. 15.649, exp. 1.
- (15) A.M.C., A.C., Año 1792, fol. 191.
- (16) A.M.C., A.C., Año 1763, fol. 389v.
- (17) A.M.C., A.C., Año 1766, fol. 90.
- (18) A.M.C., A.C., Año 1768, fol. 696v.
- (19) A.M.C., A.C., Año 1778, fol. 282.
- (20) A.M.C., A.C., Año 1781, fol. 169v.
- (21) A.H.N., Consejos, leg. 15.649, exp. 1.
- (22) Vid. A.C.C., Sección 1, series 2 (lib. 1-4) y 8 (leg. 68).
- (23) Un total de 93 opositores estudiaron en alguna universidad (más uno que lo hizo en el seminario de Cádiz, y otros 25 de los que desconocemos este dato): 29 en Sevilla, 21 en Osuna, 19 en Granada, 17 en Ávila, dos en Salamanca, y los cinco restantes en Baeza, México, Oñate, Orihuela y Valencia.
- (24) A.C.C., Sección 1, serie 9, leg. 80, «Cédula... por la cual se manda observar el nuevo método que se prescribe en el de hacer las pruebas a los provistos en Dignidades, Canongías y Raciones».

- (25) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 98v.
- (26) A.C.C., Sección 1, serie 9, leg. 82-84.
- (27) VÁZQUEZ LESMES, R., *Córdoba y su cabildo catedralicio*, Córdoba, 1987, p. 74.
- (28) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz y Estatutos del Cabildo de dicha Iglesia...* «Traslado bien y fielmente sacado de los títulos de los Muy Reverendos y muy Magníficos señores del Deán y Cabildo de las Iglesias de Cádiz y Algeciras (1493)», tit. tercero, p. 29.
- (29) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia...*, «Estatutos modernos de los sres. Deán y Cabildo (1589)», tit. primero, pp. 1-8, 11 y 13.
- (30) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia...*, «Traslado bien y fielmente sacado...», tit. primero, pp. 1-3 y 10.
- (31) B.E.G., *Cuaderno nuevo de aniversarios asy de mysterio, santos y réquiem como de las demás fiestas y dotaciones...*, Cádiz, s.a., pp. 43-52.
- (32) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia...*, «Traslado bien y fielmente sacado», tit. undécimo y duodécimo.
- (33) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 17, fol. 96.
- (34) Ibidem, fol. 115v.
- (35) Ibidem, fol. 117.
- (36) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 18, fols. 177v y 206.
- (37) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 19, fol. 48v.
- (38) Ibidem, fol. 98 v.
- (39) Ibidem.
- (40) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 26, fol. 45.
- (41) Ibidem, fol. 171.
- (42) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 28, fol. 6.
- (43) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 7v-8v.
- (44) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia...*, «Traslado bien y fielmente sacado...», tit. tercero, p. 43.
- (45) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 27, fols. 199v-200.
- (46) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 29, fols. 120v-121.
- (47) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia...*, «Traslado bien y fielmente sacado», tit. tercero, p. 43.
- (48) ANTÓN SOLÉ, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, pp. 79-93.
- (49) SÁNCHEZ HERRERO, J., op. cit., p. 225.
- (50) GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, F., op. cit., pp. 548-550 y 555.
- (51) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 41, fol. 160.
- (52) A.H.N., Consejos, leg. 15.647, exp. 2, «D. Manuel de Gorrichategui deán de aquella catedral con el cabildo de la misma por haberle privado de varias facultades y de la llave de la arca de caudales».
- (53) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 18, fol. 162v.
- (54) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 26, fol. 181.
- (55) Ibidem, fol. 184v.
- (56) A.M.C., A.C., Año 1731, fol. 316.
- (57) Ibidem, fols. 327-328v.
- (58) A.M.C., A.C., Año 1732, fol. 147.

- (59) Ibidem, fol. 299.
- (60) A.M.C., Año 1743, fols. 226v-227.
- (61) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 29, fol. 28v.
- (62) Ibidem, fol. 30v.
- (63) Ibidem, fol. 31.
- (64) Vid. TRAVERSO RUIZ, F., *Riqueza y producción agraria en Cádiz durante los siglos XVI y XVII*, Cádiz, 1987.
- (64 bis) A.C.C., Sección 7, serie 1.
- (65) B.E.G., *Nueva reducción de aniversarios hecha en los incongruos que tenía esta Santa Iglesia Cathedral de Cádiz por el Ilustrísimo Señor Fray Tomás del Valle*, Cádiz, s.a.
- (66) A.C.C., Sección 1. Serie 1. Lib. 28, fol. 1340.
- (66 bis) A.C.C., Sección 4, serie 1.
- (67) A.D.C., Varios, leg. 621.
- (68) A.D.C., Varios, leg. 1.172.
- (69) Ibidem.
- (70) Ibidem.
- (71) A.D.C., Varios, leg. 842.
- (72) GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, A., *Cádiz y el Atlántico (1717-1778)*, vol. 1, Sevilla, 1976, p. 510.

CAPÍTULO V
EL BAJO CLERO SECULAR

No existe un grupo más heterogéneo que éste en el seno de la Iglesia española del Antiguo Régimen, puesto que hay muy poco en común entre un clérigo de menores, un presbítero, un cura o un ordenado a título de patrimonio. No obstante, nosotros consideraremos en este capítulo como bajo clero secular a todos aquellos eclesiásticos que no pertenecen a ninguna orden religiosa y que no pueden incluirse en la élite del estamento clerical, como serían el obispo y el cabildo catedralicio.

5.1. EL RECLUTAMIENTO

Tal y como sucede en todos los obispados españoles durante el Antiguo Régimen (1), los requisitos exigidos en nuestra diócesis para acceder al estamento eclesiástico son mínimos: las *Constituciones Sinodales* de 1591 determinaban que los pretendientes a tonsura y órdenes menores se presentarían quince días antes de su ordenación a fin de realizar las diligencias necesarias, plazo que aumentaba a un mes si se recibieran las órdenes mayores. Los futuros tonsurados serían cuidadosamente seleccionados, por cuanto que se consideraba la misma como «una preparación para recibir las sagradas órdenes»; exigiéndose por ello que fuesen hijos de legítimo matrimonio, estuviesen confirmados, supiesen leer, escribir y la doctrina cristiana; y constase de manera fehaciente que «le reciben para mejor servir a Dios y no para huir el juicio seglar, de lo cual traiga testimonio del vicario o de otra persona eclesiástica que le conozca». Por lo que respecta a la recepción de las órdenes menores, los aspirantes a las mismas habrían de ser «aprobados en costumbres por el cura y maestro que les hubiere enseñado y traer testimonio de haber frecuentado los sacramentos de la Confesión y Sagrada Comunión». Lo que prima ante todo es el ideal del buen cristiano, ya que el nivel cultural exigido es claramente insuficiente: «saber y construir y entender congruamente la lengua latina». A medida que ascendemos en la carrera clerical aumenta la necesidad de llevar un comportamiento decente y arreglado, y para el acceso al subdiaconado, diaconado y presbiteriado

era necesaria «una mayor aprobación de sus costumbres y para que conste de ello se ha de publicar en la Iglesia cómo el dicho pretende ordenarse de tal orden para que los que supieren algo que lo pueda impedir lo declaren». Tan sólo en el caso de los ordenados *in sacris* se exigía una congrua anual mínima, que ascendía por entonces a unos 12.000 maravedís. La edad de acceso a las Sagradas Ordenes es la misma que fijara el Concilio: tener uso de razón para la primera tonsura, «conveniente para el oficio que se le encomienda» en el caso de las órdenes menores; y 21, 22 y 24 años cumplidos respectivamente para el subdiaconado, diaconado y presbiteriado (2).

A partir de la prelatura de don Lorenzo Armengual de la Mota, los *Edictos y comisión para los que se han de ordenar de corona y para grados* incluyen algunos requisitos complementarios, si bien son muy escasas las variaciones con respecto a la legislación anterior. Se exige una congrua de 50 ducados anuales y presentar los certificados de bautismo y confirmación para recibir la primera tonsura; por lo que respecta al subdiaconado, los candidatos deberían gozar de una congrua anual de 150 ducados si residían en Cádiz y de 100 si vivían en cualquier otro lugar de la diócesis y, por último, los futuros presbíteros debían conocer los ritos de la penitencia, la eucaristía y el sacrificio de la misa, así como todo lo concerniente a la administración de los restantes sacramentos (3).

En ciertas ocasiones los prelados gaditanos intentaron resolver el problema de la enorme hinchazón de los efectivos eclesiásticos, tema que se había pretendido resolver a escala nacional desde que en 1723 se promulgase la bula *Apostolici Ministerii*. En una circular muy dura fechada el 6 de enero de 1787, don José Escalzo y Miguel aludía a la falta de instrucción de los eclesiásticos de su diócesis (muy pocos pretendientes a las Sagradas Ordenes estaban instruidos en las materias morales y casi ninguno en la latinidad) ordenando, en consecuencia, que no se dispensaran más intersticios, que en el examen para órdenes no se «disimulara en la latinidad» y que los futuros ordenandos *in sacris* fuesen debidamente examinados acerca de las materias morales (4).

Hubo un intento por mejorar la dotación económica de los ordenandos desde que la Real Orden del 8 de noviembre de 1768 dispusiera la unión de beneficios y capellanías incongruas con la finalidad de crear nuevos beneficios que tuviesen aneja la obligación de cura de almas (5). Un edicto promulgado en Cádiz el 21 de octubre de 1769 fijaba una congrua anual de 300 ducados en Cádiz y San Fernando y de 200 en el resto del obispado, pero a partir de 1774, quizás por la relativamente escasa

capacidad económica de la Iglesia gaditana, se da marcha atrás en estas disposiciones y vuelve a exigirse la misma congrua que se solicitara desde la prelatura de Armengual de la Mota. Todo ello debió introducir un cierto elemento de confusión que pretendió resolver el cabildo de canónigos *In Sacris* al ordenar el 22 de enero de 1782 que la congrua fuese de 150 ducados anuales para los originarios de Cádiz y de 100 para los nacidos en el resto de la diócesis. No será hasta el gobierno episcopal de don Antonio Martínez de la Plaza cuando se exigiese a los aspirantes a las Sagradas Ordenes la suma que se había fijado en 1769 (6).

Desconocemos en gran medida la procedencia social del bajo clero secular gaditano, ya que de un total de 534 individuos que han sido estudiados al respecto (7), tan sólo se conoce la profesión paterna de 113, no indicándose nunca la misma cuando se trata de oficios reputados como socialmente inferiores; no sabemos si esto se debe a que suelen proceder de las clases medias o altas, o a los prejuicios existentes en la España del Antiguo Régimen contra las actividades manuales. La única excepción al respecto es la del albañil Bernardo Quintana, cuyo hijo Pedro pretendía en 1768 recibir la primera tonsura y las órdenes menores. Lo que sí es cierto es que doce eclesiásticos gaditanos son hijos de nobles o caballeros de Ordenes Militares (8), nueve de oficios municipales (9), treinta y siete de funcionarios o profesiones liberales (10), veinte y cinco de militares o marinos (11), diez y nueve de comerciantes, uno de un albañil, nueve de personal laico al servicio de la Iglesia (12) y uno es de origen ilegítimo (13). Los restantes 421 no indicarán la profesión paterna. No obstante, es posible que el clero secular gaditano se reclute preferentemente en el seno de las capas medias de la sociedad, como indicarían los estudios realizados en otras zonas de la Europa católica (14) y la elevada proporción de progenitores de estos individuos que hacen gala del «don»: el 74,7% en la primera mitad de la centuria y el 84,5% en la segunda.

Un elemento que sería interesante tener en cuenta es el de la procedencia geográfica de los ascendientes de estos individuos, ya que desde el punto de vista social no es lo mismo que el clero se reclutase en el seno de unos inmigrantes desarraigados que entre familias que han echado raíces en la ciudad y que gozan de una situación socioeconómica ya consolidada. Parece ser que existe un fuerte dimorfismo sexual en este sentido, ya que el 27,8% de los ascendientes masculinos (de una muestra de 284) han nacido en Cádiz frente al 59,7% (de un total de 281) de los femeninos. A la inversa, si el 26,4% de los primeros son extranje-

ros, esta situación solamente se dará en el 6% de las segundas. Ello parece indicarnos que las vocaciones gaditanas se reclutaron en el seno de familias donde al menos uno de sus componentes es inmigrante, pero casado en bastantes ocasiones con alguna mujer gaditana, lo que les permitiría echar raíces, ganar amistades y obtener influencias. Pero la importancia del componente foráneo es un rasgo muy característico del Cádiz de la Modernidad (15) y hubiera resultado muy extraño que el reclutamiento del estamento eclesiástico estuviese ajeno a este comportamiento.

También resulta de interés el analizar si estos individuos son primogénitos o no, por cuanto sabido es que en muchas ocasiones el ingreso en el estado eclesiástico era la vía más fácil de asegurar una existencia confortable a los segundones. El tiempo medio transcurrido entre el casamiento de los progenitores y el nacimiento del futuro clérigo es ligeramente superior a los seis años (una muestra de 156 individuos): solamente algo más de la cuarta parte de los eclesiásticos han nacido menos de tres años después de haberse celebrado los esponsales de sus padres, y en el caso de una buena quinta parte el tiempo transcurrido asciende a diez o más años. Hay que tener en cuenta, obviamente, las elevadas tasas de mortalidad infantil existentes durante este período, lo que podría determinar que en algunas ocasiones el futuro clérigo fuese el único hijo superviviente, pero todo parece indicar que, en líneas generales, los eclesiásticos gaditanos no fueron de ninguna manera los primogénitos.

En bastante frecuente encontramos con familias que ofrecen a dos e incluso tres de sus hijos a la Iglesia, prueba de las frecuentes vinculaciones familiares que unían entre sí a muchos de los miembros del estamento eclesiástico gaditano: los hermanos Pedro y Antonio Legabún fueron tonsurados en 1704 y 1722; Miguel Polanco y Cacha, tonsurado en 1719, tuvo tres tíos maternos que fueron arzobispo de Milán, religioso agustino y presbítero; el comerciante gaditano don Bartolomé Volta tuvo tres hijos clérigos: Antonio Carlos (tonsurado en 1749), Joseph Carlos (que solicitó la misma en 1740) y Juan Bautista (ordenado de presbítero en 1749). Ello facilitaría la práctica de un nepotismo que durante muchos siglos ha sido lugar común en el comportamiento de la jerarquía católica, siendo un caso evidente al respecto el de don Juan Esteban Vácaro, que recibía en 1705 la primera tonsura, declarando que necesitaba ordenarse para poder acompañar a un eclesiástico tío suyo (que estaba al servicio del cardenal Negrón) a la ciudad de Roma.

La edad de acceso al estamento eclesiástico no nos ofrece grandes sorpresas, puesto que la primera tonsura suele recibirse entre los once y los veinte años de edad y el presbiteriado entre los 23 y los 25: así, en la primera mitad de la centuria, el 74% de un total de 208 eclesiásticos recibe la primera tonsura entre los once y los veinte años de edad, proporción que desde 1750 es del 62,5% (de un total de 227 casos). La edad de acceso al presbiteriado apenas experimenta cambios, afirmándose en este sentido el predominio del grupo de edades comprendido entre los 23 y los 25 años, que serán el 60,4% del total en 1700-1749 (43 casos), y el 68% entre 1750 y 1799 (72 casos). Serán muy poco frecuentes tanto las ordenaciones tempranas como las vocaciones tardías, y es de señalar que la inmensa mayoría de las ordenaciones que tuvieron lugar en el Cádiz dieciochesco cumplieron las disposiciones canónicas: si Trento ordenaba que para la recepción de la primera tonsura se tuviese al menos uso de razón (siete años), la única excepción es la de don Antonio de Coca, tonsurado en 1705 cuando contaba con una edad de cinco años. Por lo que se refiere al presbiteriado, el Concilio prescribía que nadie lo recibiese antes de los 25 años, si bien las *Constituciones* de 1591 exigían tener cumplidos solamente los 24. Hay numerosos casos de individuos que acceden al sacerdocio con 23 años de edad, pero nunca con menos. Se da, en definitiva, un seguimiento normal de la carrera eclesiástica, y muy pocos querrán ingresar en este estamento con más de treinta años de edad, siendo prácticamente inexistentes las vocaciones tardías. Tan sólo un gaditano se convirtió en clérigo cuando contaba con más de cuarenta años, tratándose de D. Miguel Navarro, nacido en febrero de 1689, tonsurado en septiembre de 1733 y que recibía tres años después el presbiteriado.

Y, correspondiendo a su juventud, la vida de estos individuos suele ser muy anodina. En la mayor parte de los casos cursaron sus estudios en Cádiz y algunos, de hecho, solamente abandonaron la urbe para perfeccionar su formación intelectual, regresando a su lugar de origen una vez concluidos sus estudios. No fueron espíritus viajeros, ni mucho menos aventureros, y en la mayoría de las ocasiones ni siquiera tenían un pasado que contar. Tan sólo dos individuos se salen algo de esta tónica: el tonsurado don Rafael Beyens, que en la década de 1770 visitó Cartagena de Indias, Veracruz y Lima; y don Josef Gandulfo, «comerciante en Sanlúcar pero luego se separó de ella saldando todas sus cuentas y obligaciones», arrepentido del mundo, pero que supo asegurarse una existencia confortable fuera de él, puesto que el patrimonio por él fun-

dado le proporcionaba una renta anual de 10.800 reales... este mismo Gandulfo será el sucesor del marqués de Valdeñigo al frente de la Congregación de la Santa Cueva.

Todo ello no fue más que el resultado de un largo proceso histórico: la Reforma Católica persiguió constantemente el reclutar a sus servidores entre aquellos individuos que desde muy pequeños habían sido apartados del mundo: no podrían así faltar a sus obligaciones porque, en muchos casos, jamás habían saboreado las escasas mieles que pudiera reservarles su existencia, de la que tan sólo las hieles habrían conocido. Cádiz, al menos en el siglo XVIII, no fue ninguna excepción.

Por lo que respecta a la congrua, llama poderosamente la atención el hecho que de un total de 389 eclesiásticos gaditanos de los que conocemos el tipo de beneficios del que disfrutaban, 341 sean beneficiarios de capellanías, solamente dieciséis de memorias de misas perpetuas, y 35 (todos ellos en la segunda mitad de la centuria) de rentas patrimoniales. La acentuada hegemonía ostentada por las capellanías tiende a resquebrajarse, sin embargo, a medida que transcurre el siglo (el 96% de los ordenandos disfrutaban de un beneficio de este tipo en la primera mitad del siglo, tan sólo el 80,7% en la segunda), debido a la retracción fundacional que en la segunda mitad de la centuria experimentan las mismas. Este período, asimismo, conocerá el gran auge de las rentas patrimoniales, las cuales suelen ser fundadas por comerciantes y gentes adineradas que de esta manera pretenden burlar las restricciones experimentadas por las fundaciones de capellanías, a la vez que tienen el interés de que se trata de beneficios en los que únicamente el patrono determina quién ha de gozar los ingresos que los mismos proporcionan.

Es muy acentuado el grado de localismo existente, ya que de una muestra de 361 clérigos, 293 disfrutaban de beneficios fundados en la urbe gaditana, 36 en el resto de la diócesis (destacan Chiclana con 19, Puerto Real con siete y Medina con seis), 51 en otras zonas andaluzas (trece en otras comarcas de la provincia gaditana, treinta en la de Sevilla), seis en el resto de España (apareciendo las dos Castillas y Extremadura) y tan sólo uno en el extranjero, tratándose de don Pedro Legabún, capellán de una capellanía que en la ciudad francesa de Saint-Maló había disfrutado anteriormente un tío suyo. La localización de estas rentas obedece a una serie de hechos: la tendencia de la oligarquía gaditana a la adquisición de propiedades inmobiliarias en Cádiz y su *hinterland* (lo que explica la gran importancia de Chiclana y Puerto Real), las vinculaciones familiares (puesto que muchos de los progenitores de nuestros clérigos, con

buenas relaciones con parientes residentes en su ciudad natal, podían proporcionar beneficios a sus hijos con suma facilidad: don Julián Francisco de Góngora consiguió una capellanía en Priego muy posiblemente porque su padre había sido corregidor de dicha villa) y la importancia de algunos núcleos como centros prestigiosos de formación intelectual, a la vez que son sedes de diócesis ricas con posibilidad de mantener a un numeroso núcleo de beneficiados (ello explica el que veinte eclesiásticos disfruten de beneficios erigidos en Sevilla).

Es relativamente exigua la congrua anual que estos beneficios proporcionan: una media de 1.622 reales en la primera mitad del siglo (112 casos) y de 2.370 en la segunda (186 casos). Antes de 1750 tan sólo el 22,3% de los clérigos gaditanos disfrutaba de una congrua anual superior a los 200 ducados, en tanto que un 33,9% ni siquiera ganaba cien. En la segunda mitad de la centuria hay, no obstante, un gran progreso de la situación económica, ascendiendo estos porcentajes al 38,1% y el 18,8% respectivamente. De todas maneras, nunca fueron estas rentas demasiado elevadas: tan sólo once eclesiásticos gozaban de una congrua anual superior a los 500 ducados, siendo el caso extremo el del ya citado don Josef Gandulfo. Estos datos nos permiten concluir que, si no se contaba con bienes propios o no se estaba inmerso en la burocracia clerical, la situación económica del bajo clero secular gaditano era bastante precaria.

Como ya hemos visto, las capellanías fueron los beneficios de los que en mayor grado disfrutaron nuestros eclesiásticos. Su fundación sufrió severos recortes a partir de 1763, momento en el que se prohíbe la erección de rentas de este tipo sin autorización real, que tan sólo se concedería «por causas urgentísimas y de piedad» (16), invitándose en 1798 a los prelados a enajenar los bienes de las capellanías colativas y a situar su producto en la Caja de Amortización (17). El siglo XVIII, no obstante, será el último gran momento de las capellanías gaditanas, puesto que si en 1700 se habían erigido un total de 890, en 1799 serán 1.385 (cuadro 9). Su incremento fue muy rápido en la primera mitad de la centuria, pero a partir de los años sesenta el ritmo de crecimiento experimenta un claro proceso de ralentización debido, entre otras razones, a las disposiciones emanadas de la autoridad real, la Sinodal de 1769 que intentó garantizar una congrua mínima a cada eclesiástico (y que prohibiría por ello las fundaciones incongruas), el descenso de ordenaciones sacerdotales registrado en la urbe desde los años sesenta y la crisis que atraviesan numerosas manifestaciones de la piedad barroca (18). Es cier-

to, sin embargo, que los ingresos totales proporcionados por estos beneficios continuaban aumentando (cuadro 9): aunque es verdad que muchas capellanías estaban situadas sobre censos que con el tiempo se redimen o se pierden, ello vendría más que compensado con el constante aumento de los alquileres de fincas urbanas, debido a la gran especulación inmobiliaria que se da en el Cádiz dieciochesco. Hasta 1740 el ritmo de crecimiento es relativamente lento, puesto que la pragmática de 1705 que disponía el descenso del interés anual de los censos del 5% al 3% provocó una fuerte disminución de sus rentas (592.984 reales en 1705, solamente 423.432 en 1706). A partir de entonces, sin embargo, el aumento es espectacular: los 600.000 reales son superados definitivamente en 1743, los 750.000 en 1758, los 850.000 diez años después... si bien desde mediados de los setenta los ingresos anuales se incrementan en menor medida debido a la caída en picado que experimentan las nuevas fundaciones. De todas maneras, en 1799 los ingresos totales proporcionados por las capellanías gaditanas se elevaban a 1.070.061 reales.

Durante gran parte del Siglo de las Luces, pues, la fundación de capellanías gozó de buena salud: si un total de 364 fueron fundadas a lo largo del XVIII (18 bis) hasta 1760 las nuevas fundaciones serán muy numerosas, con 61 en el decenio de 1700, de cuarenta a cincuenta por década entre 1710 y 1759 (48 en 1710-19, 41 en 1720-29, 50 en 1730-39, 45 en 1740-49, 51 en 1750-59), pero a partir de 1760, y especialmente de los años setenta, se inicia una tendencia al descenso fundacional, que prácticamente es un derrumbamiento: 39 nuevas capellanías en los sesenta, 18 en la década de 1770, ocho en la de 1780, tan sólo tres en los años noventa.

Desconocemos en gran medida quiénes fueron los fundadores, y solamente sabemos que nueve capellanías fueron fundadas por nobles o caballeros de órdenes militares, dos por oficios municipales, 21 por funcionarios, militares o profesiones liberales, 19 por comerciantes y hombres de negocios, 56 por eclesiásticos y 128 por mujeres, muchas de ellas solteras o viudas de alta posición social. Entre todos ellos invertirán un capital que ascenderá a 13.137.043 reales, que también tiende a descender a medida que avanza la centuria: 1,9 millones en los decenios de 1710 y 1720, 1,5 en los de 1730 y 1740, 1,3 en los de 1750 y 1760... a partir de entonces, nos encontramos nuevamente con una caída en picado: algo más de un millón de reales en los años setenta, 776.000 en los ochenta, tan sólo 170.000 en los noventa. Serán las mujeres el grupo social que más capital invierta (un total de 4.644.249 reales) seguidas de

los eclesiásticos (2.655.968) y los comerciantes (990.074), siendo estos últimos los más generosos: si el capital medio invertido en cada capellanía asciende a 41.971 reales, en las fundadas por comerciantes y hombres de negocios esta suma es de 61.879. Estas rentas solían ser garantizadas en la mayoría de los casos por réditos de censos: si éstos están presentes en 192 de las 364 capellanías fundadas durante esta centuria, las fincas urbanas solamente aparecen en 97, y las rústicas en cuatro, lo que nos indica cómo los fundadores vivían completamente al margen del mundo rural.

Lo que más nos interesa señalar es que las capellanías gaditanas dieciochescas eran en buena medida instituciones de carácter familiar y servidas por miembros del clan, y esto se observa analizando tanto quiénes fueron los primeros patronos como el primer servidor de la fundación: por lo que se refiere a los primeros, de un total de 129 casos conocidos, en 51 capellanías el patrón es algún familiar, apareciendo a una gran distancia el deán y cabildo catedralicio, el prepósito de la Congregación de San Felipe Neri, el cabildo catedralicio e incluso el propio fundador. Asimismo, de un total de 98 capellanías de las que sabemos quién fue el primer servidor, en 50 ocasiones se trata de algún pariente del fundador, siendo relativamente excepcionales los casos en los que se señalan algunos requisitos particulares que el capellán debe reunir, destacando entre los mismos el ser natural de Cádiz, lo que nos muestra un fuerte sentimiento localista (doña Josefa Nicolasa Batalla riza el rizo aún más al disponer en 1752 que el primer capellán fuese natural del gaditano barrio de Santa María y estudiase en el también gaditano convento de Santo Domingo) y las intenciones piadosas que animaron a algunos fundadores. Se trata, no obstante, de casos excepcionales, y todo parece indicar que las capellanías gaditanas, al menos en su origen, fueron instituciones con un carácter familiar muy marcado.

Entre 1700 y 1799, 669 eclesiásticos seculares nacidos en nuestra ciudad recibieron la primera tonsura y 342 el presbiteriado, lo que representa el 34,4% y el 31,1% de las vocaciones diocesanas habidas durante este período (19). Esta proporción parece bastante elevada, pero es necesario tener en cuenta la enorme importancia demográfica de Cádiz en el conjunto de la diócesis, y todo parece indicar que proporcionalmente la urbe dio menos sacerdotes de los que hubiera podido aportar atendiendo únicamente a criterios poblacionales: es posible que su carácter de ciudad comercial y marítima originase un ambiente relativamente refractario a las vocaciones, uniéndosele a todo ello el hecho de que la bri-

llante coyuntura económica atravesada por nuestra localidad durante este período provocó el que la Iglesia no constituyese la única salida de quienes pretendían asegurarse la existencia. Asimismo, las ordenaciones van disminuyendo tanto en niveles absolutos como relativos: tan sólo en el primer decenio de la centuria se supera la tasa de 2,00 tonsurados anuales por cada 10.000 habitantes, y en la década de 1760 por última vez se alcanzan niveles superiores a 1,00. El caso de los presbíteros, sin embargo, es diferente: durante toda la primera mitad del siglo hay una situación de estancamiento, oscilándose entre 0,77 nuevos sacerdotes por cada 10.000 habitantes en los años cincuenta y 0,56 en los cuarenta, pero desde 1770 las tasas una vez más se derrumban, alcanzándose niveles de tan sólo 0,41 en el decenio de 1780.

Esta disminución, como ya hemos indicado, también se observa atendiendo a las cifras absolutas: en 1700-19 se tonsuran un total de 153 gaditanos, en tanto que 58 llegaron al presbiteriado; en 1720-39 son respectivamente 143 y 67; en 1740-59, 125 y 71; en 1760-79, 129 y 81; en los últimos veinte años del siglo tan sólo 119 y 65. La caída de los tonsurados es continua, si bien el número de nuevos presbíteros solamente descenderá a partir de 1780. Este descenso ya ha sido constatado en numerosas diócesis francesas (19 bis) y nosotros mismos lo hemos apreciado en nuestra diócesis (20)... todo ello en línea con el tan debatido problema de la «descristianización» dieciochesca.

La coyuntura ofrece, sin embargo, algunos momentos dignos de comentario: la incidencia de las guerras, por ejemplo, provocará a veces un aumento de las ordenaciones de tonsurados, tal como sucede en 1704-1709, 1762-63 y 1794. Un segundo factor que incide en algunas ocasiones es la tendencia de los prelados gaditanos a realizar ordenaciones masivas durante los primeros años de su episcopado, tal como sucede en 1731-1733 y 1778-1780 (aunque en este último caso también puede influir el hecho de que por entonces se desarrolla una nueva aventura bélica). Las medidas legislativas de los obispos determinan en ocasiones un descenso radical de vocaciones: así sucederá tras la Sinodal de 1769 y la circular de Escalzo de 1787.

Es preciso señalar que todas estas fluctuaciones se observan sobre todo en las ordenaciones de tonsurados, en tanto que los presbíteros experimentan una evolución mucho más regular. Posiblemente cabe afirmar que el número de los primeros no constituye ningún índice que permita averiguar la fidelidad de la población a los principios rectores de la piedad barroca, al estar demasiado mediatizado por las coyunturas béli-

cas, económicas y mentales, e incluso por las medidas legislativas emanadas de los prelados. Más fiable es, por el contrario, el caso de las ordenaciones propiamente sacerdotales, y desde este punto de vista podemos afirmar que, al menos hasta los años sesenta (lo que viene corroborado también por la evolución de las fundaciones de capellanías) la piedad barroca goza de buena salud en el Cádiz dieciochesco.

5.2. LOS CURAS. LA ESTRUCTURA PARROQUIAL

Sin lugar a dudas, los curas fueron una pieza clave en el aparato clerical del Antiguo Régimen, ya que su acción fue determinante a la hora de difundir las consignas ideológicas de la Reforma Católica durante los siglos XVI y XVII y del absolutismo político en el XVIII. Un cargo de tanta importancia hubo de tener muy regulados sus deberes y obligaciones, y las *Constituciones Sinodales* de 1591 se preocuparon ante todo de asegurar que estos individuos reuniesen los requisitos necesarios para ejercer su ministerio, procurando en el ejercicio del mismo desembarazarse de cualquier tipo de ocupaciones que pudiesen distraerles de sus tareas, viviendo pura y religiosamente. Sus deberes aparecen asimismo muy claramente expresados: asistir siempre dentro de la Iglesia, administrar en persona los sacramentos (especialmente la confesión y la eucaristía) y decir misa todos los domingos. Al mismo tiempo el cura debe preocuparse de la moralidad y la asistencia social de sus feligreses, atendiendo a los enfermos, doncellas pobres y desamparadas, viudas, huérfanas, enfermos y ancianos; amonestando a los padres de familia para que «hagan venir a oír misa los días de fiesta a sus hijos, criados y esclavos, pastores y guardas de cortijos y no dejen los dichos días a sus hijas en su casa so color de honestidad» y componiendo las diferencias y rencillas existentes en el seno de la comunidad (21).

En claro contraste con la situación existente en otras zonas de nuestro país los curatos gaditanos nunca fueron, al menos en el siglo XVIII, de carácter patrimonial. A partir del edicto promulgado por el obispo don Joseph de Barcia y Zambrana el 24 de enero de 1695 y que fue confirmado por una bula papal el 16 de enero de 1696, se dispuso que los siete curatos existentes en la catedral (que por entonces era la única parroquia de la urbe) fuesen convertidos en colativos y perpetuos, a fin de que a los mismos se accediese por oposición. Con el fin de difundir la convocatoria se despacharían edictos a Sevilla, Málaga y Granada y demás lugares que pareciere conveniente, pudiendo presentarse a estas

pruebas todos aquellos individuos que hiciera al menos un año hubiesen sido ordenados sacerdotes y fuesen bachilleres en Teología o Cánones, decidiendo el obispo a quién correspondía su provisión. Las obligaciones futuras aparecían muy claramente expresadas, puesto que no podrían nombrar teniente ni regresar el curato, debiendo explicar la doctrina cristiana, visitar a los enfermos y aplicarse a las obras de piedad (22).

Se conservan un total de dieciocho concursos en los que se presentaron 143 opositores (23), con una media ligeramente superior a los seis candidatos por cada prueba de este tipo, lo que nos indica que las mismas eran relativamente reñidas y que un curato en Cádiz era un destino ciertamente solicitado. En su inmensa mayoría (un total de 115) se trataba de presbíteros, si bien es de señalar que las disposiciones promulgadas por el obispo don Joseph de Barcia, que prohibían se presentasen a estas pruebas clérigos que no hubiesen sido ordenados sacerdotes, no se cumplieron, puesto que encontramos a diáconos, subdiáconos e incluso tonsurados y clérigos de menores. Por lo que se refiere a su cargo, 36 opositores eran curas y 22 tenientes, tratándose de individuos que ejercen su ministerio en otras localidades de la diócesis, pero que por motivos obvios desean trasladarse a la capital de la misma. De hecho, siempre fue una constante la promoción de ciertos sacerdotes a los curatos más apetecidos del obispado: don Francisco Javier Meléndez, que inició su carrera como cura en Vejer, se convertía en 1759 en cura de Chiclana y cuatro años después obtenía un curato en Cádiz. No fue el único caso, aunque de nada serviría una tediosa relación. Con menor frecuencia aparecen capellanes, abogados de los Reales Consejos, seminaristas o profesores del colegio de San Bartolomé y un numeroso grupo de individuos (un total de 74) que no indican su situación concreta. Pero en este caso es muy ilustrativa tan elevada proporción, por cuanto nos indica que en la mayoría de las ocasiones los opositores eran individuos no inmersos en el aparato jerárquico de la Iglesia gaditana, servidores de capellanías en su mayor parte, y que pretendían de esta manera asegurarse un puesto fijo en la burocracia eclesiástica.

Por término medio solían ser hombres bastante jóvenes, ya que 55 tenían entre 20 y 29 años, y 46 entre 30 y 39, superando los cuarenta tan sólo 23 (de los restantes 18 desconocemos este dato). Muy variada es su procedencia geográfica: 49 nacieron en Cádiz, 37 en otras localidades de la diócesis (especialmente Jimena con doce opositores y Medina con nueve), 34 en las restantes comarcas andaluzas y media docena en otras regiones españolas (Galicia, Murcia, Valencia, Castilla la Vieja

y Vascongadas). A pesar del fuerte grado de regionalización que se observa es evidente que un curato en Cádiz ejerce bastante atracción, ya que no de otra manera nos explicamos la frecuente aparición de individuos procedentes no sólo del obispado, sino también de las localidades de Jerez de la Frontera, El Puerto de Santa María y poblaciones sevillanas y malagueñas. Podríamos apuntar incluso que cada vez se presentan menos candidatos procedentes de la urbe gaditana, puesto que en la segunda mitad de la centuria, los opositores nacidos en otras localidades diocesanas casi igualan en número a los gaditanos propiamente dichos: es evidente que con el tiempo la posibilidad de acceder a un curato en Cádiz se convierte en una opción más factible para los clérigos del resto del obispado, lo que posiblemente nos indique una mejora de su formación intelectual.

Esta era relativamente baja, sin embargo, si la comparamos con la de los prebendados: solamente una quinta parte de los opositores tenía algún tipo de titulación académica, predominando los bachilleres (un total de diecisiete) sobre los doctores (siete) y licenciados (solamente cuatro), grados demasiado importantes, evidentemente, como para desperdiciarlos en el ejercicio de un curato y no intentar acceder a más altos destinos. Al mismo tiempo, las instituciones donde estos individuos han adquirido su formación intelectual son muy variopintas: los 143 opositores han estudiado en 30 centros diferentes, aunque la hegemonía de algunos es muy marcada: sobre todo, el convento de Santo Domingo de Cádiz (treinta y cuatro), seguido del también gaditano colegio de Santiago (trece) y de la Universidad de Sevilla (también trece), siendo menos corriente haber cursado los estudios en el seminario de San Bartolomé (solamente diez opositores, y todos ellos se presentaron a estas pruebas después de 1780), el colegio del Sacromonte de Granada (nueve), el convento de Santo Domingo de Jerez de la Frontera (ocho) y la capilla de la Aurora de El Puerto de Santa María (media docena). Podemos decir, en líneas generales, que 61 opositores estudiaron en Cádiz, 29 en Sevilla, catorce en Granada, ocho en Jerez de la Frontera, seis en El Puerto de Santa María, cinco en Osuna y Córdoba, tres en Orihuela y uno en Medina, Ronda, Archidona y Murcia. Es muy reducida la proporción de candidatos que han estudiado en universidades e insignificante si la comparamos con los opositores a canonjías, y habría que añadir que ninguno de ellos fue colegial mayor: si lo hubiera sido, es muy probable que no hubiese desperdiciado el bagaje cultural adquirido y el

prestigio social inherente al hecho de haberlo sido, en opositar a un curato.

También sería de interés efectuar un análisis de quiénes fueron los ganadores de estas pruebas, con la finalidad de comprobar si se primaban algunas condiciones particulares a la hora de adjudicar estos destinos. De dieciocho individuos que obtuvieron curatos o tenencias en Cádiz, una docena de los que conocemos la orden sagrada recibida fueron presbíteros, no apareciendo ningún diácono, clérigo de menores o tonsurado: obviamente, los prelados gaditanos no estaban por la labor de conceder un destino definitivo en la burocracia eclesial a ninguno de ellos. Es de destacar además que diez eran curas y dos tenientes, siendo la única excepción conocida la de don Antonio Cabrera, catedrático de Filosofía en el seminario de San Bartolomé, y que en 1790 obtuvo un curato en la iglesia de Santa Cruz. Es evidente que siempre prima en los tribunales la consideración de conceder un beneficio curado en Cádiz a aquellos eclesiásticos que han desempeñado este tipo de funciones en las restantes localidades del obispado, no sólo por contar ya con una cierta experiencia, sino por el hecho de que es posible que solamente se concediera un curato en nuestra ciudad como recompensa final a aquellos clérigos que habían desempeñado una destacada tarea pastoral.

Otros criterios, por el contrario, pesaron bastante menos: la procedencia geográfica de los ganadores era muy variada, muy pocos de ellos tuvieron alguna titulación académica (un licenciado y dos bachilleres) y también se formaron en instituciones pedagógicas muy variopintas. Ante la mente de los tribunales, solamente dos condiciones jugaron un papel preponderante: el hecho de que el opositor fuese presbítero y que el mismo contara con alguna experiencia en las tareas parroquiales, dependiendo el resto tan sólo de las prendas intelectuales de cada cual.

El número de curas existente en nuestra ciudad siempre fue muy reducido. Una bula promulgada en 1502 por el Papa Alejandro VI fijaba en siete el número total de curas de la urbe (24), cifra que a medida que Cádiz experimenta una acusada expansión demográfica se volvió completamente insuficiente: siete curas y otros tantos tenientes en 1768, catorce curas y diez tenientes en 1786, nueve párrocos y ocho tenientes en 1801: éste era todo el cuerpo pastoral de nuestra localidad, que en algunos momentos de la centuria llegó a contar con más de 70.000 habitantes. No podían, evidentemente, dar abasto a las necesidades espirituales de los gaditanos, máxime si tenemos en cuenta que durante gran parte de la centuria la única parroquia existente fue la iglesia de Santa Cruz.

Nos es muy poco conocida la situación económica de los curas gaditanos, pero la misma debió ser muy precaria por cuanto que su participación en el producto decimal era nula, y tan sólo las obvenções aseguraban su subsistencia. Según los libros de subsidios (24 bis) el producto anual de las mismas se elevó a 16.500 reales en 1700, 20.000 en 1702-1712, 30.800 en 1717-1794, y 82.336 en 1795-1799; pero se trata de una estimación global que no debe corresponder en absoluto con la realidad, y además ignoramos por completo si la totalidad de estas sumas iba a parar a manos de los curas, o si ciertas cantidades eran destinadas a las fábricas de las distintas iglesias gaditanas. Lo cierto es que en 1795 las rentas de cinco parroquias de la ciudad ascendían a 98.503 reales, correspondiendo 41.770 a la de Santiago, 7.030 a la del Rosario, 13.605 a la de San Antonio, 12.760 a la de San Lorenzo y 23.338 a la de San José (25), pero la mayor parte de esta suma (un total de 61.786 reales) se destinaba a las fábricas de las mismas, restando solamente algo más de 35.000 reales para asegurar a los curas y demás servidores de iglesias su cotidiana existencia. Y los salarios pagados eran además de un importe muy desigual: si el cura de San José percibía 5.062 reales y el de San Lorenzo 4.621, el de Santiago ganaba 1.000, el de San Antonio 1.620 y el del Rosario tan sólo 600. Es muy posible que solamente los curas de la iglesia de Santa Cruz, los grandes beneficiarios de las obvenções, gozasen de una situación económica relativamente boyante, en tanto que los demás atravesarían grandes privaciones. Todavía en 1803 los curas de la ciudad se quejaban de sus penurias económicas, puesto que no percibían diezmos y los derechos de estola habían disminuido mucho con motivo de enterrarse los cadáveres no ya en las iglesias, sino en los cementerios. El ayuntamiento gaditano se solidarizó con su causa y propuso que se les destinaran las rentas de la ermita de Nuestra Señora de la Ina (situada en el término de Jerez de la Frontera que espiritualmente depende de la diócesis de Cádiz), que ascendían a un total de 40.000 ó 50.000 reales, pero no nos consta que este remedio hubiese sido aplicado de manera efectiva (26).

Tampoco sabemos mucho acerca de la situación económica de las fábricas parroquiales. Lo que sí es cierto es que la más poderosa fue siempre la de la iglesia de Santa Cruz, la catedral de la urbe: en 1771 (26 bis) las rentas de la nueva catedral se elevaban a 9.280 reales (27), las de la iglesia del Rosario a 1.780 (28), las de San Antonio a 10.380 (29), las de San Lorenzo a 7.902 (30) y las de la ya citada Santa Cruz a 122.510,17 (31). Su administración corría a cargo del obrero mayor, elegido anual-

mente entre los prebendados que fuesen más hábiles para ejercer dicho oficio, ejerciendo este cargo durante un lapso de tiempo de dos años, si bien podía ser reelegido cuantas veces los capitulares volviesen a otorgarle su confianza. Sería elegido además un Receptor de la Fábrica, éste ya no sería capitular, pero debía ser una persona diligente, cuidadosa y fiel, estando encargado de cobrar las rentas de la fábrica y de presentar todos los años las cuentas sobre su estado económico (32).

Los ingresos de la fábrica de Santa Cruz experimentaron un crecimiento muy acusado a lo largo de esta centuria, puesto que en 1710 se elevaban a 110.924,14 reales y en 1790 a 767.715,11 (33). La procedencia de los mismos era muy variada: en primer lugar, fincas urbanas, siendo propietaria en 1710 de 25 casas, asesorías o almacenes, y en 1790 de 33, todos ellos situados en la ciudad de Cádiz, ascendiendo el volumen de sus rentas a 16.406,17 y 154.251,14 reales, respectivamente. En segundo lugar tendríamos las rentas procedentes de la tierra: ingresos procedentes del producto decimal correspondiente a esta institución (excusados), haciendas agrícolas (el cortijo de los Ciletes de Jerez, el cortijo de Almeriques en Medina, el cortijo de Santa Cruz en Sevilla, dos caballerías de tierra en el término de Jerez de la Frontera) y las cillas de Conil, Alcalá y Medina: ascendían a un total de 40.117,08 reales en 1710 y de 109.503,32 en 1790. La fábrica gozaba además de los réditos de un total de 106 censos en 1710 y de 104 en 1790, siendo la mayor parte de los deudores particulares plebeyos residentes en Chiclana, Medina, Conil, Alcalá, Puerto Real y Cádiz; aunque se encuentran también presentes el cabildo municipal gaditano, algunos patronatos y capellanías de nuestra ciudad, los conventos gaditanos de San Juan de Dios y Santa María, la fábrica de la iglesia parroquial de Conil y el colegio jesuita de México, aportando este arbitrio 20.828,23 reales en 1710, y 26.913,25 en 1790. Otras fuentes de ingresos, por el contrario, conocen una evolución más irregular (tales los aniversarios, dotaciones y obvenciones, que aportaron 32.762 reales en 1710, y 28.374,12 en 1790) o tienen un carácter meramente coyuntural: los espolios de los obispos, limosnas y legados piadosos ofrecidos por los fieles (213.578,30 reales en 1790) y ventas de propiedades.

Los gastos a los que hubo de hacer frente esta institución son también de muy variada naturaleza, siendo su importe inferior en líneas generales al de los ingresos: 103.363,14 reales en 1710, y 604.941,03 en 1790. Cabría señalar en primer lugar los salarios pasados al personal vinculado a esta institución, si bien no se especifica el número de emplea-

dos y solamente se dan los datos individualizados del mayordomo, que ganaba 5.500 reales en 1710 y 8.800 en 1790. También tendríamos los derivados de las ceremonias culturales y las obras y reparaciones que periódicamente se efectuaban en la iglesia de Santa Cruz; censos (15.069,17 reales en 1710 y 28.774,21 en 1790), impuestos (1.975,08 y 14.100,08 respectivamente, debiendo abonarse ese último año el subsidio, 6.600 reales para las obras de la nueva catedral, y el 3% de las rentas totales proporcionadas por sus fincas urbanas y tributos, que eran destinadas a la construcción de las murallas de la banda sur de la ciudad), obras que debían realizarse en las propiedades de esta institución, mantenimiento del colegio de Santa Cruz, fundado en 1778 para servir de cantores al coro de la catedral (42.500 reales en 1790), costear las lecciones de canto llano que se impartían a los colegiales del mismo (550 reales) y algunas limosnas, si bien la fábrica nunca fue demasiado espléndida en este sentido: el importe de las mismas ascendía en 1790 a 5.983,26 reales.

Desde que en el siglo XIII las tropas de Alfonso X de Castilla reconquistasen la ciudad, solamente existió como parroquia la iglesia de Santa Cruz, que era al mismo tiempo la catedral. A medida que Cádiz experimenta un acentuado crecimiento demográfico se intentó en repetidas ocasiones aumentar la red parroquial existente (chocando siempre con la decidida oposición del cabildo catedralicio), si bien en 1593 era declarada como auxiliar de parroquia la iglesia del Rosario y en el siglo XVII la de San Antonio, pero el cuerpo capitular siempre se opuso tenazmente a la ampliación del número de parroquias por cuanto que ello supondría una disminución de las rentas de fábrica de la catedral. En 1732 el tesorero don Francisco Ramón Infante de Olivares declaraba, contestando a una petición del cabildo municipal, que no podía convertirse en parroquia la iglesia de San Antonio, ya que ello supondría «desmembración de la matriz Iglesia parroquial que es la catedral», añadiendo que debido a la escasez de ingresos decimales padecida por la Iglesia gaditana se necesitaría acudir a las rentas proporcionadas por las obvenientes para dotar la fábrica de la pretendida parroquia, de la que se derivarían numerosos perjuicios económicos para la fábrica de la iglesia de Santa Cruz (34): su declaración sintetiza perfectamente el porqué de la sistemática oposición de los prebendados a la ampliación del número de parroquias de la urbe.

Durante mucho tiempo el cabildo catedralicio pudo mantener su persistente actitud, pero a partir de la expulsión de los jesuitas en 1767 la situación comenzó a cambiar. El 20 de diciembre de 1769 llegaba a

manos de los capitulares una carta remitida por el presidente del Consejo de Castilla, conde de Campomanes, en la que se ordenaba que la iglesia de Santiago, otrora perteneciente a la Compañía, fuese convertida en parroquia, señalándose distrito y feligresía para la administración de los sacramentos y asignándose a la misma un cura fijo y perpetuo. El 2 de enero de 1770 el cabildo acordaba nombrar como cura a uno de los del sagrario de Santa Cruz, que tendría anejo el curato de la nueva parroquia, pero la misma estaría privada de pila bautismal: el cabildo pretendía de esta manera seguir la letra de la instrucción, pero sin conferir a Santiago la administración de los bautismos, que solamente seguirían impartiendo en la catedral (35). Debieron, no obstante, cambiar de actitud, por cuanto que en 1773 se inauguraba solemnemente la parroquia de Santiago y el 26 de marzo se celebraba la primera misa en la misma, y para asegurarle una digna dotación económica se le asignaron las rentas de ocho casas otrora pertenecientes a los jesuitas, que en 1795 proporcionaban 37.710 reales anuales (36).

Será el prelado don José Escalzo y Miguel quien pretendiese llevar a cabo las definitivas reformas. El cabildo catedralicio no puso objeciones cuando en 1784 nuestro obispo decidía erigir una nueva parroquia en Extramuros al construir la iglesia de San José, concediendo incluso en 1786 la suma de 2.000 pesos para su fábrica (37), pero esta postura cambió radicalmente cuando el prelado pretendió promover a las auxiliares del Rosario, San Lorenzo y San Antonio al rango de parroquias. Consciente de los perjuicios que se derivaban a los fieles gaditanos de la existencia de una parroquia (dos desde la promoción de la iglesia de Santiago en 1773, si bien su feligresía era muy pequeña) el 7 de julio de 1787 el Síndico Personero del Común don Salvador Moreno Dábila presentaba al obispo un memorial en el que solicitaba que las iglesias auxiliares existentes en la ciudad fuesen convertidas en parroquias y que se erigiesen otras dos. Varios días más tarde, el 4 de agosto, los curas del sagrario de la iglesia catedral escribían a Escalzo adhiriéndose a las peticiones del Síndico Personero y expresaban además los numerosos inconvenientes derivados para ellos del hecho de estar la única parroquia de la ciudad radicada en la catedral, declarando al respecto el presbítero don Vicente Ramírez que «siempre ha estado muy mal servido este público en la administración de sacramentos y demás funciones parroquiales por lo que comprende este particular». A partir de entonces los acontecimientos se desarrollaron con rapidez: el día 9 los curas presentaban un plan de demarcación por el que se establecía la existencia de seis parroquias

en la ciudad: la catedral y las iglesias de Santiago, el Rosario, San Lorenzo, San Antonio y La Palma, y cinco días más tarde Escalzo ordenaba la desmembración de parroquias (38).

La oposición del cabildo catedralicio, no obstante, no tardó en llegar: el 3 de agosto de 1787 el deán don Antonio Guerrero y Aranda exponía a los prebendados las intenciones del obispo, esgrimiendo como argumentos contrarios los ya consabidos de la identificación entre catedral y parroquia y el hecho de que para subvenir las necesidades espirituales de la ciudad se podrían arbitrar otros medios, como la erección de nuevas parroquias auxiliares: en el fondo, latía la cuestión de que la división perjudicaría económicamente a la fábrica de Santa Cruz (39). Los capitulares debieron exponer todos estos reparos al Consejo de Castilla y obtuvieron un cierto éxito, por cuanto que el 13 de diciembre de 1787 la Real Cámara ordenaba que se consultara al cabildo en toda esta cuestión (40), pero lo cierto es que a partir de este año las iglesias de San Antonio, San Lorenzo, el Rosario y San José cuentan con sus respectivos libros sacramentales, lo que parece indicar que las intenciones de Escalzo acabaron por dar fruto.

Los pleitos habidos entre los curas y el cabildo catedralicio fueron muy frecuentes a lo largo de todo el siglo XVIII, pero el conflicto más destacado tuvo lugar cuando en agosto de 1730, Mateo Antonio de Soria, en nombre de los siete curas de la ciudad, declaraba que el notario mayor le había hecho saber que por un decreto del cabildo de Canónigos in Sacris se les ordenó abandonar las iglesias donde hasta aquel momento habían estado desempeñando sus funciones y pasasen a otras. Los curas se negaron a ello ante la falta de explicaciones ofrecidas por el cabildo y los perjuicios que se seguirían a los fieles de prosperar esta medida (41), pero había otras cuestiones en juego: en un memorial escrito al cabildo municipal el 9 de agosto de dicho año los curas se quejaban de la actitud de los prebendados, que varios días antes habían comunicado al Colector de Entierros no les entregase una serie de obvenciones que les correspondían. Todo ello perjudicaba unos derechos adquiridos que se remontaban a bastantes años atrás: durante la prelatura de D. José de Barcia (1691-1695) se pretendió crear una nueva prebenda, aumentando los derechos de entierros para su dotación y ello motivó las protestas de la ciudad, que argumentaba en contra las grandes necesidades espirituales padecidas por el barrio de la Viña, puesto que éste necesitaba una parroquia. La misma fue erigida (la auxiliar de San Lorenzo) durante la prelatura de Armengual de la Mota, que en 1717 disponía (ya

que su fundación suponía una carga complementaria para los curas del sagrario) concederles las obviaciones de los entierros de honras, medias honras y cruz, de las que ahora el cabildo catedralicio pretendía despojarles (42). Los curas escribieron un manifiesto conjunto exponiendo todos estos problemas, que era prohibido por el cabildo catedralicio el 14 de agosto de 1730, ordenándose a los fieles que bajo pena de excomunión no leyeran, escucharan ni retuvieran en su poder dicho memorial, y que fuesen entregados todos los ejemplares del mismo, por estar «lento de palabras vanas, irreverentes, detrácticas y perturbadoras». Dicho manifiesto consiste en una pormenorizada defensa de los curas de todas las acusaciones de las que son objeto, a la vez que se critica duramente al cabildo catedralicio (43). La tensión existente entre ambos persistió durante toda la centuria y volvió a salir nuevamente a colación en 1787 con el proyecto de creación de nuevas parroquias, como ya hemos visto anteriormente.

¿Cumplieron los curas gaditanos dieciochescos con sus obligaciones pastorales? En ciertas ocasiones se encuentran quejas sobre esta cuestión, puesto que en 1736 fray Tomás del Valle promulgaba un edicto muy interesante en el que disponía que los curas administrasen por sí mismos los sacramentos a sus feligreses y que no pudieran salir de la ciudad sin permiso del prelado, lo que nos indica la existencia de algunas relajaciones (44). La situación no se resolvió a corto plazo, ya que en 1770 dicho prelado exhortaba a los curas a que frecuentaran «el apostólico ejercicio de la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana», que no delegaran estas tareas en sus tenientes y que administraran puntualmente los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía (45), informándonos una visita pastoral que tuvo lugar en 1790 acerca del poco cuidado con que los curas llevaban los libros sacramentales (46). Pero el tono dominante es de una cierta dejación en el cumplimiento de sus obligaciones pastorales y burocráticas, no de una flagrante inmoralidad.

Tampoco sabemos mucho acerca de las relaciones de los curas con sus feligreses. Es posible que el contacto entre ambos se diese tan sólo a niveles meramente burocráticos: el cura era para el fiel un mero administrador de los sacramentos al que se acudía solamente para solicitar una serie de servicios, pero sin que entre ambos grupos existiese una relación de afecto y solidaridad. No obstante, nos consta que en ciertas ocasiones los curas gaditanos estuvieron a la altura de las circunstancias, puesto que en 1803 el cabildo municipal describía su comportamiento durante la epidemia de fiebre amarilla habida tres años antes con las si-

guientes palabras: «los ha visto en la epidemia del año de 1800 trabajar con un celo apostólico, no perdonar fatigas, exponer sus vidas y socorrer día y noche a sus ovejas consternadas con tan horrorosa calamidad. Los ha visto siempre y los ve en el día dar ejemplo al pueblo, administrar los sacramentos, predicar, auxiliar...» (47).

5.3. LAS CONDICIONES DE EXISTENCIA

A partir de la reforma moral del clero emprendida por el cardenal Cisneros, la jerarquía católica de nuestro país siempre se esforzó por conseguir un cuerpo sacerdotal moralmente digno, si bien esta campaña moralizadora no había librado aún sus últimas batallas en el siglo XVIII. Resulta difícil, por consiguiente, creer que en Cádiz este proceso de reforma de las costumbres hubiese triunfado por completo, pero no puede responderse de manera concluyente en este sentido al no haberse conservado los registros de visitas referidos a la urbe gaditana durante esta centuria: los informes existentes tan sólo contienen algunas menciones acerca de los conventos de religiosos y datos muy estereotipados referentes a las iglesias de la ciudad, pero apenas hay información sobre el clero secular. Es necesario, pues, acudir a testimonios aislados, dispersos, y que no nos permiten en modo alguno construir series susceptibles de cuantificación.

En 1790 el cura de la parroquia de San Lorenzo, don Antonio Marín, remitía al obispo una relación de todos los eclesiásticos incluidos en el padrón de la feligresía de dicha iglesia (48), mencionando un total de 57 clérigos, de ninguno de los cuales se protestaba a causa de su mal comportamiento. En algunas ocasiones incluso llegaba a redactar un breve panegírico acerca de los mismos: el cura de noche don Ignacio Ruiz Serrano era «de buena índole, literatura y nada de que desacredite su estado y ministerio», el penitenciario primero don Francisco Xavier Díaz González «asiste a las misas canónicas... y al confesonario y nada puedo advertir que le sea indecoroso y así es un buen eclesiástico», el penitenciario segundo don Francisco de Paula Galiano se caracterizaba por ser «bastante asistido a su empleo, lo desempeña muy bien, la bondad le es genial»... y así sucesivamente. No obstante, Marín no aportaba noticias de nueve eclesiásticos, de los que nada sabía: indicio de que una proporción relativamente importante de clérigos se situaba al margen y fuera de control de las autoridades eclesiásticas.

En todo caso, tan elogiosas informaciones contrastan con las opiniones manifestadas en diversas ocasiones por algunos obispos enjuician-

do al cuerpo sacerdotal gaditano. Buena muestra de ello son las quejas de Escalzo en 1787, que se refería a que «se hallan en esa ciudad muchos que dejando el hábito talar andan continuamente de corto asistiendo con este traje a las parroquias auxiliares y conventos de esta ciudad a celebrar el santo sacrificio de la misa... estoy enterado de los daños que se sigue al común de los fieles del mal ejemplo de muchos ordenados *in sacris* y aún sacerdotes que debían tener presente que la modestia, el retiro, la abstracción en lo posible de los seglares y el continuo ejercicio de su sagrado ministerio les son propios y precisos, lejos de considerar sus obligaciones, las abandonan asistiendo con grave desdoro del estado a casas públicas de juego como son mesas de truco, de billar, cafés y otras particulares en que para disimular en parte sus excesos se juntan con seglares a comilonas, juegos de envite y otros extravíos que sabiéndose por muchas personas desautorizan las suyas con el escándalo que dan en grave perjuicio del estado. Estoy persuadido a que son la mayor parte transeúntes los eclesiásticos que manchan su estimación con nota tan injuriosa a su carácter y tengo el consuelo de saber que los sacerdotes y demás eclesiásticos de Cádiz no se separan de lo justo en sus operaciones... es del todo opuesto a la modestia, recogimiento interior y exterior y buen ejemplo que deben dar a los demás la concurrencia a los espectáculos públicos, esta diversión prohibida a los clérigos por los sagrados cánones... increíbles son los daños que experimenta el común de los fieles al ver los eclesiásticos y sacerdotes asistir a las fiestas de toros y comedias» (49).

De las lamentaciones de nuestro prelado, que no tienen desperdicio, cabe extraer algunas ideas: en primer lugar, la existencia de un grupo de eclesiásticos relativamente importante caracterizado por un comportamiento extremadamente aseglarado. En segundo término, parece que este tipo de conducta es más propia de los eclesiásticos forasteros que de los naturales de la ciudad: si los primeros, atraídos por la riqueza y el clima de libertad que se respiraba en Cádiz, ocasionaban con su comportamiento grandes escándalos a los fieles, los segundos se caracterizan por una conducta decente, honesta y arreglada.

Son relativamente frecuentes los testimonios que nos informan acerca del estado moral de los clérigos de la urbe gaditana. En 1721 el cabildo catedralicio disponía la existencia de una sotana en la sacristía a fin de que los capellanes de coro que no usaban de hábito talar se la pusieran para celebrar misa, testimonio indiscutible de que aún no se había difundido por completo el uso de vestimentas específicamente eclesiás-

ticas (50); en 1725 una fiel se lamentaba de la lengua calumniosa del presbítero don Esteban Fabra, ordenándose su expulsión de la ciudad máxime cuando el mismo no gozaba de ningún tipo de beneficio ni capellanía (51); en 1751 uno de los capellanes de la ciudad era acusado de guardar fraudulentamente una partida de cacao en su casa (52); en 1770 el cabildo catedralicio hizo comparecer al capellán de coro don Vicente Otero, debido «a la inmodestia con que asistía al coro, entierros y demás funciones eclesiásticas y al escándalo que daba con su lengua lasciva y maldiciente... haber tenido en su casa una mujer notada de mala y de haber ejecutado algunas acciones deshonestas con uno de los colegiales de la Iglesia» (53); en 1782 los prebendados se lamentaban de la existencia de algunos eclesiásticos que vestían traje corto con el que asistían a comedias, toros y paseos (54); en 1791 se ordenaba a los clérigos de la urbe a que vistiesen el traje talar, de color negro, decente y honesto, y sin ninguna profanidad, y que cuando saliesen de Cádiz llevasen el traje corto de abate, pero de color negro y sin adornos (55)...

La documentación inquisitorial, asimismo, contiene también algunos ejemplos de inmoralidad clerical, apareciendo acusados un total de ocho eclesiásticos de la urbe: dos por estar casados siendo religiosos (56), uno por un sermón predicado (57), otro por proposiciones y los cuatro restantes por solicitantes: el presbítero don Marcos de Aguiar en 1721 (58), el ex-prior del convento de carmelitas descalzos fray Juan de San Gregorio en 1779 (59), el prepósito de la congregación de San Felipe Neri don Gervasio Wintuisen en 1777 (60), y, lo que fue el caso más escandaloso de todos, Francisco Calderón en 1780, puesto que se dedicaba a tener contactos carnales con los muchachos del Hospicio, del cual era capellán (61). Es muy curioso el caso de don Juan Antonio Olavarrieta, acusado en 1797 de proposiciones, desprendiéndose de sus declaraciones un elevado grado de incredulidad que contrasta sobremanera con su condición sacerdotal (no nos extraña demasiado, sin embargo, dada su posterior vinculación a la masonería) (62), pero ignoramos si sus radicales planteamientos eran compartidos por el clero gaditano de finales de la centuria:

«Dijo que no había infierno... que en otra ocasión hablándome de la muerte que en muriendo el cuerpo moría el alma y éramos como los perros... que hablando de la Revolución de Francia y de Robespierre dijo que los franceses querían que canonizaran a Robespierre... que qué cabeza tenía el Papa cuando canonizaba algún san-

to... oyó repetidas ocasiones al reo maldecir el estado sacerdotal que tenía y decía que se afrentaba de ser sacerdote y no quería ser reconocido ni respetado como tal y que mejor quería ser zapatero... Cierta persona le explicaba en términos de sentir no le hiciera lo mismo en estos reinos con América y dijese con audacia que el rey era un cabrón y la reina una puta... que no hay premio ni castigo eterno pues no hay quien haya visto la gloria ni el infierno. Que la gloria es disfrutar los placeres de este mundo y esto sucede a quien tiene dinero. Que el sacramento de la penitencia como las devociones a los santos eran unas supersticiones efecto de la ignorancia... comía de carne las vigiliass estando bueno y en la Cuaresma ni tenía la bula de Cruzada ni la de carne. Que tampoco le vio rezar el oficio divino ni tenía breviario diciendo sería una patarata... que eso era para sacar dinero... que hablaba mal del estado eclesiástico secular y regular que todos estaban amancebados y los más de los predicadores eran unos bárbaros que no sabían lo que decían... un día de fiesta no oyó misa quedándose en cama hasta la tarde que salió que con frecuencia solía hablar de las damas cortesanas... y al presente está en la China que se había secularizado sin tener bula de su santidad» (63).

A partir de estos dispersos testimonios podemos llegar a la conclusión de que muchos de estos clérigos deshonestos eran forasteros, la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio, y que llevaban un comportamiento aseglarado y en ocasiones inmoral. Periódicamente los obispos promulgaron una serie de edictos con la finalidad de erradicar los daños derivados de esta plaga, y la periodicidad de los mismos nos indica su inoperancia: en 1750 fray Tomás del Valle ordenaba que no se permitiera celebrar a ningún religioso ni secular extraño al obispado sin que mostrasen licencia episcopal (64), disposiciones que hubieron de repetirse en 1756 (65). Varios años más tarde, en 1764, volvía a ordenarse a vicarios, curas y sacristanes que no permitieran decir la misa ni dieran ornamentos sagrados para ello a religiosos ni seculares forasteros que no tuvieran autorización episcopal (66), en tanto que un nuevo edicto promulgado en los años setenta se lamentaba de los abusos introducidos por estos eclesiásticos, ordenándose la expulsión de todos aquellos clérigos desprovistos de empleo o beneficio en el plazo de veinte días (67).

Un grupo especial de clérigos forasteros estuvo formado por los eclesiásticos que abandonaron Francia tras la Revolución de 1789, si bien

apenas se encuentran noticias acerca de este grupo: tan sólo una breve mención en el cabildo catedralicio celebrado el 20 de octubre de 1792, en el que el canónigo doctoral don Josef Muñoz y Raso hizo presente que habían llegado a Cádiz un total de trece sacerdotes galos que huían de las persecuciones padecidas en su país, y que aunque no reunían todos los requisitos necesarios constaba por los pasaportes presentados al gobernador de la ciudad se trataba de sujetos renombrados. Con la anuencia del obispo fueron repartidos entre los distintos conventos de la ciudad, y don Antonio Martínez de la Plaza ordenó que fuesen asistidos en todo lo posible, para lo cual los capitulares ordenaron se les entregara un donativo de mil pesos (68). No vuelve a mencionarse a estos sujetos, lo que nos indica que no causaron problemas y que pronto se adaptaron a su nuevo lugar de residencia, muy influido, por otra parte, por la cultura francesa, y en la que habitaba una numerosa colonia gala.

Es difícil aproximarnos al status de vida de estos individuos, por cuanto son muy escasos los inventarios post-mortem conservados. El importe total de los bienes presentes en algunos de ellos podría hacernos parecer a primera vista que nos encontramos con un grupo que goza de un elevado status de vida, pero se trata de una apreciación a primera vista, por cuanto en líneas generales las cantidades en las que fueron apreciados sus bienes son bastante reducidas: 1.773 reales en el caso del presbítero don Pedro Blandino, fallecido en 1706 (69); 2.087 en el del presbítero don Andrés Conrrado, muerto en 1708 (70); 1.908 en el del cura don Domingo Joseph Pozuela, que moría en 1726 (71); 1.577 en el del presbítero don Lorenzo García Laso de la Vega, que expiró en 1750 (72); 9.614 en el del vicerrector del seminario de San Bartolomé, don Juan Martínez, a quien le llegó su hora en 1755 (73); 785 en el del presbítero don Juan Berdot Centurión, que moría en 1763 (74), no siendo ninguno de ellos propietario de bienes raíces.

Tan sólo con don Manuel Sarmiento de la Peña (75) y don Juan Antonio de Varo y Guerrero (76) encontraremos una riqueza de relativa entidad, que ascendía respectivamente a 104.261,02 y 129.138,29 reales; constituida por fincas urbanas en el primer caso (unas casas en la gaditana calle de la Torre valoradas en 68.010 reales) y por tierras en el segundo. Pero, en este último caso, nos encontramos con una situación muy especial: Varo era Provisor y Vicario General, la máxima autoridad de la diócesis tras el obispo, y es por ello lógico que tan elevada posición administrativa se refleje en una privilegiada situación económica: era así propietario de un lagar y una heredad de 400 aranzadas de viña

en la localidad cordobesa de Aguilar, cinco fanegas de tierras de labor, otras 150 que constituían el cortijo del Castillo, ocho aranzadas de olivar más otras parcelas de dicho cultivo que sumaban un total de 26 aranzadas y ocho pies, estando estas tierras valoradas en 75.120 reales. Poseía además abundante plata labrada (apreciada en 14.161,14 reales), un carricoche y unas casas apreciadas en 5.435 reales situadas asimismo en Aguilar. A todo ello se le añade su condición de prestamista, con unas deudas a su favor que ascendían a 972,29 reales. También Sarmiento de la Peña gozaba de una privilegiada situación económica, como muestra la riqueza de un mobiliario valorado en 3.456,06 reales: escritorio, papelera, dos posillos y cinco platitos de chinería, varios anillos y un reloj de oro, salero, cucharas y tenedores de plata... y 32.795 reales de deudas a favor.

Ahora bien, si nos encontramos ante una situación económica excepcionalmente favorable, ello se debe a las especiales circunstancias de Varo y Guerrero y a la posible vinculación de Sarmiento de la Peña a la oligarquía gaditana. Los demás inventarios de bienes, sin embargo, nos muestran una posición económica mucho más precaria; puesto que la relación de sus propiedades nos revela una situación de relativa pobreza, siendo un caso muy representativo el de don Domingo Joseph Pozuela: un bufete de caoba viejo, un segundo forrado de caoba pero también deteriorado, un guardarropa de ébano viejo, seis sillas de baqueta de Moscovia muy viejas y una de ellas con el asiento agujereado, seis sillas viejas de paja, vajilla de peltre... en ciertas ocasiones el estudio de los inventarios nos permite comprobar la vida semiaseglarada que estos individuos llevaban, puesto que don Francisco de Rocha, por ejemplo, era propietario de dos pistolas y una escopeta. Todo parece indicar que la pobreza, dignamente llevada en ocasiones, pero pobreza al fin y al cabo, es la que da el tono dominante: cierto que encontramos muebles de Moscovia, productos textiles holandeses y papeleras de Inglaterra, pero se trata en muchas ocasiones de objetos ya bastante deteriorados por el paso de los años. Ello contrasta con la elevada renta per cápita de la que en 1760 gozaba el bajo clero secular gaditano (vid. capítulo 1.2.), pero en aquel momento hablábamos de los privilegiados, de los propietarios de bienes raíces... aquí, por el contrario, nos encontramos con los más desamparados, con quienes han muerto *abintestato* por no tener apenas propiedades que legar.

La Hermandad de San Pedro debió agrupar a gran parte del bajo clero secular de nuestra ciudad. Fundada en el siglo XVII, las constitu-

ciones de 1787 fijaban el número de hermanos en 108 (sin incluir a curas ni prebendados), todos ellos eclesiásticos ordenados *in sacris*, naturales de nuestra localidad, avecindados en la misma durante al menos diez años, o empleados en alguna de sus iglesias. Capitulares y curas gozaban de grandes privilegios en el seno de esta institución, puesto que los primeros se convertían en hermanos con una mera comunicación al Rector (en cualquier otro caso se necesitaba una información previa *de genere et moribus*) y los segundos eran hermanos natos, que ni siquiera debían pagar la contribución anual ni cumplir con las obligaciones que conllevaba la pertenencia a la Hermandad. Estos deberes eran pagar la cuota de entrada (150 reales) y otros 30 reales al año, así como aplicar una misa anual por los hermanos difuntos y asistir a cualquier función, acto, junta o cabildo a que fuesen convocados. La Junta de Gobierno de esta hermandad estaba formada por el Rector, los consiliarios (considerados como los vicerrectores), el mayordomo (responsable de las alhajas y propiedades de la hermandad), el fiscal, los secretarios, el enfermero y los doce ancianos, elegidos estos últimos entre los hermanos de mayor edad. La Hermandad aseguraba a sus miembros asistencia en las enfermedades y un entierro digno, celebrando anualmente la fiesta de San Pedro con toda solemnidad (77).

La existencia de la Hermandad durante el siglo XVIII fue bastante turbulenta debido a los numerosos pleitos habidos con los curas de la ciudad por cuestiones de precedencia, al mismo tiempo que los hermanos tampoco eran muy propicios al cumplimiento de sus obligaciones, denunciando en 1753 el cabildo catedralicio «la poca atención... así en asistencia de los entierros de los señores curas... como el desprecio y la desestimación con que han tratado a los capellanes y ministros del cabildo en todas sus funciones y el agravio que a éstos y a la parroquia se les sigue por falta de sus obvenções» (78). Se acordó la expulsión de la hermandad de la iglesia de Santa Cruz, donde hasta aquel momento había celebrado sus funciones, si bien volvía a ser readmitida con ciertas condiciones el 27 de enero de 1755 (79). Debió persistir no obstante un cierto ambiente de tensión, que motivó que en 1783 la Hermandad solicitase al cabildo catedralicio su permiso para trasladarse a la parroquia de Santiago, lo que le fue concedido (80).

NOTAS

- (1) Vid. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, 2.^a edición, Madrid, 1979, p. 210.
- (2) A.D.C., «Constituciones antiguas del obispado de Cádiz...», *Sínodo diocesano de Cádiz, año 1882*, tit. 4, «Del sacramento del orden».
- (3) Se encuentran en todos los expedientes *de vita, genere et moribus* posteriores a 1717.
- (4) A.D.C., Secretaría, leg. 35.
- (5) BARRIO GOZALO, M., *Estudio socioeconómico de la Iglesia de Segovia en el siglo XVIII*, Segovia, 1982, p. 513.
- (6) Para más detalles MORGADO GARCÍA, A., «La Santa Sinodal de 1769. Un intento de mejora del status material del clero secular gaditano», *IV Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1988.
- (7) Para ello se han analizado 1.006 expedientes *de vita, genere et moribus* que hacen referencia a 534 eclesiásticos seculares nacidos en nuestra ciudad (A.D.C., Ordenes, leg. 25-107).
- (8) Cinco caballeros de Santiago, tres de Calatrava, uno de Alcántara, dos nobles titulados y un hidalgo.
- (9) Ocho regidores y un corregidor.
- (10) Un cirujano, un doctor, cuatro médicos, un boticario, once escribanos, dos contadores, un abogado, seis abogados de los Reales Consejos, un protomédico de la Real Armada, un oficial segundo de contaduría, un oficial mayor de escribanía, un administrador, un dependiente de Rentas Reales, un comisario de guerra, un oidor de la Casa de la Contratación, un oficial de la Contaduría de Marina, un secretario real y un miembro «del Consejo de su Majestad».
- (11) Dos maestros de campo, un teniente coronel de ingenieros, un sargento mayor, siete capitanes, tres capitanes de infantería, dos alféreces, un subteniente, un oficial de artillería, un contralor de artillería, cuatro tenientes de navío, un teniente de fragata y un teniente de la armada.
- (12) Tres familiares de la Inquisición, un músico de la Iglesia, dos contadores del cabildo catedralicio, un mayordomo del convento de agustinas, un notario de la Audiencia y Curia Episcopal y un notario mayor de Visita.
- (13) Se trata de Juan Luis Soto Avilés, que aparece mencionado como «hijo de la Iglesia», si bien en 1734 era ordenado de subdiácono.
- (14) QUENIART, J., *Les hommes, l'Eglise et Dieu dans la France du XVIIIe siècle*, París, 1978, pp. 77-80.

- (15) Vid. PORQUICHO MOYA, I., *Cádiz, población y sociedad, 1577-1650. Las series parroquiales* (Sevilla, 1982, Tesis de Licenciatura inédita) y ESPINOSA DE GODO, E., *Cádiz, lonja europea en el XVIII. Población y sociedad* (Sevilla, 1984, Tesis Doctoral inédita).
- (16) GONZÁLEZ RUIZ, M., «Las capellanías españolas en su perspectiva histórica», *Revista Española de Derecho Canónico*, vol. V, 1950, p. 500.
- (17) BARRIO GOZALO, M., op. cit., p. 491.
- (18) Vid. PASCUA SÁNCHEZ, M.J., *Vivir la muerte en el Cádiz de fines del siglo XVII y siglo XVIII: el medio rural y el medio urbano*, Cádiz, 1987, Tesis Doctoral inédita.
- (18 bis) A.D.C., Manuscritos, lib. 308, 349, 357, 377, 406, 407, 409, 411, 413, 415, 418, 419, 421, 422, 423, 433, 472, 1.149.
- (19) A.D.C., Manuscritos, lib. 477-480.
- (19 bis) Vid. QUENIART, J., op. cit.
- (20) Vid. MORGADO GARCÍA, A., *El clero gaditano a fines del Antiguo Régimen. Estudio de las órdenes sacerdotales (1700-1834)*. Cádiz, 1989, pp. 191-96.
- (21) A.D.C., «Constituciones antiguas...», tit. 14.
- (22) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 1.
- (23) A.D.C., Secretaría, leg. 2 y 36, y Varios, leg. 456 y 496.
- (24) SÁNCHEZ HERRERO, J., *Cádiz. La ciudad medieval y cristiana*, Córdoba, 1981, p. 244.
- (24 bis) A.C.C., Sección 10, libro de subsidios.
- (25) A.C.C., Sección 10, libro de subsidios de 1777-1802.
- (26) A.H.N., Consejos, leg. 16.842.
- (26 bis) A.M.C., lib. 4.916.
- (27) Propietaria de cuatro casas con una renta de 9.280 reales.
- (28) Todos estos ingresos venían proporcionados por las obvenciones.
- (29) Al producto de dos casas (3.000 reales) se sumaba el de las obvenciones (7.380 reales).
- (30) Cantidad íntegramente proporcionada por las obvenciones.
- (31) Estos ingresos eran garantizados por 33 casas (77.482 reales), los seises (3.557 reales) y las obvenciones (41.471,17 reales). No se incluye la participación en el diezmo.
- (32) A.D.C., *Erección de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz y Estatutos del Cabildo de dicha Iglesia...* «Estatutos modernos de los sres. deán y cabildo (1589)», tit. segundo.
- (33) A.C.C., Sección 3, serie 1, lib. de 1702-1712 y 1788-1798.
- (34) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 26, fol. 211.
- (35) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 37, fols. 58 y 61.
- (36) A.D.C., Manuscritos, lib. 565.
- (37) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 40, fol. 5.
- (38) A.H.N., Consejos, leg. 15.647, exp. 4, «Sobre arreglos de parroquias de la ciudad de Cádiz incluida la del Sagrario Catedral».
- (39) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 155v-156.
- (40) A.H.N., Consejos, leg. 15.647, «Sobre arreglo...».
- (41) A.D.C., Varios, leg. 1.795, fols. 1-3.
- (42) A.M.C., A.C., Año 1730, fols. 194-198.

- (43) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 13. El manifiesto se encuentra en A.D.C., Varios, leg. 1.795.
- (44) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 7.
- (45) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 37, fols. 69v-70.
- (46) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Año de 1790. Visita general...».
- (47) A.H.N., Consejos, leg. 16.842.
- (48) A.D.C., Secretaría, leg. 39, «Nota de los eclesiásticos que están en el padrón de esta feligresía de la parroquia auxiliar de San Lorenzo».
- (49) A.D.C., Secretaría, leg. 35.
- (50) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 24, fol. 34v.
- (51) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (52) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 32, fol. 69.
- (53) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 37, fol. 102-v.
- (54) A.C.C., Sección 1, serie 2, lib. 5, fol. 61.
- (55) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 99.
- (56) Francisco de Leiba en 1718 (A.H.N., Inquisición, leg. 3.736, exp. 239) y Pascual Castellanos en 1793 (A.H.N., Inquisición, leg. 3.726, exp. 187).
- (57) Se trataba del lector de Teología del convento franciscano de Sevilla, fray Francisco Núñez, que en un sermón predicado el 17 de septiembre de 1748 defendía la Inmaculada Concepción de María «tratando de momos a los que se oponían en algún tiempo y presumiendo todo el concurso que sólo hablaba de los dominicos» (A.H.N., Inquisición, leg. 3.734, exp. 263).
- (58) A.H.N., Inquisición, leg. 3.736, exp. 191.
- (59) A.H.N., Inquisición, leg. 3.721, exp. 76.
- (60) A.H.N., Inquisición, leg. 3.727, exp. 140.
- (61) A.H.N., Inquisición, leg. 3.721, exp. 117.
- (62) Vid. RAVINA, M., «El entierro de un masón: José Joaquín de Clararrosa (1822)», *Revista de Historia Contemporánea*, 1, 1982, pp. 65-90.
- (63) A.H.N., Inquisición, leg. 3.726, exp. 188.
- (64) A.D.C., Varios, leg. 84.
- (65) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 27.
- (66) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 38.
- (67) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 62.
- (68) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 42, fol. 151.
- (69) A.D.C., Varios, leg. 869.
- (70) A.D.C., Varios, leg. 1.094.
- (71) A.D.C., Varios, leg. 162.
- (72) A.D.C., Varios, leg. 84.
- (73) A.D.C., Varios, leg. 803.
- (74) A.D.C., Varios, leg. 621.
- (75) A.D.C., Varios, leg. 29.
- (76) A.D.C., Varios, leg. 842.
- (77) B.E.G., *Constituciones de la Venerable Hermandad Eclesiástica del Sr. San Pedro*, Cádiz, 1787.
- (78) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 33, fols. 126v-127.
- (79) *Ibidem*, fol. 197.
- (80) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 40, fol. 190v.

CAPÍTULO VI
LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

6.1. LOS RELIGIOSOS

La vida de los religiosos fue bastante difícil durante el siglo XVIII español, especialmente a partir del reinado de Carlos III, ya que sobre ellos se cebaron las iras regalistas de algunos ministros ilustrados. Pero es muy difícil precisar hasta qué punto afectó todo este panorama a los religiosos gaditanos, ya que nos enfrentamos con una excepcional escasez de fuentes: sabido es que con motivo de la Desarmotización tan sólo se conservó la documentación económica de los distintos institutos religiosos que fue trasladada a la Real Academia de la Historia y con posterioridad al Archivo Histórico Nacional. Las fuentes depositadas en el mismo son casi en su totalidad de carácter económico y aun en este sentido la documentación es bastante pobre, ya que al no ser ninguno de los conventos gaditanos gran propietario agrícola ni gozar en la mayoría de las ocasiones de una situación económica excepcionalmente boyante, las fuentes supervivientes son de un volumen muy reducido. Todo ello provoca que nos encontremos con una documentación dispersa y pobre de contenido, y somos los primeros en reconocer que la visión que damos de este mundo es completamente insuficiente.

Las órdenes religiosas se introdujeron en Cádiz en una fecha muy tardía, puesto que si la ciudad fue reconquistada a mediados del siglo XIII no será hasta el XVI cuando se instalen las primeras casas de varones. Hipólito Sancho de Sopranis dio una doble explicación a este fenómeno que, a nuestro juicio, es muy acertada: la pobreza de la ciudad, falta casi por completo de terreno agrícola y con una importancia comercial muy reducida durante aquellos momentos; y el absentismo episcopal, ya que los prelados estaban muy poco interesados en el pasto espiritual de sus ovejas (1).

No será hasta la prelatura de don García de Haro, a mediados del siglo XVI, cuando se inician las primeras fundaciones, pero éstas se sucedieron con rapidez, y en 1700 ya habían sido erigidos casi todos los conventos que encontraremos en el Cádiz dieciochesco: los jesuitas se

instalaron en la urbe en 1564, los franciscanos observantes en 1566, los hermanos de San Juan de Dios en 1614, los agustinos calzados en 1617, los franciscanos descalzos en 1622, los mercedarios descalzos en 1628, los dominicos en 1635, los capuchinos en 1639, la congregación de San Felipe Neri en 1674 (2)... Cádiz, al igual que la mayoría de las ciudades españolas durante el Antiguo Régimen, fue una ciudad conventual, y la omnipresencia de los religiosos a lo largo del siglo XVIII se observa incluso a niveles urbanísticos, máxime si tenemos en cuenta que la mayoría de las plazas públicas existentes hoy día en la urbe fueron otrora asiento de edificios conventuales. No obstante, a finales del siglo XVII parece haberse llegado a una saturación fundacional, y ello nos ayuda a comprender las numerosas tribulaciones que hubieron de padecer los carmelitas descalzos, la única orden religiosa que se asentó en Cádiz durante el siglo XVIII.

La historia se inició en 1680, año en el cual el obispo don Juan de Isla solicitaba a la orden de los carmelitas descalzos que fundaran casa en la Isla de León, lo que tuvo lugar ese mismo año (3). Varios años más tarde, en 1694, adquirirían una finca en la gaditana calle de la Bendición de Dios con la finalidad de albergar en la misma a los religiosos de la orden que pasasen por Cádiz mientras fuesen o volvieran de las Indias (4). Pero cuando pretendieron facultad real para fundar y erigir oratorio se enfrentaron con la más firme oposición del cabildo catedralicio: el 1 de junio de 1702 el tesorero don Francisco Infante de Olivares exponía estas pretensiones, a lo que se oponía por ser esto «ya casi principio de fundar otro convento en la ciudad que no necesita más de los que tiene, antes sí fuera más conveniente otra ayuda de parroquia para la administración de los Santos Sacramentos», acordándose enviar una carta al Consejo Real de Castilla manifestando que la ciudad no necesitaba de más conventos ni hospicios que los que ya tenía (5). La Guerra de Sucesión Española paralizó momentáneamente estos proyectos, pero finalizada la misma, el prior de los carmelitas descalzos de San Fernando, fray Juan de San Joseph, escribía una carta al cabildo municipal exponiendo la necesidad que tenía la orden de fundar una enfermería en nuestra ciudad para curar a los religiosos de dicho convento, dado que en la citada población no había médico ni botica, a la vez que exponía todas las dificultades que para evitar esto les estaban ocasionando los franciscanos descalzos. El ayuntamiento acordó apoyar a los carmelitas sin reservas, y el 1 de abril de 1717 se recibía una carta del superior de

la comunidad de San Fernando agradeciendo la intercesión de la ciudad (6).

El cabildo catedralicio, no obstante, continuó oponiéndose frontalmente al asentamiento de esta congregación. En 1725 le llegaron rumores sobre que los carmelitas descalzos estaban solicitando al obispo don Lorenzo Armengual licencia para fundar un convento en la urbe, con cuyo motivo habían comprado algunas casas situadas en torno a su enfermería, al mismo tiempo que decían misa y servían en el confesionario en la ermita de la Bendición de Dios. En una epístola dirigida al prelado los prebendados manifestaban su total oposición a estas pretensiones basándose en razones de carácter económico: dicha fundación no era necesaria por haber ya en Cádiz ocho conventos de religiosos, y la misma era perjudicial «a las que ya están radicadas y se mantienen de las limosnas de los fieles, siendo preciso se les aminore el ingreso y vivan con estrechez y pobreza que suele ser contraria a la observancia de sus institutos y se ven en aquella ciudad una Casa de Recogidas que no pudiendo mantenerse en ella las mujeres escandalosas que se recogen vuelven a su mala vida, un Hospital de Niños Expósitos que perecen en el cruel desamparo de sus padres por no tener renta con que mantener las amas, un Hospital de Mujeres que no es capaz de mantener ni corto número de camas, otras obras pías y tres conventos de religiosas a quienes falta mucho más de lo necesario para su manutención. Pero aún es mayor el daño que se sigue a aquella Santa Iglesia y su fábrica que es la más pobre de las de Andalucía por ser consiguiente que del mayor número de conventos decrezca el ingreso de sus obvenciones y entierros, en que consiste la principal parte de su corta renta» (7).

No sería hasta el episcopado de fray Tomás del Valle cuando se superasen totalmente estas dificultades: en septiembre de 1735 concedía al oratorio de la hospedería de los carmelitas puerta pública y campana para convocar al culto (8), una Real Cédula promulgada el 23 de marzo de 1736 aprobaba la decisión del prelado, y varios meses después el provincial de la provincia de Andalucía de esta orden, fray Juan de los Reyes, solicitaba al cabildo catedralicio la fundación de un nuevo convento a fin de que «los religiosos que habitan en el Hospicio de esta ciudad observen en él toda la regular observancia de su estado así en ejercicio, retiro y clausura como en el indispensable empleo de tributar de día y de noche públicas alabanzas a Nuestro Dios y Señor Sacramentado» (9), lo que le fue concedido por los prebendados el 19 de octubre de ese mismo año (10). La Real Orden del 17 de junio de 1737 aprobaba la conversión

de la citada hospedería en convento (11) y en 1738 fray Tomás del Valle cedía a los carmelitas la ermita de la Bendición de Dios (12). A partir de este momento se inició la construcción de un nuevo templo, la actual iglesia de Nuestra Señora del Carmen, que fue solemnemente inaugurado en 1763 (13).

No volvieron a instalarse desde entonces nuevos conventos en la ciudad, que hubo de experimentar en 1767 la expulsión de los jesuitas (14). Ni fray Tomás del Valle ni el cabildo catedralicio se opusieron a ello, acordando estos últimos el 1 de marzo de dicho año obedecer en todo las disposiciones reales (14 bis). Varios días después se nombraba una diputación formada por don Gerónimo Ravaschiero y el marqués de Casinas como representantes del cabildo municipal (15) y por el canónigo don Alejandro de Fontanilla como legado del cuerpo capitular, (16) a fin de asistir al inventario de los bienes de la Compañía, determinándose el 10 de mayo el depósito de las alhajas existentes en la iglesia de Santiago (que estuvo a cargo de los jesuitas hasta 1767) en la catedral (17).

Tras la expulsión hubo algunas profecías monjiles que anunciaron el retorno de los jesuitas a nuestro país, pero un edicto promulgado por fray Tomás del Valle el 31 de octubre de 1767 reprimía severamente las mismas al exhortar a los directores espirituales de los conventos de religiosas a que «procuren con el mayor esfuerzo y aplicación el que jamás se experimente resalte ni trasluzca en ninguna de nuestras súbditas el abominable abuso y execrable delito de vanas supersticiones profecías o revelaciones fantásticas que persuadan el regreso de los expulsos regulares de la Compañía» (18). Dos años más tarde el prelado promulgaba un nuevo edicto en el que instaba a todos los eclesiásticos que tuvieran en sus manos el breve papal *Caelestium* (que se pronunciaba a favor de la Compañía) entregasen todos los ejemplares que poseyesen del mismo en la Secretaría de Cámara (19).

Contamos con cierta información acerca de la situación económica de los conventos de religiosos de nuestra ciudad. Sabemos que en 1771 (20) los ingresos de los agustinos calzados ascendían a 171.795,05 reales (21), los de los Hermanos de San Juan de Dios a 133.182,19 (22), los de los dominicos a 85.763,10 (23), los de la Congregación de San Felipe Neri a 22.237,22 (24), los de los carmelitas descalzos a 4.198 (25) y los de los mercedarios descalzos a 68.674,12 (26). En 1795 las rentas de los agustinos calzados se elevaban a 193.684 reales, las de la Congregación de San Felipe Neri a 43.555, las de los carmelitas descalzos a 15.599, las

de los mercedarios descalzos a 138.152, las de los capuchinos a 19.553, las de los franciscanos descalzos a 18.507 y las de los observantes a 53.385 (27). Todos estos datos nos muestran que fue el convento de San Agustín el más poderoso económicamente durante todo el siglo XVIII, seguido de los Hermanos de San Juan de Dios, dominicos y mercedarios. Muy pobres fueron, por el contrario, carmelitas descalzos, capuchinos y franciscanos descalzos, en tanto que los observantes se encontrarían en una situación intermedia. Los ingresos de la Congregación de San Felipe Neri, si bien relativamente reducidos, debieron ser sin duda alguna más que suficientes en relación al escaso número de vocaciones que siempre atrajo.

Atendiendo a los datos de su *Libro Becerro*, el convento de San Agustín llegó a ser propietario de un total de 64 casas o asesorías (dos en Jerez de la Frontera, una en Rota y Chiclana y las restantes en Cádiz), a percibir los réditos de 105 censos (todos a excepción de cinco impuestos sobre fincas urbanas de nuestra ciudad) y de treinta aranzadas de tierra calma en el término de San Fernando, cobrando además los intereses de un juro sobre millones (28). Por lo que se refiere al convento hospital de San Juan de Dios, en 1836 (29) poseía 75 casas (14 en San Fernando y las restantes en Cádiz), un corral destinado a las representaciones teatrales en la urbe gaditana y una parcela de tierra en los Extramuros de la ciudad arrendada en 300 reales, cobrando además los réditos de 88 censos (que a excepción de tres estaban impuestos sobre fincas urbanas en la capital de la diócesis). Gran propietario era también el convento de Santo Domingo: su *Libro Becerro*, que data de 1795 (30), nos muestra cómo en aquella fecha poseía 31 casas en Cádiz con una renta anual de 151.346 reales, un pozo y una huerta en los extramuros que proporcionaban otros 4.500, una atahona también en los extramuros arrendada en 1.080 y una hacienda en la villa cordobesa de doña Mencía arrendada en 670, gozando además de los réditos anuales de un total de 41 censos cuyos intereses ascendían a 14.206,09 reales (treinta de ellos estaban impuestos sobre casas en Cádiz). Muy favorable era también la situación económica de los mercedarios descalzos: a través de su *Libro de Hijuela o posesiones* nos consta que llegaron a reunir 21 fincas urbanas en Cádiz, una casa y hacienda agrícola en Puerto Real, amén de 56 censos (19 sobre casas en la urbe gaditana, dos sobre viñas en Rota, otros tantos sobre parcelas vitícolas en Jerez de la Frontera, uno sobre una explotación agrícola en San Fernando, ocho sobre huertas en Cádiz y trece cuyos ré-

ditos eran percibidos en Puerto Real, desconociendo el origen de los restantes) (31).

Muy pobres, por el contrario, eran los carmelitas descalzos, que en 1835 solamente poseían cinco fincas en Cádiz y una docena de censos, cuyos réditos se situaban sobre casas en Cádiz y San Fernando (32). Por lo que se refiere a la congregación de San Felipe Neri, en 1758 gozaba de las rentas de cuatro casas y seis asesorías situadas en Cádiz que ascendían a 15.052 reales (33). No contamos con ninguna información acerca de los bienes de franciscanos observantes, descalzos y capuchinos, aunque en estos casos es posible que dado su carácter de órdenes que han hecho voto de pobreza como tales, sus ingresos fundamentales fuesen proporcionados por las limosnas de los fieles: Juan Bautista Labat menciona cómo a inicios de la centuria todas las casas religiosas de la ciudad tenían recaudadores que estaban pidiendo continuamente limosnas para sus conventos, entrando para ello en casas, tiendas, almacenes y tabernas (34)... en cualquier caso, ninguna de estas últimas tres congregaciones es citada en el catastro de 1771 como propietaria de bienes raíces.

Tal como hemos podido observar, la tierra siempre tuvo una importancia muy escasa en la economía de los monasterios gaditanos, debido al reducido tamaño del término municipal de la urbe, constituyendo por lo tanto las fincas urbanas y los censos la base de su poder económico, siendo ésta la situación existente al respecto en los años de 1835-1836:

	S.J. Dios (35)	Dominic. (36)	Carmelit. (37)
Fincas rústicas	300	2.320	—
Fincas urbanas	229.144	54.492	6.480
Censos	63.541,10	6.158,04	9.078,14
TOTAL	292.985,10	62.970,04	15.558,14 reales

Todos los datos que hemos podido reunir al respecto nos muestran cómo, salvando el caso de los carmelitas descalzos, la economía de los institutos monásticos gaditanos se basó fundamentalmente en los alquileres de fincas urbanas de su propiedad, y la creciente especulación que se observa en el Cádiz dieciochesco debió sin duda alguna mejorar la situación económica de las órdenes religiosas de la urbe: el caso del convento de San Agustín es muy ilustrativo al respecto, puesto que si en 1701 los alquileres de casas proporcionaban unos 35.000 reales, en 1785

los ingresos derivados de este concepto ascendían a 248.000 (38).

Estas propiedades se adquirieron por medio de dos arbitrios fundamentales, compras y donaciones. El convento de San Agustín, por ejemplo (38 bis), compró 26 casas y recibió otras 29 en concepto en donación. El de San Juan de Dios (39) tan sólo compró 19, adquiriendo otras 48 gracias a la generosidad de los fieles. Por lo que respecta a los mercedarios descalzos (40), todas sus fincas urbanas fueron obtenidas por medio de donación. Todo ello nos indica la distinta influencia que cada una de estas comunidades ejercía en la sociedad gaditana: quizás mucho más elitistas, los agustinos debieron vivir relativamente desconectados del resto de los fieles. Hermanos de San Juan de Dios y mercedarios, por el contrario, debieron suscitar en gran medida su generosidad: los primeros, por su ejemplar dedicación al servicio de los enfermos; los segundos, por su tarea de redención de cautivos cristianos en manos musulmanas. Nadie superará la generosidad de doña Juana Josefa de Arteaga, que en 1721 donaba a esta comunidad media docena de casas en Cádiz, una casa y hacienda en Puerto Real con un cercado de olivar, un cercado de tierras, un cercado de almáciga de olivar, 21 aranzadas de pinares y un molino de aceite.

La cronología de adquisición de estas propiedades es en cada caso bastante distinta: por lo que respecta a los agustinos calzados, de 56 fincas urbanas de las que conocemos el momento en que fueron obtenidas por la comunidad, tan sólo cuatro fueron adquiridas después de 1725, siendo el momento de mayor acumulación de propiedades el de 1650-1724. Lo mismo sucederá con los mercedarios: si bien es cierto que en los primeros veinte y cinco años de la centuria consiguen once casas (de un total de 19 de las que sabemos cuándo fueron adquiridas), a partir de entonces tan sólo dos nuevas fincas urbanas se incorporarán al patrimonio de la comunidad. Los hermanos de San Juan de Dios, por el contrario, conocerán en los últimos veinte y cinco años del Siglo de las Luces una notable ampliación de sus propiedades (adquieren por entonces 32 casas de un total de 67)... momento en el que sucesivas epidemias de fiebre amarilla azotaron a la urbe.

Por lo que respecta a los censos, su cronología de adquisición es relativamente similar a la de las fincas urbanas: los agustinos no adquirieron apenas nuevos censos a partir de 1725, pero mercedarios y hermanos de San Juan de Dios aumentaron su importancia como instituciones rentistas a medida que avanza la centuria: los primeros conocen su gran momento en 1750-1774, los segundos en 1700-1724 y a lo largo del úl-

timo cuarto del siglo, si bien estas adquisiciones se siguen produciendo durante los primeros años del siglo XIX... no debió ser casual que la abnegación, la entrega y la dedicación que los hermanos de San Juan de Dios hicieron gala en todo momento moviese a muchos fieles a la generosidad.

Los deudores pertenecen fundamentalmente al Tercer Estado, si bien en ocasiones existe una amplia proporción de nobles y eclesiásticos: en el caso de los carmelitas, en 1835-36 4.221,16 reales son proporcionados por el clero y 4.856,32 por el Tercer Estado; cifras que se elevan a 846 y 5.312,04 reales respectivamente en el caso de los dominicos y a 11.002,03 (nobleza), 19.627,04 (clero) y 32.912,03 (Tercer Estado) en el de los hermanos de San Juan de Dios. Este último convento aparece como una institución rentista que extiende sus tentáculos entre todas las clases sociales de la ciudad, encontrando entre los deudores a la marquesa de Casinas, el mayorazgo de D. Francisco Javier Rodríguez, el marqués de Casa Irujo, la condesa de Cinco Torres, el deán y el cabildo catedralicio, el capellán don Diego de los Reyes, la Orden Tercera de San Francisco, el patronato de don Juan Fragela, el convento de las concepcionistas descalzas, etc.

Si los ingresos, en líneas generales, nos son poco conocidos, menor aún es la información que poseemos acerca de los gastos. Fijémonos, por ejemplo, en el convento de Santo Domingo, único del que poseemos información: en 1768 sus gastos se elevaron a 281.142,03 reales (41), de los que el 27,1% era proporcionado por el mantenimiento de la hacienda que el convento poseía en la villa de Puerto Real (que no aparece indicada en el *Libro Becerro* de 1795, pero sí en el inventario de bienes realizado en 1836), el 21,3% se destinaba a la compra de productos alimenticios, el 12% a las reparaciones de casas de su propiedad, los gastos «ordinarios y extraordinarios» suponían el 8,7% del total, los préstamos a devolver el 6,9% (siendo la partida principal un préstamo de 15.058,28 reales solicitado para labrar dos casas en Puerto Real)... las demás partidas son de menor consideración, apareciendo entre las mismas obras realizadas en el edificio conventual, gastos de culto, salarios (maestro barbero, lavandera, procurador del convento, mozos de cocina, vicario, correo del prior, recaderos), censos, impuestos (1.062,16 reales, destinados en su mayor parte al pago de los millones), limosnas (el convento no destacó ese año por su generosidad, ya que solamente se libraron por este concepto 192,08 reales, siendo las partidas principales 148,08 en diez hogazas de pan para los pobres y 40 en una limosna a un tal P. Aceitu-

no), etc. Es curioso señalar que un total de 12.963,13 reales se gastaron en la compra de paja y cebada para los caballos del coche del padre provincial.

Los libros de cuentas del convento de Santo Domingo son apenas los únicos que nos proporcionan una información medianamente detallada acerca de los gastos principales de los institutos religiosos. Uno de los fundamentales fue sin duda alguna la alimentación, aspecto muy cuidado por los monjes gaditanos: en el caso de los dominicos (42) la carne aparece como un producto de consumo diario, al igual que el pescado y, en menor medida, los huevos. La ración alimenticia adquiere, no obstante, una mayor variedad gracias al consumo de empanadas en invierno y ensalada en verano (estación en la que se consume diariamente) y por la presencia de legumbres, frutas y hortalizas: garbanzos y frijoles en todo tiempo, lentejas, cebollas y naranjas en invierno, tomates y cebollas en verano. Pero la importancia de estos productos en la alimentación diaria es mucho menor que la de la carne y el pescado, que debió ser la base fundamental de su aporte calórico: esta dieta tan abundante en grasas y proteínas, pero poco rica en vitaminas de origen vegetal, unida a una vida más bien sedentaria, debió llevar a nuestros monjes indefectiblemente a la obesidad.

Es muy poco también lo que sabemos acerca de la evolución económica de los conventos gaditanos a lo largo del siglo XVIII. Ciertamente que su prosperidad o decadencia debió estar muy relacionada con la coyuntura comercial, puesto que de la misma dependía el alza o el descenso de los alquileres de fincas urbanas y es muy probable que, correspondiendo con la crisis del comercio colonial iniciada en los años noventa, comiencen desde finales de la centuria las dificultades económicas: en 1795, como ya hemos visto, los ingresos del convento de Santo Domingo ascendían a un total de 171.802,09 reales, cifra que ha descendido en 1836 a tan sólo 62.970,04.

Pero por lo que se refiere propiamente al siglo XVIII, tan sólo contamos con los datos del convento de San Agustín (cuadro 10). Durante los años iniciales de nuestro período se observan unas fluctuaciones muy acusadas de los ingresos anuales, correspondiendo a los difíciles tiempos de la Guerra de Sucesión Española, pero que superan muy holgadamente a los gastos. No obstante, las cuentas son capciosas en este sentido, ya que gran parte del «carga» total está constituida por lo que las fuentes denominan «rezagos» (desconocemos si corresponden a ingresos no cobrados ese año que el administrador incluyó en su cargo o a ingresos

atrasados que se cobraron en aquel momento) cuyo volumen tiende a aumentar a medida que avanza el conflicto: 45.000 reales en 1701, 142.000 en 1708, 224.000 en 1714, momento en el que tiende a disminuir. En contraste con esta situación, las rentas proporcionadas por los alquileres de fincas urbanas tienden a estancarse, cuando no a disminuir, durante los años de la guerra: 35.000 reales en 1701, 22.000 en 1709, momento a partir del cual se inicia una rápida recuperación: 64.000 reales en 1720. Por lo que respecta a los censos, su importe descendió mucho como consecuencia de la pragmática de 1705: 16.000 reales en 1704, algo más de 7.000 en 1720.

A finales de la centuria, el convento aparece en una situación económica claramente deficitaria y con unos gastos que han superado en mucho a los ingresos a pesar del ritmo claramente ascendente de los mismos: se han eliminado casi por completo los «rezagos» y a pesar del estancamiento de los réditos de los censos el importe de los alquileres de fincas urbanas ha subido espectacularmente: 64.000 reales en 1720, más de 230.000 en 1792, en un convento que prácticamente desde 1725 no ha adquirido nuevas propiedades. Pero por lo que reflejan los libros de cuentas, la subida que registran los ingresos no ha podido compensar la ascensión de los gastos, si bien desconocemos el motivo de ello, puesto que las fuentes no especifican la composición de estos últimos.

Ignoramos por completo si esta coyuntura es un fenómeno específico de esta comunidad o si la misma se puede extrapolar a las demás órdenes religiosas de la ciudad. La situación económica del clero regular gaditano, como tantas otras facetas de su existencia, siempre nos será casi completamente desconocida.

A inicios del siglo XVIII el dominico francés Juan Bautista Labat visitaba a sus hermanos de orden en Cádiz. El relato que de su estancia nos ha dejado nos revela una situación caracterizada por una observancia bastante rigurosa, al menos en sus aspectos más formalistas; al mismo tiempo que la comunidad estaba totalmente dividida en dos bandos, uno a favor y otro en contra del prior (43). Su descripción nos sirve de introducción al estudio de la vida interna en los conventos de religiosos gaditanos en el Siglo de las Luces, momento en el que fue un clamor generalizado la decadencia que por entonces atravesaban las comunidades monásticas. Dado la inexistencia casi total de documentación es muy difícil dilucidar si esta situación es o no aplicable al Cádiz dieciochesco, si bien algunos testimonios aislados parecen indicarnos la existencia de una cierta relajación de las costumbres: así, en 1726, el General de la Pro-

vincia de San Diego de los franciscanos descalzos, fray Sebastián de la Madre de Dios, manifestaba que «no es disimular a la sana doctrina que profesamos ser perezosos al estudio, tardos a la oración, dormidos al coro y muy vigilantes al refectorio. De los maitines largos muy quejosos y de la comida dilatada muy alegres... en quien profesó la pobreza de evangélicos y franciscanos pobres no es vivir a los deseos y apetitos la solicitud de gustosos manjares y suavidad de bebidas, dando testimonios tanto de lo denegado que viven a su instituto cuántas quejas profieren de lo que la pobre comunidad administra porque en la estimación del siervo de Dios y pobre es más apreciable al mantenimiento de legumbres en el convento que los más delicados y abundantes convites del siglo» (44). Fray Sebastián de la Madre de Dios volvía a renovar «la abstinencia a los mozos en el Adviento y Cuaresma, el arreglamiento a la ley en el uso del vino, las descalcez en los jóvenes aún sin el alivio de las alpargatas sólo permitidas a ancianos y enfermos, la crianza en los mozos en humildad, mortificación y respeto a los ancianos sin que de éstos sean acalorados más que para ser más virtuosos», pero quejas semejantes volverán a oírse en 1730 y 1746. Esta cierta relajación no debió afectar solamente a los descalzos, puesto que en una carta escrita en 1752 por fray Tomás del Valle al provincial de la Orden de Santo Domingo nuestro prelado añoraba los hermosos tiempos del pasado en contraste con la decadencia del presentes, puesto que el convento «habiéndolo experimentado, tratado y visto ser hermoso jardín, donde ha habitado plantada la flor de la provincia, hoy parece desierto. Se han muerto los Castillos, los Moras, los Escalonas, García y otros que pudieran fomentar la esperanza de hacer revivir los espíritus de aquéllos, se han malogrado de suerte que se ve hoy en la mayor desolación» (45).

En algunas ocasiones este escaso celo monástico era una consecuencia de la poca vocación que animaba a algunos novicios a ingresar en el claustro. Conservamos los expedientes de secularización de media docena de religiosos (cuatro de ellos entre 1797 y 1799) (46), y si dos pretenden salir del convento para mantener a su familia necesitada, los otros cuatro manifiestan tajantemente que han sido forzados a la profesión, declarando en 1798 fray Isidoro Palacios al respecto que «no tenía ningún conocimiento del rigor de la regla y gravísimas cargas y obligaciones de la religión como el hábito de ella a lo que le indujo don Bernardo Palacios su padre pues a excepción de castigos o amenazas de que en realidad no usó se valió de cuantos medios sugiere un deseo eficaz de conseguir lo que se había propuesto y que por la obediencia y sumisión con

que siempre había oído las voces del citado su padre condescendido la toma del hábito...».

Nos son desconocidas en gran medida las relaciones de los religiosos gaditanos con los restantes estamentos de la ciudad, si bien los pleitos nos informan acerca de una cierta cantidad de detalles. Por lo que se refiere al clero secular, apenas se dieron enfrentamientos, puesto que los religiosos dependían de la autoridad de sus respectivos provinciales y los prelados gaditanos nunca intentaron inmiscuirse en su vida interna, exigiendo tan sólo que aquellos religiosos que confesaran y comulgaran tuvieran licencia episcopal para ello, permiso que era periódicamente renovado. Este asunto de las licencias motivó un conflicto cuando en 1715 el cabildo catedralicio solicitó su presentación, y si jesuitas y hermanos de San Juan de Dios las mostraron sin reparo alguno, se negaron a ello dominicos, agustinos, franciscanos descalzos y observantes, mercedarios descalzos y capuchinos, por lo que los prebendados decidieron privarles del derecho a confesar (47). Ello motivó un acre enfrentamiento que llegó hasta el punto de que el cabildo municipal nombrase como intermediario entre ambas parte en conflicto a don Pedro Joseph de Villalta y Baeza (48), si bien la tensión debió remitir cuando don Lorenzo Armengual tomó posesión de la mitra gaditana. A partir de este momento no vuelven a registrarse más protestas derivadas de esta cuestión.

También las relaciones con los fieles se enturbiaban en algunas ocasiones, especialmente contra las cofradías. El conflicto más sonado fue el que tuvo lugar en 1759 entre el convento de los carmelitas descalzos y la cofradía de Nuestra Señora del Carmen sita en el convento de Santo Domingo. A este respecto el prior general de la Orden Carmelitana, fray Joaquín María Pontalti, escribía a fray Tomás del Valle que «nuestros estatutos prescriben que los Piores Generales de ningún modo puedan instituir semejantes confraternidades en las iglesias extrañas principalmente de los otros regulares sino es bajo de la condición que si en el discurso del tiempo fundare nuestra religión casa en el mismo lugar la institución de la confraternidad hecha en la iglesia ajena por el mismo caso y hecho expire». La cofradía, no obstante, se negó a dicho traslado, alegando que la iglesia de los carmelitas descalzos estaba inconclusa y que por tal motivo carecería de lugar competente para guardar los sagrados utensilios, por lo que se suplicaba se pospusiera dicho traslado hasta que las obras de la iglesia finalizaran. Los carmelitas descalzos respondieron intentando fundar en su convento una cofradía del mismo título y, tras un largo pleito entre ambas instituciones, el 21 de marzo de

1761 el Provisor y Vicario General, don Miguel Benito de Ortega, ordenaba el traslado de la cofradía a la iglesia de los carmelitas so pena de censura y una multa de cien ducados, lo que fue obedecido por los cofrades (49).

Pero a pesar de estos enfrentamientos, más bien excepcionales, la influencia de los religiosos en la ciudad fue considerable: siempre fueron mayoría en el estamento eclesiástico gaditano, atrajeron gran parte de las vocaciones sacerdotales (50), controlaron la mayoría de las devociones, la asistencia del cabildo municipal gaditano a las fiestas celebradas por los diferentes institutos monásticos fue continua a lo largo del siglo XVIII... y de todas estas órdenes, tres fueron las que gozaron de mayor influjo: franciscanos, capuchinos y dominicos. Ellos fomentaron el culto mariano en sus diversas advocaciones (los dominicos a Nuestra Señora del Rosario, los franciscanos a la Inmaculada Concepción, los capuchinos a Nuestra Señora de la Pastora, siendo además los fundadores de los rosarios callejeros) y monopolizaron en gran medida las peticiones de hábito, sepultura y misas de los testadores gaditanos (51). Finalmente, añadir que el clero regular tuvo una gran importancia en la vida educativa de la ciudad, puesto que dos de los principales centros académicos existentes en la urbe, el convento de Santo Domingo y el colegio de Santiago, dependían de órdenes religiosas. Es indudable que los monjes gaditanos eran queridos y venerados por los fieles, y buena muestra de ello fue lo sucedido en 1743 en el entierro del religioso capuchino fray Miguel de Valor, con motivo del cual «se conmovió toda la ciudad concurriendo a este convento innumerable gentío de todo género de personas, dignidades y jerarquías de ambos sexos con impulsos de devoción a fin de lograr el consuelo de su última vista y de admirar en su cuerpo algunas señales muy particulares dignas de toda atención y que este concurso se vio reiterado el día en que se celebraron sus exequias» (51 bis).

Durante el siglo XVIII Cádiz fue una ciudad monástica y, especialmente, franciscana (52). Es una lástima que sepamos tan poco de ellos, que debieron ser los grandes transmisores de la piedad barroca, y es posible que la decadencia de ésta y la del clero regular estén muy estrechamente relacionadas. El gran aldabonazo, no obstante, no llegará hasta la Desamortización de Mendizábal, que de un plumazo acabará con la influencia de las órdenes religiosas en nuestra ciudad, ya que nunca se recuperaron de tan duro golpe. La restauración de institutos religiosos

que tiene lugar durante la prelatura de Calvo y Valero (33) se realizará en un Cádiz completamente distinto.

6.2. LAS MONJAS

Nos enfrentamos ahora con uno de los aspectos más desconocidos del estamento eclesiástico, lo que obedece a una serie de factores: en primer lugar, las religiosas no son consideradas como clero, a pesar de gozar de todos los privilegios característicos de este grupo social, y en la práctica se encontraban en una situación de subordinación con respecto a los obispos o las órdenes religiosas de las que dependían. En segundo término, contrariamente a lo que sucede hoy día, su importancia cuantitativa en el conjunto de la Iglesia española era muy reducida. Finalmente, nos enfrentamos con una documentación dispersa en numerosos conventos que por su carácter de clausura ofrecen en muchas ocasiones grandes dificultades para el acceso al investigador.

Solamente existieron en el Cádiz de la modernidad tres conventos de monjas: los de franciscanas concepcionistas título Santa María (1527), agustinas descalzas de Nuestra Señora de la Candelaria (1567) y concepcionistas descalzas de Nuestra Señora de la Piedad (1668). Estos tres conventos coexistieron durante todo el siglo XVIII, y tan sólo el de Nuestra Señora de Candelaria no ha sobrevivido hasta nuestros días.

Es difícil precisar en qué sectores sociales se reclutaban las vocaciones monjiles. En el único caso medianamente conocido por nosotros, el de Nuestra Señora de la Candelaria, solamente sabemos la procedencia social de cinco de las 89 novicias que ingresaron en el mismo durante todo el Siglo de las Luces: tres de ellas eran hijas de capitanes, una de un capitán de navío y la última de un regidor. Una novicia más era de origen ilegítimo. Pero es más probable que la mayoría de las religiosas fuesen reclutadas en el seno de las clases alta y media, atendiendo a datos de carácter indirecto: sabemos que un 86% de sus progenitores ostentaron el «don», y que firmaron de su puño y letra el 74,4% de las novicias durante la primera mitad del siglo XVIII y la totalidad en el período posterior a 1750 (54). Ante tan elevados niveles de alfabetización, es lícito deducir que las monjas se reclutaron predominantemente, al menos en el caso de este convento, en el seno de las capas más conspicuas de la sociedad gaditana.

Tal vez ello fuese una consecuencia del, en muchas ocasiones insoluble, problema de la dote. Sabemos que en el convento de Nuestra Se-

ñora de la Candelaria su importe fue fijado en dos mil ducados por el obispo don Diego del Castrillo en 1674 aunque, obviamente, no todas las religiosas pagaron tan elevada suma: de un total de treinta que entre 1700 y 1740 profesaron en esta comunidad, tan sólo catorce entregaron el importe requerido, una pagó 1.800 ducados, tres 1.500, otras tantas 1.000 y las restantes ingresaron en el convento sin haber proporcionado la suma solicitada, en calidad de músicas y organistas (55). Esta última solución, sin embargo, no siempre estuvo abierta: en una visita realizada en 1724 por el prelado don Lorenzo Armengual de la Mota se aludía al hecho de que numerosas religiosas que entraron en el convento ni siquiera entregaron la suma de mil ducados, y el prelado ordenó que a partir de aquel momento ninguna pretendiente fuese admitida en la capilla de música sin haber sufragado el pago de dicha cantidad, reservándose él y sus sucesores la facultad de poder hacer excepciones en aquellas ocasiones en las cuáles la novicia gozase de una voz excepcional (56). Estos casos debieron presentarse muy poco tiempo después, pues ya en 1729 nos encontramos con que doña Nicolasa García profesaba como música sin dote (57).

Siempre quedaba además el recurso de acogerse a la generosidad de los fieles acudiendo a los numerosos Patronatos de Obras Pías fundados con la finalidad de dotar a las religiosas que no podían profesar por falta de medios económicos. Algunos de los más famosos son los de don Melchor de Cuéllar (cuya administración corría a cargo del cabildo municipal), don Esteban Blanqueto y don Gerónimo Fernández de Villanueva, que tenía la finalidad de ejercer tan bienhechora acción entre las concepcionistas descalzas: así, siete de 56 novicias de las cuales tenemos datos en este sentido, pudieron acceder a este convento por medio de este arbitrio. Es un porcentaje importante: tengamos en cuenta que en 1786 se pedían un total de tres mil ducados de dote para profesar en aquel convento, y ello debió provocar una tal retracción vocacional que en 1766 fray Tomás del Valle se veía obligado a ordenar que fuesen admitidas cinco religiosas pagando solamente mil ducados cada una, pero sin que esta gracia pudiese crear precedente de ningún tipo (58).

Nos es ciertamente difícil intentar descubrir qué motivos pudieron inducir a estas mujeres a abandonar el mundo de una manera tan completa. Los memoriales escritos por las novicias del convento de concepcionistas descalzas insisten mucho en la consideración de este estado como la mejor manera de servir a la divinidad y, a la postre, de obtener la salvación de su alma, declarando muchas de ellas su intención de estar

«segregada del tráfico peligroso del siglo». En ciertos casos nos encontramos con mujeres que han llevado una vida anterior considerada licenciosa por los cánones de la época y que pretenden purgar sus culpas ingresando en un convento: así lo hacía en 1794 doña María Rita Ximénez y Carreño, culpable de adulterio (59). Todo ello nos hace plantearnos hasta qué punto no ingresaron en un convento forzadas por las circunstancias, siendo un caso muy instructivo en este sentido el de doña Antonia Izarte, posteriormente sor María de Santa Ana, huérfana de madre y que en septiembre de 1794 accedía al noviciado en el convento de concepcionistas descalzas. Una vez allí solicitó repentinamente abandonar la comunidad y, quizás por temor a ser ingresada en el hospicio, cambió nuevamente de opinión solicitando fervientemente su profesión, lo que, tras muchas dudas, le era concedido en 1795 por don Antonio Martínez de la Plaza (60).

Bien conocida nos es la edad de ingreso, y parece ser que desde muy joven se accedía a estas comunidades: en Nuestra Señora de la Candelaria, por ejemplo, 54 de 89 novicias tenían menos de 25 años cuando ingresaron en el convento, y solamente dos superaban los cuarenta (61). Suele tratarse además de mujeres solteras (un total de 82), encontrando tan sólo dos viudas: doña Bernarda de Pro en 1759 (62) y doña María Bueno en 1764 (63). Ambas tenían una edad de 39 años en el momento de su noviciado.

La base del reclutamiento vocacional, tanto en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria como en el de concepcionistas descalzas, fue la ciudad de Cádiz y su obispado: en Candelaria, 65 de 89 novicias son naturales de la diócesis (64); en las Descalzas, 34 de 46 (65); 17 y 10 respectivamente procedieron de las restantes comarcas andaluzas, especialmente las localidades de Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa María y las provincias de Sevilla y Córdoba. En muy pocas ocasiones el reclutamiento conoce una mayor irradiación: en Candelaria hay dos novicias gallegas, una extremeña, una castellana vieja, una castellana nueva, una flamenca y una peruana. En las Descalzas ingresarón una genovesa y una napolitana.

Por lo que se refiere al ritmo cronológico que se observa en la evolución de las vocaciones, solamente contamos con los datos del convento de Nuestra Señora de la Candelaria, siendo la misma muy similar a la que registrábamos en el clero secular de la ciudad: nueve novicias en 1700-19, 23 en 1720-39, 25 en 1740-59. A partir de 1760 las nuevas vocaciones tienden a descender: 18 en 1760-70 y 14 en 1780-99 (66). De

estas 89 novicias, 82 llegaron a profesar, conociendo las motivaciones de otras tres que no lo hicieron: la enfermedad se lo impidió a doña Juana Gordillo (67) y doña María de Candelaria Echevarría (68), que ingresaron en el convento en 1786 y 1799, respectivamente. Por lo que respecta a doña María Rosenda del Barrio y Lázaro, que en 1797 accedía al noviciado, su abandono se debió «por no poder con el instituto» (69).

No nos es demasiado conocida la situación económica de los conventos de religiosas de la urbe gaditana. En 1771 (70) los ingresos totales del de Santa María se elevaban a 83.961 reales (71), los de Nuestra Señora de la Candelaria a 151.232,12 (72) y los de concepcionistas descalzas a 70.560,02 (73), cifras que en 1795 (74) ascendían a 139.823, 272.546 y 140.848 reales respectivamente. Todo ello parece indicar que durante el último cuarto de la centuria las rentas de los conventos de monjas de nuestra ciudad experimentaron un crecimiento muy acusado, debido una vez más al aumento de los alquileres de fincas urbanas. Siempre fue el convento de Nuestra Señora de la Candelaria el más potente desde un punto de vista económico, controlando aproximadamente la mitad de los ingresos totales de los monasterios de religiosas de la ciudad.

Las bases económicas de los diferentes conventos de monjas no nos son conocida por igual. Sabemos que en 1726 el convento de religiosas descalzas era propietario de treinta casas y dos aposentos que le proporcionaron unas rentas de 46.560 reales (75), aunque no tenemos información acerca de si percibía o no réditos de censos.

Mejor informados estamos sobre el convento de Santa María. En 1836 (76) era propietario de 34 fincas urbanas (todas situadas en Cádiz excepto una que lo estaba en Puerto Real) y cobraba los réditos de 54 censos (37 de 41 de los que conocemos su composición estaban impuestos sobre fincas urbanas en Cádiz) con unos ingresos totales de 75.453,32 reales, de los que el 82,4% eran proporcionados por fincas urbanas. La importancia económica de los censos era, pues, muy reducida, aunque los deudores se reclutaban entre todos los estamentos de la sociedad gaditana: la nobleza aportaba un total de 2.686,17 reales (marqués de Vallermosto, conde de Clonard, conde de Casas Rojas, condesa de Alcudia, marqués de Villasilvestre y mayorazgo fundado por don Gerónimo de Orta), el clero 765,33 (cabildo catedralicio, Orden Tercera de franciscanos descalzos, comendador de los mercedarios de Rota, Hospital de Mujeres de Cádiz y algunos patronatos) y el Tercer Estado los 9.767,26 restantes, tratándose de vecinos de la urbe gaditana, Puerto Real, El Puerto de Santa María y Rota.

Pero el convento sobre el cual poseemos mayor cantidad de información es el de Nuestra Señora de la Candelaria, que a lo largo de su historia llegó a ser propietario de 66 casas (dos en El Puerto de Santa María, cinco en Puerto Real y las restantes en Cádiz) y percibir los intereses de un centenar de censos (90 de los cuales estaban impuestos sobre fincas urbanas en Cádiz) (77). Al igual que en el caso anterior, la base económica de esta comunidad se basaba en la propiedad inmobiliaria urbana, que a medida que avanza la centuria asegura la mayor parte de los ingresos: en 1708 los mismos ascendían a 38.119,01 reales (de los que 15.516 eran proporcionados por alquileres de casas) (78), cifras que se elevan en 1764 a 141.627,05 y 129.660 respectivamente (78 bis). Por lo que se refiere a los deudores de los censos, de un total de 11.967,05 reales a los que ascendía su importe ese último año, 663,17 eran proporcionados por la nobleza (marqués de Tamarón, marqués de Casa Arisón, marqués de Villavicencio, marqués de Campofuerte), 370 por el clero (deán y cabildo catedralicio, congregación de San Felipe Neri, cofradía de las Ánimas de la iglesia de Santa Cruz) y el resto (10.933,22) por plebeyos. Es de destacar que la proporción de deudores nobles y eclesiásticos es mucho menor en el convento de Candelaria que en el de Santa María, debido posiblemente al carácter más elitista de este último.

La adquisición de las propiedades del convento de Nuestra Señora de la Candelaria se efectuó a lo largo de un dilatado período de tiempo que se inicia mucho antes de 1700. Por lo que respecta a las fincas urbanas, de un total de 45 de las que conocemos el momento en que pasaron a ser propiedad del convento, 32 formaron parte de su patrimonio a lo largo del siglo XVIII (y de ellas once entre 1775 y 1799), siendo de señalar que la mayor parte se obtuvo por medio de donación. Muy diferente es la cronología de adquisición de los censos: 84 de 97 pasaron a manos de la comunidad antes de 1700, y a partir de 1775 ningún nuevo censo es adquirido por las religiosas (79).

Tan sólo en este último convento contamos con algunas noticias acerca de la distribución de los gastos. Su importe ascendía en 1764 a 121.794,17 reales de los que el 73,2% se invertía en el mantenimiento de la comunidad (se pagaban seis pesos mensuales a cada monja y tres a la organista, diez ducados anuales a cada religiosa en concepto de gastos de vestuario y un peso mensual a las 49 doncellas del convento, sumando un total de 52.255 reales: el resto se destinó a la compra de productos alimenticios), el 5,4% en el pago de intereses de censos debidos por el convento (su importe total ascendía a 6.608,02 reales, de los que

más de 6.000 se pagaban a eclesiásticos, como el convento franciscano de Sanlúcar, la iglesia de Santa Cruz, la Pitancería, el convento de franciscanos observantes de Cádiz, la cofradía del Santísimo Sacramento y varias religiosas profesas de la comunidad), el 5,9% se destinaba a festividades litúrgicas y gastos de culto y el 15,3% restante al pago de los salarios: ese año el convento tenía a su servicio un vicario, un sacristán mayor, un sacristán menor, un administrador, un ayudante de éste, un abogado, un procurador, un escribano, un médico, un sangrador, dos mozas y dos mozos de torno. Los sueldos pagados son relativamente bajos, exceptuando el caso del administrador, que cobraba 5.400 reales (80).

¿Cómo se desenvolvía la vida interna de estas comunidades? En 1739 la religiosa del convento de las descalzas sor Mariana de San José escribía una carta al obispo fray Tomás del Valle en la cual exponía el a su juicio catastrófico estado en que se hallaba el mismo, por cuanto «la religiosidad del silencio, la modestia en el modo, la política en el trato, la reverencia en los actos de comunidad, las ceremonias loables en el coro, las advertencias unas a otras en caridad, lo encomendado en nuestra regla sobre el uso del velo sobre los rostros y el modo de portarse cuando haya hombres dentro, lo reprendido en ella sobre que no haya particulares afectos y aceptación de personas, el celo santo en la enseñanza de las novicias, las mortificaciones y reprensiones a que éstas para instruir las y ajustarlas al molde religioso están prevenidas, el retiro con que éstas deben ser guardadas, esto todo, Ilustrísimo señor, está muy relajado, y algo de ello muy perdido, y con particularidad la reverencia y obediencia a la prelada». La citada religiosa continuaba haciendo alusión a algunos de los abusos que se estaban cometiendo en el seno de la comunidad: la pérdida del silencio, las religiosas no se retiraban del coro para oír misa, muchas novicias usaban un velo tan claro que se distinguían sus facciones, existían numerosas amistades particulares, las novicias eran demasiado rebeldes, se conversaba en la puerta Reglar... sor Mariana de San José culpaba de todas estas lacras al hecho «de no tener las preladas aquellos capítulos continuos y frecuentes ordenaciones que manda nuestra santa regla a fin de que en ellas se adviertan las faltas y se reprenda a las inobservantes» (81), pero a pesar del pesimismo que se desprende de esta epístola no descubrimos en su memorial la existencia de grandes abusos ni tampoco de una situación a todas luces escandalosa, sino tan sólo la presencia de algunas pequeñas relajaciones.

A lo largo de todo el siglo XVIII los prelados gaditanos lucharon

tenaz e incansablemente por aumentar el rigorismo conventual, pero sus mandatos de visita nos descubren que a pesar de su incesante acción los abusos existentes no desaparecieron, y las mismas disposiciones se repiten una y otra vez. El punto fundamental era conseguir que las religiosas cumpliesen exactamente con la letra de sus reglas y constituciones: en realidad, la aspiración última siempre fue la instauración de la más rígida y estricta clausura, uno de los lugares comunes a todos los mandatos de visita y uno de los aspectos menos cumplidos. Ya en la visita que en 1724 realizara don Lorenzo Armengual de la Mota al convento de Santa María salía este punto a relucir, ordenándose so pena de excomunión que ningún hombre cruzara la puerta reglar del convento a excepción de los médicos y sangradores (y éstos, con licencia del prelado), los albañiles y carpinteros que tuvieran que ejecutar alguna obra en la casa y los mandaderos que llevasen una carga demasiado pesada para las monjas (82). Pero esta normativa se incumplió en repetidas ocasiones: en 1743 fray Tomás del Valle se veía obligado a ordenar que nadie entrase en el convento a no ser que expresamente lo permitieran las constituciones, amenazándose nuevamente con la excomunión. Ese mismo año ordenaba que se cerrasen las puertas del mirador alto del convento, aprovechado por las religiosas para observar lo que sucedía en las calles aledañas al mismo (83). Con el tiempo, las disposiciones episcopales se fueron volviendo más restrictivas: en 1750 Valle recordaba la prohibición existente de que las visitas no accedieran a la habitación de las madres porteras, lo que por entonces no se cumplía, ya que «no sólo se reciben en él señoras de distinguida calidad para las que se podría disimular el permiso, sino también otras de mediana esfera y aún muchas de menor importancia, como son las criadas que han servido a las religiosas y a las parientes y conocidas de las que actualmente están sirviendo, de lo que resulta una confusa mezcla y comisión indecorosa de gentes comunes entre las religiosas que deben ser miradas con el mayor respeto y distintivo», ordenando en consecuencia que ninguna persona, fuera del estado, calidad y condición que fuese pudiera entrar en dicha sala (84).

Una y otra vez los prelados gaditanos intentaron aumentar este grado de aislamiento, y este fenómeno se observa no sólo en el convento de Santa María: así, en el de Nuestra Señora de la Candelaria, en 1776 el visitador don Miguel Benito de Ortega disponía un aislamiento del exterior lo más completo posible al ordenar que se cerrasen las ventanas a la calle que no fueran necesarias para la iluminación del interior del re-

cinto conventual y que las que se dejasen abiertas se cubrieran con celosías (85). No obstante, la situación no se resolvió a gusto de los prelados, puesto que en una visita que don Francisco Javier de Utrera efectuara al convento de Santa María a inicios del siglo XIX disponía «se evite cuanto sea posible la entrada de hombres... que no entren parientes a visitar religiosas enfermas. Que ha habido demasiada condescendencia en franquear la portería aún en tiempos que ni se permiten los locutorios... y que nunca se permita abierta desde anochecer bajar a las novicias» (86). Todos los mandatos de visita serán promulgados en función de este objetivo último: la consecución de un estado de clausura lo más rígido posible. Así, las órdenes para que reinara el silencio en el convento: en 1776 se ordenaba que ante «el exceso en el tiempo y modo que hay en las diversiones domésticas que se han permitido en el convento (de Candelaria) en el Carnaval y con notable anticipación como en otros días del año siendo tanto el ruido y algazara que hacen las sirvientas (que son sus autoras) que se oye y percibe fuera de la clausura con escándalo», la priora debía «desterrar de su santa casa el espíritu del siglo que es el que ha introducido tales diversiones», (87); el intento de evitar en los vestidos de las religiosas todo aquello que pudiera denotar frivolidad (esa misma ocasión se prohibían los hábitos delgados y transparentes y los adornos de seda y plata en los vestidos) (88) y la lucha contra un posible elemento perturbador en el logro de este estado perfecto: el aspecto exterior de las seglares que residían en estas comunidades.

En algunas ocasiones, su comportamiento constituía una nota discordante: así sucedía con doña Josefa Delgado, depositada por su marido en 1786 en el convento de Santa María dados sus frecuentes adulterios, pero su conducta no mejoró, ya que «siendo sumamente astuta y poseída de una lujuria sin igual, que demuestra en palabras muy sucias, acciones, aire, intrigas y de todos modos ha hecho tal estrago entre las religiosas que no puede repararse en muchos años», disponiéndose su internamiento en la Casa de Recogidas de San Pablo (89). A fin de evitar tan lamentables escenas, los obispos siempre intentaron que el aspecto y el comportamiento de las seglares discrepara lo menos posible del de las religiosas, pero esto no siempre se consiguió. Se luchó especialmente contra la utilización de trajes profanos por parte de las mismas, pero los fracasos fueron continuos: en 1765 fray Tomás del Valle se veía obligado a reconocer el nulo fruto de sus anteriores disposiciones, por cuanto «que por la nota de sus adornos, variedad de colores resaltado con el

agregado de galones o franjas de plata y oro, deformidad que siendo excesiva por el siglo con mucha más razón se opone a el retiro del claustro religioso por tocarle línea de la mayor disonancia» (90). La situación llegó hasta tal punto que en 1776 don Miguel Benito de Ortega ordenaba a las seglares residentes en el convento de Santa María que vistieran algún hábito de nuestra Señora de los Dolores o de la Virgen del Carmen, prohibiéndoles cualquier prenda de vestir de aires mundanos (91).

Estos son los aspectos más reiterados en los mandatos de visita, pero los prelados dirigieron también su mirada hacia otro tipo de cuestiones que desde nuestra mentalidad actual nos pueden resultar casi ridículas. Una de ellas era la prohibición de agasajar con refrescos o dulces a los clérigos o confesores que entrasen en el convento: ya en 1724 Armengual ordenaba que las religiosas de Nuestra Señora de la Candelaria solamente diesen durante el desayuno al vicario y demás ministros un poco de dulce y agua y una tacita de chocolate con dos bizcochos, justificando esta medida por las deudas padecidas por la comunidad (92). Como de costumbre, esta disposición no debió cumplirse en la práctica, ya que en 1776 volvía a exhortarse nuevamente a su observancia (93).

También se pretendió evitar el trabajo manual de las religiosas en todo aquello que no fuese estrictamente indispensable para su manutención: en 1776 se prohibía la confección de dulces en el convento de Candelaria, dado que dicha labor llevaba consigo «tales afanes y tareas que las distrae de las ocupaciones espirituales en que deben estar empleadas por su profesión, el quebrantamiento de los días festivos, trabajando y haciendo trabajar en ellos a los domésticos y aún a los de fuera, la vulneración de la clausura para entrar muchas veces a ella hombres con ese fin y otros inconvenientes contra la paz, honor y caridad de la comunidad» (94). Menor fue su interés por lo que se refería a la vida espiritual de las religiosas, ya que estos aspectos estaban muy regulados por sus respectivas reglas y debieron cumplirse con cierta exactitud. En ciertas ocasiones fray Tomás del Valle manifestó su interés por estos asuntos, tal como se desprende de una visita que en 1743 efectuara al convento de Santa María en la que ordenaba la celebración de pláticas mensuales y cuaresmales por la tarde y que no se comulgara con excesiva frecuencia (95).

¿Cuál fue la actitud de las religiosas hacia todas estas disposiciones? Las reacciones fueron muy variadas, desde aprobación sin reservas de las mismas (e incluso encontramos en repetidas ocasiones en la documentación episcopal cartas escritas por algunas monjas que solicitaban

se diera fin a alguno de los abusos reinantes en la comunidad) hasta extrañamiento por la letra de estos mandatos ante la creencia de haber guardado la regla fielmente, cuando no un rechazo visceral de las disposiciones de los prelados. Con respecto a la primera actitud es muy ilustrativa una epístola dirigida por una religiosa del convento de Santa María a don Antonio Martínez de la Plaza en la que se solicitaba no se permitieran visitas, conversaciones en el coro, seglares en el convento y que los médicos no se detuvieran «más que lo que es preciso para las medicinas y no en leer gacetas ni papeles del mundo» (96). No siempre, sin embargo, los prelados encontraban tan buena disposición: en 1776, por ejemplo, la priora del convento de Nuestra Señora de la Candelaria protestaba por los mandatos de visita promulgados por don Miguel Benito de Ortega alegando se había cumplido fielmente con la regla, lo que obligó al visitador a corregir algunas de sus disposiciones anteriores (97). En 1785 la religiosa de Santa María doña Juana Falcón intentaba incluso justificar las violaciones de la regla cometidas en el seno de su comunidad, al mencionar cómo «los señores prelados que hasta aquí han sido omitieron en la primera regla algunas cosas de poca monta, que como prudentes las dispensaron haciéndose ser cargo esta plaza cerrada y sin aquellas diversiones que en otras ciudades era más molesto al enterramiento perpetuo y más arriesgado a arrepentimiento y falta de salud... de seis o siete espíritus apocados o tal vez noveleros en haber pretendido y pretender ponernos en una recolección... nos va poniendo en una desesperación primeramente cerrándonos la puerta para no poder comunicar ni con nuestros padres hermanos ni parientes y sujetos como arriba dichos hasta aquí y también tapan de los agujeros de los tornos intentando echar las seglares que hay dentro», finalizando su memorial solicitando que persistieran las normas vigentes en el momento de su profesión, en atención a que «los mandamientos nos mandan no tomar estado por fuerza y ahora quieren precisarnos a vivir en lo que no quisimos». Escalzo, en una carta escrita al conde de Floridablanca el 19 de junio de 1785, se vio obligado a manifestar que las quejas de dicha monja eran infundadas, declarando además que no tenía intención alguna de obligar a las religiosas a seguir otros estatutos más que los promulgados por Armengual de la Mota sobre la base de la vida privada (98).

Enlazamos así con un asunto que tuvo graves repercusiones en la vida interna del convento de Santa María: los intentos del prelado don Antonio Martínez de la Plaza de instaurar la vida en común en dicha comunidad. Este tema salió a colación en los escrutinios celebrados para

la elección de abadesa que tuvieron lugar el 30 de marzo de 1796, siendo patentes las divisiones existentes en el seno de la comunidad: de 38 religiosas presentes, seis estaban a favor de la implantación de la misma y dos se mostraban dispuestas a aceptarla resignadamente si así lo ordenaba el obispo, pero las treinta restantes no mencionaron para nada este asunto, lo que nos puede indicar su rechazo más completo (99). Días más tarde, Plaza exponía a las monjas las grandes ventajas que se derivarían de la adopción de este nuevo género de vida (100), pero las reacciones contrarias fueron inmediatas, por cuanto el 16 de abril la abadesa, Beatriz Zapata, escribía a Plaza oponiéndose en redondo a sus intenciones, reconociendo que «la vida en común observada en todas partes es mejor y más perfecta que la que al presente tenemos pero que por lo mismo necesitándose una particularísima gracia de vocación para abrazarla y no habiéndonos el señor favorecido todavía con ella no nos hallamos con fuerzas suficientes para emprender este nuevo camino ni en edad ni en proporción para aventurarnos a unas pruebas en que ni Dios nos ha puesto ni a las que su inspiración nos ha llamado... en una palabra, señor, no tenemos vocación para vida común y solamente queremos vivir según la que profesamos» (101).

Muchas veces existían numerosas tensiones en el interior de los conventos de religiosas, y es posible que una consecuencia de ellas fuese la existencia de distintas banderías que pugnaban durante las elecciones de abadesa, ya que en ciertos casos la abundancia de candidaturas y la multiplicación de escrutinios revela la falta de unidad existente entre las monjas: en 1718, por ejemplo, hubo en el convento de las Descalzas hasta seis votaciones sucesivas sin poder elegirse nueva priora, dado que ninguna de las candidatas reunía un número de votos suficiente. Armenigual de la Mota amenazó con nombrar a la que le pareciese más apropiada, y gracias a algunas religiosas que se comprometieron a que sus votos recayesen en la más votada, fue elegida finalmente sor Agustina del Niño Jesús (102). En el convento de Santa María, en 1796, la lucha estaba muy polarizada (con la cuestión de la vida en común como fondo) entre la actual abadesa, doña Beatriz Zapata, y doña María Bárbara Morejón, puesto que dieciséis monjas apoyaban a la primera y trece a la segunda, estando otras nueve indecisas (103).

No hubo tantas divisiones, sin embargo, en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria, a juzgar por la perpetuación de las abadesas durante muchos años y sus reelecciones al primer escrutinio por una mayoría aplastante (104): doña Isabel de Oviedo fue priora en 1706-1709,

doña Dionisia Carrillo en 1715-1721, doña Teresa Dávalos en 1721-39, doña Angela de Soto en 1739-1757, doña Nicolasa García en 1757-1794, doña Micaela Macedo en 1794-1797 y doña Josefa Baeza en 1797-1818. Todas accedieron a este cargo con edades relativamente avanzadas, puesto que Carrillo fue priora a los 56 años, Dávalos a los 54, Soto a los 60, García a los 46, Macedo a los 63 y Baeza a los 43. Las elecciones, en general, muy pocas veces fueron reñidas, y las prioras solían estar al frente del convento durante bastantes años consecutivos, siendo relevadas tan sólo cuando ya habían llegado a una avanzada edad y la comunidad temía que sus facultades mentales empezasen a periclitarse: Dávalos, por ejemplos, fue abadesa hasta los 72 años, Soto hasta los 78, García hasta los 83. Y aún en estos casos la comunidad, tal vez por inercia, se mostraba muy reacia a proceder a relevos generacionales: curiosamente, las prioras cuando llegan por primera vez a este cargo son elegidas por un margen de votos muy estrecho, puesto que Dávalos obtuvo al primer escrutinio el 62% de los mismos en 1721, Soto en 1739 el 54,5%, García en 1757 el 34,3%; si bien en esta última ocasión su elección fue posible gracias a trece religiosas que dejaron su voto al arbitrio del obispo, que acabó inclinando la balanza en su favor. No obstante, esto no es lo más corriente: de 23 elecciones en las que conocemos el porcentaje de votos emitidos a favor de la priora triunfante, en 16 la electa obtuvo más del 80% de los votos de la comunidad al primer escrutinio. Es de señalar que los prelados, al menos en el caso del convento de Candelaria, apenas intervinieron en el desarrollo de las elecciones, limitándose a exhortar a la comunidad a que reinase un consenso suficiente. La única excepción fue en 1718, cuando 17 religiosas votaron por la priora doña Isabel de Oviedo, otras tantas por doña Antonia Carrillo, y dos monjas dejaron su voto al arbitrio del prelado, resolviendo Armengual de la Mota a favor de esta última.

No siempre, sin embargo, había tanta unanimidad, y ante la falta de acuerdo por parte de las religiosas, los obispos debían intervenir personalmente. En 1785 doña Juana Falcón protestaba por esta actitud, puesto que «hecha la elección habrá poco de abadesa por no haber concordado la comunidad por falta de luces en el escrutinio, por no haber seguido el estilo que han guardado los otros señores obispos en explicar quién tiene más partido de votos para que se junten y Su Ilustrísima escrupulosamente lo encubrió y lo dividió y cada una pensando que a la que votaba tenía más votos nos hallamos sin haber hecho elección con

lo que logró a lo que parece poner de su mano a la que quería pues traía una cedula guardada con su nombre escrito» (105).

Las relaciones de las religiosas con el mundo exterior nos son prácticamente desconocidas, y lo más probable es que sus comunidades viviesen muy encerradas en sus propios muros, sin ocuparse apenas de lo que sucedía fuera de los mismos. Una muestra de ello es que apenas atrajeron devocionalmente a los fieles: entre 1700, 1725 y 1750 tan sólo el 1,07% de las misas mandadas celebrar por los testadores fueron encargadas en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria, el 1,11% en el de Santa María y tan sólo el 0,64% en el de las descalzas, tratándose en su mayor parte de mandas femeninas (106). Muy pocas fueron también las devociones de los creyentes gaditanos vinculadas a estos monasterios, siendo la única excepción en este sentido la del convento de Santa María, donde se encontraba la imagen de Jesús Nazareno, y, a partir de 1758, la de San Roque.

En ciertas ocasiones las religiosas protestaron con acritud acerca de las frivolidades de los fieles, como nos muestra una carta remitida a fray Tomás del Valle por la abadesa del convento de Santa María en 1761, lamentándose del establecimiento de una casa de truco frente a la comunidad, ya que se provocaría una verdadera plaga de «mujercillas indignas que deberían poblar una galera... marineros de todas naciones y soldados de todas compañías, volverá a ser dicho sitio lo que fue antes cuando había allí taberna y tienda de montañés que no se podía pasar por aquel paraje a causa de las escandalosas insolencias que allí se veían, sentadas ellas con ellos las más veces en cuerpo de camisa y con la repetición del vino, mistela y aguardiente de las mayores maldades, de riñas, muertes y alborotos que escandalizaban todo el barrio» (107).

Pero, excluyendo estas breves pinceladas, estos aspectos nos son prácticamente desconocidos. Quizás el silencio de la documentación indique que las religiosas de la ciudad, muy encerradas en sus respectivos conventos, apenas conectaron con el ambiente de la urbe y constituyeron un mundo completamente aparte... y olvidado.

NOTAS

- (1) SANCHE DE SOPRANIS, H., «El convento de San Francisco de Cádiz, 1566-1596. Notas y documentos para la historia de sus primeros treinta años», *Archivo Iberoamericano*, VII, 1947, pp. 311-312.
- (2) Cronología extraída de ANTÓN SOLÉ, P., «Cádiz-Ceuta, diócesis de», *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. 1, Madrid, 1972, p. 303.
- (3) GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, F., *Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada*, Amsterdam, 1690, pp. 653-654.
- (4) MORENO CRIADO, R., *Iglesias de Cádiz*, 2ª edición, Cádiz, 1953, pp. 49-50.
- (5) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 18, fols. 31 y 32 v.
- (6) A.M.C., A.C., Año 1717, fols. 92-93, 153v y 156.
- (7) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (8) MORENO CRIADO, R., op. cit., p. 50.
- (9) A.H.N., Clero, lib. 1815, fols. 11-12 y 22.
- (10) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 27, fol. 173v.
- (11) MORENO CRIADO, R., op. cit., p. 50.
- (12) A.H.N., Clero, lib. 1.815, fols. 100-110.
- (13) MORENO CRIADO, R., op. cit., p. 50.
- (14) Vid. GONZÁLEZ BELTRÁN, J., «Notas sobre la expulsión de los jesuitas andaluces», *IV Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1988.
- (14 bis) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 36, fol. 175.
- (15) A.M.C., A.C., Año 1767, fol. 140.
- (16) A.C.C., Sección 1, serie 1, lib. 36, fol. 176.
- (17) Ibidem, fol. 178.
- (18) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 42.
- (19) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 45.
- (20) A.M.C., lib. 4.916. Se refiere sólo a las propiedades en Cádiz.
- (21) Propietarios de 42 casas y un tercio de otra, percibían además los ingresos de los patronatos de obras pías fundados por don Miguel Arostegui (9.360 reales), Leonarda Domínguez (7.560) y Manuel Iribe (8.220).
- (22) Poseían diez casas (117.153 reales), el oficio de procurador (440), tres aranzadas de tierra (4.777,24), los ingresos de su botica (1.200) y una serie de censos otrora de los jesuitas (51,14) amén de otras partidas de menor consideración.
- (23) Tenían en su poder 24 casas y la cuarta parte de otra y cuatro aranzadas de tierra cuyo producto era de 18.885,10 reales.
- (24) Propietaria de siete casas.
- (25) Poseían dos casas.

- (26) Contaban en su poder con una veintena de casas.
- (27) A.C.C., Sección 10, Libro de subsidios de 1777-1802.
- (28) A.H.N., Clero, lib. 1.773.
- (29) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.236, exp. 1.
- (30) A.H.N., Clero, lib. 1.823.
- (31) A.H.N., Clero, lib. 1.855.
- (32) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.235, exp. 20.
- (33) A.H.P.C., Hacienda, «Libros procedentes de la Desamortización Eclesiástica», número 5.
- (34) LABAT, J.B., «Viajes del padre Labat en España» en GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo III, Madrid, 1962, p. 138.
- (35) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.236, exp. 1.
- (36) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.236, exp. 3.
- (37) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.235, exp. 20.
- (38) A.H.N., Clero, lib. 1.783 y 1.802.
- (38 bis) A.H.N., Clero, lib. 1.773.
- (39) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.236, exp. 1.
- (40) A.H.N., Clero, lib. 1.855.
- (41) A.H.N., Clero, lib. 1.825.
- (42) A.H.N., Clero, lib. 1.829.
- (43) SANCHE DE SOPRANIS, H., *Nuestra Señora del Rosario patrona de Cádiz de la Carrera de Indias y su convento de Padres Predicadores*, Cádiz, 1927, pp. 209-211.
- (44) A.H.N., Clero, lib. 1.851.
- (45) A.D.C., Secretaría, leg. 10.
- (46) A.D.C., Varios, leg. 559.
- (47) A.C.C., Sección 1, serie 2, lib. 2, fol. 75.
- (48) A.M.C., A.C., Año 1715, fol. 38.
- (49) A.D.C., Varios, leg. 1.864, «Año de 1759. Ramo de los autos que sigue la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen con la traslación de su imagen titular del Convento de Nuestro Padre Santo Domingo al de Carmelitas Descalzas de esta ciudad».
- (50) Vid. MORGADO GARCÍA, A., *El clero gaditano a fines del Antiguo Régimen. Estudio de las órdenes sacerdotales (1700-1834)*. Cádiz, 1989, pp. 187-190.
- (51) Vid. PASCUA SÁNCHEZ, M.J., *Vivir la muerte en el Cádiz de fines del siglo XVII y el siglo XVIII: el medio rural y el medio urbano*, Cádiz, 1987, Tesis Doctoral inédita.
- (51 bis) A.D.C., Varios, leg. 1797, «Año de 1756. Autos a pedimento del R.P.F. Nicolás de Córdoba... sobre el non culto de los siervos de Dios Fray Francisco de Lorca y Fray Miguel de Valor».
- (52) Así lo reconoce AVILÉS FERNÁNDEZ, M., «Historia social de la espiritualidad andaluza en la época moderna», *Cádiz en su historia. IV Jornadas de historia de Cádiz*, Cádiz, 1985, p. 66.
- (53) Vid. SÁNCHEZ-GIJÓN MARTÍNEZ, M.J., *Aspectos sociales del gobierno de la Diócesis de Cádiz por Vicente Calvo y Valero (1884-1889)*, Cádiz, 1987, pp. 267-268.
- (54) Vid. MORGADO GARCÍA, A., «Los ingresos de novicias en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria (Cádiz): 1600-1900», *Gades*, 15, 1987.
- (55) A.D.C., Varios, leg. 2.272, «Cuaderno por donde consta las sras. religiosas que han profesado en el convto. de nra. sra. de la Candelaria de esta ciudad de Cádiz desde el año de 1674 hasta el de 1740».

- (56) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (57) A.D.C., Varios, leg. 2.272, «Cuaderno...».
- (58) A.D.C., Secretaría, leg. 15 bis, «Copia de un decreto que expidió S.Y. a instancia de la comunidad de religiosas descalzas de esta ciudad para admitir en ella el número de cinco religiosas».
- (59) A.D.C., Secretaría, leg. 51, «Solicitud de Doña María Rita Ximénez y Carreño vecina de Cádiz sobre tomar el hábito de religiosas».
- (60) A.D.C., Secretaría, leg. 42, «Sobre la entrada en votos de Sor María de Santa Ana».
- (61) MORGADO GARCÍA, A., «Los ingresos...».
- (62) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.113.
- (63) Ibidem.
- (64) MORGADO GARCÍA, A., «Los ingresos...».
- (65) Datos obtenidos analizando 46 memoriales de novicias.
- (66) MORGADO GARCÍA, A., «Los ingresos...».
- (67) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.113.
- (68) Ibidem.
- (69) Ibidem.
- (70) A.M.C., lib. 4.916. Se refiere sólo a las propiedades en Cádiz.
- (71) Propietario de 34 casas y media.
- (72) Propietario de 38 casas.
- (73) Propietario de 19 casas.
- (74) A.C.C., Sección 10, Libro de subsidios de 1777-1802.
- (75) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (76) A.H.P.C., Hacienda, leg. 1.236, exp. 2.
- (77) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.126.
- (78) A.D.C., Varios, leg. 2.274.
- (78 bis) A.D.C., Secretaría, leg. 15, «Extracto de la M.R. Comunidad de religiosas agustinas vocación de Nra. Sra. de Candelaria de esta ciudad de Cádiz».
- (79) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.126.
- (80) A.D.C., Secretaría, leg. 15, «Extracto...».
- (81) A.D.C., Secretaría, leg. 15 bis, «Papeles del escrutinio hecho en la elección de abadesa de Descalzas de esta ciudad de Cádiz el año de 1739».
- (82) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (83) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos mandados formar por el Sr. Dr. D. Miguel Benito de Ortega visitador de los conventos de religiosas», fols. 8v-9.
- (84) Ibidem, fol. 12v.
- (85) A.D.C., Secretaría, leg. 505 «Autos de visita del convento de Nuestra sra. de la Candelaria... Cádiz 1176», fol. 8v.
- (86) A.D.C., Secretaría, leg. 47, «Puntos que tocaron en el escrutinio secreto de las religiosas del convento de Santa María antes de la elección de abadesa».
- (87) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos de visita...», fol. 17.
- (88) Ibidem, fol. 9.
- (89) A.D.C., Secretaría, leg. 36, «Expediente sobre remover del convento de Santa María a Doña Josefa Delgado».
- (90) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos mandados formar...», fol. 16v.
- (91) Ibidem, fol. 37v.

- (92) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (93) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos de visita...», fols. 11-12.
- (94) Ibidem, fol. 11.
- (95) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos mandados formar...», fol. 5v.
- (96) A.D.C., Secretaría, leg. 40.
- (97) A.D.C., Secretaría, leg. 505, «Autos de visita...», fols. 19-22.
- (98) A.D.C., Secretaría, leg. 36, «Memorial de Doña Juana Falcón monja en Santa María».
- (99) A.D.C., Secretaría, leg. 40, «Escrutinio del 30 de marzo de 1796».
- (100) A.D.C., Secretaría, leg. 52, «Mandatos de visita al convento de Santa María, 23 de abril de 1796».
- (101) A.D.C., Secretaría, leg. 41, «Informe sobre una representación de la abadesa de Santa María de Cádiz...».
- (102) A.D.C., Secretaría, leg. 2.
- (103) A.D.C., Secretaría, leg. 40, «Escrutinio del 30 de marzo de 1796».
- (104) A.D.C., Manuscritos, lib. 1.124.
- (105) A.D.C., Secretaría, leg. 36, «Memorial de Doña Juana Falcón...».
- (106) PASCUA SÁNCHEZ, M.J., *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la primera mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1984, p. 274.
- (107) A.D.C., Secretaría, leg. 16, «Estos papeles se produjeron sobre los perjuicios que ocasionaba una casa de truco inmediata a el convento de Santa María».

CAPÍTULO VII
LA VIDA ESPIRITUAL

Durante gran parte del siglo XVIII la vida espiritual de los gaditanos está completamente dominada por las formas de religiosidad típicamente barrocas. Hemos tenido la inmensa fortuna de contar con una autobiografía escrita a finales del siglo XVII e inicios del Siglo de las Luces, las *Memorias* de Raimundo de Lantery, y su análisis nos permite comprobar cómo la imagen del mundo estaba completamente imbuida de la concepción cristiana de la existencia: la práctica religiosa frecuente, la escrupulosidad con que se cumplen los mandatos de la Iglesia, la veneración concedida a la Eucaristía, la concepción de la divinidad como juez inexorable y creador, aunque a veces ejerza su misericordia sobre todos los hombres; la frecuente aparición del milagro (1)... Esta visión del orbe, en líneas generales, será compartida por gran parte de la población gaditana dieciochesca, aunque desde los años de 1760 y 1770 comienza a experimentar una grave crisis.

7.1. LOS LUGARES DE CULTO

En el momento que iniciamos nuestro estudio, el año de 1700, la red eclesial gaditana estaba concluida casi por completo, datando la mayor parte de la misma de la centuria anterior (1 bis). No obstante, el desarrollo urbano y comercial que experimenta en el siglo XVIII nuestra ciudad motivó una pequeña ampliación de la misma: fue durante esta época, por ejemplo, cuando se inicia la construcción de una nueva catedral, cuya erección vino determinada fundamentalmente por razones de prestigio, ya que era necesario dotar a Cádiz de un edificio capitular digno de su papel de metrópoli mercantil. En 1722 ponía la primera piedra del nuevo edificio el prelado don Lorenzo Armengual de la Mota, y gracias a la acción del maestrescuela don Juan Baptista de Zuloaga se promulgaba el 25 de noviembre de 1726 una Real Orden por la que se disponía destinar el cuarto del 1% de los frutos y caudales procedentes de ultramar que viniesen en las tres primeras flotas y los tres primeros galeones a la fábrica de la obra, arbitrio que sería conocido como el

«cuartillo» (2). Las sumas proporcionadas por el mismo constituyeron los ingresos fundamentales recolectados para la construcción del nuevo edificio capitular: hasta el 31 de diciembre de 1769 se habían recogido para dicho efecto un total de 14.586.169,07 reales, de los que 10.536.816,23 procedieron del «cuartillo», 1.633.274,29 de limosnas y legados particulares, 1.099.989,14 fueron donados por el ayuntamiento de la ciudad, 278.571,33 por los prelados, 272.676 procedían de las rentas de fábrica de la iglesia de Santa Cruz, el deán y el cabildo catedralicio proporcionaron 225.150 y el resto procedía de otras fuentes (3). A partir de estas cifras nos será más fácil comprender que la crisis comercial padecida por la urbe en los años noventa supusiera un duro golpe para la obra: en 1793 se extinguía el «cuartillo» y en 1796 eran despedidos el aparejador, el maestro y los oficiales. Siguió un período de total inactividad constructiva y de deterioro físico del edificio, que no había sido cerrado por completo. Su inauguración se hizo esperar hasta 1838 (4).

La preocupación de los obispos gaditanos por adecuar la red parroquial al aumento demográfico experimentado por la ciudad se tradujo en la erección de las iglesias de San Lorenzo y San José, así llamadas en honor a sus fundadores, don Lorenzo Armengual de la Mota y don José Escalzo y Miguel, respectivamente. Por lo que se refiere a la primera, el 14 de mayo de 1722 Armengual dirigía una carta al ayuntamiento de la ciudad en la que hacía referencia a las necesidades espirituales padecidas por el barrio de la Viña, para subvenir a las cuales había resuelto erigir una nueva parroquia auxiliar, solicitando la colaboración económica de dicha institución, que arbitró para ello la suma de 4.000 ducados procedentes del patronato de Melchor de Cuéllar (5). No terminaron aquí las facilidades concedidas por el cabildo municipal, que el 14 de enero de 1723 autorizaba al obispo a extraer piedra de la isla de San Sebastián para la fábrica del templo, y el 18 de marzo del mismo año una Real Facultad del Consejo de Castilla permitía a la ciudad proporcionar una limosna de 4.000 ducados de los hacimientos de carnicerías (6). Más problemática, por el contrario, fue la actitud del cabildo catedralicio: no olvidemos que por entonces se estaba iniciando la construcción de la nueva catedral y de ahí la existencia de una rivalidad muy directa entre ambas fábricas: si la catedral era patrocinada por los capitulares, San Lorenzo lo era por el obispo. En una reunión celebrada por aquéllos en 1722 se indica este enfrentamiento al aludirse al modo con que se recolectaban los donativos para la construcción de la Iglesia de San Lorenzo, «con importunos ruegos y persuasiones molestas violentando el ánimo

de los pobres» y al hecho de que muchas limosnas donadas para la obra de la nueva catedral eran destinadas a la fábrica de San Lorenzo (7). Estas pequeñeces, sin embargo, no impidieron que el cabildo acordara su asistencia a la procesión organizada con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento a la nueva iglesia, que tuvo lugar en 1725 (8).

En cuanto a la iglesia de San José, ya en 1601 el capitán don Cristóbal de Rojas había solicitado autorización para construir una ermita en los extramuros de la ciudad, erigiéndose la misma acto seguido. Pero la construcción del templo actual se debe a la acción del obispo don José Escalzo y Miguel, que pretendió erigir una parroquia en esta zona de la urbe a fin de atender las necesidades espirituales de los fieles residentes en la misma, cargando (al igual que lo hiciera otrora Armengual) con la mayor parte de los gastos derivados de su construcción: entre 1784 y 1790 su fábrica importó un total de 1.075.269,03 reales, de los que el prelado aportó 276.847,10 (9). En 1787 era inaugurada la nueva parroquia con toda solemnidad.

También fue importante la acción de las órdenes religiosas, especialmente carmelitas y capuchinos. A éstos se deben las capillas de El Caminito y la Divina Pastora, siendo la primera fundada en 1701 por fray Feliciano de Sevilla para establecer en ella una Compañía del Rosario, cambiando a mediados del siglo XVIII esta advocación por la de la Virgen de las Angustias (10). Por lo que respecta a la segunda, en 1734 fray Isidoro de Sevilla exponía al cabildo municipal que «habiendo traído una hermosísima imagen de María Santísima con el traje y título de pastora de las almas y deseando introducir su devoción en todos los corazones cristianos le ha parecido conveniente labrarle una capilla en donde sea venerada de todos y que allí experimenten los beneficios que por medio de las imágenes de este título siempre concede Su Majestad. Por ello ha puesto la consideración en un medio derrumbadero de tierra que está mirando al mar entre la iglesia Mayor y el convento de Santa María» (11). Dicho paraje le fue donado por el cabildo municipal el 19 de enero de 1735, pero poco después el citado religioso reconocía que aquél no era el lugar más adecuado, solicitando a los capitulares un nuevo emplazamiento en la calle Capuchinos, lo que le era concedido el 18 de agosto de dicho año (12). Este es el origen de la actual capilla de la Divina Pastora, que no fue concluida hasta 1762.

Los carmelitas descalzos fueron los factores de la construcción de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, cuya fábrica se inició en 1744 y concluyó en 1763 (13).

El último edificio religioso erigido en el Cádiz dieciochesco fue la Santa Cueva. Hacia 1730 un grupo de devotos se reunían en una casa particular los jueves de nueve a doce de la noche a fin de practicar los ejercicios de la Pasión, pero las autoridades eclesiásticas determinaron que los mismos tuvieran lugar en alguna iglesia, yendo a parar tras algunos avatares a la auxiliar del Rosario. En 1756 era descubierto un sótano en la misma, que desde entonces fue aprovechado para las prácticas de los congregantes, y a partir de dicho momento la capilla fue conocida como «La Santa Cueva». En 1781 el presbítero don José Sáenz de Santa María, marqués de Valdeñigo, es puesto al frente de la congregación. Amplía la Santa Cueva y tras recibir la herencia de su único hermano encarga la construcción de un oratorio dedicado al Santísimo Sacramento, que en 1796 era bendecido por el prelado don Antonio Martínez de la Plaza (14). Para Santiago Sebastián, en contra de lo que tradicionalmente se ha venido diciendo, la Santa Cueva no constituye ningún síntoma de renovación espiritual, puesto que en realidad la cofradía de la Madre Antigua tan sólo era un grupo de personas piadosas que buscaban la perfección de su vida en la práctica de la mortificación, el ayuno y la oración, todas ellas típicas consignas contrarreformistas (15).

No todo, sin embargo, fueron ganancias para la red eclesial gaditana, puesto que en 1749 se comunicaba al cabildo municipal que se iba a proceder a la destrucción de la ermita de San Roque a fin de construir un cuartel para alojamiento de tropas (16). Su imagen fue trasladada al convento de Santa María por acuerdo capitular del 2 de abril de 1758 (17), si bien en 1787 don José Escalzo y Miguel donaba a la ciudad una capilla en la iglesia de San José para dicho efecto (18).

A pesar del relativamente reducido número de nuevas iglesias construidas, no podemos olvidar que la prosperidad económica del Cádiz dieciochesco permitió que en la mayoría de los templos existentes se realizaran reformas arquitectónicas: remodelaciones de las fachadas, construcción de nuevas capillas y altares... todo ello, sin duda alguna, destinado a la mayor gloria de la divinidad.

Una preocupación continuamente presente en la jerarquía eclesiástica gaditana fue el conseguir que los edificios de culto estuviesen en dignas condiciones para celebrar el santo sacrificio de la misa, preocupándose mucho por su estado de conservación. En líneas generales, las visitas que tuvieron lugar en 1774, 1776, 1782 y 1790 (19) nos muestran que el mismo era bastante bueno, a pesar de la existencia de algunas anomalías en este sentido, más graves en aquellos templos que se encontra-

ban en las afueras de la ciudad: la ermita de Nuestra Señora del Camino, por ejemplo, se encontraba en malas condiciones, si bien las limosnas otorgadas por los fieles entre 1777 y 1782 permitieron renovar los objetos de culto existentes, que ya estaban muy deteriorados (20). Parecida situación padecía la ermita de San Sebastián, cuyo capellán dirigía dos misivas en 1740 (21) y 1742 (22) al cabildo municipal en las que se exponía el «estado infeliz en que se hallan las paredes de esta ermita y casa que la ciudad tiene en este sitio como también la falta de cáliz, patena y ornamentos para celebrar el santo sacrificio de la misa». No obstante, no debemos engañarnos, puesto que en líneas generales las iglesias gaditanas se hallaban en una situación bastante decorosa. Habría que determinar si la crisis del comercio colonial (menos capitales y por ende menos limosnas) no provocó un deterioro en el estado de los edificios de culto, pero esta situación no se dará hasta el primer tercio del siglo XIX.

Algunos privilegiados tuvieron la fortuna de contar con un lugar de culto en su propia vivienda. A lo largo del siglo XVIII se solicitaron un centenar de licencias de apertura de oratorios privados en nuestra ciudad, de las que 35 datan de 1700-19, 27 de 1720-39, 23 de 1740-59 y 15 de 1780-99 (no se conserva ninguna entre 1760 y 1779) (23). La fundación de una capilla privada requería una inversión bastante gravosa, por cuanto que era necesaria la instalación de altares, pilas de agua bendita e imágenes y la compra de paños y vestimentas litúrgicas; y por dicho motivo no nos debe extrañar que los fundadores suelen gozar de una situación social bastante preeminente, encontrando entre ellos a trece nobles titulados o caballeros de órdenes militares, dos regidores, catorce eclesiásticos, cinco militares, nueve altos funcionarios, tres comerciantes y ocho mujeres, desconociendo la procedencia social de los 46 solicitantes que nos restan.

Los jueces eclesiásticos siempre se interesaron por los motivos en los cuales el peticionario apoyaba su solicitud de fundación de oratorio, insistiendo éstos en el hecho de que por su avanzada edad o sus numerosos achaques no podían salir de sus casas, oír misa ni recibir los Santos Sacramentos, lo que nos revela su interés por una frecuente práctica sacramental.

Estas capillas eran periódicamente visitadas a fin de comprobar su buen estado de conservación, punto fundamental para una digna celebración del sacrificio de la misa en las mismas. La visita que en 1782 realizara el canónigo don Rodrigo Cavallero mencionaba un total de 36 ora-

torios existentes en el Cádiz de aquellos momentos (24) y la relación de sus propietarios es muy interesante por cuanto nos permite comprobar cómo la posesión de una capilla privada era casi una exclusiva de las clases más conspicuas de la sociedad gaditana: se mencionan como propietarios de ellas, entre otros, el chantre don Nicolás de la Rosa, el canónigo don Francisco Antonio Tomati, el comerciante don Matías de Landáburu, el prebendado don Francisco Paula Sánchez de Lúcar, el marqués de los Castillejos, el comerciante don Nicolás Gener, etc. El visitador comprobó que todos los oratorios se encontraban en buen estado de conservación (si bien la visita fue anunciada con mucha antelación y sus propietarios tuvieron tiempo sobrado de adecentarlos) y el informe más corriente se refiere al oratorio en cuestión como «separado de todos los usos domésticos, decentemente adornado y los ornamentos y ropa blanca con igual decencia y por lo respectivo a cáliz, patena y vinagera y misal sin la menor nota». Esta situación contrasta con la vivida durante la vacante de fray Tomás del Valle, quejándose los visitantes en numerosas ocasiones por cuanto los interesados no proporcionaban los títulos apostólicos de erección de estas capillas, y éstas se encontraban frecuentemente en malas condiciones (25). Es posible que para dar un escarmiento fuesen derogadas algunas licencias, lo que motivaría por parte de los propietarios un mayor interés en el cuidado de sus capillas. En cualquier caso, en 1782 todas ellas fueron renovadas sin problemas de ningún tipo.

7.2. LOS SACRAMENTOS

La Reforma Católica trajo consigo una gran revalorización de la vida sacramental, y en el caso de la diócesis gaditana esto se refleja en las *Constituciones Sinodales* de 1591, puesto que el capítulo dedicado a los mismos es el más extenso de todos.

Por lo que respecta al bautismo, se ordenaba que el niño recibiera este sacramento ocho días después de haber nacido, y que existiera un libro donde fuesen anotados todos aquellos que habían sido bautizados (26). La cuestión que más nos interesa comprobar es si el bautismo, efectivamente, era administrado ocho días después del nacimiento: se trata de una cuestión capital, por cuanto que la dilación en su recepción implicaba según la visión popular la eterna condenación del recién nacido. Parece ser que esta norma experimenta grandes progresos a lo largo de la centuria, ya que existe un descenso cada vez más acentuado del tiem-

po medio transcurrido entre el nacimiento y el bautismo: 11 días y 17 horas en 1700-1701, 7 días y 11 horas en 1725-1726, 5 días y 7 horas en 1750-1751, 3 días y 23 horas en 1775-1776, 2 días y 9 horas en 1798-1799 (27). Será desde el primer cuarto del siglo XVIII cuando el cumplimiento de las disposiciones eclesiásticas se convierta en un comportamiento generalizado: a inicios de la centuria, el 48,1% de los fieles bautizan a sus hijos antes de los ocho días prescritos, en 1725-26 serán el 66,6%, en 1750-51 el 82,1%. A finales del siglo XVIII, el 74,6% de los niños son bautizados entre uno y cuatro días después de su venida al mundo, lo que nos prueba cómo esta actitud se ha convertido ya en un hábito masivo.

Problema directamente relacionado con el bautismo es el de la ilegitimidad, que está relacionada a su vez con un posible rechazo de la moral sexual católica. Durante la Edad Moderna, coincidiendo con la implantación de un código de comportamiento sexual más estricto como consecuencia de la difusión de la Reforma Católica, las tasas de nacimientos ilegítimos tendieron a descender, pero no parece que esta situación se diera en Cádiz: en la primera mitad del XVII el 22,6% de los niños nacidos son ilegítimos (28), en el último cuarto del siglo XVIII el 15,4%. Julio Pérez Serrano sintetiza muy acertadamente la existencia de tan elevadas tasas aludiendo al carácter comercial y portuario de la ciudad (y, por ende, la presencia de una numerosa población flotante), el elevado número de prostitutas, la existencia de una importante guarnición militar y numerosos célibes forzosos, el desarrollo de una burguesía comercial con unas costumbres más libres y la crisis económica (con la subsiguiente pérdida de los valores tradicionales) que la ciudad atravesaba a finales de la centuria (29). Parece ser que en Cádiz la presencia de un importante colectivo de nacimientos ilegítimos es un fenómeno estructural y que la Reforma Católica fracasó por completo en este sentido. Podemos atrevernos a decir incluso que las tasas debieron ser en la realidad aún mayores: en un edicto promulgado por Armengual de la Mota en 1717 se denunciaba la costumbre de bautizar a muchos hijos bastardos como si fueran legítimos, lo que «además del pecado mortal que cometen en la mentira en cosa tan grave son sumos los inconvenientes y perjuicios que se pueden seguir en adelante así para herencias como para honores y otras cosas de que son privados los que no son de legítimo matrimonio», ordenándose en consecuencia a los curas de la ciudad se informasen bien sobre el estado civil de los padres de los niños bautizados (30).

Las Constituciones de 1591 no dedican demasiada atención al sacramento de la confirmación, disponiendo solamente que los niños la recibieran «en teniendo edad suficiente» (31), no precisando cuál era ésta. El momento de su recepción dependía solamente de la voluntad de los padres, que elegían la ocasión más propicia para ello; no siendo extraño encontrarnos a religiosos, caballeros de órdenes militares nobles y clérigos seculares que reciben este sacramento en edad adulta, si bien su número tenderá a descender. Ciertamente que contamos con muy escasos testimonios acerca de la edad media con la cual se impartía este sacramento, puesto que en los libros de confirmandos este dato no se indica, pero todo parece indicar que su recepción tenía lugar a una edad muy temprana: una muestra de 145 clérigos de los que conocemos este dato, nos indica que fueron confirmados con una edad media de 6,6 años en la primera mitad de la centuria y de 7,8 en la segunda (32), en tanto que una relación de 90 niños del Hospicio confirmados en 1785 nos muestra que la edad media era de 9,6 años para los niños y de 11,6 para las niñas (33). Tan temprana edad invalida en parte su actual carácter de renovación voluntaria y consciente del sacramento del bautismo.

Se impartía además de forma muy irregular (34), puesto que junto a años en los cuales los prelados no confirmaban a nadie (1705, 1735, 1739, 1755, 1771...) en otros, por el contrario, se celebran confirmaciones masivas, lo que nos indica la total inexistencia de una catequesis previa. La tendencia más corriente es la de seguir un ritmo bianual: un año con muy pocos o ningún confirmando seguido de otro con confirmaciones masivas (3.865 en 1772), y esta situación se mantendrá hasta la prelatura de fray Juan Bautista Servera y don José Escalzo y Miguel: este último, sobre todo, tiende a escalonar la administración de este sacramento, y en el período de 1785-1789 las cifras de confirmandos son muy regulares, oscilando en torno a unos 900 al año. A partir del gobierno episcopal de don Antonio Martínez de la Plaza, sin embargo, reaparece la tendencia secular.

Durante todo el siglo se confirmaron en Cádiz un total de 72.400 personas, impartándose especialmente durante los meses de marzo (57,3%), febrero y abril, que por sí solos reúnen el 83,7% de los confirmandos. Esta situación hegemónica, con muy ligeras variantes, se observa durante todo el siglo XVIII, al menos hasta 1780: a partir de entonces tiende a darse una situación de equilibrio entre los distintos meses del año, lo que posiblemente nos indique el deseo de los prelados de

escalonar las confirmaciones antes que celebrarlas en masa, a fin de asegurar una mejor catequización de los recipiendarios.

El volumen total de confirmaciones tiende a aumentar constantemente a medida que avanza la centuria: 5.404 en la década de 1700, 7.389 en la de 1710, 5.418 en la de 1720, 5.685 en la de 1730, 6.480 en la de 1740, 8.129 en la de 1750, 9.244 en la de 1760, 10.866 en la de 1770, momento en el que se obtienen las cifras más elevadas. A partir de entonces, descenso: 7.518 nuevos confirmandos en los años ochenta y tan sólo 6.267 en la última década del siglo. Y es curioso señalar además cómo la proporción de confirmandos respecto al total de bautizados tras aumentar constantemente a lo largo de toda la centuria (el 39,9% en los años treinta, el 58,3% en los setenta) desciende bruscamente durante la prelatura de Escalzo, alcanzándose tasas del 34,4% en los ochenta y del 27,7% en el último decenio del siglo XVIII.

Más atención le dedicaron las *Constituciones Sinodales* de 1591 a la Penitencia y la Eucaristía, que son los sacramentos tratados con mayor detalle. Por lo que se refiere al primero, se daban una serie de normas a los confesores, cuales examinar a los fieles en la doctrina cristiana y amonestar a quienes no supiesen las cuatro oraciones (Padre Nuestro, Credo, Ave María y Salve) (35), pero estas disposiciones debieron haber caído un tanto en el olvido en el siglo XVIII, por cuanto que en un edicto promulgado en 1742 por fray Tomás del Valle se aludía al desconocimiento que los niños tenían de la doctrina cristiana, exhortando a los confesores a que «antes de la confesión los examinen... y hecho juicio de su idoneidad prosigan la confesión, pero si de algunos se comprendiere que padece ignorancia grave en dichos rudimentos de Nuestra Santa Fe, usen con él de todas aquellas diligencias a que más tenga por conducente su prudente precaución» (36). El administrador de este sacramento debía ser forzosamente presbítero, con una edad superior a los cuarenta años y con licencia y aprobación del obispo. Vicarios y curas amonestarían a los fieles con más de ocho años de edad a que se confesaran anualmente entre el Domingo de Ramos y el de Quasimodo, y aquellos que no cumplieran con este precepto serían privados de la asistencia a los oficios divinos y de la sepultura eclesiástica, pudiendo llegarse incluso a la excomunión (37).

Esta fue la normativa legal, ¿pero cuál fue la realidad durante el Cádiz dieciochesco? Parece ser que había incluso clérigos que hacían caso omiso de estas disposiciones, siendo en 1716 excomulgado el sacristán mayor y capellán de la iglesia de Santa Cruz, Joseph del Corral, por no

haber comulgado por Pascua, resolviendo el cabildo catedralicio se intimara a los capellanes y demás ministros de la Iglesia a que cumplieran con estas obligaciones (38). Existen también testimonios que nos muestran la existencia de un comercio clandestino de cédulas de confesión y comunión, ya que en 1776 el cura teniente de la auxiliar de San Antonio declaraba que una tal Margarita estaba realizando dichas prácticas, siendo encarcelada y sus bienes embargados (39). La presencia de las mismas nos muestra una situación de cierta relajación, denunciándose en una visita realizada en 1790 cómo «en el cumplimiento anual de la Iglesia se observan algunas tibiezas que tienen su origen en no examinarse seriamente las cédulas de los feligreses que los curas no confrontan con el padrón. Hay algunos que se alistan en el padrón de las casas de su habitación pero luego se trasladan a otras siendo ilocalizables» (40).

Pero todo ello, ¿eran actitudes generalizadas? Los padrones parroquiales existentes en la iglesia de San Lorenzo nos muestran cómo a finales del siglo XVIII, especialmente desde la década de los noventa, la violación de los preceptos eclesiásticos se difunde a pasos agigantados: 1,95% de incumplidores en 1765, 3,94% en 1777, 12,67% en 1787, 47,97% en 1799 (41). En su inmensa mayoría se trataba de hombres (413, frente a 199 mujeres, en 1777) quizás debido al mayor conservadurismo y conformismo femeninos. La proporción de solteros (329, frente a 213 casados y 70 viudos) es abrumadora, lo que pudiera mostrarnos quizás que la negativa a cumplir con los mandatos de la Iglesia se origina en los sectores más jóvenes de la población, en el seno de los cuales se desarrollaría más precozmente una actitud incorformista. Finalmente señalar que, a pesar de los escasos testimonios con que contamos al respecto, los incumplidores suelen ser artesanos y trabajadores manuales en general: de un total de 49 de los que conocemos su profesión en 1777, once son albañiles, diez zapateros, siete carpinteros, cuatro sastres, dos chocolateros, dos limpiadores, encontrando también a peluqueros, herreros, relojeros, pintores, atahoneros, espaderos, cerrajeros, botoneros, sombrereros, plateros, enfardeladores... y a un escribano y un escribiente, únicas excepciones en este sentido. Hay que tener en cuenta, no obstante, que la feligresía de San Lorenzo estaba compuesta por gentes humildes y modestas, dedicadas en su mayor parte a oficios artesanales. ¿Pudo ser en el seno de este grupo social donde se inició la tendencia al incumplimiento de las disposiciones pastorales? La ausencia de documentación de este tipo en las demás parroquias de la ciudad nos obliga a dejar esta pregunta sin respuesta.

Las normas que regulan el sacramento del matrimonio en nuestra diócesis son básicamente idénticas a las conciliares, haciendo especial hincapié en la investigación de costumbres de aquellos forasteros que desearan casarse. A este respecto, es de señalar que en 1719 Armengual de la Mota denunciaba el hecho de que muchos extranjeros se casaban en la ciudad en segundas nupcias cuando aún vivían sus anteriores esposas, ordenando un mayor control sobre esta materia (42).

Fueron muy frecuentes las intervenciones eclesiásticas en todo lo que rodea a este sacramento, especialmente en dos momentos muy concretos: cuando algún individuo se negaba a cumplir con una promesa de contraer matrimonio, y cuando surgía alguna disputa conyugal. Por lo que respecta al primer caso, la mayoría de estas demandas eran planteadas por mujeres, que suelen hacerlo, bien porque se han celebrado los esponsales y el novio se niega a cumplir con su palabra de matrimonio, bien porque han entregado su virginidad bajo promesa de futuro casamiento y el galanteador no está dispuesto a cumplir con los compromisos contraídos. Muchos de estos pleitos fueron sobreseídos, pero a algunos individuos este comportamiento les costó la cárcel, lo que nos muestra no tanto la defensa que la Iglesia realizara del honor femenino cuanto el intento de mantener a toda costa la solidez de la institución matrimonial.

La autoridad eclesiástica intervenía además en los casos de desavenencias conyugales, y un sondeo realizado sobre una muestra de 70 pleitos de este tipo (43) nos muestra cómo la inmensa mayoría (un total de 49) eran planteados por mujeres, la parte más débil y, por ende, la que en mayor número de ocasiones sufría los abusos del otro cónyuge, siendo las causas principales de estas disputas los malos tratos y el abandono del hogar. Las autoridades eclesiásticas siempre se esforzaron por salvaguardar en la medida de lo posible la indisolubilidad del vínculo matrimonial, ordenando en numerosas ocasiones a alguno de los contrayentes a que hiciera vida maridable, aun en contra de su voluntad. Cuando los abusos cometidos eran demasiado grandes se llegaba a disponer la reclusión de la esposa en alguna de las casas de viudas existentes en la urbe o, si se daba una situación de malos tratos, se enviaba al marido a la cárcel eclesiástica, lo que no fue demasiado infrecuente. Pero lo que de ninguna manera se consentía era que los fieles, de mutuo acuerdo, resolviesen separarse por su cuenta sin que la justicia eclesiástica tomara parte en el asunto: en 1726 el fiscal general eclesiástico, don Nicolás Benítez de Vera, denunciaba en este sentido cómo Diego Chriselon y An-

tonia Graner habían separado de mutuo acuerdo sus personas y sus bienes, de lo que se seguía «a el matrimonio y prole grave perjuicio e injuria y notable escándalo» (44).

7.3. LAS DEVOCIONES

La piedad barroca se caracterizó por la proliferación de los cultos a la Virgen, los santos, el Corpus... en una época de crisis socioeconómica como lo fue el siglo XVII, y repitiéndose un fenómeno que también se observa en la época helenística, durante el Bajo Imperio romano y a lo largo de la Baja Edad Media, se buscó cualquier medio que pudiera garantizar la intercesión entre los fieles y la divinidad. Cádiz, como es lógico, no fue ninguna excepción. Pero es muy difícil, por falta de datos, realizar un estudio cronológico fiable acerca de la implantación, difusión y decadencia de las devociones que se fueron sucediendo en el Cádiz dieciochesco, de las que solamente podemos ofrecer algunas pinceladas de carácter genérico.

En primer lugar, y como algo específico de la ciudad, nos referiremos a los Santos Patronos. El siglo XVIII es muy importante en la historia devocional de la urbe, por cuanto que los santos hasta el momento más allegados a la misma pierden progresivamente importancia en favor de las nuevas devociones que surgieron durante esta época. Una de las que decaen será el culto a San Francisco Javier, estrechamente vinculado a la Compañía. A inicios del siglo XVIII, quizás debido a la influencia de los jesuitas (no olvidemos la importancia educativa que tuvieron en la urbe) hay un intento por implantar su culto siendo el 25 de febrero de 1706 nombrado copatrono de nuestra localidad, proponiéndose incluso dos meses después a fray Alonso de Talavera que su fiesta fuese común a toda la diócesis (45). En 1725 el regidor don Simón de Villalta solicitaba que se erigiera en el muelle una columna coronada de su efigie, lo que fue aprobado por el ayuntamiento gaditano (46). Pero la expulsión de los jesuitas en 1767 y la desvinculación de la imagen que ofrecía San Francisco Javier (típico exponente de la religiosidad militante característica de los primeros tiempos de la contrarreforma) respecto a las necesidades espirituales de los fieles, motivaron que muy pronto cayera en el olvido.

Un carácter mucho más popular tuvo sin lugar a dudas el culto a San Sebastián. A mediados del siglo XV unos marineros venecianos fundaron una ermita en agradecimiento al mismo con motivo de haber sa-

nado de la peste, y a partir de 1630 la ciudad determinaba asistir en procesión a dicha ermita en unión del cabildo eclesiástico, puesto que en aquellos momentos dicha plaga estaba azotando a nuestra localidad (47). Esta procesión debió acabar adquiriendo todos los caracteres típicos de una romería popular, lo que a los ojos de los austeros prelados gaditanos de finales del siglo XVIII constituía un hecho escandaloso, y el 30 de noviembre de 1793 el prelado don Antonio Martínez de la Plaza ordenaba que su festividad se celebrara realizando una procesión a la iglesia de San Lorenzo. Debió haber reacciones contrarias por parte de los fieles puesto que el canónigo don Joseph Muñoz y Raso, muy posiblemente por encargo del obispo, hubo de justificar estas medidas manifestando cómo «los que viven en el día conocieron mucho menos escabroso el camino que conduce a la capilla del santo, especialmente antes que se fabricara el puente, que ya no existe. Los continuos embates del mar socavan de suerte aquellas rocas que aún en las menguantes son intransitables: de aquí indispensablemente dimana que el clero que forma la procesión se confunda con el demás pueblo, sin distinción de personas, el orden se interrumpe, no se entonan las sagradas preces y se reduce todo a un confuso globo... la rapidez con que al regreso viene en muchas ocasiones la creciente del mar obliga a que después de haberse celebrado la misa y sermón con demasiada celeridad vuelva la procesión con notable precipitación e indecencia y con mayor atropellamiento el concurso, acaeciéndose a veces que algunas personas se hayan visto en peligro de perecer entre las olas, y que más de una vez algunas criaturas hayan con efecto perdido la vida entre ellas. Extiéndase la vista por todo el contorno de su capilla y se nos presentará un copioso concurso de innumerables gentes que en vez de acercarse a ella para ofrecer sus deprecaciones porque el señor nos liberte de los rigores de la peste piensan sólo en la brillantez y el lucimiento y en divertirse con convites, profanos recreos y lo que es más con criminales alianzas» (48).

En 1617, y a instancias del regidor don Francisco Lamadrid, el cabildo municipal acordaba que San Servando y San Germán fuesen declarados patronos de la urbe, ordenándose colocar sus imágenes en la capilla de San Pedro del Hospital de la Misericordia. Pero en el siglo XVIII su culto experimentaba una cierta decadencia, reconociendo al respecto Francisco Melitón y Memige que «como la devoción y el fervor de los pueblos no suele siempre conservarse en la misma viveza la del común de los fieles hacia los santos Servando y Germán aunque no se había apagado del todo parecía un tanto disminuida y como olvidada» (49). Hu-

bo, sin embargo, a finales de la centuria, un intento por potenciar de nuevo esta devoción: en 1779 se descubrieron en la vejeriega ermita de Nuestra Señora de la Oliva unos restos que para Cayetano de Huarte probaban que dichos santos pasaron por esta localidad cuando viajaban prisioneros de Mérida a Tänger (50), y el 8 de noviembre de 1797 don Antonio Martínez de la Plaza aprobaba los estatutos de una congregación erigida en la parroquia de Santiago para fomentar el culto de ambos santos (51), trasladándose las imágenes de los mismos ese año a dicha iglesia (52).

En el origen de esta congregación han de situarse las amonestaciones del párroco don Antonio Cabrera a sus feligreses reprochándoles el olvido en que ambos santos habían caído (53), y debió convencer al conde de Casas Roxas y al regidor don Joseph Angel de Vilalta para que les prestasen todo su apoyo. Las normas de esta congregación son de una extremada simplicidad, ya que lo que se pretendía era crear una organización en la que tuviesen cabida el mayor número de fieles posibles; siendo su finalidad principal la de cuidar que la fiesta bianual de ambos santos se celebrara con toda la pompa y magnificencia necesarias, celebrando alguna rogativa implorando su favor cuando ello fuere preciso y una comunión general el día de su fiesta. La congregación estaba abierta a todos los habitantes de la ciudad, si bien los miembros de ambos cabildos, los curas de la iglesia de Santa Cruz y los asignados en las parroquias auxiliares de la urbe eran congregantes natos. Estos solamente estaban obligados a promover el culto de los santos patronos, entregando a su ingreso la cuota que pudieren y una limosna anual fijada a su arbitrio (54).

Si el culto a San Servando y San Germán se ha mantenido en la ciudad no ha ocurrido así con el de San José, si bien se pretendió relanzar el mismo tras el maremoto de 1755. Dos años más tarde don Pedro José Curado, mayordomo de fábrica de la iglesia auxiliar del Rosario, enviaba un memorial al cabildo de la ciudad manifestando que «ha promovido el demostrar ser el señor San José específico celestial, preservativo singularísimo contra los terremotos, temblores de tierra e inundaciones del mar, y como de sus pasados movimientos aún no se ha olvidado el justo tema de sus repeticiones, para afianzar la divina clemencia y libertarnos de semejantes conflictos parece ser el Santísimo Patriarca Celestial preservativo obligándole especialmente a este fin el obsequio de tributarle repetida su devoción en los días 19 de cada mes a su peregrina imagen». Se acordó elegirlo copatrono y que todos los años se con-

curriera capitularmente a su fiesta, celebrada en la iglesia del Rosario en memoria de su intercesión durante el maremoto, concediendo para su digna celebración 60 ducados anuales pagaderos del salario de los regidores (55). Esta generosidad, sin embargo, no duró mucho tiempo, ya que en 1770 se resolvía que esta festividad fuese sufragada con el dinero de Propios (56).

Pero ninguna de estas devociones alcanzó una importancia comparable a la del culto mariano, que tuvo en Cádiz dos manifestaciones principales: el nombramiento de Nuestra Señora del Rosario como Patrona de la urbe y la proliferación de los Rosarios Callejeros, fundados por fray Pablo de Cádiz a finales del siglo XVII, pero que alcanzaron durante este período su máximo esplendor. Sin lugar a dudas, la popularidad que tuvieron en nuestra ciudad los dominicos y los capuchinos se debió a su decidido apoyo a estas manifestaciones del culto mariano, si bien los franciscanos se destacaron en potenciar la advocación de la Inmaculada (57), preparando el ambiente de tal manera que la festividad realizada en Cádiz para conmemorar el patronato de la Concepción de Nuestra Señora sobre todos los dominios de la corona española en 1761 se celebró con inusitado esplendor (58).

La primera noticia existente sobre la imagen de la Virgen del Rosario data de 1639, y fray Angel Ortega opina que se trata de la venerada antiguamente por los negros de la cofradía del Rosario (sita en dicha iglesia) y que fue trasladada de este lugar durante el saqueo inglés de 1596. Ya recibía culto en 1649 en la iglesia de Santo Domingo, y con motivo de la peste que aquel año azotó la ciudad fue llevada por primera vez procesionalmente en rogativa de penitencia. A partir de entonces se practicó la costumbre de rezar diariamente en el coro de la catedral el rosario de la Virgen después de completas y celebrar procesión claustral los domingos (59), y ya a inicios del siglo XVIII la procesión de la Virgen del Rosario era una de las ceremonias religiosas más lucidas de la urbe gaditana (60).

Pero la gran promoción de su culto estaba aún por llegar. El 2 de noviembre de 1730 D. Simón de Villalta escribía un memorial proponiendo la asistencia del cabildo municipal a la procesión de la imagen, y seis días más tarde la ciudad acordaba asistir a perpetuidad a la fiesta de Nuestra Señora del Rosario celebrada el primer domingo de octubre, señalando limosna de cien ducados, todo ello destinado a solicitar su intercesión ante una epidemia que afligía a la ciudad (61). El 10 de marzo

de 1731 el ayuntamiento acordaba celebrar una función solemne en honor de la Virgen por haber librado a Cádiz de dicha plaga (62).

Será, no obstante, el terremoto de 1755 el que impulse su culto definitivamente. A partir de este momento lloverán los homenajes en su honor: el 8 de noviembre de 1755 el cabildo municipal acordaba que se erigiera una columna sobre la cual se colocara una imagen de la Virgen nombrada Patrona titular de la ciudad, que todos los años en el Día de Todos los Santos se celebrara una fiesta en su honor y que se otorgara una limosna de cien ducados anuales a las dos cofradías existentes de dicha advocación (63). Por último, el 1 de octubre de 1756 se disponía que la fiesta de Nuestra Señora del Rosario se celebrara con toda la solemnidad posible y que en el sermón anual se recordara siempre el motivo de la misma: haber intercedido por la ciudad durante el maremoto de 1755 (64).

La segunda manifestación del culto mariano fueron los Rosarios Callejeros, instituidos por fray Pablo de Cádiz e iniciados en 1691, creándose un total de quince hermandades en memoria de cada uno de los misterios de la Virgen (65). Su vitalidad persistió durante toda la centuria, ya que en 1771 se fundaba una Congregación de niños que salían con el Santísimo Rosario de Nuestra Señora de los Desamparados «con dicha devoción en aumento pues se han agregado varios sujetos devotos de esta señora acompañando a los niños alabando su Santísimo nombre por las calles públicas de esta ciudad», y al año siguiente Pedro Serrullo y Castillo, don Diego Camacho y don Joseph Bucarando declaraban ante las autoridades eclesiásticas que habían fundado una cofradía con el objeto de propagar y extender la devoción de la Imagen de Nuestra Señora del Rosario sacando por las calles su rosario con el título de Nuestra Señora de la Aurora (66).

Ya en estos momentos, sin embargo, estaba cercana la decadencia de los Rosarios Callejeros: coincidiendo con la lucha que por entonces llevan a cabo en todo el país los obispos reformadores contra las devociones populares de rancio sabor barroco, un edicto promulgado por Escalzo y Miguel el 7 de enero de 1784 prohibía que los rosarios saliesen de noche y disponía que tan sólo se rezasen en el interior de las iglesias (67). Las numerosas protestas que ocasionó esta medida provocaron su restablecimiento por el Cabildo de Canónigos in Sacris el 25 de junio de 1790, si bien con numerosas limitaciones: las cofradías que solicitaran el rezo del Rosario debían pedir licencia, cada noche rezarían un tercio del Santo Rosario y la Letanía Lauretana sin poder cantar salves glo-

sadas ni otros cánticos más que los aprobados por la Iglesia, no habría música instrumental y la estación no se extendería más allá de los límites de la parroquia en cuyo distrito estuvieran situados, se recogerían a las diez de la noche en verano y a las nueve en invierno, en las noches tempestuosas y en las ocasiones en que no hubiera bastante público se rezarían en el interior de los templos, no podrían pedir limosnas por las calles ni celebrar novenas ni otras funciones extraordinarias sin licencia (68)... muy pronto, sin embargo, estas disposiciones fueron inobservadas, ya que Martínez de la Plaza denunciaba en 1793 cómo algunos jóvenes sacaban los rosarios por las calles cantando oraciones no aprobadas por la Iglesia, volviendo a sus templos en horas muy tardías e «ir sin aquella circunspección que excita el respeto y devoción de los fieles» (69).

Es difícil determinar cuáles fueron los santos más estimados por los gaditanos durante este período. Los intercesores nombrados por los testadores muestran la universal hegemonía de la Virgen María, la creciente importancia del Ángel de la Guarda y del santo del propio nombre y la escasa importancia de los restantes, entre los cuales figuran San Pedro y San Pablo, Santo Domingo de Guzmán, San José, San Antonio, etc. (70). Los intercesores elegidos por los fieles son, pues, las figuras que ellos sienten más cercanas: el Ángel de la Guarda, el propio santo (el principio es el mismo, es decir, el fiel se imagina que su propio santo patrón le protege especialmente) y la Virgen María, la intercesora universal.

Podemos también acudir a los antropónimos impuestos en el bautismo. Una muestra de 442 niños y 410 niñas (71) nos revela cómo una serie de nombres ofrecen un predominio aplastante, siendo por este orden Juan (93 casos), José (73 casos), Antonio (47 casos), Francisco (30 casos), Manuel (36 casos) y Pedro (27 casos) entre los varones; y María (98 casos), Josefa (43 casos), Juana (42 casos), Antonia (35 casos), Francisca (21 casos) y Ana (20 casos) entre las mujeres. El rasgo más destacado es el de la acentuadísima devoción mariana, ya que el 23,9% de las mujeres tienen este nombre como primer antropónimo; y a su gran importancia se debe la aparición de Santa Ana, progenitora de la misma, en un destacado lugar. Lógica es también la importancia de José y Juan, jugando otras advocaciones un papel más secundario: así, San Antonio (vinculado estrechamente a los franciscanos por cuanto que en el convento de San Francisco Casa Grande radicaba la cofradía de San Antonio de Padua, que desde que en 1651 librara a la ciudad de una epidemia de peste ocupó un importante lugar entre las devociones de los fieles)

(72), y Francisco (en honor sin duda a San Francisco de Asís), lo que revela la fuerte influencia que la piedad seráfica tuvo en nuestra ciudad. Este influjo no lo tendrán, al menos por lo que se refiere a la antroponomía, las demás órdenes religiosas de la urbe, puesto que los nombres de Agustín, Ignacio y Domingo son muy poco corrientes. De hecho, la popularidad que llegaron a alcanzar no fue una consecuencia de la devoción que suscitaron sus santos patronos, sino de su dedicación al culto mariano y/o a la enseñanza.

El Corpus Christi fue, sin lugar a dudas, una de las grandes festividades de la ciudad, y una parte de los presupuestos del cabildo municipal estaba destinada a sufragar los gastos originados por dicha fiesta (73), que movía en gran medida la devoción de los fieles, como revela un hecho que en 1692 recogía Raimundo de Lantery:

«Ese mismo año, día del Corpus, mientras estaba toda la procesión por las calles, llovió muchísimo, y obligó al señor obispo, don José de Barcia Zambrana y al señor gobernador don Francisco de Velasco, a hacerla guarecer en la casapuerta de don Diego de Barrios de la Rosa, quien al instante con mucho fervor cristiano, bajó con muchas hachas encendidas a recibirla, e hizo llevarla acorándola con mucho fervor hasta que pasó el gran aguacero. Que habiendo dispuesto el volverla a bajar por llevarla a la Iglesia Mayor, se levantó dicho don Diego de Barrios y se fue a un escritorio suyo, de donde sacó doscientos y cincuenta doblones y los puso en una bolsa muy curiosa, y la colgó a dicha custodia de oro, que llevaba dicho señor obispo en las manos, y fue a acompañarla hasta fuera de la puerta de la calle, con gran edificación de todo el mundo, porque se conocía con el gran fervor con que lo hacía» (74).

El cabildo municipal se preocupó tanto por la digna celebración del Corpus que los gastos ocasionados por su celebración siempre fueron en aumento, llegando a alcanzar un total de 15.864 reales en 1716 (75), 36.915 en 1718 (76) y 43.690 en 1734 (77). Todo ello provocó que en el cabildo del 9 de agosto de 1742 se acordara hacer saber a los diputados encargados de la organización de esta festividad que los gastos no superasen un total de tres mil ducados (78), en virtud de una Real Providencia del Consejo de Castilla de 1725 que así lo disponía (79). Con el mismo esplendor se celebraron las demás fiestas religiosas, que debieron estar rodeadas de un gran lujo y boato, dado los elevados dispendios que

suponían: en 1719 el cabildo municipal gastaba 1.207,21 reales en la fiesta de Santa Magdalena, 1.136 en la de San Roque, 4.171 en los Santos Patronos, 315 en el Patrocinio de Nuestra Señora y 420 en el Desagravio del Santísimo Sacramento (80).

A la divinidad también se le solicitaba por medio de rogativas públicas que alejase de la ciudad las calamidades que en ocasiones la azotaban, si bien las mismas van escaseando a medida que avanza la centuria y desde los años ochenta prácticamente se limitan a implorar la victoria de las armas españolas.

La lluvia fue uno de los factores que motivaron su celebración, debido a las grandes sequías que afectaban periódicamente a una región de clima típicamente mediterráneo como es nuestra diócesis. En 1702 se reunía el cabildo catedralicio «con motivo de tener en esta Iglesia la Santa Imagen de Nuestro Señor el santo Cristo de la Columna por la necesidad pública de la falta de agua y habiendo estado dicha santa imagen desde el domingo último de abril en rogativa se acordó que el día siete de éste se restituya a su capilla sita en la Iglesia del señor San Antonio con asistencia de todos los señores prebendados» (81). El problema de la sequía volvió a plantearse en 1737, declarando por entonces el racionero don Manuel Camacho que «en vista de la necesidad común por la falta de lluvias le parecía conveniente hacer alguna demostración pública a fin de conseguir de la misericordia de Dios el remedio que necesitamos y que para este fin se le había propuesto sacar en procesión a el Santísimo Cristo de la Columna, a quien se le hiciesen las rogativas y preces convenientes» (82). También en 1750 (83) y 1779 (84) volvieron a celebrarse rogativas implorando por la lluvia.

Las epidemias también estuvieron en el centro de las preocupaciones de los fieles gaditanos, dada la consideración de castigo que tuvieron siempre este tipo de catástrofes, para cuya solución solamente era posible el implorar la misericordia de la divinidad. El 10 de septiembre de 1720 el cabildo municipal resolvía que se expusieran durante nueve días las imágenes de Nuestro Señor Jesús Nazareno, Santa María Magdalena y San Roque; pero dado la falta de resultados, el 18 de septiembre se solicitaba a la priora de Nuestra Señora de la Candelaria que durante ocho días se expusiera dicha advocación (85).

También la guerra ocupó un lugar destacado entre las preces de los gaditanos a la divinidad, debido a la identificación de la causa de ésta con la de los ejércitos hispánicos. El 20 de julio de 1703, tras recibirse una carta de Felipe V en la que el monarca solicitaba se hiciesen rogati-

vas por el buen éxito en la lucha contra los austracistas, el cabildo catedralicio disponía «que desde el domingo que se contaran veinte y dos del corriente se manifieste Nuestro Señor Sacramentado y después de acabar la misa conventual se haga rogativa en el coro acompañando las campanas en ella y que asimismo se haga la misma función el día de Nuestro Santo Apóstol Santiago estando Su Majestad manifiesto repiquen las dos noches para convocar al pueblo... que desde el día veinte y dos por espacio de quince días continuados se hagan rogativas después de acabada la misa mayor con acompañamiento de campanas» (86). La guerra contra la Convención también constituyó una ocasión muy favorable para rogar por el triunfo de las armas españolas, disponiéndose el 18 de agosto de 1794 «hacer una rogativa con motivo de la invasión francesa que comenzaría el jueves con la procesión a Santo Domingo la cuál harían todo el clero y religiosos llevando los patronos que durante nueve días en la Santa Iglesia Catedral continuaría la rogativa y la misa estando manifiesto el Santísimo Sacramento y en el último día se haría otra procesión a la parroquia de Santiago patrón de España» (87).

Como hemos tenido sobradas ocasiones de comprobar, la piedad barroca alcanzó en nuestra ciudad altas cotas de esplendor, pero desde el último cuarto del siglo XVIII, coincidiendo con un fenómeno generalizado en todo el país, los obispos gaditanos pretendieron eliminar de las celebraciones religiosas todos aquellos elementos que en su opinión fuesen en detrimento de la dignidad y seriedad que debía caracterizar las mismas. Esta actitud se hizo manifiesta a partir del fallecimiento de fray Tomás del Valle: el 16 de marzo de 1776 se prohibían los azotados de sangre y los penitentes con las carnes descubiertas en las procesiones (88), en 1777 se acababa con la práctica de celebrar bailes en las iglesias y cementerios (89), el 2 de abril de 1789 (90) y el 12 de febrero de 1790 (91) se declaraban proscritos una serie de usos que tenían lugar durante la Semana Santa, prohibiéndose ese último año los niños de campanilla y manguilla, que los trompeteros llevasen parte del cuerpo desnudo, que quienes llevaran los pasos tuviesen la cara descubierta, que las túnicas fueran puestas en la iglesia, que no fueran en las procesiones demandantes de limosnas, que no hubiera en las mismas conciertos de música, que no se predicara el Jueves Santo el Sermón de Pasión por la noche y que en la devoción de las Tres Horas del Viernes Santo los hombres se sentaran separados de las mujeres, por estar la iglesia a oscuras. Durante este período también se suprime la peregrinación a la ermita de San Se-

bastían y se pretende erradicar los Rosarios Callejeros, tal como hemos visto anteriormente.

Es indudable que estos esfuerzos de los obispos reformistas españoles en pro de aumentar la pureza de la práctica religiosa también se aprecian en Cádiz: paralelamente a la lucha contra las manifestaciones principales de la religiosidad popular tiene lugar el desarrollo de las escuelas de Cristo y María, la Congregación de la Doctrina Cristiana, los ejercicios piadosos realizados en el oratorio de la Santa Cueva... síntomas de renovación que alcanzan su mayor desarrollo entre 1775 y 1800 y que muestran sin ningún género de dudas cómo todavía existe en nuestra urbe un fuerte ambiente de religiosidad.

7.3. LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN. COFRADÍAS, HERMANDADES Y ÓRDENES TERCERAS

La gran influencia que sobre todos ejercía la Iglesia también se manifestaba en las formas de organización de los fieles. Es muy difícil, sin embargo, obtener una relación exhaustiva de todas estas asociaciones, puesto que sería necesario un estudio muy profundo de las fuentes, especialmente de la documentación notarial, que desbordaría por completo el marco general de este trabajo. Fuentes de carácter fiscal, como los catastros, tampoco nos resultan en ocasiones de demasiada ayuda, ya que la mayoría de estas instituciones carecían de fuentes de ingresos regulares y dependían para su supervivencia de las limosnas de los fieles y de las cuotas anuales de sus miembros.

En 1757, con motivo de las disputas de precedencia que continuamente tenían lugar en las procesiones de Semana Santa, el Provisor y Vicario General, don Miguel Benito de Ortega, solicitaba a las cofradías existentes en la ciudad que remitiesen sus documentos fundacionales. Contestaron un total de veinte y cinco (92), número muy inferior a la realidad, pero de esta relación podemos deducir que en el siglo XVIII el movimiento fundacional ya había remitido casi por completo, puesto que tan sólo cinco cofradías presentaron sus primeros testimonios fechados durante esta centuria. Desde que a finales del siglo XVII fray Pablo de Cádiz instituyera los rosarios callejeros (es significativo que cinco cofradías declarasen haber sido fundadas durante la década de 1690) la red de hermandades gaditanas parece haberse consolidado casi definitivamente y las nuevas creaciones serán solamente un hecho aislado.

A juzgar por esta relación, solamente dos cofradías tienen como ad-

vocación a la persona de Cristo; dieciséis tienen como tal a la Virgen María; tres a algún santo (San Lázaro, San José y Santa Lucía, todas ellas de carácter gremial), una a Cristo y la Virgen y las restantes a la Virgen y algún santo. La mayoría de las cofradías gaditanas se volcaron básicamente, tal como vemos, hacia el culto mariano, la gran devoción de la ciudad. Es muy significativo que en 1722 unos niños fundasen un Rosario de la Inmaculada Concepción en el convento de mercedarios descalzos (93), que en 1739 algunos hijos devotos de la Virgen de Savona erigiesen una hermandad con el título de *Mater Misericordia* movidos tanto «por los grandes prodigios que siempre ha obrado y obra en favor de sus devotos» como de «criar nuestros hijos en la piedad y culto de esta clementísima madre de quien nosotros como nuestros padres hemos recibido y recibimos siempre prodigiosos favores» (94), o que en 1764 don Pedro Vidal Chaves deseara fundar una hermandad para potenciar el culto a la imagen de Nuestra Señora del Buen Viaje, sita en la ermita de Santa Catalina (95).

Según María José de la Pascua, el 58% de los testadores de la primera mitad del siglo XVIII fueron miembros de alguna hermandad, siendo las más populares por este orden la V.O.T. de Penitencia de San Francisco Casa Grande (que reúne al 25,37% de testadores cofrades), la cofradía de Nuestra Señora del Carmen, situada hasta 1752 en el convento de Santo Domingo y a partir de entonces en el de carmelitas descalzos (16,41%), la V.O.T. de San Francisco Descalzo (14,92%) y la cofradía de Nuestra Señora del Rosario (10,44%), también en la iglesia de Santo Domingo. Franciscanos y dominicos aparecen, una vez más, controlando estrechamente la piedad de los fieles (96). Es interesante señalar que los miembros de las cofradías pertenecen fundamentalmente a las clases medias, y que tan sólo desde 1775 comienzan a reclutar adeptos entre los sectores populares de la población gaditana (97).

En 1799 (cuadro 11) los ingresos totales de las cofradías gaditanas ascendían a un total de 116.731,30 reales, cifra importante, pero no desmesurada. Las diferencias económicas fueron considerables, ya que si la V.O.T. de Nuestro Padre San Francisco ganaba 18.780 reales anuales, la del Glorioso Patriarca San José, 13.426; la hermandad del Santísimo Sacramento, 13.320; y la de San Nicolás Tolentino, 11.880; otras 18 cofradías carecían de cualquier tipo de ingresos regulares, en tanto que cuatro ganaban entre 5.000 y 10.000 reales, diez entre 1.000 y 5.000, ocho entre 100 y 1.000, y dos, menos de 100 reales. Ese mismo año las hermandades gaditanas eran propietarias de 63 casas y cobraban los intere-

ses de 49 censos, amén de ocho acciones en la Compañía de la Habana que poseía la hermandad de San Pedro. Muy pocas fueron propietarias de envergadura: las hermandades del Santísimo y Animas poseían 22 casas, la V.O.T. de Nuestro Padre San Francisco diez..., pero las 31 fincas urbanas restantes se las repartían 16 cofradías y otras 35 carecían de ellas. Fenómeno similar ocurre con los censos: siete de ellos eran percibidos por la V.O.T. de Nuestro Padre San Francisco de la iglesia de Capuchinos, cinco por la hermandad del Santísimo Cristo de la Veracruz de San Francisco, pero los restantes 37 eran repartidos entre 22 cofradías, en tanto que otras 29 no gozaban de los intereses anuales de ninguno. Todo ello nos lleva a concluir la existencia de grandes desigualdades económicas, siendo relativamente prósperas las cofradías situadas en la catedral, la capilla de la Pastora y los conventos de franciscanos observantes, dominicos y capuchinos. Por el contrario, las vinculadas a la organización parroquial, los conventos de religiosas y las demás órdenes masculinas de la urbe se caracterizaban por una situación económica mucho más precaria. La misma dependerá, pues, de su relación con alguna institución eclesiástica que goce de prestigio en la ciudad, ya que hacia la misma se encaminan las donaciones y limosnas de los fieles.

Debemos señalar, sin embargo, que aún las cofradías más prósperas dependían en gran parte de las limosnas. Las rentas de la archicofradía de Nuestra Señora del Rosario, sita en el convento de Santo Domingo, se elevaban en 1791 a 15.390,07 reales, de los que 6.488,07 eran proporcionados por limosnas, siendo las cifras en 1794 16.339,26 y 7.487,12 reales respectivamente (98). Si ello ocurre en una cofradía que en épocas de mala coyuntura económica (y por ende de menor generosidad de los fieles) podía sobrellevar mal que bien su situación, imaginemos lo que sucedería en las numerosas cofradías que dependían única y exclusivamente de las cuotas de sus hermanos o de las limosnas y donaciones de los gaditanos. Fue muy importante en este sentido la actividad limosnara del cabildo municipal, que periódicamente auxiliaba a las cofradías en precaria situación económica: en 1744 se donaron 200 pesos a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario (99), a la que un año más tarde se le concedía una ayuda de cien ducados anuales (100). Otras cantidades fueron repartidas en 1736 a la cofradía del Santo Entierro (101), en 1743 a la cofradía de Nuestro Señor Jesús Nazareno (102) y en 1756 a la de Morenos de Nuestra Señora de la Salud, San Benedicto y Santa Efigenia (103). En la segunda mitad de la centuria, sin embargo, esta generosidad es menos habitual.

¿Cuáles eran los gastos principales de las cofradías? En el caso de la archicofradía de Nuestra Señora del Rosario, en 1791 los mismos ascendieron a un total de 13.390,04 reales, invirtiéndose casi en su totalidad en las festividades celebradas por la misma: los salarios apenas tienen importancia, no debe pagar réditos de censos, y las actividades benéficas son muy escasas (tan sólo el entierro de tres personas que importó 6 reales y 7 maravedís). Pero el culto, la compra de ornamentos litúrgicos y las festividades propias de la hermandad son las partidas que se llevan la parte del león del presupuesto, debido a la celebración de la Fiesta de la Purificación, la Dominica Infraoctava del Corpus, la Galeona (procesión de la Virgen, con sermón, concierto y comida a la comunidad de Santo Domingo) y la Novena de noviembre (104).

Algo diferente es, en cambio, la situación de la cofradía del Carmen entre agosto de 1735 y julio de 1736 (105), puesto que las actividades benéficas tienen una importancia mucho mayor: de un total de 17.017,14 reales gastados en dicho lapso de tiempo, 520,24 se invirtieron en cuatro entierros de hermanos, 870 en misas por los hermanos difuntos, 528,24 en honras y túmulo también por los cofrades fallecidos y 513,26 en socorrer a los hermanos enfermos. Pero siguen siendo los gastos de culto los que se llevan la mayor parte del presupuesto, especialmente los 3.996,28 reales que importó la celebración de la fiesta de Nuestra Señora ese mismo año con sermón, música, fuegos artificiales, misa y almuerzo a los padres del convento de Santo Domingo.

Parece ser que la situación económica de las cofradías gaditanas solía ser bastante precaria, y que dependían principalmente de las limosnas para sobrevivir. Nuestra impresión general es que a medida que avanza la centuria comienzan a abandonar sus actividades asistenciales debido a la crítica coyuntura económica que padecen: en 1784 la Compañía Espiritual del Santísimo Rosario de la catedral acordaba, dada la mala situación económica existente, suspender durante tres años los entierros de los hermanos (106) y por el mismo motivo el mayordomo de la archicofradía de Nuestra Señora del Rosario suprimía en 1795 las misas por los hermanos difuntos (107). Con el tiempo, todas las cofradías acabaron centrándose en la celebración de sus propias festividades litúrgicas, especialmente la Semana Santa, única razón que hoy día explica su supervivencia.

Del análisis de las constituciones de las cofradías gaditanas dieciochescas se desprende ante todo su marcado carácter oligárquico, puesto que los cargos y oficios no eran elegidos directamente por los herma-

nos, sino que en la mayoría de las ocasiones son los mismos oficiales salientes quienes proponen sucesor. Todo ello viene acentuado por la distinción existente entre las juntas (tratan los asuntos de gobierno y solamente los oficiales pueden asistir) y los cabildos (donde se efectuaban las elecciones, siendo la asistencia libre para todos los hermanos). El control de la cofradía siempre quedaba en manos de un grupo minoritario. Todavía durante este período las funciones básicas de estas instituciones eran las asistenciales, socorriendo a los hermanos enfermos y proporcionándoles un digno entierro. En algunos casos se exige la limpieza de sangre y siempre la información de costumbres, de la que en ciertas ocasiones quedaban excluidos algunos grupos de un rango social elevado.

Una de las cofradías más representativas de este período es, sin duda alguna, la hermandad del Santísimo Cristo de la Veracruz, cuyas nuevas constituciones fueron aprobadas en 1766 (108). Una de las grandes preocupaciones latentes era la admisión de los hermanos, excluyéndose como tales a todos aquellos que no fuesen «de notoria decencia y estimación», y quienes desearan pertenecer a ella debían ser limpios de sangre y de «religión inmemorial de sus antepasados, honradez de sus procederes, integridad de su conducta, decencia de su trato y estimación de las gentes». Jamás se omitiría un informe previo de costumbres, aunque los caballeros cruzados y los títulos de Castilla quedaban excluidos de las informaciones genealógicas. Una vez admitido el nuevo hermano pagaría a su entrada una suma voluntaria, y 20 reales los hombres y diez las mujeres anualmente, estando obligados a asistir a las fiestas de la cofradía, acompañar a Su Divina Majestad siempre que se administrara en público a algún hermano enfermo, mandar aplicar u oír una misa y comulgar y ayunar por los hermanos difuntos, asistir a los entierros de los cofrades y a los cabildos y juntas de la hermandad, intimándose a todos a que reinara siempre la paz y la buena armonía en su seno.

El cargo supremo era el de prioste, y a él le correspondía la presidencia de la hermandad. Con su celo influiría en su continuo fomento, celaría sobre el exacto cumplimiento de las constituciones y reprendería a los hermanos si cometieran alguna falta. Dos diputados le sustituirían si cayese enfermo. El tesorero se hacía cargo de las cuentas, alhajas y documentos de la hermandad, del cobro de sus rentas y limosnas y del cuidado del cumplimiento de las mandas piadosas, pagando los gastos ocasionados por las procesiones y citando a los hermanos a las juntas y cabildos. Existían además un contador y un secretario, este último obligatoriamente uno de los cuatro del cabildo municipal y que estaría a car-

go de la limpieza y aseo de la capilla y altares y del cuidado de la cera y las lámparas.

Todos estos empleos eran bianuales, y para la elección de oficios se convocaría una junta de oficiales y consiliarios. El prioste propondría dos sujetos para cada oficio, y los diputados, oficiales y consiliarios presentes votarían a los propuestos por aquél o a otros que estimasen conveniente. Una vez al año tendría lugar cabildo de todos los hermanos donde se elegiría entre los propuestos por la junta para los distintos cargos. Los asuntos internos de la cofradía eran competencia de la junta de oficiales y en los cabildos solamente se trataba de las elecciones.

Además del cabildo de elecciones se celebraría anualmente otro y dos juntas particulares de oficiales y consiliarios. En el cabildo general el tesorero presentaría el estado de cuentas y arbitraría los medios para mejorarlo si así fuese necesario, resolviéndose además si convenía o no sacar la procesión de la cofradía y tratando de todos aquellos sucesos que por su gravedad pudiesen amenazar la existencia de la hermandad. Las dos juntas particulares se encargarían de nombrar a dos diputados de fiestas que actuarían en las del Santo Jubileo, la Santa Cruz y las Honras Generales; en ellas se procuraría admitir los memoriales de los nuevos pretendientes y se trataría de todo lo necesario para el recto gobierno de la hermandad.

Las fiestas a celebrar eran el Jubileo de las Cuarenta Horas en la Santa Cuaresma y la Invención de la Santa Cruz. Todos los actos de la hermandad eran presididos por el prioste, al igual que la procesión celebrada el último día del Santo Jubileo que llevaría el Santísimo Sacramento por el interior de la iglesia de San Francisco. Por lo que respecta a la procesión general de penitencia, la Junta nombraría dos diputados que de acuerdo con el tesorero y el contador dispondrían todo lo preciso. Se celebrarían honras generales por los hermanos difuntos el día siguiente a la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, y además de ello la cofradía socorrería a los hermanos necesitados por medio de una junta particular que arbitraría los medios que fuesen precisos.

La existencia de las cofradías gaditanas dieciochescas no fue, ni mucho menos, apacible. Durante este período se comprueba la situación de decadencia que afectaba a alguna de ellas y la existencia de numerosos conflictos en el seno de la propia cofradía, con otras hermandades y con algunos sectores del clero de la urbe.

La oligárquica organización de las mismas provocó en muchas ocasiones las protestas de algunos grupos de cofrades, centradas en las que-

jas con motivo de la irregular convocatoria de los cabildos o la existencia de algunas disposiciones discriminatorias para algunos grupos de hermanos. En 1760 algunos cofrades de la Compañía Espiritual de Nuestra Señora de los Angeles protestaron por la convocatoria y celebración de un cabildo de elecciones en el cual «no se guardó el orden regular para hacerlas de que votase libremente cada uno de los concurrentes a quienes se captaron sus votos a favor de los electos procurando dividir el bando y partidarios... motivo porque a los sujetos que se propusieron se les dio el voto contra expresa voluntad como se acreditó de que preguntados los hermanos no quisieron responder siendo el principal motivo el que votando quién debía ser su mayordomo siendo los hermanos concurrentes veinte y cinco solamente se encontrarían veinte y nueve votos cuyo exceso dio margen a que segunda vez se votase para mayordomo y se encontró también por segundas suertes treinta votos». La autoridad eclesiástica determinó que el cabildo fuese declarado como nulo y que se celebrara conforme a las constituciones de la hermandad (109).

Bastante graves fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en 1723 en el seno de la cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes, San Crispín y San Crispiniano, por cuanto que los mismos indican la existencia de una tajante división entre hermanos españoles y extranjeros. La cuestión se inició cuando el mayordomo de la hermandad se quejaba de que los cofrades foráneos se negaban a pedir limosna por las calles, respondiendo éstos que se encontraban completamente marginados del gobierno de la hermandad «todo lo cual se origina de que las elecciones de dichos oficios no se hacen por votos como antiguamente se practicaba sino lo que de ocho o diez años a esta parte se ejecuta es ir unánimes los parciales del mayordomo que acaba y decir el referido que le parece conveniente que le suceda por mayordomo fulano e inmediatamente responde dichos parciales que lo sea y lo mismo acontece en los demás oficios». Los extranjeros acabaron proponiendo una concordia que fue finalmente aceptada según la cual serían doce los hermanos mayores, un tercio de ellos no españoles, que se eligieran los oficiales del gremio y la hermandad por votos secretos y que votasen todos los hermanos independientemente de su nacionalidad (110).

Más frecuentes fueron las querellas a causa de la mala administración que de los bienes de la cofradía hacían los mayordomos, los cuales tenían una gran inclinación a vender sus alhajas para aumentar sus propios ingresos y a no presentar las cuentas a pesar de las reconvenciones de la autoridad eclesiástica. En 1713 el mayordomo de la hermandad de

Santa Lucía se quejaba de que su antecesor no había entregado los bienes de la cofradía conforme a inventario, faltando unas alicijas de plata valoradas en 49 pesos escudos (111), en tanto que en 1759 el del Rosario de Nuestra Señora de la Soledad manifestaba que su predecesor se había quedado con 927,16 reales y las limosnas recaudadas durante ese año, ordenándosele so pena de excomunión que diese razón de las cuentas y reintegrara todo lo que se había apropiado indebidamente (112).

Cuando las cofradías eran de carácter gremial, existía el problema de la teórica identificación entre los intereses del gremio y los de la hermandad, lo que no siempre era así. No fueron muchas las cofradías gremiales existentes en el Cádiz dieciochesco, pudiendo citarse entre las mismas a la hermandad de San Cosme y San Damián, en el convento de las descalzas y que agrupaba a los médicos, cirujanos, boticarios y flebotómanos (113); la cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes, San Crispín y San Crispiniano, a cargo de los zapateros y sita en la ermita de Santa Catalina; la cofradía del Señor San José, en el convento de Candelaria, de los carpinteros de ribera; la cofradía de Santa Lucía, en el mismo convento, a cargo de los maestros y oficiales de albañilería; y la cofradía de Penitencia del Santísimo Cristo de la Piedad, en la ermita de Santa Catalina, a cargo de los panaderos. Su situación sufrió un grave deterioro durante el siglo XVIII y son ellas las que ofrecen el mayor número de quejas por el incumplimiento de sus obligaciones por parte de los hermanos: en 1752 el mayordomo de la hermandad del Dulcísimo Nombre de Jesús, en el convento de Santo Domingo, que agrupaba al gremio de los sastres, protestaba porque algunos hermanos no habían pagado los derechos de examen en la caja de la cofradía (114) y dos años más tarde volvía a manifestar que siendo una de las obligaciones de los hermanos pagar 45 reales anuales o pedir limosna hasta reunirlos, muchos no lo hacían (115). Quejas semejantes fueron muy numerosas: en 1759 el mayordomo de la cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes, San Crispín y San Crispiniano (116) y en 1765 el de la hermandad de San Cosme y San Damián (117), protestaban de la negativa de algunos hermanos a pedir limosna con la taza.

No creamos, sin embargo, que la crisis afecta única y exclusivamente a las cofradías gremiales: todas las hermandades de la ciudad hubieron de hacer frente al creciente absentismo de los hermanos, y de esta situación derivaba un período de creciente languidecimiento que podía llegar, de no tomarse las medidas oportunas, a la extinción de la cofradía, falta del contenido religioso que la vio nacer. En 1702 el Fiscal

General Eclesiástico denunciaba cómo la hermandad de San Lázaro del convento de San Juan de Dios estaba prácticamente perdida, «por haber muchos años que no se visita ni sus mayordomos han dado cuentas por lo cual se halla con mucho menoscabo así de los bienes de dicha cofradía como de las limosnas que recogen los mandantes y las demás que en distintas ocasiones del año se juntan sin que de ellas se gaste cosa alguna en lo perteneciente a la dicha cofradía ni al culto y servicio del santo antes sí le tienen con total descuido sin cuidar de la capilla ni encender la lámpara» (118). Una situación similar denunciaba en 1763 el mayordomo de la Compañía Espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Señora de Gracia, puesto que «se experimenta cada día mayor decadencia a causa de que por más requerimientos que se han hecho a los hermanos tan no cuidan de asistir que en tres meses no ha podido salir el rosario a la calle más que tres veces por falta de individuos que llevan las insignias» (119).

Las medidas tomadas por los responsables de las cofradías no bastaron para contener esta decadencia. En ciertas ocasiones se acudió a la expulsión de algunos hermanos: así se hizo en 1723 en el Rosario de San Francisco, echando de la hermandad a quienes no pagaban las cuotas anuales (120). Otras veces se endurecían las represalias tomadas contra todos aquellos hermanos que incumplían sus obligaciones: en el caso de la Compañía Espiritual del Santísimo Rosario de María Santísima de Candelaria se acordaba en 1738 que los cofrades estaban obligados a pedir con la taza siempre que les tocara, y si así no lo hicieran serían multados con cuatro reales, y si faltasen diez veces la hermandad no les entraría ni a ellos ni a sus mujeres (121). En 1745 se disponía la expulsión de la cofradía de todo aquel hermano que dejara de pedir con la taza durante tres veces, decretándose además que los cofrades debían asistir al rosario todas las noches, y si faltaren ocho días seguidos serían requeridos por tres veces y expulsados a la cuarta. Debían además pagar un real mensual para medicinas y si durante tres meses no hubieran abonado la cuota no tendrían derecho a recibirlas, aunque hubiesen abonado las sumas atrasadas (122). Al año siguiente se denunciaba la inasistencia de varios cofrades en pedir con la taza y contribuir con lo asignado para la medicina de los enfermos (123), quejas que vuelven a repetirse en 1747 (124).

Pero los problemas sufridos por las cofradías no vinieron tan sólo de su propio seno: también en algunas ocasiones mantuvieron acris discusiones con otras hermandades por cuestiones de precedencia en las pro-

cesiones o derechos de propiedad de alguna capilla. Un claro ejemplo es el pleito provocado por la actitud de la cofradía de penitencia del Santísimo Cristo de la Piedad, sita en la ermita de Santa Catalina, que pretendía en 1733 la administración y el cuidado de dicha iglesia, lo que provocó las protestas de la compañía espiritual del Santísimo Rosario del Buen Viaje, a cuyo cargo estaba la ermita desde 1731, alegando que era falso el estado de abandono en que según la hermandad rival se encontraba, pretexto esgrimido por aquélla para que triunfaran sus pretensiones (125). En ocasiones estos pleitos tomaban un carácter más grave al estar en juego cuestiones de carácter económico: en 1734 la cofradía del Santísimo Sacramento se quejaba de que algunas hermandades de la ciudad pedían limosna para las almas del purgatorio, de lo que resultaba un perjuicio económico para aquella, que pretendía la exclusividad de estas colectas (126).

También con el clero las relaciones se enturbiaron algunas ocasiones, debido a la titularidad de algunas capillas situadas en las iglesias sobre las cuales las cofradías pretendían tener derecho de patronato y los intentos de ciertos eclesiásticos por someter a su control las hermandades radicadas en las iglesias de donde eran ministros. Fueron relativamente graves los incidentes habidos entre la compañía espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Madre y María Santísima con el capellán de la ermita de la Bendición de Dios, don Cristóbal Pantaleón de Rivera: en 1730 el mayordomo de aquélla exponía que el dicho capellán trataba con sumo desprecio a los hermanos, pretendía gobernar los asuntos de la cofradía y fiscalizar las limosnas recaudadas (127), a lo que replicaba Rivera al año siguiente, que el mayordomo le había perdido el respeto que su condición se merecía, que pretendía gobernar los asuntos de la iglesia y que según dicho mayordomo «yo aquí no tengo que hacer otra cosa más que decir misa». De resultas de este conflicto el mayordomo fue encarcelado, aunque posteriormente era puesto en libertad bajo fianza (128).

Los conflictos de patronato más conocidos fueron los mantenidos por la cofradía de Nuestra Señora de la Salud, San Benito de Palermo y Santa Efigenia con los curas de la iglesia del Rosario, enfrentamiento que a la larga acabó con la extinción de dicha cofradía decretada en 1764 por el Consejo de Castilla (129). No obstante, estos enfrentamientos fueron decreciendo con el tiempo y apenas están presentes en la segunda mitad del siglo XVIII, desapareciendo casi por completo a partir de los años setenta.

Frente al carácter más popular y masivo de las cofradías, otras asociaciones religiosas tuvieron un cariz mucho más minoritario, como la Escuela de Cristo, fundada en 1665 por el obispo fray Alonso Vázquez de Toledo, el tesorero don Juan Beltrán de Manurga, los canónigos Roberto Ramírez de Barrientos y don Juan García de la Yedra y el racionero don Gregorio de Loaisa. Al principio celebraron sus juntas en una sala cedida a este efecto por los mercedarios descalzos, pero en 1686 el General de dicha orden dispuso desalojase el convento, mudándose en 1687 al de los franciscanos descalzos, concluyendo un oratorio en el mismo cuatro años más tarde. En 1723, a propuesta de don Juan Gregorio de Soto y Avilés, el cabildo municipal acordaba conceder a la Escuela ocho ducados anuales de propios; y cuando en 1779 fray Juan Bautista Servera establecía el Jubileo Circular de cuarenta horas, determinaba que al no haber iglesias suficientes en la urbe, se celebrasen estos actos también en la Escuela, lo que se inició en 1780. Al año siguiente se redactaron nuevas constituciones (130).

La finalidad de la Escuela, formada por 24 sacerdotes y 48 seglares, era «el aprovechamiento espiritual y aspirar en todo al cumplimiento de la voluntad de Dios, de sus preceptos y consejos caminando a la perfección cada uno según su estado y las obligaciones de él con enmienda de la vida, penitencia y contricción de los pecados, mortificación de los sentidos, pureza de conciencia, oración, frecuencia de sacramentos, obras de caridad y otros ejercicios santos». Se le concedía mucha importancia a la meditación, la oración mental y la penitencia (llegándose a extremos exagerados, como la flagelación) así como a una práctica sacramental frecuente; pero la gran originalidad de la escuela de Cristo radica en las normas de comportamiento que habían de seguir los hermanos: éstos tendrían entre sí «verdadera caridad» y se ayudarían en todo lo que pudieran, ordenarían cada mañana todas sus acciones para mayor gloria de Dios, oírían misa, leerían libros devotos y vidas de santos, harían examen de conciencia por la noche, comulgarían una vez por semana, visitarían a los pobres de los hospitales y la cárcel... todo ello muestra una piedad muy interiorizada, preocupada ante todo por la formación religiosa del fiel, la práctica de las obras de caridad y una frecuente práctica sacramental.

Durante la prelatura de Antonio Martínez de la Plaza inicia su andadura la escuela de María: ya en 1792 habían comenzado en la iglesia del Rosario ejercicios espirituales en los que tomaban parte solamente mujeres dirigidas por algunos eclesiásticos, y ese mismo año una tal

Francisca Ballei escribía al prelado pidiendo que «los individuos de su sexo... tuviesen el arbitrio de una casa de retiro donde privadamente pudiesen practicar en cualquier tiempo del año los ejercicios de San Ignacio y donde se hiciesen públicamente para los mismos individuos dos veces al año y un día cada mes». En 1794 el obispo nombraba como hermana primera a doña María Teresa Micón y como directores a los presbíteros don Manuel Cabello y Vilches y don Joseph María de Roo y ese mismo año se promulgaron sus constituciones, que hacían un especial hincapié en los ejercicios espirituales, que tendrían lugar en el convento de las Descalzas (131). Las adiciones de 1795 fijaban el número de miembros en 50 supernumerarias y 150 hermanas, aunque podrían acudir a los ejercicios como asistentes «todas las que gusten aprovecharse de aquellas instrucciones con tal que en su porte y conducta no desdigan de la modestia y compostura de las que gloriándose de discípulas de María Santísima aspiran a la imitación de sus virtudes» (132).

Las Escuelas de Cristo y de María son fenómenos de una gran trascendencia: ninguna de ellas hace hincapié en la celebración de determinados actos culturales, sino que lo que pretenden ante todo es inculcar en el fiel un modo determinado de comportamiento. En este sentido suponen un claro síntoma de renovación religiosa, y no es de extrañar que por este motivo fuesen muy apoyadas por los prelados reformistas del último cuarto del siglo XVIII. El precio pagado, sin embargo, fue muy alto: su carácter minoritario no las hacía susceptibles de acoger en su seno a la gran masa de la población, que veía como sus devociones tradicionales eran cada vez más combatidas por los prelados: supresión de los rosarios callejeros, reforma de las procesiones del Corpus y Semana Santa... es posible que quedasen huérfanas de cauces por donde poder canalizar sus anhelos devocionales, y este vacío era algo que las Escuelas de Cristo y de María eran, a causa de su carácter más elitista, incapaces de llenar.

7.5. LA PRÁCTICA DE LA CARIDAD

Si la fe de los gaditanos parece haber sido muy firme durante gran parte del siglo XVIII, no lo fue menos su sentimiento caritativo. La ciudad estaba cubierta por una red asistencial relativamente densa, que fue en gran medida obra de la generosidad de los habitantes de la urbe, y que a lo largo del siglo XVIII estuvo formada por la Casa de Recogidas de San Pablo, fundada en 1680; la casa de Niños Expósitos (cuya habi-

tación definitiva data de 1670); las casas de Viudas fundadas por don Diego de Barrios en el siglo XVII y el rico comerciante damasceno don Juan Clat Fragela a mediados del XVIII; el hospital de San Juan de Dios (su origen se sitúa en 1614); el hospicio de Santa Elena (que durante esta centuria se asentó en el actual colegio Valcárcel); y el hospital de Mujeres de Nuestra Señora del Carmen, fundado en la primera mitad del XVII, pero que en 1749 se trasladaba al edificio del actual Palacio Episcopal (133).

En líneas generales, todas estas instituciones se caracterizaban por una situación económica bastante precaria: en 1771 (134) los ingresos de la casa de Viudas de Fragela ascendían a 85.483,31 reales (135), los del hospital de Mujeres a 54.518,07 (136), los de la casa de Expósitos a 20.920 (137), los del hospicio de Santa Elena a 48.862,22 (138) y los de la Casa de Recogidas de San Pablo a 8.374,14 (139). A pesar de unas rentas tan relativamente crecidas, la situación económica de estos organismos era en muchos casos deficitaria.

En 1786, por ejemplo, las propiedades de la Casa de Recogidas de San Pablo eran tres casas, once censos, siete acciones de dos mil reales en el Banco Nacional de San Carlos y las rentas de cinco patronatos de obras pías (139 bis) que en 1775-79 le aseguraron un total de 239.189 reales, si bien los gastos ascendieron a 302.956,09. Tan sólo las limosnas recibidas pudieron impedir que la institución cayera en la bancarrota: en 1775-79 fueron donados 5.940 reales por fray Tomás del Valle, 450 por un tal Mr. Malibran, 300 por el marqués de los Castillejos y 102.414 por otros bienhechores cuyos nombres nos son desconocidos (140). A tan precaria situación económica se le añadía además una mala administración: desde 1778 llevaba las riendas de la institución don Juan Servois, cuya acción fue muy perjudicial para el gobierno de la misma, mencionándose en la visita de 1786 cómo se habían perdido limosnas y que desde 1782 no se llevaba un estado de cuentas. Dada su incompetencia, Servois se vio obligado a presentar su dimisión (141).

Idéntica situación vivía la casa de Niños Expósitos: en 1785-89 los ingresos de la misma ascendieron a 748.461 reales y los gastos a 1.034.305, y fueron las limosnas una vez más (cuyo importe ascendió a 119.268 reales) las que permitían sobrellevar mal que bien un déficit continuo, que explica los elevados niveles de mortalidad infantil: durante dichos años ingresaron un total de 2.067 niños, de los que 1.442 fallecieron (142).

Por lo que respecta al hospital de Nuestra Señora del Carmen, en

1790 sus rentas ascendían a un total de 451.305 reales y los gastos a 355.714, pero por entonces las deudas atrasadas sumaban 99.871,10 reales (143).

A finales del siglo XVIII todos estos establecimientos atravesaban una mala situación económica y no podían dar abasto a las necesidades de la ciudad, a pesar de que por dichas fechas más de un millar de personas se beneficiaran de su caritativa acción.

No podemos abordar este tema sin mencionar, siquiera someramente, a la Hermandad de la Santa Caridad, factora del hospicio de Santa Elena. Desde tiempos inmemoriales se había establecido una hermandad benéfica en la ermita de la Misericordia, que en 1614 cedía esta capilla y sus rentas al hospital de San Juan de Dios. Desde 1667 esta cofradía adoptó el nombre de Hermandad de la Santa Caridad, ocupándose a partir de 1622 del entierro de los difuntos desamparados. Sus juntas de gobierno se celebraban en el hospital de San Juan de Dios, hasta que en 1715 el cabildo catedralicio les cedió la ermita de Santa Elena (144).

A inicios del siglo XVIII la hermandad gaditana atravesaba una crisis bastante profunda debido a los grandes abusos cometidos por algunos de sus cofrades, así como por los gastos superfluos realizados y el abandono más absoluto de sus reglas y constituciones. Las autoridades eclesiásticas intervinieron enérgicamente en este caso, encarcelando en 1714 al mayordomo saliente (145). Al año siguiente se cedía a la hermandad la administración del Hospicio de Venerables Sacerdotes de Santa Elena y el de pobres de la Santa Caridad (146), aprobándose nuevas constituciones en 1717, que hacen mucho hincapié en las actividades benéficas: asistencia de los hermanos pobres, proporcionar digna sepultura a los ajusticiados, entierro de los huesos dispersos por playas y campos, hospedar y socorrer a los sacerdotes y peregrinos (147). Todas estas tareas acapararon la mayor parte de los gastos de la hermandad: en 1727 fueron invertidos en actividades asistenciales 603.978 maravedís, y con esta suma fueron conducidos 43 pobres a los hospitales de Sevilla, uno al de Granada y otro al de Medina, se concedieron limosnas a dos pobres y se invirtieron 305.567 maravedís en el hospicio, pero su situación era deficitaria, puesto que dos años más tarde los ingresos ascendían a 28.561,03 reales y los gastos a 54.281,13 (148). No es extraño que frecuentemente el cabildo municipal donase generosas limosnas a la hermandad, que de hecho fue la institución asistencial más beneficiada por su evergetismo: en 1720 se acordaba conceder al hospicio la suma de doscientos ducados anuales (149), en 1727 una Real Provisión autorizaba a

la ciudad a donar a la hermandad 200 ducados de las rentas de propios (150), en 1737 se otorgaron 400 ducados para recogida de pobres y ese mismo año se aprobó una nueva limosna de 200 ducados más (151), en 1746 se resolvía proporcionar 400 ducados anuales a la hermandad durante cuatro años (152)...

Con el tiempo el hospicio de Santa Elena acabó absorbiendo la mayor parte de las preocupaciones y de los gastos de la hermandad que, a pesar de su continua dedicación, se vio completamente desbordada por esta tarea. Por Real Despacho del 11 de febrero de 1775, Carlos III dispuso poner el hospicio bajo la inmediata dirección del Consejo de Castilla, quedando apartado del gobierno del mismo el Hermano Mayor de la hermandad (153). Diez años después se promulgaron nuevas constituciones (154) que le convertirían en la modélica institución que describiera el viajero inglés Joseph Townsend (155).

En 1799, muy poco antes de las grandes desamortizaciones, existían un total de 71 patronatos en la ciudad, que proporcionaban una renta anual de 1.632.915 reales (cuadro 12). La finalidad de estas instituciones era muy variada, aunque predominan fundamentalmente las actividades de carácter caritativo, siendo muy escasos los destinados a fomentar el culto o cuidar los edificios eclesiásticos. Las acciones asistenciales más corrientes eran el casamiento de doncellas pobres y huérfanas y el rescate de cautivos, seguidas a gran distancia por el repartir limosnas a pobres vergonzantes: mantenimiento de las buenas costumbres (para evitar que las muchachas pobres, faltas de medios para casarse, cayeran en la prostitución), solidaridad religiosa y solidaridad de clase (estos pobres vergonzantes solían ser personas de buena condición venidas a menos) son las preocupaciones claves; aunque estas instituciones también se encargaron de conceder dotes a religiosas, otorgar limosnas a presos por deudas o pobres de la cárcel, decir misas por el alma del fundador y conceder limosnas a los parientes necesitados. La administración de estas instituciones corría a cargo de los cabildos municipal o catedralicio, del obispo, de cualquier orden religiosa de la urbe e, incluso, de particulares (156).

Los datos que obran en nuestro poder acerca de las actividades benéficas de los patronatos de obras pías son muy numerosos: en 1738-72 el de Juan de los Reyes y Silva proporcionó 56 dotes a huérfanas y en 1773-86 a otras 41, amén de a 22 religiosas (157). En 1768-94 el patronato de Iriarte invertía un total de 22.677 reales en 11 dotes para doncellas casaderas y otras 17 para religiosas (158). Uno de los más poten-

tes económicamente, el de Pedro de la O, asignó en concepto de limosnas entre 1717-68 un total de 737.237 reales en los 36 años de este período de los que tenemos noticias (159). En 1788 el patronato del deán Ibáñez Porcio repartió una cantidad de 106.000 reales, distribuidos de la siguiente manera: 30.000 a las iglesias de San Roque y Algeciras, 45.000 a la fábrica de Santa Cruz, 2.000 a la iglesia de Los Barrios, 2.000 al hospital de Tarifa, 3.000 al hospital de San Fernando, 2.000 a las agustinas recoletas de Chiclana, 2.000 al hospital de Puerto Real, 2.000 al de Chiclana, 1.000 a la ermita del Santo Cristo de Chiclana, 1.500 a las monjas de Alcalá, 1.500 a la iglesia de Paterna, 1.500 al maestrescuela para sustento de neófitos, 3.000 a los expósitos de Cádiz, 3.000 a la hermandad de la Caridad de Medina, 1.500 a los pobres de la cárcel de Cádiz y 5.000 a cinco parientes del fundador (160).

Esta enumeración de datos concretos no debe quedarse solamente ahí, y sería útil intentar una evaluación global de estas actividades benéficas. Partamos de los datos del patronato de Pedro de la O: no es muy descabellado pensar que durante todo el siglo destinase un total de dos millones de reales a limosnas. Si en 1799 sus ingresos suponían aproximadamente la décima parte de los patronatos gaditanos, y suponiendo que los demás dedicaran sumas a la beneficencia en la misma proporción, a lo largo de la centuria, según una ponderación muy grosera, se invirtieron veinte millones de reales en tareas asistenciales.

La intervención de las autoridades eclesiásticas se limitaba a asegurar una administración saneada y honesta de los fondos de la institución, obligando previamente al administrador a responder con su persona y bienes de los resultados de su gestión.

7.6. DESVIACIONES Y RECHAZOS

Pero, a pesar de la indudable influencia ejercida por la Iglesia Católica, el monopolio que ésta tuvo sobre las conciencias jamás fue total. Un sector de gaditanos, cuya importancia numérica nunca podremos calibrar, mostró en sus actitudes y comportamientos un cierto olvido, indiferencia e incluso rechazo hacia las pautas de conducta que la jerarquía eclesiástica pretendió imponer durante ese largo período de transformación de las mentes que denominamos Reforma Católica.

El magnífico catálogo realizado por Natividad Moreno Gabayo (161) nos muestra que a lo largo del siglo XVIII se registraron un total de 96 procesos o denuncias contra 104 residentes en la ciudad, aunque

jamás podremos asegurar si este número se acerca o no a la realidad: 17 fueron acusados de judaísmo, tres de protestantismo, 26 por proposiciones, 20 por bigamia, cinco por sollicitación, siete por superstición y 26 por delitos varios: dos por haber renegado del cristianismo, cinco por masonería, uno por prestar falso testimonio ante el Tribunal, dos por fingirse sacerdote, diez por tenencia de libros y cuadros prohibidos, dos por estar casados siendo sacerdotes, uno por un sermón predicado y tres por varios cargos (dos por proposiciones y tenencia de libros prohibidos, el tercero por rebautizado y polígamo).

Pero no podemos darle, sin embargo, la misma importancia a todas estas acusaciones: el que un individuo sea judío o protestante nos revela un rechazo hacia el catolicismo, pero no una situación de indiferencia religiosa. Por otro lado, la tenencia de libros y cuadros prohibidos y la pertenencia a alguna logia masónica, lo que nos indica es la difusión de los postulados ilustrados en nuestra ciudad, pero no un repudio visceral del dogma católico. Asimismo, delitos como la bigamia y la sollicitación tan sólo muestran una situación de relajación moral, pero no un decaimiento (al menos, necesariamente) de la vivencia religiosa.

Son más significativos, sin embargo, los delitos de proposiciones y superstición. Lo que juega en muchos casos, no obstante, no es ya tanto un propio convencimiento interior como el fruto de una mala catequización y una escasa instrucción en los rudimentos de la fe católica. Muchos de los acusados por proposiciones, efectivamente, son gentes de baja extracción social: soldados, artesanos, obreros... aunque la presencia de algún elemento de procedencia social más conspicua, nos indica que no siempre la blasfemia era el resultado de una escasa instrucción, sino también de la apertura hacia nuevos horizontes culturales: así, en 1797, el contador supernumerario del navío San Cristóbal era acusado de formular, entre otras, las siguientes proposiciones: «que habla con frecuencia de la libertad diciendo viva la libertad, que los franceses han hecho muy bien en abandonar la religión y que ojalá los españoles hicieran lo mismo... que en muriendo el cuerpo moría el alma y que ésta era mortal proponiendo un argumento de un libro francés prohibido que había leído u oído y no nombró el autor y dicho autor dio a luz al pueblo una máquina de cristal muy cerrada impidiendo salir el aire y estando en presencia de todos sacó uno que expiraba y metido en dicha máquina vieron todos que moría y no salía nada» (162). La influencia de las ideas ilustradas está patente en estas declaraciones, pero esto, sin embargo, no es lo más corriente. Generalmente se trata de sujetos de baja formación

religiosa, que no comprenden bien o no han sido instruidos en los dogmas fundamentales de la fe y que por ello experimentar un gran confusionismo teológico, criticando los mismos valores del catolicismo que los moriscos y los protestantes, como serían las imágenes, el purgatorio, los ataques contra los santos y la Virgen, la autoridad del Papa, el rechazo de la superior condición del clero sobre la de los laicos, etc. Son modélicas, en este sentido, las declaraciones de un tal don Manuel de Pereda en 1784.

«Que quién había venido del otro mundo y dicho que nuestra religión era la verdadera. Que quién nos había dicho que había purgatorio o infierno. Que quién ha de creer que tanto infiel y sectario como Dios ha criado, guardando cada uno su religión, se había de condenar, que para qué Dios los había creado si les había negado las luces del evangelio. Que era una especie de tiranía creer que todos se habían de condenar, que para qué los había criado en las tinieblas si los había de condenar... que los santos eran un pedazo de palo mal vestido que los vestían con vestidos ricos y ponían joyas y no debían vestirlos sino con vestidos pobres naturalmente y como vivieron en el mundo... que eran una basura y se ensuciaba en ellos... que después dijo de los religiosos que eran una cuadrilla de bribones poco mortificados y malos observantes... la disposición del gobernador de Cádiz para recoger los pobres era contra el Evangelio que mandaba recoger a los pobres y así era necesario ensuciarse en el Evangelio» (163).

Son muy interesantes también las acusaciones de superstición, que nos muestran la presencia de una mentalidad mágica que la Reforma Católica en nuestra ciudad no pudo erradicar por completo. Es muy curioso, sin embargo, que solamente se denuncie a aquellos sujetos que han fracasado en aportar los remedios mágicos que habían prometido (lo que nos indica que los gaditanos de la época nunca acusaron a las hechiceras por heterodoxas, sino solamente por estafadoras): así, Angela de Salas no pudo solucionar en 1774 la lógica consecuencia fisiológica de un desliz amoroso tenido por una jovencita (164), ni Mariana Carriello en 1731 las dificultades de un individuo de consumir su matrimonio (165), ni tampoco María de San Gineto pudo en 1750 hallar al novio de una joven que se encontraba en las Indias (166). Las descripciones de algunas de las prácticas empleadas nos muestran la presencia de una men-

talidad mágica en la cual un cierto sector de gaditanos debieron, sin duda alguna, hallarse inmersos. Son modélicos en este sentido los remedios aconsejados por Mariana Carrillo:

«Le ofreció curarle a su satisfacción llevándola lo que pidiese que fue en diferentes veces hasta cerca de cuarenta pesos en dinero y las cosas e ingredientes siguientes: dos erizos vivos, un cañatillo de cochinilla que llaman de San Antón, dos vestidos de los mejores que tuviesen el testificante y su mujer, seis varas y media de platilla, dos sábanas delgadas con sus fundas de lana, cuatro pimientos llenos de mostaza y una tuniqueilla de lienzo morado de media vara de alto la cuál había de servir a él... mas sólo que reconviniendo a la reo de que no hacía más que estafarlo y no curarlo cuando le dijo hace cerca de mes y medio esta noche verá Vuestra Merced si tengo o no habilidad para curarle y para otras cosas que citados el testificante y su mujer la que siempre le acompañó para después de las diez de la noche pasa en compañía de la reo a el sitio que media entre el triunfo y la puerta que el (?) de la Iglesia de capuchinos sentados todos tres por disposición de la reo en fila las caras a el norte y estrellas que llaman del Carro sacó la reo un cuchillo flamenco hizo con él un círculo lo clavó en medio se descalzó el pie y pierna derecho y lo puso sobre el cabo del cuchillo previniendo al testigo y a su mujer que mirasen a las siete estrellas siendo así que antes estaban muy brillantes que dicha oscuridad duraba medio cuarto de hora y que esto sucedió en noche de día viernes lo que dijo la reo era forzoso se hiciese en ella por ser a propósito. Que después de lo referido dijo la reo quería hacer otra habilidad para tomar seguro de la sanidad del testificante previniéndole no se asustasen de lo que vieses y dando principio dijo perro can y continuando con otras palabras que no se percibieron dentro de un instante se juntaron allí hasta diez o doce perros grandes y como hablando con ellos dijo dadme una señal de que este hombre sanará haciendo que un gallo cante y dicho esto se oyó el canto de un gallo siendo por entonces como las once y cuarto de la noche que todo ello lo hizo la reo reservándose con todo cuidado de que lo reparasen diferentes personas de que andaban paseándose... que pasados pocos días no sintiendo el testigo alivio en su dolencia le hizo cargo a la reo de que no debía curarle a lo que le satisfizo diciéndole que no tenía remedio su indisposición porque conocía había quemado las cosas con que le habían maleficiado...».

No debemos, a pesar de todo, conceder a la documentación inquisitorial más que un valor meramente testimonial, indicativo de algunos rechazos hacia la Iglesia Católica, pero sin que estos comportamientos constituyeran un hecho generalizado: 104 casos detectados en un siglo, para una ciudad que en sus mejores momentos llegó a tener más de 70.000 habitantes; nos corrobora en la idea de que la mayoría de los gaditanos vivieron durante toda su vida fieles a los postulados dogmáticos de una Iglesia que, sin duda alguna, era querida y venerada.

A finales de la centuria, sin embargo, algo sucede en el ambiente religioso de la urbe: desciende el número de confirmados, aumentan los incumplidores de los preceptos eclesiásticos de confesar y comulgar anualmente por Pascua, disminuye el volumen de ordenaciones sacerdotales, descienden las fundaciones de nuevos oratorios, existe una cierta desafección de los fieles hacia el culto de sus Santos Patronos, numerosas cofradías atraviesan una situación de decadencia, desaparecen numerosas disposiciones religiosas en los testamentos (167). . desde 1750 y, especialmente, a partir de 1770-1780, la religiosidad barroca quiebra definitivamente en Cádiz. Al mismo tiempo, otros testimonios nos indican cómo el hecho religioso está cada vez menos presente, suponiendo en este sentido un corte tajante los años centrales del siglo. Analizando las actas capitulares del cabildo municipal, se aprecia que cada vez se solicitan menos rogativas, se conceden menos limosnas a cofradías, desciende la generosidad de los patronatos de obras pías administrados por la ciudad... Pero es necesario matizar: lo que está en crisis en la ciudad no es la religión cristiana, sino las prácticas piadosas barrocas y la influencia de la Iglesia Católica en la vida de la urbe. Todavía a finales del siglo XVIII existen síntomas de una intensa vida religiosa, como las Escuelas de Cristo y María y el oratorio de la Santa Cueva, pero se trata de fórmulas minoritarias: ya no nos vamos a encontrar con la religiosidad popular barroca, sino con los inicios de la piedad devocional decimonónica, mucho más interiorizada e individual y, por ende, menos susceptible de cuantificación.

Y en el declive de estas formas barrocas jugaron un importante papel los obispos gaditanos que sucedieron a fray Tomás del Valle: pretendieron desterrar de las procesiones todo aquello que recordara prácticas religiosas de carácter popular, trasladaron la procesión de San Sebastián de la ermita de su advocación a la iglesia de San Lorenzo para evitar que siguiera convirtiéndose en una romería, apoyaron todas las iniciativas de reforma moral y de religiosidad de carácter devocional e

intimista... contaron, pues, con el apoyo de un sector que participa de las formas religiosas propias de lo que podríamos llamar «cristianismo ilustrado» (168) a la que estaban preparados debido a la difusión de este tipo de ideas. Pero las mismas eran solamente aptas para un grupo minoritario, y es obvio que las masas populares se quedan huérfanas devocionalmente en gran medida, en tanto que en un sector todavía reducido de la élite comienzan a difundirse los postulados antirreligiosos de la Ilustración. La indiferencia de los primeros y la hostilidad de los segundos han de situarse, pues, en el origen del anticlericalismo gaditano decimonónico. Pero en 1800, o, al menos, en 1790, nada de ello es perceptible. La adhesión al mensaje cristiano sobrevive, y todavía seguirá manifestándose durante los años de la Guerra de la Independencia, como R. Solís ha puesto de relieve (169). Los orígenes del anticlericalismo gaditano habrán de buscarse, no en el Siglo de las Luces, sino en las grandes conmociones que después de 1808 tuvieron lugar en el país. Aunque, como diría Kipling, esto ya forma parte de una historia muy distinta.

NOTAS

- (1) BUSTOS RODRÍGUEZ, M., «Mentalidad mercantil y religiosidad barroca: Raimundo de Lantery en el Cádiz de fines del siglo XVII», *Conferencias del I Curso de Verano de la Universidad de Córdoba sobre el Barroco en Andalucía*, vol. 1, Córdoba, 1984, p. 130.
- (1 bis) Vid. MORENO CRIADO, R., *Iglesias de Cádiz*, 2.ª edición, (Cádiz, 1953) y ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, L. y J., *Guía artística de Cádiz* (Cádiz, 1987).
- (2) ANTÓN SOLÉ, P., *La Catedral de Cádiz. Estudio histórico y artístico de su arquitectura*, Cádiz, 1975.
- (3) A.D.C., *Descripción de la Nueva Iglesia Cathedral de Cádiz y estado de su fábrica hasta el día presente...* Cádiz, 1770.
- (4) ANTÓN SOLÉ, P., op. cit.
- (5) A.M.C., A.C., Año 1722, fols. 111-112.
- (6) A.M.C., A.C., Año 1723, fols. 8 y 130.
- (7) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 24, fols. 164 v-165.
- (8) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 25, fol. 74 v.
- (9) A.D.C., Varios, leg. 2303, «Copia de las cartas del Expolio y vacante del Ilmo. Sr. Don Josef Escalzo y Miguel».
- (10) ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, L. y J., op. cit., p. 151.
- (11) A.M.C., A.C., Año 1734, fol. 273 v.
- (12) A.M.C., A.C., Año 1735, fols. 3 v y 19 v-20 y 240.
- (13) MORENO CRIADO, R., op. cit., p. 50.
- (14) ANTÓN SOLÉ, P., «Un testimonio artístico y religioso de la burguesía gaditana: la Santa Cueva», *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, 2, 1984, pp. 85-86.
- (15) SEBASTIÁN, S., «El programa iconográfico de la Santa Cueva de Cádiz», *Goya. Nuevas visiones*, Madrid, 1987. Esta interpretación contrasta sobremanera con otras que hasta el momento se han dado: para P. Antón, por ejemplo, «debajo de los signos, las formas y los ricos materiales que configuran este conjunto artístico, conservado en su totalidad como era en vida de su fundador don José Sáenz de Santa María, parece como si latiera todavía el espíritu y el buen gusto de la burguesía mercantil gaditana, abierta a todas las corrientes, refinada, culta y liberal» (ANTÓN SOLÉ, P., «Un testimonio...», p. 89). Lo que sí parece ser cierto es que el gran músico Haydn escribió expresamente su maravillosa obra «Las últimas siete palabras de Cristo en la Cruz» por encargo de los congregantes.
- (16) A.M.C., A.C., Año 1749, fol. 39 v.

- (17) A.M.C., A.C., Año 1758, fol. 61.
- (18) A.M.C., A.C., Año 1787, fols. 80-81.
- (19) A.D.C., Secretaría, leg. 505-506.
- (20) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Autos hechos con separación de la visita de la Parroquia de Santiago, Iglesias Auxiliares, Casas de Piedad y ermitas... Cádiz 1782».
- (21) A.M.C., A.C., Año 1740, fols. 741 y 752.
- (22) A.M.C., A.C., Año 1742, fols. 314-315.
- (23) A.D.C., Secretaría, leg. 498, 499 y 499 bis.
- (24) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Autos hechos con separación para la visita de los oratorios particulares de esta ciudad en virtud de edicto expedido por el señor Visitador Capitular».
- (25) ANTÓN SOLÉ, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, p. 86.
- (26) *Sínodo diocesano de Cádiz. Año de 1882*, «Constituciones antiguas del obispado de Cádiz», tit. 4, «Del sacramento del bautismo».
- (27) A.P.S.C., Bautismos, lib. 32, 33, 43, 55, 73, 74, 87 y 88. Solamente se han tenido en cuenta los nacidos en junio de 1700-01, 1725-26, 1750-51, 1775-76 y 1798-99.
- (28) PORQUICHO, I., *Cádiz. Población y sociedad: 1597-1650. Las serie: parroquiales*, Sevilla, 1982. Tesis de Licenciatura inédita, pp. 85 y 93.
- (29) PÉREZ SERRANO, J., *La natalidad gaditana en la crisis del Antiguo Régimen (1775-1800)*, Cádiz, 1986, Tesis de Licenciatura inédita, pp. 310 y 325.
- (30) A.D.C., Secretaría, leg. 1, Edictos manuscritos, número 7.
- (31) «Constituciones antiguas», tit. 4, «Del sacramento de la confirmación».
- (32) A.D.C., Ordenes, leg. 25-107.
- (33) A.D.C., Manuscritos, lib. 39, fols. 48-49.
- (34) A.D.C., Manuscritos, lib. 39, 41, 48, 49, 341, 424.
- (35) «Constituciones antiguas», tit. 4, «Del sacramento de la penitencia».
- (36) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 21.
- (37) «Constituciones antiguas», tit. 4, «Del sacramento de la penitencia».
- (38) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 22, fols. 284 v.-285.
- (39) A.D.C., Varios, leg. 3020, doc. 8.
- (40) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Año de 1790. Visita general».
- (41) A.P.S.L., Padrones parroquiales de 1765, 1777, 1787 y 1799.
- (42) A.D.C., Secretaría, leg. 1, Edictos manuscritos, número 9.
- (43) A.D.C., Varios, leg. 305, 337, 568, 623, 624, 625, 626, 631, 632, 633.
- (44) A.D.C., Varios, leg. 631, «Autos hechos por Diego Chresilon y Antonia Graner sobre la reunión de su matrimonio».
- (45) A.M.C., A.C., Año 1706, fols. 40 v. y 95 v.
- (46) A.M.C., A.C., Año 1725, fol. 481.
- (47) MORENO CRIADO, R., op. cit., p. 60.
- (48) B.E.G., *Resolución del Ilustrísimo Señor Don Antonio Martínez de la Plaza... sobre el arreglo de la festividad y procesión... a la Hermita del Glorioso Mártir San Sebastián*, Cádiz, s.a.
- (49) MELITÓN MEMIGE F., *Historia de los santos mártires Servando y Germán, patronos de Cádiz*. Cádiz, 1793, p. 37 y 39-40.
- (50) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 39, fols. 175 v.- 176.

- (51) B.E.G., *Estatutos de la Congregación de devotos naturales y vecinos de Cádiz erigida para especial culto y obsequio de los santos patronos de esta ciudad San Servando y San Germán*, Cádiz, 1797.
- (52) A.M.C., A.C., Año 1797, fol. 405 v.
- (53) MELITÓN MEMIGE, F., op. cit., p. 40.
- (54) B.E.G., *Estatutos...*
- (55) A.M.C., A.C., Año 1757, fols. 86 y 88.
- (56) A.M.C., A.C., Año 1770, fol. 184 v.
- (57) Vid. SANCHEZ DE SOPRANIS, H., «La devoción concepcionista en San Francisco de Cádiz», *Archivo Iberoamericano*, XIV, 54, 1954.
- (58) A.M.C., A.C., Año 1761, fols. 153v ss. y 193.
- (59) ORTEGA, Fray A., *Historia documentada de la imagen y santuario de Nuestra Señora del Rosario patrona de Cádiz*, Lérida, 1917, pp. 23-37.
- (60) Vid. LABAT, J.B., «Viajes del Padre Labat en España», GARCÍA MERCADAL, J., «Viajes de extranjeros por España y Portugal», vol. III, Madrid, 1968, p. 168.
- (61) A.M.C., A.C., Año 1730, fol. 359.
- (62) ORTEGA, Fray A., op. cit., p. 46.
- (63) A.M.C., A.C., Año 1755, fols. 211-212.
- (64) A.M.C., A.C., Año 1756, fol. 221.
- (65) CABIASO Y VERDES, N.M., *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la isla de Cádiz*, Madrid, 1830, p. 106.
- (66) A.D.C., Secretaría, leg. 505.
- (67) A.H.N., Consejos, leg. 17129.
- (68) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 96.
- (69) A.D.C., Varios, leg. 1879, «Expediente de Rosario de jóvenes...».
- (70) PASCUA SÁNCHEZ, M.J., *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la primera mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1984, p. 255.
- (71) Vid. nota 27.
- (72) LABAT, J.B., op. cit., p. 137.
- (73) BUSTOS RODRÍGUEZ, M., «La hacienda municipal gaditana durante el reinado de Carlos III», *Gades*, 9, 1982, p. 43.
- (74) BUSTOS RODRÍGUEZ, M., *Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II. Las memorias de Raimundo de Lantery (1673-1700)*, Cádiz, 1983, p. 291.
- (75) A.M.C., A.C., Año 1717, fol. 140.
- (76) A.M.C., A.C., Año 1719, fol. 421.
- (77) A.M.C., A.C., Año 1735, fol. 357.
- (78) A.M.C., A.C., Año 1742, fol. 296 v.
- (79) A.M.C., A.C., Año 1725, fol. 152 v.
- (80) A.M.C., A.C., Año 1719, fols. 125-126.
- (81) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 18, fol. 24.
- (82) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 27, fol. 205 v.
- (83) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 32, fol. 22 v-24.
- (84) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 39, fol. 214.
- (85) A.M.C., A.C., Año 1720, fols. 430 y 441.
- (86) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 18, fol. 106 v.
- (87) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 42, fol. 277.

- (88) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 62.
- (89) Ibidem, número 64.
- (90) Ibidem, número 90.
- (91) Ibidem, número 94.
- (92) Contestaron las siguientes: Cofradía de Penitencia de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Santa María, inicios del XVII), Hermandad y Cofradía de Penitencia de la Advocación del Stmo. Cristo de la Piedad y Ntra. Sra. de las Lágrimas (Santa Catalina, 1731), Cofradía del señor San Lázaro (San Juan de Dios, 1504), cofradía del señor San Joseph (Candelaria, 1629), Cofradía y Esclavitud del Stmo. Nombre de María (mercedarios descalzos, 1663), Cofradía de Ntra. Sra. del Carmen (Santo Domingo, 1638), Hermandad de Santa Lucía (Candelaria, 1714), Hermandad de Ntra. Sra. de la Cabeza y San Francisco de Paula (franciscanos descalzos, 1657), Cofradía de Ntra. Sra. de la Salud y San Benedicto (Iglesia del Rosario, 1556), Cofradía de Ntra. Sra. de las Mercedes y Santos Mártires San Crispín y San Crispiniano (Santa Catalina, 1645), Hermandad del Stmo. Rosario de Ntra. Sra. de Socorro (Hospicio de la Santa Caridad), Cía. Espiritual del Stmo. Rosario de la Reina de los Angeles María Stma. (Iglesia del Rosario, 1691), Stmo. Rosario vocación de Ntra. Sra. de los Remedios (los Blancos, 1692), Cía. Espiritual del Sto. Rosario de Ntra. Sra. de la Bendición de Dios (ermita homónima, 1692), Cofradía y Cía. Espiritual de Sta. María de Gracia (San Agustín, 1695), Venerable Esclavitud y Cía. Espiritual del Ave María y Stmo. Rosario de Ntra. Sra. de los Remedios (franciscanos observantes), Cía. Espiritual del Stmo. Rosario de Ntra. Sra. del Carmen (hospital del Carmen, 1694), Hermandad del Stmo. Rosario de Ntra. Sra. del Pópulo (capilla del Pópulo), Stmo. Rosario de Ntra. Sra. de la Asunción (Santa Cruz), Cía. Espiritual del Stmo. Rosario de Ntra. Sra. del Patrocinio (San Lorenzo), Hermandad y Cía. Espiritual del Stmo. Rosario de María Stma. Ntra. Sra. Inmaculada y Divina Pastora de las Almas (capilla de la Pastora, 1734), Archicofradía de la Stma. Resurrección y Penitencia de la Columna y Azotes (San Antonio, 1660), Cía. Espiritual del Stmo. Rosario título de Ntra. Sra. de la Rosa (Santa Cruz, 1734), Archicofradía de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza (San Lorenzo), Cía. Espiritual del Stmo. Rosario de Candelaria (Candelaria, 1728) (A.D.C., Varios, leg. 1837, «Autos generales de oficio sobre que los mayordomos de las cofradías, hermandades y compañías espirituales establecidas en las iglesias y ermitas de esta ciudad exhiban en este tribunal de visita los títulos e instrumentos de su erección...»). Las fechas hacen referencia al documento más antiguo presentado por cada una de ellas.
- (93) A.D.C., Varios, leg. 1866, «Fundación del Rosario de la Inmaculada Concepción en el convento de la Merced».
- (94) A.D.C., Varios, leg. 1866, Erección de la Hermandad de Ntra. Sra. de la Misericordia.
- (95) A.D.C., Varios, leg. 1874, «Erección de la cofradía de Ntra. Sra. del Buen Viaje».
- (96) PASCUA SÁNCHEZ, M.J., op. cit., p. 142.
- (97) PASCUA SÁNCHEZ, M.J., *Vivir la muerte en el Cádiz de fines del siglo XVII y siglo XVIII: el medio rural y el medio urbano*, Cádiz, 1987, Tesis Doctoral inédita, p. 313.
- (98) A.D.C., Manuscritos, lib. 970.
- (99) A.M.C., A.C., Año 1744, fol. 173 v.
- (100) A.M.C., A.C., Año 1745, fol. 259.

- (101) A.M.C., A.C., Año 1736, fol. 67.
- (102) A.M.C., A.C., Año 1743, fol. 359.
- (103) A.M.C., A.C., Año 1756, fol. 157 v.
- (104) A.D.C., Manuscritos, lib. 970.
- (105) A.D.C., Manuscritos, lib. 21.
- (106) A.D.C., Manuscritos, lib. 66.
- (107) A.D.C., Manuscritos, lib. 970.
- (108) B.E.G., *Nuevas constituciones sagradas, ordenanzas y santos estatutos que acuerda en el presente año de 1766 la muy ilustre, antigua y venerable Cofradía de la Santa Veracruz*, Cádiz, S.A. Vid. sobre ella PICARDO Y GÓMEZ, A., *Datos sobre la muy ilustre antigua y venerable cofradía de la Vera Cruz*, Cádiz, 1966.
- (109) A.D.C., Varios leg. 1876, «Autos hechos a instancias de algunos de los hermanos de la compañía espiritual de Ntra. Sra. de los Ángeles».
- (110) A.D.C., Varios, leg. 1866, «El mayordomo de Cofradía de Ntra. Sra. de las Mercedes, San Crispín y San Crispiniano...».
- (111) A.D.C., Varios, leg. 1865, «Autos seguidos por la parte de Juan Santiago Xamorano».
- (112) A.D.C., Varios, leg. 1873, «Autos hechos a instancia de Antonio Blanco, mayordomo del Rosario de Nuestra Señora de la Soledad».
- (113) Vid. OROZCO ACUAVIVA, A., y ANTÓN SOLÉ, P., «La Hermandad de San Cosme y San Damián y su capilla en el convento de las Descalzas en Cádiz», *Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Cádiz*, XVIII, 2, 1982.
- (114) A.D.C., Varios, leg. 1872, «Autos hechos a pedimento de Joseph Pinto fiscal de la Hermandad del Dulcísimo Nombre de Jesús».
- (115) A.D.C., Varios, leg. 1872.
- (116) A.D.C., Varios, leg. 1873.
- (117) A.D.C., Varios, leg. 1874.
- (118) A.D.C., Varios, leg. 1864, «Cofradía de San Lázaro».
- (119) A.D.C., Varios, leg. 1874, «Autos hechos a instancias de Pedro Navarro».
- (120) A.D.C., Varios, leg. 1866, «Visita a pedimento del mayordomo del Rosario de San Francisco».
- (121) A.D.C., Manuscritos, lib. 66.
- (122) Ibidem, fol. 28.
- (123) Ibidem, fol. 37.
- (124) Ibidem, fol. 44.
- (125) A.D.C., Varios, leg. 1867, «Autos hechos por el prioste y oficiales de la Cofradía de Penitencia del Santísimo Sacramento de la Piedad».
- (126) A.D.C., Varios, leg. 1868, «La cofradía de ánimas con la de la Virgen del Carmen...».
- (127) A.D.C., Varios, leg. 1867, «Compañía Espiritual del Rosario de Nuestra Madre y María Santísima...».
- (128) A.D.C., Varios, leg. 1867, «Querella dada por D. Cristóbal Pantaleón de Rivera presbítero...».
- (129) SANCHE DE SOPRANIS, H., *Las cofradías de morenos en Cádiz*, Madrid, 1958.
- (130) B.P.E., *Origen de las Congregaciones de la Santa Escuela de Christo Señor Nuestro... Fundación de la de ésta de Cádiz... y constituciones que observa*, Cádiz, s.a.

- (131) A.D.C., Varios, leg. 1879, «Erección de la Escuela de María Santísima Señora nuestra...».
- (132) A.D.C., Varios, leg. 1879, «Adiciones a las Constituciones de la Escuela de María Santísima...».
- (133) Vid. ANTÓN SOLÉ, P., *Situación...*, y GOENECHEA Y ALCALÁ ZAMORA, L., *Una hospitalización singular en la medicina ilustrada española: el Hospital de Mujeres de Cádiz 1733-1919*, Cádiz, 1986, Tesis Doctoral inédita.
- (134) A.M.C., Lib. 4916.
- (135) A esta cantidad ascendían en 1771 los ingresos del patronato fundado por don Juan Fragela, garantizados por 16 casas.
- (136) Propietario de once casas y media.
- (137) Propietario de catorce casas y media.
- (138) Poseía trece casas.
- (139) Tan sólo era propietaria de tres casas.
- (139 bis) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Autos formados para la visita de la Iglesia de San Pablo y Casa de Mujeres Recogidas, 1786».
- (140) A.D.C., Manuscritos, lib. 376.
- (141) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Autos...».
- (142) A.D.C., Secretaría, Edictos impresos, número 97.
- (143) A.D.C., Secretaría, leg. 506, «Año de 1790. Visita general».
- (144) A.M.C., A.C., Año 1740, fols. 573 v.-574.
- (145) A.D.C., Varios, leg. 1865, «Autos... sobre la reformatión de la Hermandad y Cofradía de la Santa Charidad».
- (146) A.D.C., Varios, leg. 1865, «Autos fechos de pedimento de don Pedro Ximénez Parrado presbítero administrador del Hospicio de Venerables Sacerdotes...».
- (147) B.E.G., *Reglas de la muy humilde Hermandad de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo y Patronio del glorioso Arcángel San Miguel*, Cádiz, 1905.
- (148) A.D.C., Varios, leg. 1866.
- (149) A.M.C., A.C., Año 1720, fol. 303.
- (150) A.M.C., A.C., Año 1727, fol. 16.
- (151) A.M.C., A.C., Año 1737, fols. 31 y 591 v.
- (152) A.M.C., A.C., Año 1746, fol. 75.
- (153) ANTÓN SOLÉ, P., *Situación...*, p. 158.
- (154) B.E.G., *Ordenanzas para el gobierno de la Casa de la Misericordia de la ciudad de Cádiz...*, Cádiz, s.a.
- (155) Vid. TOWNSEND, J., «Viaje a España» en GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes del extranjeros por España y Portugal*, vol. 3, Madrid, 1962, pp. 1546ss.
- (156) A.D.C., Manuscritos, lib. 437.
- (157) A.D.C., Varios, leg. 352.
- (158) A.D.C., Manuscritos, lib. 52.
- (159) A.D.C., Manuscritos, lib. 40.
- (160) A.C.C., Sección 1, Serie 1, lib. 41, fol. 199.
- (161) MORENO GABAYO, N., *Catálogo de Alegaciones Fiscales del Archivo Histórico Nacional*, Madrid, 1978.
- (162) A.H.N., Inquisición, leg. 3726, exp. 190.
- (163) A.H.N., Inquisición, leg. 3721, exp. 156.

- (164) A.H.N., Inquisición, leg. 3730, exp. 197.
- (165) A.H.N., Inquisición, leg. 3736, exp. 190.
- (166) A.H.N., Inquisición, leg. 3736, exp. 202.
- (167) Vid. PASCUA SÁNCHEZ, M.J., op. cit.
- (168) Una magnífica exposición del tema en SARRAILH, J., *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, 1957, pp. 661-707.
- (169) SOLÍS, R., *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1969, p. 74.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo nos hemos centrado en el análisis de un grupo social que jamás supuso el 2% de la población gaditana, pero cuya influencia social y cultural y cuyo poderío económico fueron, sin lugar a dudas, desproporcionados con respecto al reducido volumen de efectivos humanos con el que pudo contar.

Durante el siglo XVIII el estamento eclesiástico gaditano apenas superó el millar de personas: unos 1.142 en 1786, momento en el que alcanza sus máximos efectivos numéricos. A partir de este momento los inicios de la crisis económica de la ciudad (por lo que ésta ya no se convierte en un centro de atracción de eclesiásticos foráneos), el descenso de las vocaciones religiosas y la epidemia de fiebre amarilla de finales de la centuria provocarán en mayor o menor medida una fuerte disminución de la población eclesiástica, que en 1801 apenas superaba los 800 individuos.

Este colectivo humano tendió a concentrarse en una zona muy concreta de la urbe: la ciudad medieval, que constituía, sin ningún género de dudas, el centro de poder del estamento eclesiástico gaditano, puesto que en ella radicaban el Palacio Episcopal, la iglesia de Santa Cruz (catedral de la ciudad), el colegio de Santa Cruz, el colegio de San Bartolomé, el colegio de Santiago de la Compañía de Jesús, los conventos de Santa María, Santo Domingo, San Juan de Dios... en otras zonas de nuestra localidad, por el contrario, la densidad clerical es mucho más reducida: así sucederá en los barrios burgueses del nordeste y los más populosos y modestos del sudoeste, alcanzándose cifras mínimas en la zona noroccidental de la ciudad, por aquel entonces aún poco urbanizada.

Se trata de un grupo humano relativamente joven, puesto que en 1773 más de la mitad del clero secular de la ciudad contaba con una edad inferior a los cuarenta años, y esta juventud se aprecia en todos los subgrupos del estamento clerical gaditano: entre 1750 y 1799 un 60% de los prebendados accedieron a sus respectivos beneficios con menos de cuarenta años de edad, porcentaje similar al observado en los opositores a curatos, en tanto que más del 95% de las religiosas del convento de

Nuestra Señora de la Candelaria accedieron al noviciado con una edad inferior a la arriba mencionada. No obstante, la edad es un criterio que en cierta medida pesó a la hora de obtener cargos de responsabilidad: así, en 1773, son los curas y los capitulares los sectores del clero donde se aprecia una cierta tendencia a la gerontocracia.

Desde un punto de vista geográfico, nuestros eclesiásticos procedieron básicamente de la cosmopolita urbe gaditana, de la que fueron originarios el 38,8% de los clérigos seculares mencionados en el padrón de 1773, el 40% de los prebendados, el 65,1% de las religiosas de Nuestra Señora de la Candelaria y el 50% de las monjas que ingresaron en el convento de concepcionistas descalzas; y a medida que ascendemos en la jerarquía el predominio de los gaditanos se afianza cada vez más. No obstante, es de señalar que Cádiz ejerció una atracción muy poderosa sobre los eclesiásticos diocesanos, predominando, en líneas generales, las aportaciones humanas proporcionadas por los núcleos de población situados en la Campiña, como Medina y Alcalá. Pero esta atracción no se limitó a los marcos diocesanos, puesto que afluyeron a nuestra ciudad clérigos procedentes de otras comarcas andaluzas y de las regiones de Galicia, el País Vasco y las dos Castillas. Por el contrario, muy pocos eclesiásticos radicados en la ciudad nacieron en los dominios de la antigua corona aragonesa, las Indias o los restantes países europeos.

La procedencia social del clero gaditano es menos conocida, y es uno de los objetivos iniciales del presente trabajo que, dada la falta de información al respecto, no hemos podido cubrir. No obstante, las elevadísimas tasas en el uso del «don» parecen indicarnos que el clero gaditano se reclutó esencialmente en el seno de las clases altas y medias, con un cierto prestigio social y un nivel económico no precisamente bajo. Otros datos nos hablan fehacientemente de la estrecha vinculación existente entre el estamento eclesiástico gaditano y la élite local e incluso diocesana, como muestra el hecho de que casi una quinta parte de los miembros del cabildo catedralicio fuesen hijos de nobles titulados, caballeros de órdenes militares u oficios municipales. Será precisamente en el seno de este grupo donde se den los más flagrantes casos de nepotismo, como revela el monopolio que ciertos apellidos realizaron de algunas prebendas durante bastantes años de la centuria: los Barroso-Porcio en el deanato, los Olmo en las dignidades de Arcediano de Medina y chantre.

Durante el siglo XVIII la situación económica del clero gaditano fue bastante boyante, pudiendo afirmarse en este sentido que controló la

vigésima parte de los ingresos totales de la ciudad, si bien este porcentaje es relativamente bajo en relación a los observados en otras zonas de la Corona castellana, debido al hecho de que la base económica gaditana dependía de las actividades comerciales y artesanales, en las cuales la participación del clero era insignificante. No obstante, en otros sectores de la economía local el poder de la Iglesia es bastante fuerte, controlando a mediados de la centuria la quinta parte de los alquileres de fincas urbanas y más de los tres cuartos del producto anual de los censos.

¿Cuáles fueron las principales fuentes de ingresos del estamento eclesiástico gaditano? Aquí nos encontramos con una nueva particularidad del clero de nuestra ciudad: la escasa importancia de las rentas de la tierra, hecho explicable, sin duda alguna, por la reducida superficie del término municipal gaditano, lo que le impedía contar con un *hinterland* agrícola de cierta envergadura. Tan sólo los prelados y el cabildo catedralicio dependieron muy estrechamente de la actividad agrícola, no en calidad de propietarios territoriales, sino como beneficiarios del producto decimal. Pero, excluyendo estos casos, fueron las fincas urbanas y los censos los que aseguraron la prosperidad del clero gaditano dieciochesco, conociendo éstos una importancia cada vez menor debido a la rebaja de su tipo de interés en 1705, el carácter fijo de estas rentas y la redención o pérdida de muchos de ellos. En líneas generales este carácter rentista se efectuó fundamentalmente a costa del Tercer Estado de la ciudad, aunque entre los deudores encontraremos además a vecinos de las localidades de Alcalá, Medina, Chiclana, Puerto Real, etc., y a establecimientos eclesiásticos situados bien en la diócesis o en territorios de la actual provincia gaditana dependiente entonces del arzobispado de Sevilla.

Las diferencias económicas existentes en el seno del clero gaditano fueron enormes. En líneas generales, los obispos, el cabildo catedralicio y los conventos más prósperos gozaron de una boyante situación económica, pero este cuadro presenta en algunas zonas unos tintes bastante sombríos: así lo revelan las escasas rentas de algunos conventos, de la mayoría de las fábricas parroquiales (exceptuando la de Santa Cruz) y de los establecimientos benéficos de la urbe. Asimismo, a medida que ascendemos en la jerarquía, la renta per cápita aumenta en idéntica proporción.

De todas maneras, en líneas generales el siglo XVIII fue bastante bueno económicamente hablando para la Iglesia gaditana gracias a las fundaciones de nuevas capellanías, la adquisición de nuevas propiedades

y el aumento del producto garantizado por las ya existentes gracias al incremento de la producción y de los precios agrícolas y al auge del comercio colonial, que de rebote provocará el aumento de los alquileres de fincas urbanas. Si hasta 1750 el aumento de los ingresos es bastante lento, el ritmo se acelera a partir de entonces y, sobre todo, en el último cuarto de la centuria: nunca fueron tan elevados los ingresos de los eclesiásticos gaditanos como lo eran en 1800.

Culturalmente, durante gran parte del siglo XVIII el estamento eclesiástico gaditano estará dominado por los modos de pensamiento tradicionales. Ello tiene mucho que ver con los centros predilectos de formación intelectual; situados principalmente en Cádiz (colegio de Santiago y convento de Santo Domingo) Sevilla, Osuna y Granada; y que en mayor o menor medida estaban imbuidos de un sistema educativo plenamente escolástico, en el que la Teología más tradicional ocupaba un papel fundamental; y ello se refleja en los contenidos de sus bibliotecas y colecciones artísticas: cuadros de devoción, obras hagiográficas, devocionarios, obras teológicas escritas por los neoescolásticos de los siglos XVI y XVII... No obstante, a partir del reinado de Carlos III se notan ciertos síntomas de renovación, pero éstos no se plasman en la penetración de las ideas ilustradas, sino en la difusión del pensamiento regalista y jansenista: así, encontramos en algunas bibliotecas obras de Bossuet, Fleury, Quesnel, Febronio y Van Espen; algún eclesiástico posee licencia para leer libros prohibidos y en algún caso aislado está vinculado a la masonería, como el famoso don Juan Antonio Olavarrieta... pero el fruto más acabado de la difusión de esta ideología se encuentra en el plan de estudios del Seminario de San Bartolomé que entrará en vigor en 1787 y en el que se encuentran la mayoría de los representantes de un jansenismo moderado, como Fleury, Berti, Juenin, Selvagio y Muratori.

La presencia de la Iglesia se dejó notar en todas las facetas de la vida gaditana, si bien a medida que transcurre el siglo XVIII la misma se va difuminando poco a poco. Ello se debe, en primer lugar, a la política regalista de la monarquía de Carlos III (manifestada en la acción de los prelados fray Juan Bautista Servera, don José Escalzo y Miguel y, en menor medida, don Antonio Martínez de la Plaza), pero fundamentalmente a la crisis experimentada por la piedad barroca en todas sus manifestaciones: progresiva laicización de las cláusulas testamentarias, descenso de las confirmaciones, del cumplimiento pascual, de las erecciones de oratorios privados, crisis muy profunda que afecta a numerosas cofradías de la ciudad... si bien no cabe hablar todavía en 1800 de lo que los

historiadores galos (o al menos algunos de ellos) denominan tan tajantemente «descristianización», es obvio que a finales del siglo XVIII la influencia de la Iglesia católica en la vida de la ciudad ha descendido irremisiblemente.

Ese mismo año de 1800 fallecía el prelado don Antonio Martínez de la Plaza, cuya muerte supone el fin del reformismo de los obispos gaditanos, que coincide casi al mismo tiempo con la quiebra de la prosperidad económica de nuestra ciudad. La vorágine de sucesos que acontecen acto seguido nos muestra el fin definitivo de una época en la que Cádiz ya no será el «Emporio del Orbe» de Fray Gerónimo, sino una modesta ciudad de provincias. Don Francisco Javier Cienfuegos y Jove-llanos, prelado de la sede gaditana en 1819-1824, fue promovido posteriormente al arzobispado de Sevilla: por primera vez desde el siglo XVII un titular de la diócesis gadicense dejaba de morir siendo obispo de Cádiz. Nos encontramos ante una época completamente diferente que por sí misma es digna de otro estudio, pero que en este modesto trabajo no podemos abordar.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

CUADRO 1: RENTAS DE LA IGLESIA GADITANA EN 1755

	Seglares	Benefic.	Patrim.Tot.	Clero	TOTAL
1.	75.508	2.343	—	2.343	77.851
2.	10.667.676	2.080.107	385.270	2.465.377	13.133.053
3.	993.619	—	—	—	993.619
4.	1.273.535	371.154	50.366	421.520	1.695.055
5.	14.070	—	—	—	14.070
6.	57.421.144	—	224.025	224.025	57.645.169
7.	61.813	—	—	—	61.813
8.	6.620.020	—	—	—	6.620.020
9.	1.575.360	—	—	—	1.575.360
10.	—	2.300	—	2.300	2.300
11.	292.687	957.762	20.838	978.600	1.271.287
TOTAL	78.995.432	3.413.666	680.499	4.094.165	83.089.597

1.=Tierras. 2.=Casas. 3.=Arbitrio sobre lo comestible.

4.=Enajenado de la Real Corona. 5.=Idem de las rentas provinciales.

6.=Industria y comercio. 7.=Colonos en tierras de eclesiásticos.

8.=Producto de individuos para el personal. 9.=Idem marineros y milicianos.

10.=Diezmos. 11.=Censos.

Cifras en reales. FUENTE: A.H.N., Hacienda, lib. 7496.

CUADRO 2: RENTAS DE LA IGLESIA GADITANA EN 1799

Obispo	668.042 reales
Deán y cabildo catedralicio	945.842
Campo de la Jara	23.481
Pitancería	111.904
Casa almacén pan decimal	3.903
Fábrica iglesia de Santa Cruz	376.742
Obvenciones curas del Sagrario	82.336
Fábricas y rentas parroquiales	100.703
Conventos	1.053.433
Cofradías, hermandades y ord. terceras	245.269
Patrimonios	106.341
Patronatos de Obras Pías	1.632.915
Capellanías	1.070.061
Otros conceptos	50.073
TOTAL	6.471.045

FUENTE: A.C.C., Sección 10, Libro de subsidios de 1777-1802.

CUADRO 3. RENTAS DEL SUBSIDIO

	1.	2.		1.	2.
1700	18.222	32.370	1725	22.991	38.779
1701	18.298	32.368	1726	22.250	37.324
1702	19.759	35.000	1727	22.290	37.579
1703	20.567	36.006	1728	21.817	36.467
1704	20.447	36.012	1729	21.773	36.508
1705	21.403	36.191	1730	20.627	34.288
1706	20.721	37.996	1731	20.121	33.215
1707	21.335	38.921	1732	20.463	33.770
1708	21.184	38.949	1733	20.336	33.638
1709	21.285	38.938	1734	19.848	33.155
1710	22.007	40.282	1735	20.549	33.448
1711	21.587	38.960	1736	20.891	34.296
1712	21.967	39.033	1737	20.554	33.081
1713	—	—	1738	20.885	33.410
1714	—	—	1739	20.470	33.759
1715	—	—	1740	20.624	33.768
1716	—	—	1741	20.269	32.521
1717	22.950	39.910	1742	20.769	34.308
1718	23.138	39.759	1743	20.668	33.446
1719	23.167	39.746	1744	19.798	32.608
1720	23.120	39.746	1745	19.568	32.303
1721	23.471	39.822	1746	19.866	32.325
1722	22.821	38.825	1747	20.244	32.614
1723	23.200	39.311	1748	19.757	32.423
1724	23.310	39.391	1749	20.037	32.903

1. =Cádiz.

2. =Diócesis.

CUADRO 3 (CONTINUACIÓN). RENTAS DEL SUBSIDIO

	1.	2.		1.	2.
1750	20.158	33.196	1775	29.196	45.469
1751	20.138	32.348	1776	30.800	47.649
1752	20.231	32.901	1777	29.913	46.632
1753	20.417	32.976	1778	28.480	44.116
1754	20.847	33.609	1779	28.598	44.565
1755	21.514	35.338	1780	28.859	44.949
1756	20.127	33.125	1781	26.971	42.077
1757	19.110	31.269	1782	32.550	52.052
1758	19.088	30.017	1783	34.500	55.157
1759	19.974	31.803	1784	33.491	53.365
1760	21.202	33.807	1785	30.390	48.374
1761	20.017	31.689	1786	34.457	51.123
1762	20.179	31.737	1787	31.636	51.109
1763	19.551	31.022	1788	31.030	51.109
1764	17.622	27.399	1789	34.451	55.544
1765	17.717	30.376	1790	35.913	57.622
1766	22.007	34.069	1791	40.301	66.051
1767	23.640	36.806	1792	37.896	60.941
1768	25.809	40.245	1793	37.441	60.390
1769	26.843	41.770	1794	40.275	64.820
1770	27.434	42.946	1795	243.306	346.889
1771	27.513	43.344	1796	63.233	90.529
1772	26.485	41.295	1797	67.334	95.477
1773	26.697	41.449	1798	68.514	96.692
1774	29.127	45.343	1799	72.859	104.728

1. = Cádiz.

2. = Diócesis.

Cifras en reales.

FUENTE: A.C.C., Sección 10, Libros de subsidios de 1700-1799.

CUADRO 4. RENTAS DEL EXCUSADO

	1.	2.		1.	2.
1700	11.232	20.517	1731	11.349	20.000
1701	11.743	21.511	1732	11.238	20.000
1702	11.749	21.600	1733	11.177	20.000
1703	12.168	22.000	1734	11.197	20.000
1704	11.839	22.000	1735	11.173	20.000
1705	12.025	22.000	1736	12.175	22.000
1706	11.676	22.000	1737	12.550	22.000
1707	11.867	22.000	1738	12.720	22.000
1708	11.563	22.000	1739	12.039	22.000
1709	11.527	22.000	1740	12.309	22.000
1710	11.610	26.900	1741	12.488	22.000
1711	11.673	22.000	1742	12.394	22.000
1712	11.936	22.000	1743	12.259	22.000
1713	—	—	1744	12.175	22.000
1714	—	—	1745	12.177	22.000
1715	—	—	1746	12.309	22.000
1716	—	—	1747	11.964	22.000
1717	10.983	20.000	1748	12.192	22.000
1718	11.347	20.006	1749	13.285	24.000
1719	11.210	20.000	1750	13.183	24.000
1720	12.320	22.000	1751	13.041	24.000
1721	11.135	20.000	1752	13.414	24.000
1722	11.258	20.000	1753	14.194	25.000
1723	11.355	20.000	1754	13.140	24.000
1724	12.416	22.000	1755	16.709	30.000
1725	12.305	22.000	1756	16.948	30.000
1726	11.325	20.000	1757	16.666	30.000
1727	12.315	22.000	1758	17.401	30.000
1728	11.885	21.000	1759	16.989	30.000
1729	11.793	21.000	1760	17.077	30.000
1730	11.395	20.500	1761	17.530	30.800

1. = Cádiz.

2. = Diócesis.

Cifras en reales.

FUENTE: A.C.C., Sección 10, Libros de Excusados de 1700-1761.

CUADRO 5: RENTAS DE LOS OBISPOS GADITANOS

	1.	2.	3.	4.
1700	—	—	—	166.304
1701	—	—	94.415,26	190.390
1702	3.832,7	702,10	74.278,23	175.518
1703	6.430,10	1.410,5	58.996,12	126.488
1704	4.313,3	845,2	84.555,16	146.836
1705	4.519,5	915,10	61.100	142.372
1706	2.439,6	702,8	50.327,09	125.513
1707	3.251,6	743,7	53.794,21	87.403
1708	1.968,11	479,10	53.419,10	100.800
1709	2.889,9	634,11	—	88.399
1710	3.573,3	515,2	—	109.471
1711	4.567,3	755,3	—	118.812
1712	4.855,7	688,7	—	136.135
1713	—	—	—	—
1714	—	—	—	—
1715	—	—	—	—
1716	—	—	—	—
1717	—	—	—	146.861
1718	—	—	77.621,25	136.722
1719	—	—	79.959,20	155.459
1720	—	—	77.122	182.844
1721	—	—	65.169,01	171.679
1722	—	—	77.407,26	143.403
1723	—	—	82.676,08	173.133
1724	—	—	67.594,23	183.646
1725	8.788,5	2.269,3	—	156.377
1726	7.284,1	1.175,5	—	198.715
1727	5.705,7	1.008	—	186.470
1728	5.368,8	845,1	—	149.026
1729	5.607,2	1.202,9	—	157.220
1730	5.294,4	1.236,6	—	158.308
1731	5.616,9	1.435,9	—	104.010
1732	6.196,8	1.020,1	—	153.423
1733	4.234,4	825,7	—	189.675
1734	3.865,11	647,9	—	166.180
1735	7.162,8	1.610,11	—	138.817

	1.	2.	3.	4.
1736	2.189,8	469,10	—	190.038
1737	2.502,9	530,1	—	132.078
1738	9.058,2	1.751,6	—	118.597
1739	8.345,6	1.776,4	—	198.202
1740	3.277,5	744,5	—	232.695
1741	8.405,3	1.311,3	—	145.634
1742	7.071,9	1.136,5	—	236.068
1743	6.752,9	920,5	76.480,02	185.391
1744	6.471,4	1.028,9	70.376,17	162.257
1745	4.773,7	1.052,3	80.235	155.838
1746	4.678,10	911,6	68.258,04	144.592
1747	5.822,10	808,10	81.329,10	131.856
1748	6.142	797,4	—	155.829
1749	6.758,4	947,4	—	174.942
1750	1.423,6	257,7	—	179.717
1751	3.850,6	636,4	—	90.000
1752	5.716,7	623	—	142.382
1753	4.208,7	777,10	—	218.539
1754	12.926,10	2.139,8	—	166.040
1755	9.931,1	1.597,8	—	300.422
1756	5.891,9	854,8	—	268.666
1757	4.664,9	771,9	—	222.000
1758	5.352,7	856,7	—	179.150
1759	6.177,4	1.243,3	—	203.917
1760	4.596,2	764	140.915,01	244.194
1761	6.744,4	1.131,3	116.362,14	201.675
1762	5.259,9	578,1	111.420,11	205.430
1763	—	—	78.698,09	178.836
1764	—	—	106.680,11	111.876
1765	—	—	98.349,20	170.433
1766	—	—	115.817,23	149.876
1767	—	—	122.076,02	218.693
1768	—	—	136.545,12	181.172
1769	—	—	141.154,11	199.794
1770	—	—	—	221.030
1771	—	—	—	229.285
1772	—	—	—	195.269
1773	—	—	—	198.352
1774	—	—	153.440,24	243.893

	1.	2.	3.	4.
1775	—	—	157.852,27	248.223
1776	—	—	151.171,03	282.670
1777	—	—	165.000,08	261.236
1778	—	—	162.227,07	239.243
1779	5.531,7	507,9	—	242.229
1780	5.684,1	623,5	—	237.282
1781	10.472,3	1.266,8	—	191.130
1782	12.934,9	1.699	—	328.473
1783	11.966,3	1.453,3	—	374.874
1784	2.682,8	594,1	—	346.665
1785	—	—	—	197.328
1786	—	—	—	219.511
1787	—	—	—	214.020
1788	—	—	—	211.712
1789	—	—	—	254.812
1790	—	—	—	287.210
1791	—	—	223.846,18	350.739
1792	—	—	230.418,29	312.250
1793	—	—	235.848,31	292.825
1794	—	—	209.589,05	329.994
1795	—	—	266.784,01	503.922
1796	—	—	282.690,03	513.767
1797	—	—	292.008,27	475.857
1798	—	—	315.751,33	517.050
1799	—	—	254.157,21	668.042
1700-09	3.705(8)	803(8)	66.360(8)	135.002
1710-19	4.331(3)	652(3)	78.790(2)	133.909
1720-29	6.550(5)	1.299(5)	73.993(5)	170.251
1730-39	5.446(10)	1.129(10)	—	182.191
1740-49	6.014(10)	965(10)	75.335(5)	172.510
1750-59	6.013(10)	975(10)	—	197.083
1760-69	5.533(3)	824(3)	106.801(10)	186.197
1770-79	5.531(1)	507(1)	157.938(5)	236.142
1780-89	8.747(5)	1.127(5)	—	257.580
1790-99	—	—	256.787(9)	432.860

1.=Trigo en fanegas y celemines.

2.=Cebada en fanegas y celemines.

3.=Diezmos de maravedises en reales y maravedises.

4.=Renta anual según los libros de subsidios.

FUENTE: A.C.C., Sección 8, serie 5 (columnas 1 y 2).

A.C.C., Sección 8, serie 4 (columna 3).

A.C.C., Sección 10, Libros de subsidios (columna 4).

Las cifras entre paréntesis indican el número de años conocido.

CUADRO 6: CAPITULARES GADITANOS EN EL SIGLO XVIII

Dignidades

D. PEDRO FRANCISCO BARROSO DEL POZO, deán	1676-1722
D. JUAN PABLO PORCIO BARROSO, deán	1722-1749
D. LORENZO NICOLÁS IBÁÑEZ PORCIO, deán	1750-1767
D. MANUEL FÉLIX DE GORRICHATEGUI, deán	1768-1779
D. ANTONIO GUERRERO Y ARANDA, deán	1780-1800
D. TOMÁS EUSEBIO DE ASTORGA, arcediano de Cádiz	1671-1722
D. BERNARDO ORTIZ DE ZARATE, arcediano de Cádiz	1722-1765
D. DOMINGO DE VILLANUEVA, arcediano de Cá- diz	1765-1790
D. RODRIGO CAVALLERO, arcediano de Cádiz	1791-1803
D. BARTOLOMÉ DE ESCOTO Y BOHÓRQUEZ, chantre	1678-1700
D. JUAN FELIPE GARCÍA DE ARIÑO, chantre	1700-1719
D. SEBASTIÁN DE VILLANUEVA, chantre	1719-1731
D. TOMÁS ESTEBAN RODRÍGUEZ DEL OLMO, chantre	1731-1744
D. ESTEVAN GÁMEZ DEL OLMO, chantre	1744-1768
D. NICOLÁS DE LA ROSA Y CHACÓN, chantre	1768-1812
D. JUAN DE CASADEVARTE, maestrescuela	1681-1723
D. JUAN BAUTISTA DE ZULOAGA, maestrescuela	1724-1760
D. PEDRO MANUEL SÁNCHEZ BERNAL, maes- trescuela	1760-1800
D. ANTONIO BRACAMONTE, tesorero	1673-1738

D. FRANCISCO RAMÓN INFANTE DE ÓLIVARES, tesorero	1739-1757
D. MIGUEL RAMÓN GONZÁLEZ DEL CAMINO, tesorero	1758-1773
D. JUAN SÁNCHEZ BERNAL, tesorero	1774-1776
D. FRANCISCO GARCÍA COLORADO Y TOLEDANO, tesorero	1778-1781
D. MANUEL DE AZAMOR, tesorero	1784
D. GERÓNIMO DE HERRERA, tesorero	1786-1794
D. LUIS MANUEL DE MOLINA, tesorero	1797-1799
D. GERÓNIMO RAVASCHIERO Y FIESCO, arcediano de Medina	1695-1712
D. FRANCISCO DEL OLMO PAJARES, arcediano de Medina	1715-1746
D. FRANCISCO ACEDO DEL OLMO, arcediano de Medina	1746-1778
D. PEDRO JUAN BUENAVENTURA Y JAIME SERVERA, arcediano de Medina	1778-1814

Canónigos

D. ANTONIO DE ROXAS Y ANGULO, magistral	1680-1715
D. FRANCISCO LARRAMENDI, magistral	1716-1757
D. JOSEPH MARTÍN Y GUZMÁN, magistral	1757-1781
D. JUAN DE SANTA CRUZ, magistral	1782-1794
D. FRANCISCO MELITÓN Y MEMIGE, magistral	1797-1800
D. JUAN ORTIZ DE ZARATE Y LETONA, doctoral	1685-1711
D. PEDRO DE GUZMÁN MALDONADO, doctoral	1712-1736
D. JUAN FÉLIX DE ARJONA, doctoral	1737-1766
D. JOSEPH MUÑOZ Y RASO, doctoral	1767-1810
D. MATEO DE LEGORBURU, penitenciario	1687-1709
D. JUAN JOSEPH DURÁN Y TENDILLA, penitenciario	1709-1734
D. JACINTO AGUADO Y CHACÓN, penitenciario	1733-1755
D. PEDRO JOSEPH DE VERA Y BAENA, penitenciario	1756-1764
D. MIGUEL BENITO DE ORTEGA COBO, penitenciario	1764-1784
D. CAYETANO HUARTE, penitenciario	1787-1806
D. TOMÁS AGÜERO DE LA LLAVE, lectoral	1696-1705

D. FRANCISCO DE ESPINOSA DE LOS MONTE- ROS, lectoral	1706-1744
D. GERÓNIMO IGNACIO CAVERO, lectoral	1745-1765
D. ANDRÉS JOSEPH DEL BARCO, lectoral	1766-1784
D. ANTONIO TRIANES, lectoral	1786-1840
D. FRANCISCO DE LOS CAMEROS	1646-1704
D. ANTONIO GARCÍA DE LA YEDRA	1665-1713
D. BARTOLOMÉ DE ESCOTO Y BOHÓRQUEZ	1678-1700
D. FRANCISCO DE LA SIERRA	1679-1708
D. ANTONIO DE ROXAS Y ANGULO	1680-1715
D. JUAN ORTIZ DE ZARATE Y LETONA	1685-1711
D. MATEO DE LEGORBURU	1687-1709
D. GERÓNIMO DE ZARSOSA	1692-1707
D. GERÓNIMO ALEJANDRO DE FONTANILLA	1697-1728
D. PEDRO DE LOS CAMEROS	1704-1709
D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE LA LLAVE	1707-1756
D. JUAN SÁNCHEZ DE LA LLAVE	1708-1720
D. ANDRÉS DE LA SIERRA VARGAS MACHUCA	1709-1726
D. CAYETANO DE VARA	1721-1742
D. FRANCISCO DE CEPEDA	1721-1734
D. JUAN GERÓNIMO DE TEXADA	1725-1771
D. DIEGO FELIPE VIGO	1730-1783
D. JUAN DOMINGO LASQUETI	1732-1767
D. ALEJANDRO PAVIA	1740-1776
D. JUAN LÓPEZ AGÜERO DE LA LLAVE	1745-1766
D. VICENTE MORENO Y ROCA	1767-1793
D. RODRIGO CAVALLERO Y SOLORZANO	1768-1791
D. FRANCISCO ANTONIO TOMATI	1774-1792
D. PEDRO JOSEPH DE RIBERA	1777-1780
D. ANTONIO LADERO	1784-1809
D. FRANCISCO DE CARASA Y SOUSA	1793-1800
D. JUAN DE ZAMORA	1793-1800
D. FRANCISCO DE LA PLAZA	1795-1821

Raciones y medias raciones

D. JUAN ALVAREZ PAJE	1675-1719
D. AGUSTÍN DE BUSTAMANTE	1677-1723
D. LUIS GONZÁLEZ DE ALBELDA	1681-1753
D. MELCHOR IZQUIERDO	1689-1730

D. PEDRO DE ARANA	1690-1722
D. THOMÁS SERRANO	1692-1713
D. FRANCISCO DE CEPEDA GUERRERO	1692-1721
D. SEBASTIÁN CAVALLERA	1692-1723
D. CRISTÓBAL MUÑOZ CORREA	1692-1738
D. JUAN ANTONIO DE ROJAS Y CONTE	1692-1739
D. DIEGO AGUSTÍN DE ROJAS	1694-1715
D. JUAN CARLOS DE AHUMADA	1695-1738
D. LUIS PABLO DE HERRERA	1695-1755
D. MANUEL DE GÁLVEZ	1700-1722
D. JUAN ANTONIO DE SOSA SOTOMAYOR	1706-1737
D. BARTOLOMÉ DE VERA Y BAENA	1706-1756
D. GASPAR DE LOS REYES ESQUIVEL	1708-1733
D. JUAN SERVOIS	1713-1739
D. JOSEPH DE ISASI	1715-1738
D. JUAN MARCOS DE MORA Y FIGUEROA	1717-1725
D. MANUEL DE HOROZCO	1722-1728
D. MANUEL CAMACHO	1723-1752
D. LUIS DE ROLA Y TORRES	1723-1753
D. JUAN MARGALI	1723-1736
D. ANTONIO MIGUEL DE PALMA	1724-1738
D. FRANCISCO REMONDINO	1729-1739
D. JUAN LASQUETI	1729-1731
D. ANTONIO PESENTI	1732-1744
D. PEDRO DE ARTEAGA	1734-1779
D. JUAN DE SOUSA FONTECHA	1734-1769
D. FRANCISCO DE LUARCA Y COGET	1735-1781
D. FRANCISCO TOMATI	1736-1773
D. JOSEPH FELIPE VIDAL CHAVES	1736-1774
D. JOSEPH DE MORALES	1738-1757
D. PEDRO XIMÉNEZ MONTALVO	1739-1783
D. PEDRO DE ELISONDO	1739-1742
D. PEDRO GUERZI	1743-1781
D. MARTÍN DE ECHALECU	1743-1771
D. AGUSTÍN HERQUE	1743-1786
D. PEDRO DE VERA Y BAENA	1744-1757
D. FRANCISCO JOSEPH REMONDINO	1754-1773
D. ANDRÉS JOSEPH DEL BARCO	1756-1766
D. NICOLÁS DE LA ROSSA	1757-1768

D. CRISTÓBAL GROSSO	1758-1779
D. JUAN SÁNCHEZ MANUEL BERNAL	1766-1773
D. JOSEPH DOMÍNGUEZ DE RIVAS	1769-1809
D. PEDRO ESPINOSA BLANQUETO	1769-1778
D. PEDRO CHAVES DE LA ROSA	1771-1778
D. CAYETANO HUARTE	1773-1787
D. GERÓNIMO DE HERRERA Y EGUES	1774-1784
D. DOMINGO COSTA	1774-1800
D. JUAN ANTONIO ORTIZ DE ZARATE	1775-1796
D. JUAN BAPTISTA DE YVISA	1778-1790
D. DIEGO RODRÍGUEZ DE LA TORRE	1778-1800
D. FRANCISCO DE CARASA Y SOUSA	1779-1792
D. GERÓNIMO DE LUQUE	1781-1797
D. JOSEPH BELLONI	1784-1808
D. NICOLÁS LÓPEZ MADERA	1786-1810
D. JOSÉ VILLAR DEL VAGO	1788-1814
D. JOSEF GARCÍA DURÁN	1793-1805
D. MATÍAS ELEJABURU	1793-1819
D. MANUEL DE COS	1793-1815
D. JOSEF HERNANDO BARRIO	1794-1824
D. FRANCISCO DE PAULA ARROYO	1798-1822
D. JOSÉ AMARILLA Y HUERTOS	1799-1805

CUADRO 7: INGRESOS DECIMALES DEL CABILDO CATEDRALICIO

	1.	2.	3.
1700	—	—	—
1701	—	—	136.245,02
1702	5.657,6	1.003,1	107.838,14
1703	9.351,7	2.070,11	85.734,20
1704	6.322,4	1.269,6	118.524,13
1705	6.806,1	1.403,4	90.957
1706	3.509,5	999,6	73.516,15
1707	4.847	1.095,5	77.791,15
1708	2.877,6	694,5	82.960,18
1709	4.172,11	912,8	97.517
1710	5.473	773,8	104.334,14

	1.	2.	3.
1711	6.749,6	1.156,4	—
1712	6.826,5	972,2	—
1713	—	—	—
1714	—	—	—
1715	—	—	—
1716	—	—	—
1717	—	—	—
1718	—	—	111.473,31
1719	—	—	111.614,03
1720	—	—	110.159,30
1721	—	—	91.619,13
1722	—	—	110.787,20
1723	11.842	2.418	117.771,04
1724	10.039	2.031	98.468,06
1725	13.053,11	3.263,10	120.976,29
1726	10.842,3	1.714,10	132.083,32
1727	8.492,1	1.488,9	106.048,15
1728	7.945,7	1.275,3	125.956,22
1729	8.378,1	1.872,2	116.072,05
1730	8.075,3	1.877,9	151.705,20
1731	7.985,11	2.225,7	155.062,33
1732	9.453,4	1.558,7	159.307,12
1733	6.397,1	1.230,3	—
1734	5.976,3	958,10	—
1735	11.047,10	2.427,2	—
1736	3.246,3	698,6	—
1737	3.765,3	762,11	—
1738	13.894,2	2.638,2	—
1739	12.942,10	2.761,8	—
1740	4.769,7	1.065,3	—
1741	12.801,3	2.050,8	—
1742	10.788,10	1.722,8	—
1743	10.218,5	1.380	108.682,06
1744	9.893,3	1.551,7	97.948,11
1745	7.190,3	1.570,9	112.542,18
1746	7.047,11	1.326,8	98.320,16
1747	9.035,1	1.246,11	114.514,05
1748	9.620,7	1.232,10	—
1749	10.187,4	1.439,8	—

	1.	2.	3.
1750	1.895,8	358,9	—
1751	5.684,5	967,3	—
1752	8.559,9	970,7	—
1753	6.266	1.160,4	—
1754	19.996,5	3.285,7	—
1755	14.823,1	2.359,2	—
1756	9.127,5	1.301,11	—
1757	6.939,1	1.125,10	—
1758	7.911,10	1.266,7	—
1759	9.113,8	1.786,5	—
1760	6.866,2	1.087,10	206.496,16
1761	10.433,2	1.691,7	166.486,14
1762	8.080,6	882	162.318,15
1763	—	—	114.005,06
1764	—	—	152.754,02
1765	—	—	141.444,21
1766	—	—	166.616,06
1767	—	—	175.675,30
1768	—	—	196.145,32
1769	—	—	203.493,02
1770	—	—	—
1771	—	—	—
1772	—	—	—
1773	—	—	—
1774	—	—	217.947,26
1775	—	—	223.845,29
1776	—	—	250.442,03
1777	—	—	231.454
1778	—	—	233.071,06
1779	7.923,10	689,3	—
1780	7.950,1	802,9	—
1781	15.508,10	1.691,9	—
1782	18.700,6	2.248,1	—
1783	17.434	1.924,8	—
1784	3.431,10	657,5	—
1785	—	—	—
1786	—	—	—
1787	—	—	—
1788	—	—	—

	1.	2.	3.
1789	—	—	—
1790	—	—	—
1791	—	—	317.117,26
1792	—	—	327.389,32
1793	—	—	33.385,23
1794	—	—	296.371
1795	—	—	379.897,16
1796	—	—	395.291,22
1797	—	—	405.209,26
1798	—	—	438.585,05
1799	—	—	349.911,04
1700-09	5.442(8)	1.180(8)	96.786(9)
1710-19	6.349(3)	967(3)	109.940(3)
1720-29	10.084(7)	2.008(7)	112.993(10)
1730-39	8.278(10)	1.713(10)	155.358(3)
1740-49	9.154(10)	1.458(10)	106.401(5)
1750-59	9.031(10)	1.457(10)	—
1760-69	8.459(3)	1.220(3)	168.543(10)
1770-79	7.923(1)	689(1)	231.351(5)
1780-89	12.604(5)	1.464(5)	—
1790-99	—	—	360.350(9)

1.=Trigo en fanegas y celemines.

2.=Cebada en fanegas y celemines.

3.=Rentas de maravedises en reales y maravedises.

FUENTE: A.C.C., Sección 8, serie 5 (columnas 1 y 2).

A.C.C., Sección 8, serie 4 (columna 3).

Las cifras entre paréntesis indican el número de años conocido.

CUADRO 8: INGRESOS TOTALES DEL CABILDO CATEDRALICIO

	1.	2.	3.	4.
1700	—	—	—	234.754
1701	—	—	—	274.641
1702	—	—	—	253.662

	1.	2.	3.	4.
1703	—	—	—	180.328
1704	130.753,08	50.136,12	80.616,30	209.653
1705	114.064,18	61.393,06	52.671,12	199.144
1706	91.832,17	48.859,14	42.973,03	184.804
1707	91.734,24	51.916,21	39.818,03	122.548
1708	96.528,04	46.045,15	50.482,23	143.615
1709	111.954,08	50.394,09	61.559,33	123.793
1710	119.098,24	52.798,23	66.300,01	154.747
1711	—	—	—	173.632
1712	—	—	—	195.733
1713	—	—	—	—
1714	—	—	—	—
1715	—	—	—	—
1716	—	—	—	—
1717	—	—	—	213.763
1718	—	—	—	197.528
1719	—	—	—	224.537
1720	—	—	—	262.418
1721	—	—	—	249.851
1722	—	—	—	205.190
1723	135.652,13	60.474,19	75.177,28	249.749
1724	122.347,11	57.245,27	65.101,18	265.738
1725	137.685,03	65.494,17	72.190,20	225.954
1726	151.953,31	55.864	96.089,31	286.921
1727	122.205	54.558,27	67.646,07	268.234
1728	143.863,26	57.740,29	86.122,31	212.124
1729	138.916,26	57.181,33	81.734,27	224.880
1730	174.994,01	61.595,23	113.398,12	227.457
1731	174.781,26	55.194,31	119.586,29	255.261
1732	175.103,09	57.417	117.686,09	262.794
1733	—	—	—	276.381
1734	—	—	—	240.032
1735	—	—	—	200.166
1736	—	—	—	276.091
1737	—	—	—	186.562
1738	—	—	—	164.217
1739	—	—	—	293.327
1740	—	—	—	341.717
1741	—	—	—	202.075

	1.	2.	3.	4.
1742	—	—	—	340.716
1743	123.626,28	54.169,10	69.457,18	268.857
1744	116.370,03	54.152,12	62.217,25	233.836
1745	128.754,20	53.064,04	75.690,16	224.510
1746	118.241,16	52.242,22	65.998,28	204.765
1747	131.766,16	55.271,26	76.494,24	189.467
1748	—	—	—	225.159
1749	—	—	—	257.540
1750	—	—	—	263.296
1751	—	—	—	120.840
1752	—	—	—	205.328
1753	—	—	—	316.395
1754	—	—	—	236.145
1755	—	—	—	449.655
1756	—	—	—	387.459
1757	—	—	—	325.724
1758	—	—	—	253.403
1759	—	—	—	295.663
1760	219.613,23	59.753,01	159.860,22	356.230
1761	181.906,19	54.618,29	127.287,24	292.408
1762	179.437,25	49.484,17	129.953,08	299.669
1763	130.094,30	44.573,22	85.521,08	261.215
1764	170.021,01	46.861,13	123.159,22	162.380
1765	180.678	58.135	122.543	247.258
1766	233.067,15	66.712,21	166.354,28	213.264
1767	234.738,20	65.021,03	169.717,17	312.219
1768	263.056,27	63.465,29	199.590,32	254.383
1769	269.488,24	68.595,04	200.893,20	283.348
1770	—	—	—	313.841
1771	—	—	—	323.211
1772	—	—	—	273.992
1773	—	—	—	274.017
1774	300.288,19	73.663,20	226.624,33	343.218
1775	325.777	76.105	249.672	340.775
1776	283.470	87.501,17	195.968,17	401.668
1777	267.836,10	94.178,03	173.650,07	369.560
1778	281.574,12	88.991,20	192.582,26	328.810
1779	—	—	—	336.255
1780	—	—	—	335.737

	1.	2.	3.	4.
1781	—	—	—	261.371
1782	—	—	—	465.863
1783	—	—	—	535.394
1784	—	—	—	494.529
1785	—	—	—	273.898
1786	—	—	—	308.461
1787	—	—	—	296.667
1788	—	—	—	292.188
1789	—	—	—	355.058
1790	—	—	—	404.677
1791	369.561,02	128.077,31	241.483,05	503.394
1792	369.675,30	120.488,11	249.187,19	431.627
1793	373.989,33	154.854	219.135,33	414.502
1794	358.327,20	171.874,14	186.453,06	474.039
1795	442.545	150.129,19	292.415,15	716.586
1796	466.682	130.301	336.381	733.688
1797	473.494,21	182.933,27	290.560,28	668.572
1798	554.519	202.564	351.955	718.612
1799	468.397,16	453.343,16	15.054	945.842
1700-09	106.144(6)	51.457(6)	54.686(6)	192.703
1710-19	119.098(1)	52.798(1)	66.300(1)	193.323
1720-29	136.231(7)	58.365(7)	77.866(7)	245.105
1730-39	174.959(3)	58.068(3)	116.891(3)	238.228
1740-49	123.751(5)	53.779(5)	69.972(5)	248.864
1750-59	—	—	—	285.381
1760-69	206.209(10)	57.721(10)	148.488(10)	268.237
1770-79	291.789(5)	84.087(5)	207.702(5)	330.534
1780-89	—	—	—	361.916
1790-99	430.798(9)	188.284(9)	242.414(9)	648.567

1.=Ingresos totales en reales (diezmos de mrs. y otras rentas del cabildo; no van incluidos los diezmos en trigo y cebada).

2.=Gastos totales.

3.=Dinero a repartir entre los capitulares.

4.=Ingresos totales del cabildo (diezmos de pan y maravedises, más 4.400 reales de otros ingresos), según los Libros de subsidios.

FUENTE: A.C.C., Sección 8, serie 4 (columnas 1, 2 y 3).

A.C.C., Sección 10, Libros de subsidios (columna 4).

Cifras en reales y maravedises.

CUADRO 9: CAPELLANÍAS: NÚMERO TOTAL Y RENTA ANUAL

	1.	2.		1.	2.
1700	890	566.140	1735	1131	545.457
1701	902	561.390	1736	1131	554.767
1702	910	566.798	1737	1142	565.222
1703	917	581.035	1738	1144	567.293
1704	926	585.298	1739	1164	585.826
1705	941	592.984	1740	1164	591.187
1706	941	423.432	1741	1172	593.829
1707	952	403.934	1742	1172	598.586
1708	959	413.296	1743	1182	631.408
1709	961	410.311	1744	1191	623.390
1710	970	415.628	1745	1191	599.407
1711	970	415.458	1746	1191	616.552
1712	981	426.242	1747	1202	666.164
1713	—	—	1748	1205	602.752
1714	—	—	1749	1205	611.185
1715	—	—	1750	1205	604.735
1716	—	—	1751	1223	653.905
1717	1007	430.239	1752	1224	640.634
1718	1013	434.589	1753	1238	663.203
1719	1013	444.861	1754	1238	675.832
1720	1018	445.166	1755	1238	678.357
1721	1032	486.739	1756	1238	673.367
1722	1032	464.915	1757	1268	688.499
1723	1058	471.830	1758	1271	786.562
1724	1058	477.770	1759	1271	790.129
1725	1067	487.714	1760	1283	803.072
1726	1073	500.882	1761	1294	823.221
1727	1073	498.135	1762	1300	838.107
1728	1074	495.281	1763	1300	825.930
1729	1089	497.198	1764	1301	810.631
1730	1089	503.469	1765	1312	809.851
1731	1096	589.318	1766	1312	832.832
1732	1100	545.539	1767	1312	823.395
1733	1112	522.640	1768	1325	850.089,17
1734	1112	536.023	1769	1330	876.513,16

	1.	2.		1.	2.
1770	1331	876.351	1785	1358	978.426
1771	1334	853.776	1786	1358	971.957
1772	1335	877.944	1787	1377	977.036
1773	1340	898.355	1788	1377	936.009
1774	1343	904.041	1789	1377	1.015.334
1775	1344	927.056	1790	1377	1.017.531
1776	1345	921.903	1791	1381	1.077.605
1777	1345	923.558	1792	1382	1.110.779
1778	1350	927.925	1793	1382	1.091.328
1779	1352	927.368	1794	1383	1.101.503
1780	1352	926.701	1795	1383	1.059.056
1781	1358	934.702	1796	1383	1.042.367
1782	1358	948.918	1797	1383	1.065.304
1783	1358	960.495	1798	1385	1.080.360
1784	1358	987.976	1799	1385	1.070.061

1.=Total de capellanías erigidas.

2.=Renta global. Cifras en reales y maravedises.

FUENTE: A.C.C., Sección 10, Libros de subsidios.

CUADRO 10: CARGO Y DATA ANUAL DEL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN

	1.	2.	3.	4.	5.
1700(1)	21.252,32	24.307	11.203,25	56.763,23	33.000
1701	45.203,01	35.280,17	15.922,31	96.409,15	53.000
1702	60.837,29	31.976	14.438,08	107.252,03	50.765
1703	94.403,13	27.406,25	16.232,32	138.043,02	9.730,08
1704	156.651,22	26.497,17	16.915,10	200.064,15	33.310,04
1705	192.630,10	26.622	12.880,03	232.132,13	30.604,08
1706-1707	194.905,17	48.462,07	20.153,22	263.521,12	64.596
1708	142.549,08	23.458,29	10.077,26	176.085,29	49.201,14
1709	120.823,30	22.736,26	12.175,17	155.736,05	41.622,14
1710-1711	182.414,15	47.491,22	21.283,19	251.189,22	64.596
1712	183.779,06	28.411,01	10.799,29	222.990,02	26.295,23
1713	204.829,25	32.304,15	11.280,08	248.414,14	40.396,07
1714	224.454,01	38.316,14	10.506,01	273.276,16	56.909,24

	1.	2.	3.	4.	5.
1715	195.024,12	42.730,10	9.657,06	247.411,28	37.932,13
1716	196.938,24	40.518,13	7.525,31	244.983	50.109,27
1717	142.420,21	50.235,25	16.089,15	208.745,27	66.492,25
1718	97.754,21	57.204,33	7.439,32	162.399,08	84.027,19
1719	96.262,12	60.831,01	7.156,20	164.249,33	81.635,24
1720	97.756,27	64.842,23	7.367,18	169.967	93.223,17
1721(2)	32.588,24	23.010,22	1.733,31	57.333,09	29.582,02
1782(3)	—	—	—	170.485,08	177.354,12
1783	—	—	—	266.769,17	269.087,17
1784	—	—	—	263.591,22	263.986,18
1785	8.916	248.351,07	12.222,19	269.489,26	300.669,20
1786	—	—	—	263.719,11	323.344,23
1787	—	—	—	254.137,33	304.235,20
1788	—	—	—	254.773,14	308.168,09
1789	—	—	—	252.452,33	297.295,31
1790	—	—	—	253.134,33	298.283,31
1791	—	—	—	295.006,02	327.597,24
1792	—	230.252,16	10.743,19	240.996,01	286.915,35
1793(4)	—	—	—	182.437,32	216.660,32

(1) Datos de 8 meses (2) Datos de 4 meses (3) Datos de 8 meses
 (4) Datos de 8 meses.

1.=Cargos de rezagos (ingresos atrasados).

2.=Cargos de casas.

3.=Cargos de censos.

4.=Cargos totales.

5.=Data.

FUENTE: A.H.N., Clero, lib. 1783 (1782-1793) y 1802 (1700-1721).

Cifras en reales y maravedises.

CUADRO 11: INGRESOS DE LAS COFRADÍAS GADITANAS (1799)

Hermandades del Santísimo y Ánimas (Ig. Sta. Cruz)	7.465
Hermandad de la nación genovesa (Ig. Sta. Cruz)	2.850
Hermandad de San Pedro (Ig. Santiago)	1.203,18
Cofradía de Penitencia del Santísimo Cristo de la Piedad (Ig. Santiago)	—
Compañía Espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Señora de los Milagros (Ig. Santiago)	—
Archicofradía de Nuestra Sra. de los Angeles (Ig. Rosario)	2.705,24
Esclavitud del Santísimo Patriarca San José (Ig. Rosario)	5.496,15
Hermandad de Nuestra Señora del Patrocinio (San Antonio)	900
Santo Cristo de la Columna (San Antonio)	810
Hermandad de Nuestra Sra. de los Desamparados (San Antonio)	—
V.O.T. de servitas de María Santísima (San Lorenzo)	?
Archicofradía de la Virgen del Pilar (San Lorenzo)	360
Venerable cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Afligidos (San Lorenzo)	900
Cofradía del Rosario de María Stma. del Poder Divino (Ig. de La Castrense)	—
Hermandad de la Compañía Espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Señora del Pópulo (Capilla del Pópulo)	585
Archicofradía de la Divina Pastora (Capilla de la Pastora)	4.380
Archicofradía del Stmo. Rosario de Nra. Sra. de la Palma (Capilla de la Palma)	—
Hermandad de Nra. Sra. de los Remedios (Capilla de los Blancos)	—
Archicofradía del Stmo. Rosario de Nuestra Madre y Señora del Carmen (Hospital de Mujeres)	—
Hermandad de Nuestra Madre y Señora de Belén (Hospital Expósitos)	—
Cofradía de Penitencia del Santísimo Cristo Ecce Homo (Ig. San Pablo)	—
Cofradía de Penitencia de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Convento Sta. María)	?

Hermandad de Nra. Madre y Sra. de la Soledad (Convento de Santa María)	—
Cofradía del glorioso patriarca San José (Convento Candelaria)	13.426
Archicofradía de Sta. Lucía (Convento de Candelaria)	67,04
Hermandad de Jesús del Prendimiento y Lágrimas de María Stma. (Convento de las Descalzas)	—
Hermandad del Santísimo Sacramento (Convento San Francisco)	13.320
Hermandad del Santísimo Cristo de la Veracruz (Convento de San Francisco)	3.553
Hermandad de Nuestra Sra. de los Remedios (Convento S. Fco.)	?
V.O.T. de Nuestro Padre San Francisco (Convento S. Fco.)	18.780
Cofradía de Nra. Sra. de la Cabeza y San Francisco de Paula (Convento San Francisco)	?
Hermandad de Nuestra Señora de las Mercedes y San Crispín y San Crispiniano (Convento de los descalzos)	?
V.O.T. de Penitencia de Nuestro Padre San Francisco (Convento de los descalzos)	?
V.O.T. de Nuestro Padre San Francisco (Convento de capuchinos)	2.556,20
V.O.T. de Nuestro Padre San Agustín y Esclavitud del Santísimo Sacramento (Convento de San Agustín)	—
Hermandad del Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia (Convento de San Agustín)	?
Hermandad de Nra. Sra. de los Angeles (Convento S. Agustín)	66
Hermandad de Nra. Sra. de Gracia (Convento S. Agustín)	1.800
Hermandad de San Nicolás Tolentino (Convento S. Agustín)	11.880
Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús (Convento de Santo Domingo)	600
V.O.T. de Nuestro Padre Santo Domingo (Convento Sto. Domingo)	—
Archicofradía de Nra. Sra. de la Concepción (Convento de mercedarios)	—

Archicofradía del Dulce Nombre de María Santísima (Convento de mercedarios)	—
Cofradía de Nuestra Madre Santísima del Carmen (Convento de carmelitas)	8.842,17
Archicofradía del Santísimo Rosario de Nuestra Sra. de la Bendición de Dios (Convento de carmelitas)	—
Hermanidad del Señor San Lázaro (Convento San Juan de Dios)	231
Hermanidad del Santo Cristo de la Misericordia	1.141
Cofradía del Stmo. Cristo del Descendimiento (Convento de Candelaria)	2.010
Hermanidad de la Cía. Espiritual del Smo. Rosario de Nuestra Sra. del Sagrario (Iglesia de San Pablo)	—
Hermanidad de Nra. Sra. de las Angustias	180
Cofradía de Nuestra Sra. del Rosario (Convento Sto. Domingo)	6.603
Hermanidad de María Stma. de la Misericordia (Convento Sto. Domingo)	4.020
Hermanidad del Stmo. Rosario de Nra. Sra. de la Candelaria (Convento de Candelaria)	—

TOTAL: 116.731 reales y 30 maravedises.

FUENTE: A.D.C., Varios, leg. 1879, «Copia del expediente actuado para la intimación de los administradores patronos mayores... a cuyo cargo corren las obras pías, patronatos y cofradías de esta ciudad» (1799).

CUADRO 12: PATRONATOS EXISTENTES EN 1799

D. Nicolás Fernández del Castillo	120.826 rs.
Doña Luisa María de Segura	21.629
Doña Francisca Vendrel	15.051
Doña Constanza Rivera	8.910
D. Pedro de la Torre	7.317
Margarita Lanz	4.612
Deán Villavicencio	1.229
Sebastián Rodríguez de Peralta	29.106
Margarita Núñez Chacón	38.656
D. Juan de Apaolaza	17.718
Juan Martínez Antezana	12.185
Joseph Antonio Camacho	6.417
D. Antonio Gerónimo Candioti	46.016
D. Pedro Veroguia	35.366
D. Juan Fragela	162.192
Hidalgo	—
Arcediano de Medina Guevara	12.636
Juana Pesquera	6.663
Teresa Yparaguirre	8.594
Gertrudis Pérez Rendón	9.490
Baltasar Franco	6.709
María de Vega Matamoros	4.251
Racionero Gutiérrez	907
San Carlos	1.139
Pedro Carvajal	396
Deán Porcio	127.521
Moreno	—
Francisco Burayo	25.613
María del Carmen Andino	38.601
Alejandro Pavía	5.047
Joseph Gutiérrez	34.180
Alejandro Juan de Torres	6.135
D. Juan Marcelo de la Fuente	7.950
D. Pedro de Rojas	35.817
Joseph de Olvera	15.516
Rodrigo Noberto	17.926
Canónigo Barragán	19.282

Racionero Barrios	17.191
Doña María Ferriol	3.180
Anjián Boquín	1.912
Melchora de los Reyes	363
Doña Teresa Hurtado	10.340
Julián Rodríguez Duro	30.970
Doña Ignacia Maltés	6.992
Céspedes	36.351
Racionero D. Gerónimo Fernández de Villanueva	70.296
Juana Martínez Zuzálaga	13.641
Agudelo	9.026
Sebastián Moreno Estopiñán	20.566
Ignacio Elizondo	21.932
Roberto Ramírez	3.550
Simón Marcelo de la Fuente	20.068
María Antonia Herrera	7.295
Armengual	4.050
Jaime de Luna	16.737
Juan de los Reyes Garro	32.705
Melchor de Cuéllar	9.871
Melchor de Cuéllar	5.888
D. Francisco Villalón	660
María Valle	18.000
D. Fernando Doblado	14.871
D. Sebastián Pinto	92.025
D. Juan Hinojosa	2.035
Antonio Andíbar	300
Ana Díaz	222
Antonio de la Yust	6.600
Manuel de Ylibarri	18.248
Miguel Aróstegui	13.193
D. Pedro de la O	171.134
Doña Ignacia Maltés	3.000
D. Joseph Potuliet	38.100

TOTAL: 71 patronatos con una renta de 1.632.915 reales.

FUENTE: A.C.C., Sección 10, Libro de subsidios de 1777-1802.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

1) ARCHIVO CATEDRALICIO DE CÁDIZ (A.C.C.)

- Sección 1 (Secretaría). Serie 1: Actas de Cabildos Generales (lib. 12, 17-29, 31-34, 36-37, 39-43). Serie 2: Actas del Cabildo de Canónigos in Sacris (lib. 1-5). Serie 4: Diversos (lib. 7). Serie 8: Oposiciones (leg. 68). Serie 9: Informaciones de limpieza (leg. 80, 82, 84).
- Sección 3: Fábrica. Serie 1: Libros de cuentas de fábrica (lib. de 1702-12, 1729-1738, 1747-1751, 1761-1773, 1788-1799).
- Sección 4: Aniversario. Serie 1: Libros de repartimientos correspondientes a 1696-1800 (un total de 7 libros).
- Sección 7: Pitancería y Mesa Capitular. Serie 1: Cuentas de la Mayordomía de la Mesa de Pitancería (lib. de 1698-1717, 1718-1732, 1744-1753, 1770-1780, 1781-1794).
- Sección 8: Diezmos. Serie 4: Repartimientos de rentas de maravedises (lib. de 1701-1708, 1718-1724, 1743-1747, 1760-1764, 1765-1769, 1774-1778, 1791-1797, 1798-1799). Serie 5: Repartimientos de rentas de pan (lib. de 1702-1712, 1725-1741, 1742-1748, 1749-1755, 1756-1762, 1779-1784). Repartimientos de rentas de pan y maravedises (lib. de 1704-1711 y 1723-1732).
- Sección 10: Subsidio y Excusado. Subsidio: Libros correspondientes a 1691-1802 (un total de 6 libros). Excusado: Libros correspondientes a 1695-1760 (un total de un libro).

2) ARCHIVO DIOCESANO DE CÁDIZ (A.D.C.)

- Sección Manuscritos: lib. 21, 39-41, 48-49, 52, 66, 75, 277, 308, 341, 349, 357, 365, 376-377, 401, 406-407, 409-411, 413, 415, 418-419, 421-424, 431, 433, 437, 472, 477-480, 618, 763, 970, 1098, 1109, 1113, 1126, 1149, 1284, 1289, 1344-1366.
- Sección Ordenes: leg. 25-107.
- Sección Secretaría: leg. 1-3, 5, 7, 10-11, 13, 15, 15 bis, 31, 35-36, 40-42, 47, 49-52, 456, 496, 498-499 bis, 505-506, 547, 783-797, 845-847.
- Sección Varios. Leg. 17, 29, 41-43, 47, 80-84, 102, 110, 115, 162, 208, 226, 229, 239, 305, 335, 337, 352, 425, 534, 559, 568, 621, 623-626, 629, 631-633,

803, 818, 842, 868, 929, 936, 1094, 1124, 1172, 1791, 1795, 1797, 1816-1849, 1864-1868, 1872-1874, 1876-1879, 2272, 2274, 2296, 2302-2304, 3015, 3018-3021.

3) ARCHIVO MUNICIPAL DE CÁDIZ (A.M.C.)

—Actas Capitulares de 1700, 1706-1708, 1715-1717, 1719-1720, 1722-1725, 1727-1732, 1734-1737, 1740, 1742-1749, 1751, 1754-1759, 1761, 1763, 1766-1770, 1773, 1778, 1781-1782, 1787, 1790, 1792, 1795, 1797, 1798, 1801.
—Lib. 1006-1008, 4905, 4908, 4910, 4916, 4919.

4) ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ (A.H.P.C.)

—Hacienda: leg. 1235 y 1236.

5) ARCHIVO DE LA PARROQUIA DE SANTA CRUZ DE CÁDIZ (A.P.S.C.)

—Bautismos: lib. 32-33, 43, 55, 78-74, 87-88.

6) ARCHIVO DE LA PARROQUIA DE SAN LORENZO DE CÁDIZ (A.P.S.L.)

—Padrones parroquiales de 1765, 1777, 1787 y 1799.
—Cuentas de construcción de la obra (1722-1730).

7) ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID (A.H.N.)

—Sección Clero: lib. 1773, 1779, 1783, 1802, 1815, 1823, 1825, 1829, 1845, 1851, 1855.
—Sección Consejos: leg. 15.647, 15.649, 16.842, 17.129.
—Sección Hacienda: lib. 7494 y 7496.
—Sección Inquisición: leg. 3721, 3725, 3726, 3727, 3730, 3732, 3734, 3736, Lib. 1322.

8) BIBLIOTECA DE ESTUDIOS GADITANOS (B.E.G.)

—Fuentes impresas (vid. notas respectivas).

9) BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE CÁDIZ (B.P.E.)

—Fuentes impresas (vid. notas respectivas).

10) BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID (B.R.A.H.)

—Censo de Aranda de 1768. Obispado de Cádiz.

BIBLIOGRAFÍA

Incluimos aquí una serie de obras que permitan al interesado el profundizar en el conocimiento de este apasionante grupo social. La bibliografía gaditana que hemos recogido en este trabajo habrá de buscarse necesariamente en las notas respectivas.

a) Obras de carácter general.

- AGUILAR PIÑAL, F., *Historia de Sevilla. Siglo XVIII*. 2.ª edición, Sevilla, 1982.
- ALDEA VAQUERO, Q. et al., *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 4 vol., Madrid, 1972-1975.
- BARREIRO MALLÓN, B., «Las clases urbanas de Santiago en el siglo XVIII: definición de un estilo de vida y de pensamiento», *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela, 1981.
- CALLAHAN, W.J., *Church, Politics and Society in Spain 1750-1874*, Harvard U.P., 1984.
- CANDAU CHACÓN, M.L., *Iglesia y Sociedad en la Campiña sevillana: la Vicaría de Ecija (1697-1723)*, Sevilla, 1986.
- CASTELLS, J.M., *Las asociaciones religiosas en la España contemporánea (1767-1965)*, Madrid, 1973.
- CUENCA TORIBIO, J.M., «La iglesia andaluza en la Edad Moderna», *Historia de Andalucía*, vol. VI, Barcelona, 1981.
- DELUMEAU, J., *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, 1973.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, 2ª Edición, Madrid, 1979.
- HIGUERUELA, L., *El clero de Toledo desde 1800 a 1823*, Madrid, 1979.
- Historia de la Iglesia en España*, vol. IV: *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1979.
- MARTI GILABERT, F., *La Iglesia española durante la Revolución Francesa*, Pamplona, 1971.
- MARTÍNEZ ALBIACH, A., *Religiosidad hispana y sociedad borbónica*, Burgos, 1969.
- NAVARRO MIRALLES, L., «El cambio de mentalidad» y «El estamento eclesiástico», *Historia General de España y de América*, vol. X-2, Madrid, 1984.
- PUEYO APARICIO, M.P., *Iglesia y sociedad zaragozanas a mediados del siglo XVIII*, Zaragoza, 1981, Tesis Doctoral inédita.
- QUENIART, J., *Les hommes, l'Eglise et Dieu dans la France du XVIII e siècle*, París, 1978.

- REY CASTELAO, O., «El clero urbano compostelano a fines del siglo XVII: mentalidades y hábitos culturales», *La historia social...*
- SÁEZ MARÍN, J., *Datos sobre la Iglesia española contemporánea 1768-1868*, Madrid, 1975.
- SANZ SAMPELAYO, J., *Granada en el siglo XVIII*, Granada, 1979.
- SOBRINO CHOMÓN, T., *Episcopado abulense, siglos XVI-XVIII*, Avila, 1983.
- VILLÁN DE LA FUENTE, O., *Sociología del clero de la diócesis compostelana en el siglo XVIII*, Santiago de Compostela, 1977, Tesis de Licenciatura inédita.

b) Aspectos demográficos y económicos

- BARRIO GOZALO, M., *Estudio socioeconómico de la Iglesia de Segovia en el siglo XVIII*, Segovia, 1982.
- BRINES BLASCO, J., «El proceso de amortización eclesiástica en el País Valenciano», *Estudis*, 3, Valencia, 1974, pp. 5-30.
- DÍAZ LÓPEZ, J., *La diócesis de Almería. Bienes y rentas de la Iglesia a través del Catastro de Ensenada*, Granada, 1978, Tesis de Licenciatura inédita.
- GARCÍA LOMBARDEO, J., «Hacia una historia económica de las nacionalidades. Datos para el estudio de la estructura del poder económico del clero gallego en el siglo XVIII», *Hacienda pública española*, 38, Madrid, 1976, pp. 101-109.
- GARZÓN PAREJA, M., *Diezmos y tributos del clero de Granada*, Granada, 1974.
- HERMANN, CH., «Iglesia y poder: el encuadramiento pastoral en el siglo XVIII», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 6, Madrid, 1982, pp. 137-150.
- HERR, R., «Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV», *Moneda y Crédito*, 118, Madrid, 1971, pp. 37-100.
- LAZO DÍAZ, A., *La Desamortización de las tierras de la Iglesia en la provincia de Sevilla (1835-1845)*, Sevilla, 1970.
- VILLARES PAZ, R., *La propiedad de la tierra en Galicia: 1500-1936*, Madrid, 1982.

c) La cultura clerical

- APPOLIS, E., *Les jansenistes espagnols*, Burdeos, 1966.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.C., et al., «La sociedad del siglo XVIII a través del sermonario. Una aproximación a su estudio», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, Madrid, 1982, pp. 35-36.
- GARCÍA OLMEDO, J., «Restauración de la oratoria sagrada en el siglo XVIII», *Razón y Fe*, 46, 1916.
- KAGAN, R., *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid, 1981.
- MARTÍN ABAD, F., *Contribución a la bibliografía salmantina del siglo XVIII: la oratoria sagrada*, Salamanca, 1981.

- MARTÍN HERNÁNDEZ, F. y J., *Los seminarios españoles en la época de la Ilustración*, Madrid, 1973.
- MESTRE, A., *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, 1976.
- SAUGNIEUX, J., *Le jansenisme espagnol du XVIIIe siècle*, Oviedo, 1975.
- SAUGNIEUX, J., *Les jansenistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIIIe siècle*, Lyon, 1976.
- TOMSICH, M.H., *El jansenismo en España*, Madrid, 1972.

d) Obispos

- BARRIO BARRIO, J., *Félix Torres Amat (1772-1847), un obispo reformador*, Roma, 1976.
- BARRIO GOZALO, M., «Notas para el estudio sociológico de un grupo privilegiado del Antiguo Régimen. Los obispos del Principado de Cataluña 1600-1835, *Actas del Primer Congrès d'Historia Moderna de Catalunya*, Barcelona, 1984.
- BARRIO GOZALO, M., «Perfil socioeconómico de una élite de poder: los obispos de Castilla la Vieja 1600-1840», *Anthologica Annua*, 28-29, 1981-1982.
- CUENCA TORIBIO, J.M., *Sociología de una élite de poder de España e Iberoamérica contemporáneas: la jerarquía eclesiástica (1789-1965)*, Córdoba, 1976.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Las rentas episcopales de la Corona de Aragón en el siglo XVIII», *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*, Barcelona, 1972, pp. 13-43.
- HERMANN, CH., «Les revenus des évêques espagnols au dix-huitième siècle (1650-1830)», *Melanges de la Casa de Velázquez*, X, París, 1974, pp. 169-201.
- SAUGNIEUX, J., *Un prelat éclairé: Don Antonio Tavira y Almazán (1737-1807)*, Toulouse, 1970.
- TORT MITJANS, F., *Biografía histórica de Francisco Armanyá Font OSA, obispo de Lugo y arzobispo de Tarragona (1718-1803)*, Villanueva y Geltrú, 1967.
- TORT MITJANS, F., *El obispo de Barcelona Josep Climent i Avinent (1706-1781)*, Barcelona, 1978.

e) Cabildo catedralicio

- CORONAS VIDA, L.J., *El Cabildo de la Catedral de Jaén 1700-1737*, Granada, 1985, Tesis de Licenciatura inédita.
- LÓPEZ ARÉVALO, J.R., *Un Cabildo catedral de la Vieja Castilla: Avila. Su estructura jurídica*, Madrid, 1966.
- LOUPES, P., *Chapitres et chanoines de Guyenne aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1981.
- VÁZQUEZ LESMES, R., *Córdoba y su cabildo catedralicio en la modernidad*, Córdoba, 1987.
- VILLACORTA RODRÍGUEZ, T., *El Cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico, siglos XII-XIX*, León, 1974.

f) Bajo clero secular

- BARREIRO SOMOZA, B., *La jurisdicción de Xallas en el siglo XVIII*, 2.ª edición, Santiago de Compostela, 1978.
- COBOS RUIZ DE ADANA, J., *El clero en el siglo XVII. Estudio de una visita secreta a la ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1976.
- DE CASTRO MATIA, M., «Los libros de cuentas de fábricas de las iglesias parroquiales. El ejemplo de Fuentes de Don Bermudo en 'Tierra de Campos'», *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1975, pp. 153-168.
- FERNÁNDEZ CUBEIRO, E., «Una práctica de la sociedad rural: aproximación al estudio de las capellanías de la diócesis compostelana en los siglos XVII y XVIII», *La historia social...*
- FRANCO RUBIO, G., *La Iglesia secular de Madrid en el siglo XVIII. Estudio socioeconómico*, 2 vols., Madrid, 1986.
- GONZÁLEZ RUIZ, M., «Las capellanías españolas en su perspectiva histórica», *Revista Española de Derecho Canónico*, vol. V, 1950, pp. 475-501.
- GUTIÉRREZ GARCÍA-BRAZALES, M., «Clero y rentas parroquiales en Toledo a mediados del siglo XVIII», *Toletum*, LXV, Toledo, 1981, pp. 191-289.
- HIGUERUELA, L., «Los concursos a parroquias en la diócesis de Toledo durante el pontificado del Cardenal Borbón 1800-1823», *Hispania Sacra*, 27, 1974, pp. 237-283.
- TESTON NÚÑEZ, I., y SANTILLANA PÉREZ, M., «El clero cacereño durante los siglos XVI al XVIII: comportamiento y mentalidad», *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Historia Moderna*, Cáceres, 1983.

g) Ordenes religiosas.

- CORTÉS PEÑA, A.L., «Las órdenes mendicantes en Andalucía a fines del Antiguo Régimen», *Actas de los II Coloquios de Historia de Andalucía: Andalucía Moderna*, vol. II, Córdoba, 1982, pp. 275-285.
- CUENCA TORIBIO, J.M., y MIRANDA GARCÍA, J., «Situación geográfico-económica de la Orden de Predicadores a comienzos del siglo XIX», *Archivo Hispalense*, 188, pp. 129-142, Sevilla, 1978.
- GARCÍA MARTÍN, P., *El monasterio de San Benito el Real de Sahagún en la época moderna*, Castilla-León, 1985.
- LINAGE CONDE, A., *El monacato en España y en América*, Salamanca, 1977.
- LLOPIS AGELAN, E., *Las economías monásticas al final del Antiguo Régimen en Extremadura*, Madrid, 1980.
- SÁNCHEZ GARCÍA, L.E., «Estado de los conventos de religiosos en Córdoba a principios del siglo XIX», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LI, 102, Córdoba, 1981, pp. 241-252.

- VILLARES PAZ, R., «La economía del clero regular gallego ante la Desamortización», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXII, 96-97, 1981, pp. 81-139.

h) Vida espiritual

- ANSÓN CALVO, M.C., «Sociología del bautismo en el siglo XVII», *Cuadernos de Investigación. Geografía e Historia*, III, Zaragoza, 1977, pp. 69-89.
- CAÑO BAROJA, J., *Las formas complejas de la vida religiosa*, Madrid, 1985.
- CASTON BOYER, P., (dir), *La religión en Andalucía. Aproximación a la religiosidad popular*, Sevilla, 1985.
- CHRISTIAN, W.A., *Local Religion in sixteenth Century Spain*, Princeton U.P., 1981.
- DEDIEU, J.P., «Christianisation en Nouvelle Castille. Catechisme, communion, messe et confirmation dans l'Archeveche de Toledo 1540-1650», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XV, París, 1979, pp. 261-294.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., «El cumplimiento pascual en la diócesis de Pamplona en 1801», *Hispania Sacra*, 26, Madrid, 1973, pp. 361-372.
- HERNÁNDEZ BERMEJO, M.A., «La moralización en el siglo XVIII: análisis de una fuente. Los libros de visita», *Norba*, 4, Cáceres, 1983, pp. 325-335.
- LOBATO, I., «Religió i societat: processos i rogatives publiques a Barcelona 1550-1620», *Actes del Primer Congrés...* pp. 429-434.
- MIRABET, M., «Plegaries publiques a la Barcelona del segle XVIII», *Actes del Primer Congrés...*, pp. 487-493.
- MORENO, I., *Cofradías y hermandades andaluzas*, Sevilla, 1985.
- MORENO VALERO, M., «La escuela de Cristo en Córdoba: su vida, organización y espiritualidad barroca», *Conferencias de los Cursos de Verano de la Universidad de Córdoba sobre el Barroco en Andalucía*, vol. VII, Córdoba, 1987, pp. 97-124.
- MUNUERA RICO, D., *Cofradías y hermandades pasionarias en Lorca*, Murcia, 1981.
- RAMÍREZ, M.P., *Cultura y religiosidad popular en el siglo XVIII. Censo de cofradías y hermandades en Ciudad Real en 1768*, Ciudad Real, 1986.
- RUMEU DE ARMAS, A., *Historia de la previsión social en España*, Barcelona, 1981.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., et al., *Las cofradías de Sevilla*, Sevilla, 1985.
- SANTILLANA PÉREZ, M., «Actitudes e irreverencias de los fieles cacereños en el siglo XVIII a través de los libros de visitas», *Norba*, 3, Cáceres, 1982, pp. 215-224.

ÍNDICE

PROLOGO	7
ADVERTENCIA	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I: LAS BASES HUMANAS Y ECONÓMICAS	17
1.1. Demografía eclesiástica	19
1.2. El poder económico	23
1.3. Las exacciones de la hacienda	27
Notas	35
CAPÍTULO II: LA CULTURA CLERICAL	39
2.1. Los centros de formación	41
2.2. Bibliotecas y pinacotecas	46
2.3. La predicación	54
Notas	65
CAPÍTULO III: LOS OBISPOS	69
3.1. Los prelados post-tridentinos	71
3.2. Una coyuntura reformista	76
3.3. El status de vida	79
3.4. La Vicaría General de la Armada del Mar Océano	81
Notas	83
CAPÍTULO IV: EL CABILDO CATEDRALICIO	87
4.1. Provisión de las prebendas	90
4.2. Sociología de los capitulares	94
4.3. La vida cotidiana de los capitulares	99
4.4. El poder económico de los capitulares	106
Notas	115

CAPÍTULO VI: LAS ÓRDENES RELIGIOSAS	153
6.1. Los religiosos	155
6.2. Las monjas	168
Notas	181
 CAPÍTULO VII: LA VIDA ESPIRITUAL	 185
7.1. Los lugares de culto	187
7.2. Los sacramentos	192
7.3. Las devociones	198
7.4. Las formas de organización. Cofradías, hermandades y órdenes terceras	207
7.5. La práctica de la caridad	218
7.6. Desviaciones y rechazos	222
Notas	229
 CONCLUSIÓN	 237
 APÉNDICE ESTADÍSTICO	 245
Cuadro 1. Rentas de la Iglesia gaditana en 1755	247
Cuadro 2. Rentas de la Iglesia gaditana en 1799	248
Cuadro 3. Rentas del subsidio	249
Cuadro 4. Rentas del excusado	251
Cuadro 5. Rentas de los obispos gaditanos	252
Cuadro 6. Capitulares gaditanos en el siglo XVIII	255
Cuadro 7. Ingresos decimales del cabildo catedralicio	259
Cuadro 8. Ingresos totales del cabildo catedralicio	262
Cuadro 9. Capellanías: número total y renta anual	266
Cuadro 10. Cargo y data anual del convento de San Agustín	267
Cuadro 11. Ingresos de las cofradías gaditanas (1799)	269
Cuadro 12. Patronatos existentes en 1799	272
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 275
Fuentes	277
Bibliografía	279
 ÍNDICE	 285

